

VÍCTOR CONDE

HERALDOS

DEL

BIEN Y EL MAL



se

Lectulandia

La última batalla tendrá lugar en el Infierno. Una batalla que decidirá al fin la ruptura del equilibrio entre las fuerzas del bien y del mal. Tanya, Mauro y Erik deberán descender a la mismísima Dis, la capital del Abismo, y decidir de una vez por todas hacia que lado de la balanza se inclinará para siempre la Creación.

Víctor Conde

Heraldos del bien y del mal

Los heraldos - 3

ePub r1.0

Titivillus 06.11.2019

Título original: *Heraldos del bien y del mal*
Víctor Conde, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Manu y Sagri, por ser tan buenos amigos.

Asked myself what it's all for
You know the funny thing about it?
I couldn't answer
No, I couldn't answer

Cowboy Bebop, Blue

LA HISTORIA HASTA AHORA

Los tres Niños Perdidos, Tanya, Mauro y Erik, han encontrado por fin su destino: Son los ángeles que romperán el equilibrio entre el Bien y el Mal, inclinando la balanza definitivamente hacia uno de los dos bandos.

Sin embargo, esa resolución tendrá graves consecuencias cósmicas. Yahvé, encolerizado con sus criaturas, desata un Segundo Gran Diluvio para que limpie los planos superiores (Cielo e Infierno) de criaturas celestes. Tanto ángeles como demonios están condenados a desaparecer víctimas de Su furia.

La primera oleada del Gran Diluvio purificador alcanza los campos dorados del Cielo, arrasándolos y destruyendo para siempre ese lugar de pureza. La inmensa mayoría de los ángeles (incluyendo su cabecilla, el misterioso Metatrón) mueren...

Pero hay algunos, muy pocos, que sobreviven a la masacre. Séfora, antigua mentora de los Niños Perdidos, guía una columna de ángeles supervivientes, los refugiados del Cielo, hasta el único lugar que por el momento no ha sido destruido por la cólera divina, donde quizás puedan pedir asilo mientras dure el holocausto.

El Infierno.

PRÓLOGO: VERSALLES, 1791

Los estampidos de explosiones lejanas hacían vibrar los cristales del palacio.

Era una música extraña, un contrapunto para aquella noche de ensueños donde la luna entraba como pleamar por unos cristales empañados por el aguameve.

Había llegado un invierno fuera del invierno. El frío se enseñoreaba de los regios salones, había pintado escarcha en los espejos y taraceado de dientes de hielo los tejados. Fuera, en los árboles que se disponían como pulcras hileras en los jardines (soldaditos de plomo con gorros de hojas que no vigilaban nada) la ventisca desgarraba las ramas viejas con un sonido crepitante, como de disparos, aunque éstos no tenían nada que ver con los auténticos disparos que se estaban produciendo en la ciudad.

Las balas de los mosquetes volaban sobre París mientras la Naturaleza podaba sus ramas viejas, haciéndolas estallar con uñas de frío.

Así era como ella se libraba de sus ramas muertas. Así era como los hombres se libraban de sus reyes muertos.

La mujer contemplaba los fastuosos jardines de Versalles a través de los ventanales del segundo piso. El silencio que se había apoderado del palacio era el síntoma de una enfermedad llamada absolutismo, y de una cura radical llamada revolución. Todavía podía verse el carruaje que llevaba a la señora del palacio, la joven y bella María Antonieta, apareciendo y desapareciendo entre los árboles del camino. Alejándose hacia un destino que quizás ella no comprendiera aún del todo. Por su cabecita rubicunda henchida de maquillajes y canciones de pianola vagaría una pregunta, una duda: por qué sus sirvientes la habían sacado de la cama a trompicones, junto con el único de sus hijos que aún vivía, y los habían metido en una carroza de cuento de hadas de la que (ya lo intuía, aunque su cerebro se negaba a admitirlo) no saldrían jamás.

La mujer no pudo evitar que una sonrisa perversa se abriera paso por su pálido rostro. Recordaba el momento en que las masas hambrientas se

plantaron ante el lujoso palacio, suplicando comida para sus hijos pequeños. Recordó cómo incitó a María Antonieta a despreocuparse, a mandar a sus tropas cargar contra los hambrientos mientras ella seguía encerrada en su jaula de oro, donde todo era hermoso y perfecto.

Hermoso y perfecto.

Los sonidos de disparos eran caóticos, aleatorios y distanciados entre sí, pero ella encontró una cadencia, una música que sus pies podían seguir. Al ritmo de esa macabra melodía (cada estallido, un muerto; cada disparo, una tragedia) la mujer vestida de blanco danzó por el salón lleno de espejos, de reflejos, de ilusiones perdidas. Algunos espejos estaban rotos, y las elegantes mesas de té bañadas en oro yacían tumbadas sobre las baldosas de mármol. Había escombros por todas partes, pero la turba que vendría a saquear el edificio aún no había llegado, por lo que los tesoros seguían allí.

Una canción infantil surgió de los labios de la bailarina. Era la misma canción que María Antonieta le cantaba a sus hijos en su palacete privado, allá en lo profundo de los jardines, donde sólo se podía llegar en barca de remos:

*No escucharé al viento, oleré su perfume
No acariciaré la flor, atraparé al colibrí
No moveré los mares, saborearé su espuma
No cerraré los ojos, moriré despierta.*

Sus pies tropezaron con una tetera. Estaba rota por el lado del asa y aún goteaba líquido. Bajo la mortecina luz que reinaba en la estancia parecía sangre.

Entonces escuchó el ruido.

Sus pies se congelaron en mitad de un paso. El sonido era un chirrido agudo, molesto, como si alguien arrastrase un objeto afilado por baldosas de mármol.

La mujer vio cómo otra persona accedía al pasillo de los espejos por una puerta lateral. Al igual que ella, tampoco pertenecía a aquel tiempo y lugar. Su silueta había sido tomada prestada de un cuadro, con aquel porte regio, los hombros anchos, la melena larga que le llegaba hasta media espalda. Y sobre todo, por la espada de hoja ancha que portaba en la diestra, cuyo filo se apoyaba en el mármol dejando una profunda cicatriz blanca.

La recién llegada también era una mujer. Y no una desconocida. Ambas se conocían de peleas antiguas, de otras tragedias, de otros escenarios igual de infaustos.

—Me has encontrado —se asombró la dama blanca, casi como si tuviera que preguntárselo a la realidad para que ésta se lo confirmara.

La joven de la espada se apoyó en el pomo de su arma. Parecía cansada.

—En realidad te encontré hace mucho, pero no he podido venir a por ti hasta ahora. Otros asuntos me tenían ocupada. Lo de la matanza de los hambrientos creó ecos que se oyeron muy profundamente en los Planos.

—Debían de ser asuntos muy importantes, entonces, si hiciste oídos sordos a esos ecos —sonrió la dama blanca, con un deje de locura en los ojos. Unas pupilas demasiado pequeñas, demasiado redondas—. Pensaba que darme caza era tu principal entretenimiento.

—Lo es desde lo de Damasco —confirmó la joven, aferrando la espada con ambas manos. La punta de la hoja dejó de tocar el suelo, elevándose lentamente—. Jamás te perdonaré lo que hiciste. Y te lo voy a hacer pagar.

—Eso suena a juramento antiguo. Es agua pasada.

—No para la gente que condenaste a las cruces.

—Oh, sí, las cruces. —Se deleitó con la palabra, saboreando cada sensación aparejada a ese concepto—. Qué ingenioso invento, ¿verdad? Dicen que nosotros les inducimos al mal, pero los humanos son únicos para dar rienda suelta a su propia capacidad de hacerse daño. Adoro las cruces, si... —maulló como un gatito—, sobre todo cuando se usan para colgar carne inocente.

—¿Cómo fuiste capaz de pudrirte de este modo? —preguntó la muchacha de la espada, con infinita tristeza—. Eras un espíritu consejero. Naciste para transmitir sabiduría a otros, y ahora...

—Ahora sigo haciendo ese trabajo, solo que la sabiduría que transmito es más... prosaica. —Abrazó con un gesto todo el palacio ruinoso—. Aprendí algo de los humanos, y es que el mundo se basa en la crueldad. Aplastando a los débiles es como los fuertes logran sacar partido del poco tiempo del que disponen antes de regresar al polvo. Es una simple cuestión de números, y de longevidad. Nadie sería infeliz en este mundo si tu Dios no hubiese dispuesto que hasta el breve soplo de la brisa durase más que las miserables vidas de los hombres.

El ángel apuntó con la espada directamente al cuello de la dama de blanco.

—María Antonieta va a tener mucha suerte en comparación con lo que voy a hacer contigo —prometió—. Al menos tendrá una muerte...

Limpia, iba a decir, pero el demonio no le dejó acabar la frase. En un parpadeo, la dama blanca se convirtió en una veloz mancha llena de colmillos

y garras afiladas.

La pelea fue breve, en realidad. Para un observador que la hubiese contemplado desde el exterior, espiando a través de los ventanales, habría sido como una sucesión de fotografías, de trocitos de lucha atrapados en las docenas de espejos que colgaban de la pared, en lugar de algo fluido y continuo.

Ese observador habría visto reflejos de la dama de blanco tratando de arrebatarle el arma al ángel, de éste defendiéndose lanzando estocadas veloces pero mal apuntadas (consecuencia de su limitada pericia en el manejo de la espada-signo, y de su escasa experiencia en combate). Imágenes del demonio abriendo una boca festoneada de colmillos para intentar arrancarle la cabeza de un mordisco, y del ángel expandiendo sus alas y usándolas como escudo.

Y al final, habría visto cómo la dama de blanco cometía un sencillo error, algo tan simple y estúpido que resultó ser fatal: tropezó con la mesita bañada en oro tirada en el suelo, perdiendo el equilibrio. Ese fue el brevísimo instante que el ángel aprovechó para rebanarle el cuello de una estocada.

El cuerpo de la dama cayó sobre las baldosas, un lecho de mármol para un demonio cuya esencia fue reclamada por el Abismo, convirtiéndose en polvo.

Su alma, o lo que fuera que llevaba dentro, susurró al evaporarse.

El ángel, sin embargo, no iba a permitir que la cosa quedara ahí.

—No te librarás de mí tan fácilmente —murmuró, haciendo aparecer un espejito plateado en su mano izquierda.

Y de un prodigioso salto...

... Se sumergió en el limbo que había entre dimensiones, cayendo, cayendo, volando rauda tras el alma que le pertenecía por derecho, por haberla derrotado en combate.

El familiar decorado de Versalles fue sustituido por el resplandor rojizo que bañaba los accesos al Abismo, el retumbar de explosiones de pólvora por las tormentas que bullían entre los mundos.

El ángel se lanzó de cabeza a los infiernos, sintiendo el pavor que cualquier criatura viva, fuese humana o inmortal, sentiría sin remedio al ver la sombra del Ángel Caído, el cuerpo inerte y masivo de Lucifer, convertido en el santuario de los condenados.

Descendió hasta su gigantesca epidermis, una extensión infinita plagada de estacas y farolillos que rezumaban podredumbre, donde las almas lloraban su desventura y los demonios nacían del dolor cristalizado en esas lágrimas.

Siguió su instinto hasta el lugar donde podría haber caído el alma de la dama blanca, y lo encontró.

Era un dédalo de colmillos, un laberinto hecho de viento donde el aire tenía bocas, y esas bocas dientes, y la caricia de la brisa podía arrancar la piel a tiras y la carne que recubría los huesos. Un lugar donde las almas de los demonios que habían fracasado en su misión eran condenadas a permanecer durante siglos, o milenios, haciendo de molinos y veletas para ese viento.

El ángel se posó junto a una de las veletas, el alma de la dama blanca atada a una estaca, y sonrió.

—Puedo reclamarte como espíritu guía, y encerrarte para siempre en mi espejo —le dijo—. O puedo dejarte ahí colgada para que sufras milenios de agonía. Tú decides.

El espíritu la miró fijamente con odio cerval, y respondió:

—Haz lo que quieras de mí. No te culparé por hacer aquello para lo que has nacido, como no se culpa al verdugo por blandir la espada que pone punto y final a la sentencia de un juez.

—Sabias palabras. Se nota que una vez fuiste un espíritu guía. Lo que te ofrezco no es que expíes tus pecados sufriendo, sino volviendo a ser lo que eras. Te brindo una segunda oportunidad. —Le mostró el espejo—. Guíame, sé mi faro en la noche. Recupera tu don para que me conduzcas a la victoria. —La miró con ferocidad—. En tu mano está decidir qué es más importante para ti, si el orgullo que te llevó a convertirte en un demonio o tu bienestar futuro.

El espíritu se lo pensó durante un buen rato, mientras el viento hacía trizas su esencia mística y torbellinos de agonía se condensaban en su vientre. Luego lanzó un grito, pero un grito que se quebró y cayó como una plomada en medio de un registro de sonidos, hasta transformarse en un terrible aullido de rabia.

La decisión fue fácil, aunque estuviese más fundamentada en el egoísmo y en su propio afán de supervivencia que en la voluntad de ayudar.

—¿Cómo te llamas, ángel, a quien a partir de ahora llamaré amo? —preguntó mientras su esencia era absorbida hacia el interior del espejo.

La muchacha remontó el vuelo mientras respondía:

—Me llamo Séfora. Y sé que en un tiempo pasado, muy lejano, un tiempo que apenas recordarás... a ti te llamaron Nínive.

LIBRO UNO

EL EVANGELIO SEGÚN SAN MAURO

1

EN CASA, OTRA VEZ

El padre de Tanya era uno de esos hombres a los que la vida no solía coger nunca desprevenido. Había visto tantas cosas y experimentado tantos cambios que realmente quedaba poco en el mundo que pudiera dejarlo sin habla, tieso como un pasmarote, sin saber cómo reaccionar.

Cuando eso pasaba, a Illych Svarensko le salía un tic verbal, una de las primeras expresiones que había aprendido en la lengua del país donde ahora trabajaban, y que le salía como un estribillo: «Vaya por Dios, vaya por Dios...».

El momento en que su hija tocó el timbre de su casa y le saludó con un fuerte abrazo, cuando él fue a abrir, fue uno de esos de desconcierto total. Y también uno de los que hacen realmente memorable un día.

Illych cerró los brazos mecánicamente en torno a su hija, sintiendo cómo las lágrimas de ella le mojaban la camisa, y balbuceó:

—Vaya por Dios, vaya por Dios...

—¡Papá, cómo me alegro de verte! —exclamó Tanya en un tornado de emociones.

Había algo distinto en ella, algo que había cambiado desde la última vez que la vieron. Pero no era nada físico, ni tenía que ver con su ropa. Era un detalle más... espiritual. Un destello diferente en sus ojos, una nueva forma de mirar el mundo, como si Tanya hubiese madurado a un nivel muy profundo desde aquel día en que les confesó en qué se había convertido, y se marchó volando (¡volando!, vaya por Dios) por la ventana.

—¿Y mamá, dónde está? ¡Necesito verla!

Su madre llegó abriéndose paso como una fisura en el suelo durante un terremoto. Lo apartó todo, muebles, marido, hasta a la pequeña y peluda Bastet, que maulló disgustada cuando el terremoto la arrojó fuera de la cesta. Y abrazó a Tanya con más fuerza aún que Illych.

—¡Tesoro, has vuelto! —Beso, beso, beso—. ¡Mi amor, ¿dónde has estado?! —Beso, beso, beso—. ¿Estás bien, has comido algo? —Beso, beso, beso.

—Ay, mamá, dame un respiro —sonrió la joven—. Sí, estoy muy bien. Pero no, no he comido nada desde hace mucho y estoy hambrienta. ¿Cómo estáis vosotros?

—¡Te hemos echado de menos, por Dios! ¡Ya creía que no íbamos a volver a verte!

—Qué exagerada, mamá. Ni que me hubiese ido a... —Iba a decir «al fin del mundo», pero prefirió callarse—. Por cierto, estoy acompañada.

Fue en ese momento cuando los ojos de sus padres asimilaron un poquito más del mundo además del cuerpo de su hija, sólo un poquito más, y vieron que había otras dos personas en el rellano de la escalera. Eran dos jóvenes más o menos de su misma edad, uno alto y musculoso, el otro delgado y cabizbajo.

—Papá, mamá, estos son los amigos de los que os hablé —presentó Tanya—. También son ángeles, aunque, a estas alturas, no se lo tengáis muy en cuenta... —bromeó.

Hacía calor en el salón. Era como si una puerta se hubiese abierto al verano y hubiese dejado entrar una brillante marea de luz solar.

Una de las ventajas de vivir allí, en la cúspide de aquel edificio tan alto, era que el sol siempre les alcanzaba primero que a nadie. La atalaya de Tanya se llenaba de luz y calor y aleteos de mariposas y otras sensaciones asociadas al verano.

La televisión estaba puesta, aunque con el volumen muy bajo porque nadie la estaba viendo. Una modelo con el busto antitanque y una sonrisa llena de dientes del tamaño de teclas de piano se afanaba en vender algo por la Teletienda, un aparato absurdo con una esponja por un lado y un cepillo por el otro. De la cocina llegaba un rumor de sartenes que contrapunteaba los esfuerzos de Illych por preparar *pirozhki*, un plato típico ucraniano.

Los dedos de Tanya habían desaparecido en el pelaje de Bastet, que ronroneaba feliz con sus caricias. Tanya estaba sentada en una silla, dejando el sillón de ver la tele (lugar privilegiado de la casa) para sus invitados. Aún no podía creer que semejante situación fuera cierta: Erik y Mauro allí sentados, con la cara de circunstancias que ponen los adolescentes cuando se saben en territorio de padres ajenos, haciendo lo posible por parecer gente

seria y tranquila. Y sus padres que, pletóricos de alegría, no paraban de traer vasos y refrescos y latas de cerveza de la cocina, como si tenerlos a los tres en casa fuera un acontecimiento del calibre de una boda.

Se le antojaba un cuadro casi tan surrealista como cuando se encontró de improviso ante las murallas de Sodoma, sin comerlo ni beberlo, perdida en una época que no era la suya. O cuando se abrió aquel portal místico a Gan, el jardín de Edén, y la compañía al completo pudo ver cómo se marchitaba el sacrosanto Árbol de la Vida.

Desterró esos pensamientos. No quería pensar en cosas malas, no por el momento. El universo le debía un ratito de tranquilidad.

Era el momento de disfrutar del ronroneo de su gata, charlar con sus padres y hacer como si (ésa era la expresión correcta, «como si») todo hubiese vuelto a la normalidad, y su vida fuese la de una chica común.

Qué tontería, pensó. Mi vida siempre ha distado bastante de ser común. Incluso antes de que se volviera un circo celestial.

Aún no tenía muy claro cómo habían dejado atrás el tiempo de Abram y su hijo para reaparecer de nuevo en el siglo XXI, muy cerca de su casa. Retenía esa desagradable sensación detrás de la oreja, una especie de molesto hormigueo de malas noticias que le decía que algo muy, muy grave había ocurrido con el universo, y que ellos estaban de alguna manera en el centro del huracán, disfrutando del instante de calma que concede su ojo de vientos aletargados.

Lo que no podía negar era que aquello que habían visto en Gan tendría consecuencias muy graves. Al no poder impedir que el viejo profeta hiriese a su hijo, habían desatado un terremoto cósmico de imprevisibles consecuencias. Y dentro de poco (lo sentía en lo profundo de su alma) esas consecuencias acabarían por alcanzarles,

Pero eso sería «dentro de poco». Mientras durase la calma en el ojo del huracán, pensaba disfrutarla.

—¿Otro *seven up*? —preguntó Illych, lanzando botellas de cristal a las manos de los chicos.

Erik y Mauro cruzaron una mirada aturullada, sonrieron los dos a la vez, y dijeron también a la vez:

—Gracias, señor.

—Si queréis algo más fuerte, tengo vodka en la nevera.

Y de nuevo los dos:

—No, gracias. Así está bien.

Tanya hizo un considerable esfuerzo por contener la risa.

—¿Cómo habéis pasado las últimas semanas, papá? —preguntó.

Illych hizo un ruido áspero con la garganta.

—Grrmf, más o menos. La televisión se ha vuelto loca, emitiendo noticias sobre desastres que no paran de ocurrir por todo el mundo. ¿Os enterasteis de lo de Venecia? ¡No han parado de poner reportajes increíbles de lo que ocurrió allí!

Erik se atragantó con el refresco. Mauro le dio unas palmaditas entre los omóplatos.

—La gente está loca. Dicen que un ser gigantesco ha destruido Venecia, que esa ciudad ya no existe. —Illych resopló—. ¡Venga ya, como si fuera una película japonesa de monstruos!

—*Kaiju eiga* —aclaró Tanya, pero como nadie le hizo caso volvió a prestar atención a su bebida.

—Pero se han visto imágenes del monstruo —terció su madre—. En la tele se distinguía una especie de forma como de serpiente que iba destruyendo los edificios...

—Ya, yo no me creo nada —se empecinó Illych, sacudiendo la sartén. El *pirozhki* burbujeó y crepitó, despidiendo un agradable aroma—. Muchos compañeros del trabajo dicen que no son más que efectos especiales, como los de las películas del Lucas ese. Pero desde luego que algo sí que debe de haber pasado en Italia, algo realmente malo, como un desastre en una central nuclear o así... Un suceso que quieren ocultar a la opinión pública como sea, aun mostrando ridículas imágenes de monstruos.

—Ejem, sí, yo estoy al cien por cien de acuerdo con esa teoría —murmuró Erik.

Illych apagó la vitro de la cocina y el resplandor rojizo dejó de iluminar la sartén. A Tanya le pareció que aquel sencillo gesto sin importancia implicaba una serie de milagros que ya le habría gustado tener a mano durante su estancia en Mambré.

Qué sencillos resultaban ciertos prodigios en su mundo de electricidad domada e inagotable. Y cómo de fácilmente olvidaba la gente que no siempre habían sido así las cosas, sino mucho, muchísimo más duras.

—Te ha llegado un montón de correspondencia —dijo su madre, trayéndole un paquete de sobres perfumados—. De ya sabes quién.

Sí que lo sabía. La única persona en el mundo que seguía mandándole cartas en papel, en lugar de usar el e-mail, era su ex novio, Luis. Y por el tufo que desprendía aquel manojito de papeles, capaz de matar a un rinoceronte con

vaharadas de esencia rosa, tenía que estar verdaderamente desesperado por recuperarla.

—Vaya, por eso los oídos me pitaban en Siddim —se asombró Tanya.

—¿Dónde? —preguntó su madre.

—Ejem. Ya te lo explico luego.

Erik lanzó una risita, al tiempo que arrugaba la nariz.

—¿Estás saliendo con el tipo aquel que mataba a la gente con los aromas? ¿Cómo se llamaba la peli?

—*El perfume*. Era una novela de Süskind, y sí, casi se podría decir que estuve saliendo con un tío así.

—Si la añoranza pudiera medirse con la nariz, yo diría que ese chico está a punto de arrojarse a las olas desde el malecón por ti —opinó Mauro.

—Ese chico no supo cuidarme cuando me tuvo a su lado —dijo Tanya—, así que ahora no puede quejarse.

Su madre hizo memoria y apuntó:

—El otro día pasó por aquí a buscarte, por cierto.

—¿Por aquí, por casa? —se extrañó Tanya.

—Sí. Dijo que iba a recoger los papeles de la matrícula para el año que viene, que si querías acompañarle. Si no, se ofreció a recogerlos por ti y luego traértelos. La verdad es que se portó muy amablemente, el muchacho —fue el comentario ponderado de su madre—. Ah, también ha llamado tu amiga Rain. Me contó no sé qué historias de mil mensajes que te ha enviado por la Red.

—Eh... vale, tiempo muerto —suplicó Tanya, más al universo que a sí misma—. Necesito tiempo para pensar.

Erik se le acercó al oído.

—¿Tienes una amiga que se llama Rain? ¿Qué clase de nombre es ese?

—Es un nick. Perdona, tengo que ir un momento a mi cuarto, enseguida vengo.

Se levantó sin darle tiempo a replicar y desapareció por el pasillo. Erik se quedó con la palabra en la boca (una palabra que seguramente tendría que ver con qué iban a hacer a partir de ese momento, los tres, una vez el padre se cansara de traer cerveza de la nevera y de hablar de fútbol), pero Tanya no le hizo el menor caso.

Necesitaba un instante para ella misma, para situarse mentalmente en el «ahora».

Los papeles de la matrícula. Rain. Luis. Las cartas. Los malditos exámenes. Ya no me acuerdo de nada... ¡Dios, qué difícil es el mundo real!

Se encerró en su cuarto y encendió el portátil. Accedió a su red social favorita, Fastnet, y... hala, venga, doscientos quince mensajes. Esto de la sociedad de la comunicación a veces era un agobio.

Borró los que eran *spam* o provenían de gente desconocida que quería agregarla a sus redes sociales, sin ni siquiera conocerla. Así eliminó casi un tercio de los mensajes. De los demás... vale, ahí estaban los del grupo Lolita y sus quedadas, pero ya los miraría con detenimiento en su web. También había muchos de Luis (¿cómo se las había arreglado para acceder, si había marcado sus mensajes entrantes como *spam*?) que no se molestó en abrir. Y luego estaban los de su amiga.

Pinchó en el nombre de Rain y se abrió una ventana de conversación privada. Si ella estaba conectada, acabaría de salirle un mensaje avisándola de su presencia. Tecléo:

>¡He vuelto, cariño! ¿Me echabas de menos?

Sorprendentemente, la respuesta se demoró sólo un par de segundos:

>¡Tía, ¿dónde te has metido estas semanas?! ¿¿Sabes lo preocupada que he estado por ti?? (Gruñido, gruñido, destrucción).

Rain añadió un emoticono al final de la línea que representaba un *smiley* ataviado como un verdugo medieval que sopesaba un hacha ensangrentada.

Tanya sonrió. Rain era una chica magnífica, la mejor amiga que una pudiera tener. Se habían conocido en el instituto, al poco de matricularse, y enseguida se habían caído bien. Además, era ella quien había introducido a Tanya en el mundo Lolita y en el de la cultura japonesa, cosa que jamás acabaría de agradecerle.

Le respondió:

>Te lo explicaré, te lo prometo. Necesito verte urgentemente, en serio. Me están pasando tantísimas cosas y tan raras que... Bueno, al principio creí que podría sobrevivir sin compartirlo con nadie. Pero me equivoqué. ¡Necesito tu hombro!

>¿Para llorar?

>Uhm... No, para alegrarme de seguir aquí.

Vale, era una trastada endosarle a alguien un mensaje como ese, tan lleno de dobles sentidos, pero ahora no era el momento. Ya le aclararía más cosas cuando la tuviera delante, en persona; cuando sólo las separase un capuchino en lugar de varios kilómetros de fibra óptica.

La puerta de la habitación se abrió. Tanya cerró de golpe la pantalla.

—¿Qué ocurre, no sabéis llamar?

Era su madre.

—Perdona, cariño, pero tus amigos dicen que tienen que irse. Ya es muy tarde.

—Ah, sí, claro. Los acompañaré hasta la puerta.

No llegó a levantarse de la silla. Los ojos de su madre decían que necesitaba hablar. A solas.

—Os he echado mucho de menos —confesó Tanya, abrazándola—. Muchísimo, de verdad. No sabéis cuánto os quiero.

Su madre contuvo las lágrimas.

—Y nosotros a ti. Más de lo que imaginas, pero entendemos cuál es tu situación. Lo que pasa es que aquellas imágenes del telediario, y los rumores sobre lo que está ocurriendo en otras ciudades del mundo...

—Es trágico, más de lo que nadie aquí imagina —asintió—. Esta noche os lo explicaré con todo lujo de detalles, si queréis. Nadie me ha dicho que no pueda hacerlo —se justificó. Y era cierto.

—Yo... estaba preocupada. No es sólo el hecho de aceptar que tu hija, con la que has convivido sin descanso durante quince años, ya no está aquí contigo. Sino que encima, la manera en que te has ido...

—Lo entiendo. Lo que esperan normalmente unos padres no es que a su hija le crezcan alas y te diga que se va al Cielo para salvar el mundo. En todo caso que se va a la universidad a estudiar una carrera.

Los ojos de su madre se iluminaron.

—¿Existe de veras ese lugar? —preguntó en un susurro, como si hablar de ello estuviera prohibido.

—¿Qué lugar, mamá?

—¡El Cielo! El otro día fui a la iglesia y el reverendo dio un sermón precisamente sobre la existencia del Cielo y el Infierno. No me quedé muy convencida con sus argumentos, pero luego pensé en ti y... ¿Existe el Cielo, Tanya?

Su hija no supo qué responder a eso. Era una pregunta tremendamente importante, en realidad, pues resumía varios miles de años de fe ciega y esperanzas puestas en el Más Allá, como si éste albergase una serie de correspondencias anotadas en un índice divino, para compensar al género humano de las penurias sufridas en vida. Muchísima gente se habría suicidado de haber tenido una sola prueba, una sola, de que tal lugar existía, para poder escapar así de sus penurias y acceder por la vía rápida a un mundo mejor. Ese era el motivo por el cual la Iglesia había estado condenando como pecado

mortal el suicido desde el momento mismo en que afirmó que a las buenas personas les aguardaba el Paraíso.

No, no era una respuesta para dada a la ligera, y menos con lo que Tanya sabía que había ocurrido en fechas recientes allá arriba.

Le dio un beso en la frente a su madre y salió de la habitación, prometiendo:

—Esta noche hablaremos largo y tendido sobre eso, mamá, descuida.

Sus amigos estaban esperándola en el rellano del ascensor. Tanya dejó entre cerrada la puerta principal y les habló en voz baja:

—Aquí hay vecinos que piensan que su casa no termina en la puerta, sino que se prolonga hasta la de los demás.

—Entiendo —dijo Mauro, mirando fijamente una de las puertas cerradas. Tenía el semblante serio—. El vecino de ahí dentro está suplicando por el alma de su mujer, que acaba de fallecer en un accidente de coche. Y ese otro... —miró a la puerta de enfrente—, suplica por la suya propia, porque ayer atropelló a alguien desconocido en un accidente. Ninguno conoce el secreto del otro.

Tanya sintió un escalofrío.

—Por Dios, tu don es cruel.

—No sabes cuánto. ¿Qué vamos a hacer ahora, chicos? Porque yo me estoy muriendo de sueño. En todo el tiempo que estuve en el Cielo, con Séfora, no pude echar ni una cabezada.

Se quedaron unos segundos en silencio, pensando.

Estando de nuevo en la Tierra su naturaleza humana pesaba más que la divina, así que necesitarían descansar un poco antes de ponerse a tomar decisiones. Y comer algo decente, además de fritos y cerveza.

—¿Alguno se enteró de lo que le pasó a Isaac cuando cambiamos de plano? —preguntó Tanya.

—Creo que se quedó allí, en Mambré —aventuró Mauro—. El destino parece tenerlo anclado al lugar donde su padre... su verdadero padre, ya me entendéis, intentó sacrificado. Hasta que ese nexo temporal no se resuelva, no creo que el pobre chico sea libre.

—Pues menuda jugarreta para su familia de hoy en día —rezongó Erik—. Aunque por lo que me contó, no es que ellos tampoco fueran un modelo de conducta.

—Por cierto, ¿qué hiciste con la...? —Tanya no acabó la frase, pero hizo un ademán como si blandiera una espada.

La expresión permanentemente risueña de Erik se volvió taciturna.

—¿La reliquia? Está a salvo, la escondí en un sitio donde jamás podrán encontrada.

—Ahora mismo, esa es una afirmación muy arriesgada. Esa espada es la única reliquia divina que queda en el universo. Es puro poder de Dios hecho materia. Los supervivientes tanto del Cielo como del Infierno tienen que andar como locos buscándola.

Erik le guiñó un ojo.

—Como te he dicho, está escondida en un lugar donde ni ángel ni demonio buscarán nunca. Confía en mí. Lo que más debe preocuparnos ahora somos nosotros mismos.

—Estoy de acuerdo. Tenemos que encontrar un lugar donde vivir hasta que decidamos qué hacer con la espada —dijo Mauro—. Y me temo que los padres de Tanya no estarían muy contentos de tenernos aquí de okupas:

—Tengo una posible solución —caviló Erik, rascándose la barbilla áspera. Desde que había puesto los pies de nuevo en la Tierra, la barba había comenzado a crecerle otra vez—. Un amigo mío es pintor, y tiene un estudio en esta misma ciudad que apenas utiliza porque siempre está de viaje. Podría intentar ponerme en contacto con él, no creo que tenga problema en prestármelo. Ahí podríamos dormir Mauro y yo unos días.

Tanya asintió.

—Estupendo. Yo prefiero quedarme con mis padres para ponerlos al tanto y protegerlos de posibles incursiones de demonios, pero iré a visitarlos todos los días. Mientras no sepamos qué hacer con esa reliquia, las hordas del Infierno no nos dejarán en paz. Y no podemos poner en peligro a nuestras familias. Ya sabemos de lo que son capaces.

—¿Qué creéis que habrá sido de Séfora? —preguntó Mauro. Era una inquietud que había echado raíces en su alma desde que su antigua mentora se separó de ellos para sumar su espada a las de los demás ángeles.

Los tres se miraron, preocupados.

—Puede que hubiera supervivientes del Diluvio —aventuró Tanya.

—Seguro que los hubo, aún siento su dolor, las plegarias contenidas —siseó Mauro—. Pero si algunos ángeles sobrevivieron y no están aquí, en la Tierra, no se me ocurre, sinceramente, adónde habrán podido ir...

ASILO POLÍTICO

¿Os habéis preguntado alguna vez dónde está el Infierno?

Muchos piensan que es una quimera, un lugar figurado. O que, en cualquier caso, está inmensamente lejos, tanto como para que sólo pueda alcanzarse en sueños. O a través de las pesadillas.

Si esto fuera así, si pudiera existir un lugar donde se pudiese ubicar todo lo malo, lo indeseable, lo angustioso, lo horrendo, lo insoportable, y ese terrible lugar estuviera lo suficientemente lejos como para que su mera percepción no supusiera una carga insoportable para la conciencia...

... Habría entonces ángeles, como Séfora, que conocerían exactamente qué distancia separa ese lugar de la frontera donde muere la esperanza.

La esperanza de regresar, de ser perdonado. De quedar en paz con tu Dios.

No, esa frontera ya ni siquiera existía. No podía, por lo tanto, atravesarse.

Séfora fue la primera en hollar con sus pies desnudos el podrido suelo de los Campos de la Agonía. A su espalda serpenteaba una fila de ángeles heridos, los refugiados del Cielo, que flotaban en la nada roja que separaba los mundos con una única sensación tatuada a fuego en sus rostros.

La melancolía.

No eran muchos los que habían sobrevivido. Puede que menos de diez mil, en cálculos humanos. Pero había una certeza que todos ellos compartían, y era la de ser los perdedores. Los vencidos. Los que lo habían dado todo por ese Ser en el que creían y confiaban por encima de todas las cosas, y aún sentían el dolor del apuñalamiento a traición que ese mismo Ser les había practicado.

Sí, los ángeles eran los perdedores de la batalla entre Cielo e Infierno... pero no habían sido derrotados por su peor (y hasta entonces único) enemigo, los demonios.

No, la broma del destino era mucho más macabra.

Habían sido traicionados por su propio Creador. El único que tenía potestad para borrarlos por capricho de la existencia.

En el instante en que Séfora hundió los talones en el barro negro, se percibió a sí misma como una metáfora. Sus alas eran la tela de una bandera de rendición, su cuerpo el mástil que la mantenía erguida, ondeando al viento. La espada-signo, una escarpia que la mantenía agarrada al suelo.

Séfora era una bandera viva que los ángeles plantaban en el Infierno, como queriendo decir «al fin estamos aquí, miradnos; después de tan largo viaje y de tantos sacrificios, por fin hemos llegado».

Entonces se posó otro ángel a su lado, y la sensación desapareció.

—Algo me dice que es ahora, justo ahora, cuando empiezan de verdad nuestros problemas —dijo Esaú, clavando la mirada en los pináculos llameantes de Dis, la ciudad infernal, que asomaban como una dentadura rota y cariada tras una elevación del terreno.

—Él vive allí, en aquella ciudad. —Séfora apenas logró encontrar su voz—. Nos ve.

—Pero no creo que vaya a venir en persona, tranquila. Sería indigno para alguien de su condición. En todo caso enviará un emisario.

—Uno no —puntualizó Séfora, señalando una barahúnda de seres deformes que se les acercaba corriendo entre el bosque de estacas—. Miles.

Sin que lo buscara, le vino a la mente un eufemismo de la época en la que todavía era un ser humano: Notó su estómago precipitarse en caída libre junto con su esperanza, mientras la masa de demonios se iba acercando, millones de cuerpos deformes y atrofiados, pisándose unos a otros, todo garras y dientes y fealdad y un hambre insaciable. Hambre de pureza, de bondad, de justicia.

Hambre de ángeles.

Esaú dejó pasar un latido antes de replicar:

—Eso no parece un comité de bienvenida. —Sus dedos se cerraron por acto reflejo sobre el mango de la espada-signo. La hoja fulguró, anticipando la matanza, la inigualable sensación de hender los cuerpos de los demonios y hacer trizas su espíritu. No había mayor placer que ese para el arma viviente de un ángel guerrero—. Te diré la verdad: si he de morir aquí, me alegro de tener una última oportunidad de vender caras mis plumas.

—No te precipites dándole tan pronto la bienvenida a la Parca —lo tranquilizó Séfora—. Observa.

En efecto, los demonios fueron frenando paulatinamente la carga a medida que se aproximaban. La columna de ángeles se había agrupado formando un círculo, con los guerreros en el perímetro y los ángeles de las

diferentes órdenes más pacíficas en el centro. Serafines, querubines, custodios, ophanims, virtudes y potestades se apretujaban tras la fila de ángeles guerreros, que enarbolaban sus armas formando una pared de filos plateados.

Contemplaban con ojos aterrorizados cómo la oscuridad en derredor se llenaba de ojos sanguinarios, de destellos de colmillos, de una furiosa algarabía de gruñidos, alaridos y ecos guturales.

Un instante después, los ángeles no eran más que una isla brillante en medio de un océano de carne putrefacta, de cuernos y lanzas llameantes.

Pero ninguno de los dos bandos hizo nada por romper aquel statu quo. A los ángeles no les interesaba iniciar las hostilidades, desde luego, porque los superaban en número en proporción de treinta a uno. Y Séfora dio gracias porque el mismo sentimiento pareciera imperar en el bando contrario.

Si aún no se les habían echado encima, era porque alguien quería hablar. Alguien, en alguna parte, tenía preguntas que debían ser contestadas.

No vio la hora de ver al emisario del Primer Caído, para tener una pequeña charla con él.

Bastaba con echar un vistazo a ambos bandos desde lejos para notar no sólo la diferencia que había entre ellos a nivel físico, sino también en su comportamiento: Los ángeles permanecían inmóviles en sus puestos, manteniendo una pose marcial. Parecían estatuas de plata con las alas entrelazadas formando paredes de cuchillos. Los demonios, por el contrario, eran un vaivén incesante de cuerpos en movimiento, un amasijo bullente de cabezas que no se estaba quieto ni un solo instante. Como animales sedientos de sangre, bestias encadenadas por eslabones invisibles, hacían amago de querer avanzar, de querer arrojarse sin temor sobre los filos de plata para abrir un hueco en su defensa... pero ninguno se atrevía a dar un paso.

Le tenían aún más miedo a su oscuro amo que a las espadas segadoras de diablos de los ángeles.

Los minutos se alargaban sin que nada pareciera romper aquel frágil equilibrio. Séfora ya estaba empezando a pensar que en realidad no habría negociador, sino que la misión de aquella turba infecta no era sino mantenerlos quietos en un sitio, todos reunidos e indefensos...

... Cuando algo sucedió.

La algarabía que montaban los demonios se fue aplacando hasta convertirse en un molesto murmullo de fondo. Uno de los frentes de diablos se rompió, abriéndose para formar un pasillo por el que se aproximó un ser distinto a los demás.

Parecía un saco hecho con la piel de una mujer de Cro-Magnon, que anadeaba con la circunspección de una marioneta ocultando algo en su interior.

Séfora afiló los ojos. Conocía a aquella criatura. Había oído hablar de ella a pesar de que nunca antes se habían cruzado. Era uno de los demonios más antiguos, un portador de plagas y heraldo del infortunio. Su rostro era una trágica máscara de mimo, con ojos oblicuos, simiescos, y una nariz irregular que había sido rota y cosida de nuevo tantas veces (de manera basta, grosera, como un desgarrón en un traje de cuero) que se extendía en todas direcciones.

Si ese iba a ser el negociador, lo iban a tener realmente difícil para lograr un acuerdo que no fuera aplastantemente perjudicial para los ángeles.

—Bienvenidos a nuestro humilde país —comenzó la mujer prehistórica, aquella hembra perdida en algún eslabón entre el mono y el hombre, mientras ejecutaba una reverencia que desde su comienzo sonó a burla—. ¿Sois todo lo que queda?

—Somos lo que queda —confirmó Séfora, que se había otorgado sin quererlo el papel de mediadora. Sabía que era un insulto para los ángeles más ancianos que (aunque muy pocos) seguía habiendo entre sus filas. Pero qué rayos. Después de lo que había pasado, ¿dónde quedaba el respeto por las jerarquías?—. Somos pocos, pero seguimos siendo ángeles. A pesar de la traición, a pesar de haber sido abandonados, aún somos fieles a nuestra naturaleza.

—Sé leer entre líneas, pequeña criatura —sonrió Abaddón, frotándose el vientre de su traje de mujer con un gesto muy gracioso. Parecía una humana de verdad que se hubiese dado una panzada de ricos manjares, y estuviese disfrutando tanto de la digestión como de la degustación—. Me encantaría propiciar una batalla entre nosotros, aunque fuera dialéctica, sólo por diversión. Pero creo que ambos sabemos a lo que nos estamos enfrentando.

—No, el verdadero problema de esta situación es que no lo sabemos —discutió Séfora—. Nadie pudo verlo venir, a pesar de la Fuente, de nuestra supuesta sabiduría, de vuestra desconfianza...

—Nadie lo vio venir, cierto. ¿Pero acaso podría ser diferente? ¿Pueden ser anticipados o prevenidos los actos del Creador? —reflexionó Abaddón—. Me parece que no, ángel guerrero. Hay una paradoja intrínseca a ese pensamiento. Por eso Él es quien es, y nosotros nos arrastramos a su sombra.

—Lo que tú digas. ¿Te han dado poderes para hacer un pacto?

El demonio cloqueó. A Séfora se le pusieron los pelos de punta ante ese sonido tan... despiadado.

—No, no soy un heraldo. Ni muchísimo menos un embajador. Sólo he venido a elegir a uno de vosotros para que sea vuestra Voz, y a llevado ante su presencia. —Señaló por encima del hombro hacia los brillantes pináculos de la ciudad.

Un rumor partió esta vez del grupo de ángeles. Se miraban unos a otros y hablaban por lo bajo, confundidos.

Esaú alzó los brazos, solemne, y decretó:

—Yo, Esaú de Mambrás, Puño del Cielo y Comendador del Quinto Círculo, hablaré con nuestros ancianos y os haré saber la respuesta.

—No —cortó Abaddón, tajante.

Las cejas de Esaú se arquearon de la sorpresa.

—¿No? ¿Qué significa «no»?

Abaddón se apoyó indolente en el mástil de una lanza que portaba un demonio a su derecha.

—Que no. No lo haremos así. Yo soy el que decidirá quién de vosotros hará de intermediario, y tu nombre no está en la lista, payaso. Ni me interesa lo más mínimo saber quiénes son esos «ancianos» de los que hablas.

Si Esaú hubiese sido humano, la furia y la indignación ante tamaño desacato habría concentrado la sangre en sus mejillas hasta el punto de hacerlas relampaguear. Pero su piel permaneció igual de pálida, y sus ojos igual de fríos, a pesar del temblor que de repente empezó a sacudirle la comisura de los labios.

—Ese es el peor insulto que...

—No es un insulto, sino una condición —le volvió a interrumpir Abaddón. Parecía estar disfrutando realmente de aquella situación, ya que al final, y a pesar de que había dicho que no lo haría, había acabado entablando una batalla verbal con alguien en inferioridad de condiciones—. Lo tomas o lo dejas. Pero te advierto que si optas por la rebeldía y por ignorar nuestras normas... —Cayó en un premeditado silencio que se llenó con el rumor de fondo de la horda, recordándoles a todos su presencia. La amenaza implícita del lugar y el momento. Todos captaron perfectamente el mensaje.

Esaú meditó durante unos segundos los pros y los contras, paseando sus fríos ojos por la ululante línea de cabezas de la horda, y dijo con resignación:

—De acuerdo. Entonces, ¿a quién elegirás para que sea nuestra «voz»?

Abaddón simuló pensárselo un momento, pero la sonrisa cínica que le colgaba de los labios traicionaba sus intenciones. En realidad estaba jugando.

Cuando posó aquellos ojos que eran como cuencas vacías, escarbadas con un punzón, en Séfora, la elección sorprendió a todos salvo a los propios

demonios.

—Tú —señaló—. En ti confío más que en este enjambre de lucecitas fanáticas que te acompaña. Las nervaduras de las alas de Séfora se tensaron por la sorpresa.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

Séfora miró nerviosa en todas direcciones. La estoica cara de Esaú era un poema.

—Porque conocí a uno de tus protegidos en la Tierra —explicó el demonio—. Y las referencias que dio de ti eran muy buenas. Hiciste un excelente trabajo entrenándolos.

—¿Conociste a...? —Eso descolocó aún más a Séfora que su nombramiento como embajadora de ángeles. Lo siguiente fue miedo, una sensación de temor y preocupación extrema por sus chiquillos—. ¿A cuál de ellos?

—Al único cuya arrogancia y estupidez combinadas fueron lo suficientemente poderosas como para alterar el curso de los planes del Metatrón.

—Erik —entendió ella, de inmediato. Qué bien lo había descrito—. Como le hayas hecho algún daño, engendro...

—Tranquila, tu chico está bien. O eso espero. La última vez que le vi estaba cayendo al fondo del Pozo de Mártires junto al hijo pródigo. Luego murió la Bestia, y se desencadenó Armagedón. No me quedó más remedio que regresar a casa para recuperar fuerzas.

El puño de Séfora se cerró con furia, pero respiró hondo y trató de serenarse.

Todo su ser le pedía saltar en ese mismo instante sobre aquella bestia y arrancarle primero el disfraz, luego la cabeza o cabezas que hubiese debajo, y continuar escarbando con la espada hasta vaciarle las tripas. Pero no habría sido una decisión nada juiciosa, dadas las circunstancias.

Si quería ser una buena embajadora, no debía olvidar que ellos eran los derrotados; que los habían expulsado casi a patadas de su hogar, el Cielo (un lugar que ya ni siquiera existía), y que si quería aprovechar la última, ultimísima oportunidad que les quedaba de sobrevivir, tenía que ser diplomática.

Y eso que lo que más deseo es meterte a «Diplomacia», mi espada mandoble, por...

—Está bien —dijo con una amplia sonrisa—. Llevadme ante vuestro líder. —Se giró a Esaú y le susurró por lo bajo—: Siempre quise decir eso.

Abaddón la miró con calculadora frialdad. Y le hizo una reverencia, invitándola a acompañarle.

—Si su alteza quiere seguirme...

Séfora se puso en marcha en pos de la ciudad infernal, donde se levantaba el descomunal y aborrecible Palacio de la Desdicha. El único lugar del universo cuya mera presencia era anatema para cualquier clase de ángel, daba igual qué poderes o antigüedad tuviera.

El lugar donde habitaba el Enemigo. El que una vez, en un tiempo inconcebiblemente lejano, fue el primero, el mejor y más hermoso de todos los ángeles.

CUADROS Y REFLEXIONES SOBRE EL FUTURO

El estudio parecía lleno de lugares vacíos.

Estaba ubicado en un tercer piso, encima de, por orden, una pizzería de entrega a domicilio y lo que parecía un local alquilado por algún partido político emergente que, por no tener, no tenía aún ni logotipo ni ideología definida. Eso hacía que hasta el estudio del pintor ascendieran dos tipos de olores todos los días: El de la masa fresca recién horneada y adornada con un abanico de condimentos, y el de la corrupción política en estado vegetativo.

Tanya notó los lugares vacíos de aquel lugar de por sí abandonado, porque mirase donde mirase había un hueco reclamando una obra de arte: un caballete apolillado aquí, la huella de un lienzo por el otro lado, un metro libre de pared donde hacía tiempo colgaron bocetos y estudios al natural. ¡Incluso había una silla elevada en una especie de tarima para situar al modelo!

Sí, era la guarida de un pintor, un anacoreta, un depredador de las formas y el espíritu, pero su dueño se había marchado dejando sólo telarañas y el *impasse* de cien trabajos inconclusos.

En el techo, justo sobre la entrada, alguien había pintado una palabra con un *spray* negro: NUNCANIDAD.

—Es bonito —decidió Tanya, aunque no era en rigor el calificativo que estaba buscando—. Y espacioso. ¿De veras el dueño deja que os quedéis aquí durante un tiempo?

Erik cogió unas cajas cubiertas por varias costras de pintura seca y las amontonó a un lado. Otro espacio que seguía vacío a pesar de estar lleno de trastos apilados. Vacío de arte.

—Me ha pedido que lo limpie, lo cual no es poco trabajo. Aparte de eso, me debía un favor —explicó—. Hace un par de años le conseguí un curro en el departamento de arte de una película. Le pagaron bien.

—Eso he oído sobre el mundillo del cine, que está muy bien pagado.

—Haz favores a otros y te los estarás haciendo a ti mismo. —Erik se encogió de hombros—. Así siempre tendrás de quién tirar cuando surja una necesidad.

—Qué filantrópico —terció Mauro, saliendo del excusado. Llevaba un carrito de papel higiénico vacío en la mano, que lanzó dentro de una papelera—. Creo que vamos a tener que ir a hacer la compra. Necesitamos cosas básicas.

Tanya escarbó con el dedo en los estratos de suciedad de un mueble. Dejó un surco negro bastante profundo.

Se fijó en la pared contra la que se había apoyado (por error, y ahora se arrepentía), una superficie afilegranada que mostraba un dibujo al carboncillo bastante grotesco: representaba una especie de ángel de alas negras, retorciéndose de dolor por algún dilema interior insoportable. Su sonrisa beatífica se había diluido con el paso de los años hasta convertirse en una mueca demente.

Tanya se volvió hacia sus compañeros.

—¿Sabéis? Estoy harta de correr, de estar siempre a la espera de las circunstancias —dijo con firmeza. Parecía una declaración de principios, aunque en el fondo se le notaba cierta vacilación—. He estado pensando. Creo que va siendo hora de que tomemos de una vez las riendas de este asunto. Por nosotros mismos, me refiero, sin seguir las órdenes de nadie.

Erik se dejó caer en un sofá peludo, de color turquesa, que se había quedado calvo muchos años antes de ir a morir allí. Su cuerpo provocó una nube de polvo blanco que tardó en aposentarse.

—¿A qué te refieres? Hasta la fecha creo que hemos actuado bastante bien en esta historia. Estamos vivos —rezongó—; cosa que, con todo lo que nos ha pasado últimamente, me parece de lo más increíble.

—Sí, pero hasta ahora sólo hemos respondido a estímulos —argumentó Tanya. Ya no estaba apoyada en la pared (su ropa se lo agradecía enormemente), pero estando allí, de pie bajo el torturado dibujo al carboncillo, parecía formar parte del dilema existencial intrínseco a los ángeles.

—¿Qué quieres decir, que somos marionetas?

Mauro abrió el refrigerador y apartó con un paño unas cuantas telarañas.

—Agh, qué asco. Creo que sé a qué se refiere —murmuró—. Desde que nos metieron en esta locura sólo hemos obedecido órdenes. Nos hemos

movido al compás de fuerzas que no entendíamos, y que no podíamos modificar de ninguna manera.

—Exacto —dijo Tanya—. Primero nos entrena Séfora, después desaparece y nos abandona a nuestra suerte. Tras eso los Arcángeles nos mandan a donde les sale de las narices por motivos que sólo ellos entienden, y tenemos que someternos al capricho de conquistadores históricos, batallas celestiales, demonios locos... —Resopló—. No sé vosotros, pero yo empiezo a estar harta de que me mangoneen de esta forma.

Erik movió la cabeza en un gesto aquiescente.

—¿Sabes qué? Creo que tienes razón. A mí tampoco me gusta bailar al son de una música que me viene impuesta.

Mauro se sentó en un puf, aunque no se dejó caer, sino que se colocó con extremo cuidado. Así, quizás, las capas de polvo sólo se agrietarían pero no saldrían volando.

—¿Pero qué podíamos haber hecho, en lugar de todo eso? Éramos como quien dice niños, aprendices sin poder ninguno para alterar las cosas. Mi opinión es que lo hemos hecho bastante bien para lo que se esperaba de nosotros.

Tanya le hizo un gesto con ambas manos, como dándole la razón pero con matices.

—Ahí es donde está el quid. «Lo que se esperaba de nosotros». ¿Qué creéis que esperaba Séfora?

Mauro y Erik cruzaron una mirada.

—¿Es una pregunta tipo test?

—Nos estaba haciendo partícipes de un legado —repasó Mauro—. Quería que encajásemos en una progresión de hechos donde se supone que teníamos derecho a participar, a ser alguien en la escala de las cosas. —Lo pensó durante unos segundos. Erik estaba atento a su conclusión, como si él también siguiera el mismo razonamiento—. Pero realmente, a día de hoy aún no sé cómo encajo en todo esto. Sí, conozco la profecía y todo eso de que somos, supuestamente, los recipientes de la chispa vital de los primeros ángeles renegados, pero...

Tanya asintió.

—Pero lo has aceptado porque te lo han dicho. Y ése, desde mi punto de vista, es el problema. —Se sentó entre ambos, en el suelo. Los miraba desde abajo, por debajo de la línea de sus cabezas, pero la intensidad de su mirada era tal que parecía que era ella la que estaba arriba. Luego contó hasta tres con los dedos—. Bueno, los Niños Perdidos presentes constituyen quórum,

así que podemos votar. Hasta ahora nos hemos portado como buenos alumnos. Hemos tratado de aprender todas las lecciones que nos han enseñado, tanto si venían de Séfora como si las asimilábamos por las malas, en el pasado remoto o viendo cómo se destruían ciudades. Pero ahora estamos solos. Ni Séfora ni Rafael están aquí para guiarnos.

—Ya veo por dónde vas —barruntó Erik—. Y me gusta. Quieres que demos el siguiente paso por nuestra cuenta.

—Eso es —dijo ella, emocionada—. Hasta ahora hemos sido marionetas, nos hemos limitado a hacer lo que nos decían y a navegar allá donde apuntara el viento. Pero hemos aprendido lo suficiente como para tomar una decisión, aunque sea una, que sea totalmente nuestra, no sugerida por ningún poder exterior.

Erik se rascó la barba incipiente.

—Veo la meta a la que quieres llegar, guapa, pero no la carretera. Si no hemos tomado decisiones nuestras, propias, no es porque no hayamos querido, sino porque tanta profecía apocalíptica y tanto bicho gigantesco nos superaba. ¡Por Dumbledore, ya has visto lo que pasó en Venecia! ¿Y tú pretendes que actuemos como si supiéramos lo que estamos haciendo? Por favor...

—Bueno —la expresión de Tanya se volvió encantadora—, en realidad ya hemos hecho algo que no se esperaba de nosotros. Algo radical.

—¿El qué?

La joven hizo pucheros, a la usanza de una niña pequeña.

—Hemos cambiado la historia universal. Se suponía que nosotros éramos los ángeles encargados de detener el brazo de Abram en la montaña del sacrificio, y, o yo me he perdido una parte importante de este cuento por tener que ir al servicio, o no lo logramos. El Árbol de la Vida se marchitó porque Abram consiguió herir de verdad a su hijo. Se supone que eso no debería haber ocurrido, bajo ninguna circunstancia. Nosotros... yo... no debí haber fracasado.

Los tres asintieron. Tanya lo había dicho con una voz dulce, casi como si estuviera leyendo en voz alta un cuento infantil, pero sus ojos escondían un terrible sufrimiento. Y algo más.

Puede que miedo. O vergüenza.

Realmente, ellos deberían haber triunfado en Mambré, no dejar que Abram consumase el sacrificio. Pero no lo habían conseguido. Era su primer gran fracaso desde que Séfora les reveló su verdadera condición de ángeles. Y era un asunto que les carcomía por dentro, a los tres, no sólo a Tanya.

No había argumentos para justificar algo así. No había más oportunidades de hacerlo bien en el futuro, porque después de lo que habían visto en el Cielo lo más probable era que no hubiese un futuro.

Lo único que aún los mantenía cuerdos, lo que evitaba que corrieran a esconderse en el agujero más profundo que encontrasen en espera del desenlace, era que en el fondo pensaban que la teoría de las marionetas era cierta. Los poderes con los que habían tratado hasta entonces eran demasiado grandes, demasiado sabios, como para no haber previsto cómo iba a acabar aquello. Quien envió a Tanya al pasado tenía que tener previsto que el sacrificio final iba a producirse, y que ello liberaría la espada de su puesto de centinela a las puertas de Gan.

Y si Rafael, o Séfora, o el Metatrón, no eran lo suficientemente poderosos como para mover las piezas del tablero a ese nivel...

Eso sólo dejaba activo un posible jugador, uno cuyo criterio nadie en el universo podía contradecir.

En el fondo, Tanya detestaba esa explicación, ese salvavidas emocional al que había tenido por fuerza que agarrarse para evitar el derrumbe. Decir «es que no tuve otro remedio, todo estaba escrito de antemano» era un recurso de cobardes. De gente que no aceptaba las consecuencias de sus actos amparándose en que una fuerza superior, llámese el Destino o la suerte o los dioses, habían manipulado las cartas.

Ella nunca había creído en ese tipo de manipulación holística. Pensaba que cada hombre, mujer y niño era dueño de su destino, y que era su inteligencia o su estupidez lo único que delimitaba sus actos.

Pero en este caso, no tenía otro remedio que acogerse a esa explicación. Porque la alternativa era demasiado terrible. Sí, fracasamos porque Yahvé estaba detrás, guiando nuestros pasos a su gusto. El universo está abocado al desastre porque todo forma parte del Plan Divino, que por definición es inviolable. Sí, seguro.

Después, cuando tuviera un momento para sentarse y meditar con calma, se echaría a llorar y contemplaría con auténtica perspectiva las cosas. Pero eso sería «después». Ahora prefería aferrarse a su propia teoría de la conspiración, o se volvería loca.

Y lo mismo estaría pasando por las cabezas de sus amigos.

—¿Realmente piensas que fracasaste? —preguntó Mauro entonces, con voz suave.

Tanya dio un respingo. No se esperaba semejante pregunta.

—¿Cómo puedes decirme eso, Mauro? ¡Pues claro que fracasé! ¡Según la *Biblia*, un ángel debió evitar en el momento crucial que el padre matara al hijo!

—Si, según la *Biblia* tenían que haber pasado muchas cosas que ya, a estas alturas, no van a pasar. Todas las profecías intocables y sacrosantas se han ido al cuerno en cuestión de días. Pero tú piensa en lo siguiente — argumentó el scene—: ¿Para qué te envió Rafael al pasado, exactamente?

La joven titubeó.

—Pues... para que fuese el ángel de la montaña del sacrificio, supongo.

Mauro torció el gesto en un gesto ambiguo.

—Puede que sí... o puede que no. Si lo piensas bien, él nunca te lo dijo. Tal vez tu auténtica misión era recuperar la última reliquia, la espada, para ponerla al servicio de los ángeles en la batalla que se avecinaba. Una forma algo extraña de inclinar a su favor la balanza. ¡Al fin y al cabo, somos nosotros los que tenemos en nuestro poder la reliquia, no el enemigo! Y para ello tenías que permitir que Abram hiriese en último extremo a su hijo. —Se rascó la cabeza—. No es justo, sobre todo pensando en Isaac, pero... ¿quién ha dicho que esta guerra absurda haya sido justa en algún momento?

Tanya miró al techo en silencio.

Se imaginó viviendo dentro de uno de los mangas que tanto le gustaba leer, con una gota fría enorme apareciendo en ese momento sobre su frente para expresar desconcierto.

Mauro estaba en lo cierto: no se le había ocurrido enfocarlo de esa manera. Pero claro, tampoco era un razonamiento concluyente, sino otra versión de la misma postura del cobarde que le achacaba a los astros y al destino la culpa de sus errores.

—Venga ya —sonrió Tanya—. Eso es pura retórica.

—No creas. Estuve aislado dentro de la Fuente del conocimiento durante bastante tiempo, prisionero en un entorno de información pura, un infinito flujo de sabiduría. Vi muchísimas cosas que ahora, por desgracia, he olvidado, pero uno de los atisbos que tuve del futuro —recordó Mauro, recuperando por unos instantes la oscuridad en la mirada que tenía cuando lo conocieron— tenía que ver con esta misma conversación. Y con el uso que le vamos a dar a la reliquia a partir de ahora.

—¿Qué fue lo que viste? —preguntó Erik.

Mauro dejó caer los hombros.

—Ya te digo que apenas lo recuerdo. Pero sé que era algo muy positivo, que acabaría por salvarnos la vida en un momento dado. —Miró a Tanya,

muy serio—. Quiero que sigas hablando, exponiendo tu idea, cariño. La acabemos aceptando o no, lo cierto es que el mero hecho de estar los tres reunidos aquí y ahora, teniendo esta conversación, es un fulcro.

Erik arrugó la frente.

—¿Un qué...?

—Un punto de inflexión en la historia. Algo demasiado importante para permitir que no suceda.

—Ah, sí. Ya lo sabía.

—¿Puedes conectar con la Fuente? —preguntó Tanya—. Porque yo lo he intentado muchas veces en las últimas horas, sin resultado.

Mauro negó con la cabeza. La hiper-net divina, desde que la Fuente fuera destruida durante el Segundo Diluvio, había dejado de funcionar.

El silencio.

Qué incómodo es cuando no lo provoca el placer por la introspección, sino el querer expresarse y no tener nada que decir. No tener boca y querer gritar.

Tanya también lo pensó mientras intentaba recuperar el entusiasmo de hacía un rato, para terminar de contarles su plan. Curiosamente, ahora que Mauro había dicho que creía en que esa idea podía ser muy importante, era la propia Tanya quien más dudas tenía sobre ella.

Observó el vetusto caballete que había dejado el dueño del estudio. Con sus cicatrices, raspaduras y manchas, incluso con lo que parecían marcas de dientes de pequeños animales, el objeto parecía ser capaz de contar su propia historia, las aventuras que había vivido todos esos años.

Tanya se sintió igual. Aún no había cumplido un año más del que tenía cuando empezó aquella locura, pero ya se sentía como aquel caballete: herida por el tiempo, por las experiencias terribles y los grandes descubrimientos.

Tenía marcas de dentaduras de hechos innombrables. Sin embargo, esos momentos de duda estimulaban algo especial, una fuente de obstinación oculta en algún lugar profundo de su mente que hacía que recuperara la resolución.

—Así pues —recomenzó, pero con menos entusiasmo que al principio— mi idea es que completemos el siguiente paso de nuestro «despertar» por nuestra cuenta, aunque no tengamos a Séfora para guiarnos. Hemos aprendido mucho en estos últimos meses. Quizá podamos conseguirlo sin mentor.

—Ilumíname —pidió Erik, apoyando los pies cruzados en una esquina del puf donde estaba sentado Mauro.

—Quiero decir que el siguiente paso en nuestro entrenamiento sería, por lógica, despertar esa chispa que guardamos en nuestro interior de los primeros ángeles. Dejar que surjan con total plenitud, aunque nos transformen en el proceso.

Tuvo que pasar un minuto entero para que alguien (Erik) dijera:

—¿Crees que el plan de Séfora pasaba por que nos *transformásemos* en los ángeles caídos? ¿Los mismos tíos que fueron expulsados del Cielo en la primera batalla, junto a Lucifer?

A Tanya también le sonaba como un disparate una vez pronunciado en voz alta, pero asintió.

—Sí, es más o menos así. Me parece lógico que esa fuera la intención de Séfora. Nos aseguró que éramos la encarnación física de esa chispa. ¿Por qué contárnoslo si no pretendía usar la información para algo? Si sólo hubiera querido que aprendiésemos a volar y a usar la espada, ¿para qué hacer énfasis en un dato tan importante?

—¿Para ser una tía enrollada y no andar jugando a ocultarnos la verdad? —ironizó Erik.

—No. Pienso que Séfora, o Rafael o quien demonios concibiera el plan original, quería que nuestro despertar pasara por diversas fases: Primero, abrir los ojos a la verdad y darnos las herramientas para que nosotros mismos fuéramos desarrollando nuestros poderes. Segundo —Tanya alzó dos dedos—, poner en nuestras manos una herramienta que supusiese de verdad una diferencia con respecto a lo que puede hacer el enemigo.

—La dichosa espada —comprendió Mauro.

—Y tercero... y este es el verdadero salto de fe, creo que Rafael y sus colegas sabían que cuando todo se fuera a la mierda, con perdón, sería precisamente nuestra inocencia y nuestro pensamiento ilógico de humanos normales lo que nos llevaría a dar el siguiente paso.

—Eso suena sospechosamente parecido a un elogio de la locura —dijo Erik, y lanzó una carcajada—. Vaya, por primera vez empiezo a sentirme a gusto en este grupito.

—¿Y cómo piensas hacer eso? —intervino Mauro—. ¿Cómo vamos a despertar la chispa de los ángeles primigenios, si no tenemos ni idea de cómo proseguir el entrenamiento de Séfora?

Tanya cogió su bolso (un modelo estampado con el dibujo de un antiguo anime, que representaba un oso panda con un cartel escrito en japonés en la mano, y una chica pelirroja que era mitad varón y mitad hembra) y lo abrió.

Se quedó un momento mirando el contenido, pensativa, sin enseñárselo a los chicos. Luego dijo:

—Mi madre me contó que ocurrió un hecho increíble, trascendental, mientras estábamos fuera. Y no fue algo localizado, en un lugar o una ciudad concretas. Ocurrió a todo lo largo y ancho del planeta.

—¿Dices... además de que un monstruo gigante destruyera Venecia y lo grabaran todas las televisiones del mundo? —preguntó Erik.

Tanya asintió.

—Fue justo después de eso, y creo que coincidió con el instante exacto en que la onda de energía del Segundo Diluvio destruyó las planicies del Cielo —dijo—. En aquel preciso instante llovieron estas cosas sobre todos los continentes, y todos los mares del planeta. La Tierra quedó completamente impregnada de su esencia. —Tomó aire—. De todos los cielos del mundo cayó... esto.

Metió las manos dentro del bolso con algo parecido a la reverencia. Y sacó un objeto de su interior. Algo pequeño, delgado, de un blanco brillante que subrayaba su contorno con un halo de luz.

Los tres jóvenes se quedaron mirando aquel objeto, callados, intentando extrapolar todas las implicaciones de que llovieran cosas así por todo el mundo, cuando el Cielo dejó de existir.

Era una pluma blanca. Una pluma de ángel.

Nuncanidad.

LA VOZ DEL FARO

El viejo faro de *Battery Point* había sido reformado y pintado en varias ocasiones, pero seguía siendo tal y como Rhea lo recordaba de su infancia. Es difícil olvidar lugares así, donde han ocurrido tantas historias y se han roto tantos lazos que hasta las mismas paredes parecen estar hechas de remiendos.

Antes de convertirse en una adolescente hecha para sufrir, para llorar por ella misma y por el mundo, por el hambre en Somalia, los perritos de juguete sin pilas y por la oscuridad intrínseca a todas las cosas, Rhea había sido una niña feliz. Feliz... más o menos. Tampoco había que usar tan a la ligera esa peligrosa palabra, «felicidad». Entre aquellas viejas paredes (pintadas con un bonito color rojo atardecer) vagaban los primeros recuerdos que tenía de su niñez. Momentos como el de la muñeca decapitada, el de la caña de pescar con el gusano que se retorció en el anzuelo, el de la tarta de fresas y moras sobre el plato de cerámica, el de aquel beso, el del pájaro que no sabía cantar, el del cuadro del señor raro con aquel descomunal bigote donde podían atracar petroleros...

Todos esos momentos debían seguir por ahí, vagabundeando solos de un lado para otro, buscando alguien a quien aparecerse como espectros de una vida que acabó cuando los padres de Rhea se mudaron a Grecia...

Dios, cómo había empeorado todo desde entonces.

Ya no era la misma chica de aquellos días, no, pero tampoco la que se había quedado tirada en plena calle, buscando desesperada algo afilado con que cortarse las venas cuando un guapo y triste chico llamado Mauro (¿era ese su nombre?, casi había logrado borrarlo del todo de su memoria) la había dejado plantada. Emocionalmente, se entendía.

Habían colisionado sentimientos, en suficiente cantidad y con la suficiente fuerza como para abrir una sima que ejerciera de frontera entre el «aquel entonces» (*¡no, por favor, no te vayas, no me dejes sola, por lo que más*

quieras!) y el «aquí y ahora, más o menos» (Dios, qué estará pasando en el mundo que hasta se ponen a llover plumas blancas del cielo).

Rhea creía haberse situado en el lado correcto de la sima. O eso esperaba. Al menos, desde esa posición donde ahora mismo hacía equilibrios entre su frágil cordura y todo ese cargamento de tristeza, podía ver el fondo. Y no quería caerse dentro.

Se situó en el ahora. El autobús la había dejado al otro lado del camino de tierra, aún sin asfaltar a pesar de la gente que cruzaba a diario hasta el islote del faro. Pensó que era un grave descuido por parte del alcalde. Aquel edificio ya no seguía cumpliendo con las funciones para las que había sido ideado (una luz en la noche poco tenía que hacer en un mundo dominado por las ondas invisibles, los sistemas de radar, las esotéricas siglas GPS y las no menos misteriosas campanas *Doppler* de los barcos), pero sí que había gente trabajando en él.

Su tía Gemma, por ejemplo, que poseía la única radio privada de Crescent City, y emitía desde el islote. También estaba el viejo Jack Crady, por lo que le había contado el chofer en el viaje desde el aeropuerto hasta la ciudad: un hombre mayor que mantenía limpio el lugar y nunca había confesado cuánto le pagaban por ello. Pero esas eran sólo dos en comparación con el verdadero afluente de personas, los benditos turistas, que subían cada verano a contemplar el maravilloso atardecer de *Pebble Beach* desde la baranda del faro.

Sólo como concesión a ellos, el alcalde tendría que haber pavimentado aquel trocito de carretera que unía el islote con la civilización. Aunque le trajese sin cuidado que tía Gemma tuviera que mancharse cada día de lluvia las botas para ir a trabajar a la radio (favor que ella le devolvía desde las ondas haciendo campaña para la oposición, y eso que Gemma era una mujer abiertamente apolítica), o que Crady amontonase más barro que hojarasca con su azada cuando limpiaba la puerta del museo para visitantes.

Rhea oyó cómo se alejaba el autobús por *Battery St.* mientras la suave cadencia de las olas acariciaba el istmo que unía el islote al continente. Era un paso difícil, eso lo recordaba de su infancia, que a veces desaparecía del todo bajo el agua.

Se echó la mochila al hombro y caminó por encima de las olas sin que le importase lo más mínimo mojarse los pantalones. Unas botas, encabezamiento de la lista de las cosas por comprar. Y un MP3 con radio para oír los programas de su tía.

Tras el primer recodo del camino descubrió un cartel que no estaba en sus recuerdos. Rezaba:

BATTERY POINT LIGHTHOUSE

THIS IS AN ACTIVE LIGHTHOUSE AND A PRIVATE
RESIDENCE

SORRY, NO RESTROOMS/DOGS

en letras negras sobre fondo blanco. La palabra *LIGHTHOUSE* era la única que estaba bajo el agua, en un dibujo que representaba el mar rodeando el islote.

¿Residencia privada?, se preguntó. ¿Quién viviría allí ahora? ¿Habrá comprado tía Gemma toda la casa después de que se fueran mis padres, o sólo trabajará allí?

Claro, no pensarás que el mundo se va a quedar congelado mientras tú no estás, preparándose para encajar como un enzima en tus recuerdos, se recriminó mientras ascendía por la pendiente.

El edificio crecía literalmente alrededor de la torre del faro, circular y acabada en un pequeño pararrayos pintado de rojo. El rojo también estaba presente en los techos y en los tres extraños angelotes de piedra que coronaban cada chimenea. En realidad no eran ángeles, sino remates de metal que servían para alargar el tiro de aire de las chimeneas y protegerlas de la lluvia. Pero tenían una forma como de pequeños angelotes con alas desplegadas, y eso, no supo por qué, le provocó una profunda congoja.

El botón del timbre estaba allí y también su dedo para pulsado, así que al poco se abrió la puerta (al lado de la cual había una pequeña montaña de hojarasca, y un rastrillo oxidado de tres puntas).

El rostro que apareció al otro lado tardó unos segundos en encajar en los esquemas mentales de Rhea, pero menos que el de ella en la cabeza de su tía. Claro, Gemma había cambiado muchísimo menos.

—¿Tía? —preguntó con voz tímida.

Gemma tenía unos cincuenta y pocos, más o menos donde la frontera del «pocos» empezaba a ser incómoda. Lucía unos ojos grandes de pestañas eternas que contrastaban con una boca de esas que su padre llamaba «de estar mordiendo palillos», tan pequeña que la línea de los labios apenas se ensanchaba más que las fosas de su nariz.

Pero de aquella boca tan diminuta salía una voz preciosa, voz de radio, y fue la que Gemma usó para gritar:

—¡Rhea, has llegado!

La abrazó como una osa, elevándola unos centímetros en el aire. Aquellos brazos acumulaban unas cuantas dietas dadas por imposible a sus espaldas. Gemma, por lo poco que Rhea sabía sobre su tía gracias a su madre, era de esas mujeres grandes (usando el adjetivo como virtud, más que como defecto) que impresionaban a todos por la talla del sujetador y por unas nalgas que eran como portones de hierro, pero su verdadero poderío estaba en algo tan intangible como la voz.

—¡Qué maravilla, no puedo creer que seas tú! —exclamó—. ¿Cómo ha ido ese viaje?

—Uf, demasiadas horas de avión —dijo la joven cuando sus pies volvieron a posarse en tierra—. Tengo el trasero...

—¡Me lo imagino, pero ya estás en casa! ¡Se acabó el viaje! ¡Cruzaste un océano y un continente, muchacha!

La acompañó dentro de la casa. Rhea pudo ver que estaba decorada al estilo marinero pero con fino gusto, sin las estridencias típicas de los que adoran el mar pero no tienen ni idea de interiorismo. Sin duda ella era la única propietaria, por lo homogéneo de la decoración.

No, no había peces espada disecados colgando de las paredes, ni un timón de barco en medio de la salita ni cosas así. Pero Rhea pudo respirar el mar más allá del aroma a salitre que entraba por la ventana. Lo respiró sobre todo en las fotos enmarcadas de las paredes.

Rostros antiguos, casi olvidados ya, empezaron a despertar en su memoria. Aquellos ojos que la miraban directamente desde el espacio plano de las fotos avivaron la sensación que había tenido durante el viaje, una sensación de no estar realmente moviéndose en el espacio sino en el tiempo, en una caída sin red a momentos de su niñez que había dejado interrumpidos.

Interrum...

—Encontrarás varias fotos de tus padres si buscas, sobre todo en la zona del recibidor —aclaró Gemma—. Sé que no te llevabas demasiado bien con ellos. Espero que no te moleste.

—No, no, está bien —se apresuró a aclarar la joven—. Cajas cerradas y nudos rehechos, ¿vale? He roto con mi pasado reciente. Ya no tengo la misma perspectiva de las cosas.

—Me alegra oírlo. Corrían rumores de que te habías hecho gótica, o algo así. —Tía Gemma pronunció la palabra casi como si fuera un insulto, como si

conllevara un grado de frikismo intolerable para una pequeña comunidad cristiana y conservadora como la suya. Las rarezas de carácter estaban bien para las grandes ciudades, donde el cosmopolitismo era caldo de cultivo para cualquier expresión cultural moderna. Pero en Crescent City era mejor no dar según qué imagen.

—No, gótica no es la palabra. Era... otra cosa —dijo Rhea, ruborizándose—. Algo un poco más fuerte.

... *pida*.

—¿Ya sabes dónde te vas a quedar? —preguntó su tía—. Me refiero, sabes que aquí tienes sitio, pero si prefieres alquilar una habitación en algún hotel por aquello de la intimidad...

—Preferiría quedarme aquí, contigo. Es decir, si no es molestia.

La forma de iluminarse de la cara de Gemma le indicó que no, que no era ninguna molestia. Además, seguro que una solterona como ella ya le habría preparado incluso la cama, nada más telefonarla Rhea para comunicarle su visita. Era lo bueno de las personas que preferían vivir solas, que ese modo de vida a veces necesitaba unas vacaciones.

Le enseñó el cuarto de invitados. Teniendo en cuenta que varias generaciones de su familia, sobre todo las niñas, habían pasado por allí, Rhea se descubrió rezando porque las paredes no fueran rosa chicle. Y no lo eran, pero aquel blanco crema adornado con petunias tampoco es que fuese muy compasivo con su sentido común.

Sobre la cama había osos de peluche. Como seis o siete. En formación.

Rhea los odiaba. Sus caritas sonrientes ocultaban un llanto que le raspaba en la cabeza como cristales rotos.

Al darse cuenta de que los estaba mirando con cara rara, tía Gemma los retiró de encima de la colcha con un diestro movimiento de brazos, como pescando arenques en un cubo.

—Perdona, son un detalle un poco cursi, pero es que me encanta tenerlos ahí para que me vigilen el cuarto mientras no haya inquilinos. ¿Te molestan los peluches?

—No es que me molesten... pero me dan alergia. —*Vaya mentira piadosa*, pensó Rhea. Odiaba los peluches. En Grecia había tenido uno, pero lo usaba para clavarle agujas por los cuatro costados hasta que llegó a parecer un desquiciado muñeco vudú. El espíritu al que estaba atormentando con aquellas agujas era el suyo propio, aunque tardó meses en darse cuenta—. Prefiero tenerlos separados de la cama, si a ti no te importa, por el tema del polvo —sonrió dulcemente.

—Claro, como desees. Esto tiene que estar completamente a tu gusto.

Eso sonó como un punto y aparte en la conversación. Como el momento en que la trivialidad se quedaba atrás y dejaba paso a las cosas importantes.

—¿Te vas a quedar mucho en *Crescent*? —preguntó Gemma, pasando sin más a esas cosas importantes.

—Quiero rehacer asuntos y amistades que dejé a medias aquí. Pensaba buscarme un trabajo en la ciudad, para empezar, y luego alquilarte la habitación.

—Es un buen comienzo. Realmente tienes pinta de querer dejar cosas atrás. ¿No has conocido a nadie que te retenga en otra parte?

Rhea hizo un gesto raro con la boca. No tenía interpretación posible.

—Quizás conociera a alguien, hace tiempo. Pero me falló. —Una sonrisa culpable se abrió paso—. Estoy sintiendo la vergüenza esa que te da cuando confiesas haber fracasado en un proyecto, pero es que fue así. Todavía me duele hablar de ello, así que... ¿por qué no lo dejamos para una de esas cenas en las que no tendremos nada que hacer, aparte de oír el sonido del mar?

—Estoy de acuerdo. Si tan triste es, olvida el pasado —dijo su tía, resuelta—. Es más, te voy a confesar una cosa: cuando estoy triste y no tengo a nadie aquí para escucharme, ni siquiera el bueno de Jack, subo arriba, a la torre, enciendo los aparatos y me pego el micrófono a la boca. Entonces todo surge por sí solo, y aunque nadie me esté escuchando... sé que todo el mundo, el planeta entero, sí me oye. No sé si me entiendes.

Rhea asintió. Había tenido esa misma sensación muchas veces, pero no porque radiase su melancolía al mundo, sino porque esa persona, esa de la que no quería hablar ni acordarse, lograba de una forma callada que su dolor encontrase un eco.

Entonces, y sólo entonces, sabía que había alguien ahí fuera.

—Te explicas perfectamente.

—¿Quieres subir a ver la radio?

La muchacha dejó caer su mochila sobre la cama, provocando un pequeño terremoto entre los peluches que quedaban en pie, y siguió a su tía fuera de la habitación.

Sí, desde luego que el papel de la pared habría que cambiarlo o le daría un infarto por empalagamiento. Y a los peluches crucificarlos o desmembrarlos de manera horrible, o simplemente tirarlos al mar por la ventana para que se los tragarán las olas o los tiburones... pero el resto estaba bien. Le gustaba aquella habitación.

Podía ser un buen lugar para empezar de nuevo, y lo mejor de todo era que aún no se le había aparecido ningún fantasma, ningún recuerdo.

La radio era un espacio circular que quedaba bajo la enorme lámpara del faro. En ese hueco, su tía había jugado al Tetris y había conseguido meter una mesa, dos estanterías, una silla con ruedecillas y como seis o siete cajas de CDs, todos originales.

Los discos estaban colocados de manera que la etiqueta del lomo quedase siempre hacia arriba, para que fuera fácil encontrar un artista o un álbum determinado. En aquellas cajas se alineaban piezas de todo tipo, desde lo más trascendente a lo más ridículo, y todo ordenado por géneros y autores.

Gemma le confesó que la música que solía usar en realidad la tenía digitalizada dentro del disco duro, pero le gustaba tener los originales a mano, sólo por sentir un placer fetichista (y por si asomaba la nariz algún inspector). También tenía cajas de vinilos, pero no solía usarlos por miedo a que se estropeasen.

Se los enseñó con delectación. Se notaba que aquella era la obra de su vida, una ocupación pero también un hobby. Tía Gemma era una de esas personas que no vivían con nadie porque se sentían acompañadas por el mundo entero.

—Hace años, antes de profesionalizarme, compré todos los cachivaches de una radio clandestina —comentó mientras encendía los aparatos—: Amplificador, modulador, antena Ringo, roímetro... y a ellos. —Abarcó con un gesto toda la ciudad—. Los oyentes. También los adquirí, en cierta forma. Sin su presencia no soy nada.

—Lo entiendo. ¿Cuándo entras?

Gemma miró un reloj de pared cuyos segundos se iban marcando como un círculo creciente alrededor de los números.

—En un minuto. ¿Quieres quedarte para oído?

Rhea alzó los hombros un instante, como diciendo «no tengo nada mejor que hacer en todo este continente». Entonces vio algunas fotos clavadas con chinchetas a un corcho. Representaban gente caminando por unas calles cubiertas de algo blanco con aspecto esponjoso.

Plumas. Grandes, como de ganso, y tan blancas que incluso al objetivo de la cámara le costaba reflejar tanta pureza.

Rhea sintió un temblor que le enfrió la nuca.

—Eso... ¿también pasó aquí?

—¿Te refieres al día que llovieron plumas de pájaro por todo el planeta? Sí, hija, el prodigio también salpicó a *Crescent*. De hecho —confesó, bajando la voz— dicen que este es uno de los lugares donde más cayeron, y no te hablo de la Costa Oeste. Quiero decir de todas partes de todos los países del mundo.

»Un día incluso vinieron unos tipos de esos trajeados del Gobierno, como si fuera un episodio de *Expediente X*, y se trajeron un montón de camiones y equipos sofisticados para recogerlas. Pero para cuando llegaron, las plumas ya se habían evaporado.

—¿Evaporado?

Gemma le lanzó una mirada de incredulidad.

—No oías mucho las noticias en esa isla del Egeo, ¿verdad? —Rhea negó con la cabeza. Gemma siguió hablando en tono confidencial, como si los «tipos trajeados» hubiesen dejado sus cachivaches en el pueblo y alguno pudiera estar espiándolas—. Sucedió en todo el mundo. Nadie ha sido capaz de explicar el fenómeno, ni siquiera los científicos más sesudos. Cada cual tiene su propia teoría, por supuesto, y más en sitios pequeños como éste... pero hay algo que no se puede negar, y es que cuando las plumas se evaporaron a las pocas horas de aparecer, algunas de ellas permanecieron. Fue raro, como si las absorbiera la tierra misma y se convirtieran en luz, antes de esfumarse...

»La gente cogió las que no desaparecieron, y se las llevaron a sus casas como un tesoro. Muchos creen que es un milagro, el aviso de un cataclismo, de un nuevo advenimiento o algo así.

—¿Y tú qué crees, tía?

—¿Después de lo que pasó en Venecia? Buf... A mí me pagan por escuchar, no por opinar. Pero te aseguro que por ahí —señaló los altavoces por los que se oía lo que se estaba emitiendo en directo ha salido de todo. Jamás en mi vida he escuchado tal cantidad de teorías paranoicas. Desde los que creen que esto es una señal de Dios y que todo se va a ir al cuerno, hasta los que piensan que es un ataque terrorista bien planificado. ¿Te lo imaginas? ¡En estos tiempos, hasta los pájaros nos intentan aplastar a plumazos!

Le pasó unos cascos a Rhea. Cuando el contador digital estaba a punto de completar otro minuto, Gemma pulsó unos botones y una animada música siguió a una cuña radiofónica. Algo de fusión jazz, Pat Metheny o Wayne Shorter.

Luego se escuchó cantar a una ballena, con ese característico ulular profundo y submarino, y la voz de Gemma entró suave desde el micrófono:

—... Hey, hey, hey, y una tarde más que da comienzo aquí en la GMBW de Crescent City, nuestro humilde programa con todos y desde todos y para todos. Pero hoy con una buena noticia, un suceso que acaba de ocurrir en mi faro y que estaré encantada de chivaros tras pasar esta información importante. ¡Marineros, escuchad!

Gemma dio con acento profesional (aunque sin que su voz perdiera un ápice de dulzura) unos pocos datos sobre la marea alta y baja, las condiciones meteorológicas y otros asuntos de interés para la gente del mar. Luego, pegando dulcemente los labios al micrófono como si ahí se escondiera un amante secreto, susurró:

—Tenemos una nueva vecina en *Crescent*, queridos amigos. Ni más ni menos que mi sobrina Rhea, que ha venido del Viejo Continente para conocer las exquisiteces de nuestra gastronomía, y quién sabe si a algún apuesto muchacho costero. —Le guiñó un ojo a Rhea, quien se cubrió la cara con las manos, roja de vergüenza—. Tal vez la entreviste en directo para que nos cuente un poco cómo era la vida en la maravillosa isla de Santorini, pero antes demos paso a nuestro espacio de micros abiertos. ¡Si tenéis un teléfono cerca, corred a descolgarlo! La voz del faro está aquí para escuchar lo que tengáis que decirme...

El ratón que manejaba con la mano izquierda subió el ecualizador y el jazz trepó sobre la voz.

—Conduzco un pequeño espacio tipo Frasier de llamadas telefónicas en directo —explicó a su sobrina—. La gente llama y se desahoga contando sus penurias o sus anhelados proyectos. —Puso cara de traviesa—. ¡Chismes gratis de todo el mundo, me encanta!

—Tía, ¿por qué has tenido que decir eso? —La cara de Rhea seguía tan roja como la pintura de la fachada del faro—. Ahora toda la ciudad sabe que estoy aquí.

—Sí, y dentro de nada diremos que necesitas trabajo y que eres una profesional tremendamente competente en muchos campos. Porque lo eres, ¿verdad?

—Claro, pero...

Gemma iba a soltarle otro de sus comentarios jocosos cuando un icono parpadeó en la pantalla del PC.

—¡Vaya, qué rápido! —se asombró—. Se ve que hoy la gente tiene ganas de hablar. —Bajó el ecualizador de la música y su voz volvió a entrar, envuelta en algodón—: ¿Sí, querido amigo o amiga, cómo te llamas?

Una voz de hombre, áspera, entrecortada como si hubiese estática entorpecidiéndola (que no la había) y profundamente preocupada, brotó del altavoz.

Tenía un timbre tan oscuro, tan angustiado, que a Rhea se le pusieron los pelos de punta.

—Yo... sólo llamaba por... sólo... quería advertirle de... de que...

Enmudeció. Rhea miró al altavoz, como si aquel hombre estuviese escondido en algún recoveco tras la malla negra.

Gemma frunció el ceño.

—¿Podrías repetido, amigo? Creo que no te he entendido bien. ¿Desde dónde llamas?

Un segundo.

Dos.

Tres.

Entonces la voz:

—Están volviendo. Ellos... ellos vuelven. Y les siguen otros que... que...

Gemma aprovechó otra antinatural pausa en aquel discurso para intercalar un:

—¿A quién se refiere, señor? ¿Quiénes son los que vuelven a nuestra querida ciudad? ¿Los pájaros migratorios, los atunes, los turistas...?

Más espacio vacío. Rhea se dio cuenta de cuánto valía un escaso segundo de silencio en la radio.

La voz del hombre volvió, más insegura. Como si tuviese miedo simplemente de existir, de estar manteniendo aquella conversación en abierto con una desconocida.

—Los he visto en el cementerio. Y en... en algunas casas abandonadas. Los hay que sólo se ven y otros que sólo... se escuchan. Pero no son los únicos. —Pareció cobrar fuerzas, sacando coraje de donde no lo había, y dijo para terminar—: Tened cuidado porque están aquí, entre nosotros. Y tienen hambre.

Un click de punto y final, un auricular que encontró con brusquedad la percha.

Gemma sólo dejó que la perplejidad la tuviera en suspenso medio segundo. Luego recuperó la dulzura.

—Bueno, bueno, parece que Crescent City se ha despertado hoy misteriosa. Para irnos poniendo a tono con esta sensación, queridos amigos, aquí tenéis un viejo y terrorífico éxito de los ochenta...

El ratón buceó en una carpeta bautizada «música atmosférica» y empezó a reproducir un archivo con música de la serie *Misterio para tres*, que Rhea no conocía.

Su tía se quitó los cascos y exhaló un suspiro.

—Joder, cómo me enervan estos chalados. Perdona por el taco.

—No te preocupes. ¿Te suele llamar gente así?

—Apenas. Alguna noche alguien que va cargado y cree ver ovnis sobre las montañas, nada más. Pero este tío...

—No sonaba como un borracho —comprendió Rhea—. ¿A qué crees que se refería con «ellos vuelven»? ¿No te parece una frase muy de serial cutre?

Gemma no contestó. No supo por qué, la mirada se le desvió hacia la foto de las calles cubiertas de plumas con gente caminando entre ellas.

En su cerebro nació una conexión arbitraria entre aquella imagen y las palabras del loco, pero no había ninguna justificación. Ningún motivo. Era, simplemente, como si un presentimiento siniestro e inexplicable le estuviese atenazando el cogote.

De repente les pareció que hacía más frío dentro del faro.

DIS

Dis era un lugar que desafiaba los sentidos.

Cuando alguien aplicaba el término «ciudad» a un enclave, implicaba que le suponía a ese lugar la capacidad para albergar a una comunidad, sostenerla y satisfacer sus necesidades para que los habitantes se sintieran a gusto allí. Implicaba que los retorcidos edificios que se elevaban del suelo y las irregulares y penumbrosas calles que serpenteaban entre ellos tenían un propósito, un diseño cabal dirigido a obtener algún beneficio de su extraña geometría. Implicaba suponer que las calles conducían a alguna parte, y que dentro de las moles de piedra con ventanas habitaba alguien.

Ninguno de esos principios podía aplicarse a la ciudad infernal.

En primer lugar no era un sitio para vivir, ni estaba diseñado para albergar seres sintientes de ningún tipo. Séfora nunca la había visto tan de cerca, y la sensación que tuvo al sobrevolar las caóticas avenidas y los desquiciados rascacielos fue de estar contemplando una obra de arte absurda, la obra maestra de una mente enferma a la que le habían concedido potestad para moldear la realidad a su antojo.

Nadie vivía en aquella urbe. Ni condenados, ni demonios, ni pesadillas... nadie. Los edificios no estaban huecos, sino que parecían la manifestación física de horrores que sólo la mente más perversa podía imaginar. Eran puñales de piedra a los que les habían crecido mamposterías de huesos y artesonados de cicatrices. Pilares de hematomas sostenían bóvedas quebradas, y ventanas que parecían ojos cortados miraban a la nada mientras columnatas de huesos podridos sostenían en alto esculturas sin forma.

Las calles tampoco eran tales. Nacían como simples espacios vacíos entre edificios y no conducían a ninguna parte, ni los ríos de sangre que parecían anegadas tenían principio ni fin. Eran arterias de un organismo muerto, un sistema nervioso concebido para soportar el dolor y el sufrimiento extremo.

Séfora siguió volando a Abaddón por encima de aquella locura, y entendió por primera vez en su vida lo que era realmente aquel lugar.

El Infierno no era una mazmorra, un lugar de condena para infinitos desdichados, sino la manifestación del sufrimiento de un solo ser. Uno solo, que llevaba agonizando y arrepintiéndose de unas decisiones tomadas en su juventud desde el principio mismo de la Creación. Alguien cuya comprensión del dolor, de la miseria, de lo que significaba la traición y el abandono por parte del único padre que había tenido (y que en un tiempo le había amado más que a nada en el mundo) era completamente pura.

Y Séfora estaba a punto de conocer en persona a aquel ser.

Eso le transmitió una sensación de miedo casi insoportable; fue una bofetada de terror que estuvo a punto de hacerla cambiar de dirección en pleno vuelo. No, no quería seguir avanzando. No quería volar hacia el hogar de aquella cosa. Tenía miedo de que al estar tan cerca de ella, el aura de tristeza que despedía bastase para destrozarla.

Pero tenía que seguir. Era su deber, su misión. Si ella no hablaba en nombre de la comunidad de ángeles, nadie más lo haría. Empleando un antiguo eufemismo humano, esta era su cruz particular.

Comenzó a pensar que aquello podía ser una sutil forma de venganza por parte de Abaddón. Si era cierto que había conocido a uno de sus niños, Erik, seguro que éste le habría traído de cabeza hasta el mismo momento en que apareció el Leviatán.

Séfora sabía lo irritante que podía llegar a ser el joven, así que elegirla a ella para abanderar la causa podría ser para Abaddón una forma taimada de decir: «Ahora vas a pagar tú por todo lo que tus pupilos me hicieron pasar, zorra».

Séfora sacudió la cabeza y pensó, con una media sonrisa: *Ay, Erik, desde luego eres único. Si no existieses, habría que inventarte.*

Fue al rebasar una muralla de edificios que parecían parvas de mies gangrenosa cuando lo vio.

Abaddón se dirigía veloz hacia la mayor construcción de la urbe, la que se erguía en su mismo centro. No parecía distinta en aspecto al resto de la ciudad, pero si todo aquello se había construido por la mera fuerza de la locura, allí, en aquel epicentro de un lugar que no tenía manera cabal de ser plasmado en un mapa, era donde la locura había actuado con más fuerza.

El Palacio de la Desdicha era un grito de piedra, la congelación en el tiempo de un instante de horror extremo que permanecería prisionero para siempre de su propia condición. Era una palabra hecha piedra, un vocablo

para definir la religión de la sangre, la demencia suprema, la maldad sin límites.

Y desde la cúspide, alguien vigilaba atentamente los confines de su reino.

Séfora compuso un rictus de espanto. El terror estaba a punto de hacer que sus alas fallasen, que se negasen a seguir sosteniéndola, con lo que ella caería a plomo hacia las calles que eran balsas de sangre estancada. Quién sabe si sobreviviría a una caída así. Quién sabe si ella querría sobrevivir.

—¡Estamos llegando! —le gritó Abaddón, unos centenares de metros por delante—. ¡Prepárate para todo! No sé si me dejará entrar a mí también, pero si no lo hace, tú estate tranquila —le advirtió, y por primera vez el demonio sonaba sincero—. Él jamás ha matado a un ángel dentro de los muros de su palacio, nunca, en toda la eternidad. ¡Estarás a salvo hasta que salgas!

Qué gran noticia, pensó Séfora.

Penetraron en la torre más alta del palacio por una ventana que parecía una herida abierta y supurante. El propio edificio se retorció de dolor víctima de mil enfermedades que lo castigaban como si fuera un ser vivo. Nadie se libraba del sufrimiento en el Infierno, ni siquiera los objetos presuntamente inanimados.

Séfora pisó baldosas rotas en un pasillo de techo abovedado. Una larga hilera de ventanas lo flanqueaba por ambas partes, ofreciendo una desoladora vista de la ciudad. En primera línea las cúspides afiladas de los edificios, y más allá, en la lejanía, las paredes de la cuenca del ojo tuerto de Lucifer, el lugar donde estaba emplazada la urbe.

Abaddón había podido entrar también. Parecía sorprendido por eso. Caminaba en silencio a su izquierda, y por los movimientos nerviosos que hacía con las manos y la cabeza, Séfora intuyó que tenía tanto miedo de estar allí como ella... y eso que era un demonio mayor, uno de los más antiguos y con un historial más cruel de cuantos se recordaban.

Pero nadie estaba a salvo en el Infierno, ni siquiera sus capataces.

Siguieron caminando en completo silencio hasta que llegaron a una especie de salón.

En realidad no era eso, sino un cruce de caminos, un lugar donde confluían varias docenas de pasillos tan desagradables y decadentes como el que habían seguido. Pero era el único lugar que habían visto hasta ese momento que parecía estar... habitado. Quizás porque alguien se había esmerado en decorar las columnas con particular diligencia, mezclando restos

calcinados de criaturas alienígenas y horrores sin nombre con un genuino sentido para los volúmenes.

Y en aquel nexo de caminos había alguien.

Séfora se cristalizó de puro miedo.

Todos los ángeles que habían poblado el Cielo soñaron en alguna ocasión con encontrarse en persona con el Enemigo, casi como la hazaña final de una vida llena de devoción a Dios y de gestas triunfales. Era un sueño que siempre acababa en tragedia, por supuesto, pues nadie salvo Dios podía resistir el enorme poder del Primer Creado, e incluso los Arcángeles más poderosos (como el Metatrón, Rafael, Gabriel o sus iguales) se verían en serios problemas si tuvieran que enfrentarse en un combate abierto contra Satanás.

Pero todos habían soñado secretamente con aquel encuentro. Incluyendo a Séfora. En una ocasión, su maestro le había dicho que tal ansiedad respondía a ese perverso anhelo de los ángeles de convertirse en mártires, sacrificando su esencia en pro de un bien mayor. Era una costumbre muy propia del Cielo y su manera de entender las cosas, a la que incluso el hijo terrenal de Yahvé había acabado sucumbiendo.

Ninguno tenía dudas de cómo habría acabado ese fatal y legendario encuentro. Pero lo que sí que pertenecía al terreno de la imaginación, de la curiosidad de cada cual, era su comienzo.

Cada ángel tenía su propio escenario imaginado para el momento en que vería al Mal cara a cara (¡aproximándose para la lucha en su forma primordial, atávica, con rasgos bestiales, cuernos retorcidos y exhalando chimeneas de humo negro por los belfos!), y desenvainaría la espada para enfrentarse a él.

Sin embargo, ninguno de los escenarios que Séfora había imaginado coincidía lo más mínimo con lo que se encontró al llegar a aquel cruce de pasillos.

El Diablo estaba sentado en un taburete, tocando el piano.

A Séfora le costó admitir mentalmente que la estampa que le ofrecían sus ojos era cierta. Pero no había modo de negarlo: Sí, era él, sin duda alguna, una silueta recortada contra un escudo de armas con cruces talladas que ocupaba la pared del fondo, bajo un palio de índigo real. Los muñones ensangrentados que nacían de sus omóplatos, que debieron sostener alas esplendorosas en otra época, lo atestiguaban. También su extrema belleza, el pelo rubicundo, los ojos profundos y azules, la tez pálida, los dedos largos y finos, la constitución poderosa. Era un auténtico efebo, el epítome de todos los efebos, y estaba desnudo y sentado frente a un piano. Y tocaba.

Pero Séfora no podía oír la música.

Los dedos volaban por las teclas, las pulsaban, las acariciaban componiendo algo parecido a un poema táctil, pero ningún sonido brotaba de aquel instrumento. Satanás, sin embargo, tenía esa expresión concentrada de quien flota en alas de la música, y trata de comunicar un mensaje tremendamente complejo disimulado en los arpeggios. Sus regias pupilas estaban posadas en el infinito, en línea con la tapa de aquel instrumento de madera, contemplando quién sabía qué maravillas cuya traducción era aquella música sicalíptica, aquella censurada melodía.

Alrededor de Satanás, sin embargo, sólo existía el silencio. Séfora se preguntó si es que ella no sería un ser lo suficientemente evolucionado, lo suficientemente poderoso y puro, como para oír la música del Demonio. O lo suficientemente loco.

Abaddón se limitaba a estar firme, tieso como un recluta en su primer día de instrucción, mirando a su amo con ojos vacíos, desprovistos de emoción. Pero igual que Séfora, transpiraba miedo.

Séfora no sabía qué hacer. Ni siquiera sabía si se esperaba que hiciera o dijese algo. Optó por esperar, que parecía a simple vista la mejor opción, hasta que el Diablo acabara de ejecutar su concierto mudo.

La última estrofa cayó como una línea escrita a contra-renglón en aquel pentagrama invisible. Retirar las manos de las teclas tenía la fuerza de un ritual, según parecía, y había que estar preparados.

El silencio se hizo más espeso. Más inquietante.

Séfora entendió que realmente había habido música en aquel lugar, vibrando en un plano que ella sólo podía intuir, no escuchar. Y que al acabarse había dejado el lugar mucho más muerto que antes.

Satanás permaneció inmóvil durante un rato, dejando que de sus dedos se evaporase todo recuerdo de las teclas.

Cuando la música se hubo apagado también en su interior, se volvió hacia sus invitados. Su rostro estaba enmarcado en un halo de pelo rubio y revuelto.

Preguntó con una voz perfecta, hermosa como nada que Séfora hubiera oído antes:

—¿Habías escuchado alguna vez una endecha por toda la Creación, joven luz?

El cerebro de Séfora estaba bloqueado, pero poco a poco una ganzúa escarbó en la cerradura hasta que se oyó un crujido de astilla.

Y el ángel descubrió que seguía teniendo boca, y que podía hablar.

—Nunca antes había hecho falta componerlas —balbució.

Ese comentario pareció hacerle gracia al señor del palacio.

—Tienes razón. Vivimos tiempos interesantes, aunque llenos de callejones sin salida. De muros infranqueables que cerrarán como barricadas todos los caminos, y ni siquiera la música podrá sorteados esta vez. No competiré con nadie aventurando hipótesis sobre el futuro, pero yo diría que esto se parece cada vez más al punto y final de algo. ¿Qué piensas tú?

—Yo... soy demasiado ignorante sobre demasiados temas como para que mi opinión cuente —dijo Séfora, en un arrebatado de sinceridad. Al instante se arrepintió, pero el Diablo no parecía ofendido por sus palabras, sino identificado con ellas.

—Te entiendo. Yo jamás me he preocupado por el futuro. Es algo que está programado de antemano, desde hace eones, así que no vale la pena esforzarse por predecido o dejar que te preocupen sus descabellados desenlaces. Lo sé porque estuve allí cuando se hizo, cuando las primeras piezas fueron colocadas en el tablero por aquella luminosa mano que no temblaba. Fue también en aquel momento... cuando vi el lugar que iba a ocupar mi propia pieza, el destino que me había sido reservado... y supe que no tendría más remedio que rebelarme para acatar el Plan Divino. Para cumplir la voluntad que Él dispuso para mí. —Dejó que su vista se fugase por los confines del panorama, a través de las ventanas. Séfora no pudo sino sentirse aún más sobrecogida al pensar que el cuerpo que Satanás se había fabricado para vivir dentro de aquel palacio, el que les mostraba en aquel momento mientras charlaba, era otro aspecto distinto de sí mismo adecuado a la escala de la urbe. Y que la distante montaña que veía en el punto de fuga del paisaje era la cicatriz de su propio ojo amputado.

Entonces, con un respingo, Séfora se dio cuenta de que el cuerpo «pequeño» del Diablo no era tuerto. Un detalle tremendamente sutil que comunicaba múltiples mensajes.

—¿Y tú, Joven luz? —le preguntó Satanás—. ¿Piensas a menudo en lo que vendrá, en si lo disfrutarás y te adecuarás a ello... o más bien en si tendrás una oportunidad de cambiarlo, aunque sea pequeña?

Séfora asintió muy lentamente.

—Si no me preocupasen los días futuros, no me esforzaría por hacer del universo un lugar mejor. A salvo de ti y de tus legiones. —Venga, pensó, por qué no admitirlo. Total, dijera lo que dijese él haría al final lo que le viniera en gana. No en vano lo llamaban desde tiempo inmemorial el Príncipe de las Mentiras—. Cada demonio que cayó bajo mi acero fue un punto y seguido

más en mi testamento por un mundo mejor. Y seguiría escribiéndolo por los siglos de los siglos, si me dieran la oportunidad.

El Diablo rió por lo bajo. Su risa tenía una densidad críptica, misteriosa, como la música que no era música.

—Hablas como una verdadera guerrera, eso me gusta. Es esa determinación, esa preclara confianza en tus posibilidades y en que la esperanza triunfará por encima de todo, lo que ha hecho que te eligiera como portavoz.

Así que fue él, no Abaddón, se asombró el ángel, mirando de reojo a su acompañante. *Maldito testafarro...*

—¿Por qué querías que el portavoz fuera un guerrero? —preguntó Séfora—. ¿Por qué no querubines, o aspectos? ¿Por qué no un Arcángel?

El Diablo la miró a los ojos, directamente, por primera vez. Ella volvió a sentir cómo se le cristalizaban las articulaciones, cómo se ralentizaba su velocidad de pensamiento. Se dio cuenta de que Abaddón gemía a su lado, intentando estar tan quieto que pudiera confundírsele con la decoración.

—La rueda en la que giramos amenaza con detenerse, completando el gran giro que la llevará otra vez al punto de partida. Pero nada de eso nos dice qué será de nosotros al final —siseó el Maligno. Chorretones de sangre caían por su espalda, manando de los muñones, de aquellas heridas condenadas a permanecer abiertas por toda la eternidad—. La ignorancia. Esa es nuestra gran maldición. Desconocer si al caer la rueda destrozará nuestras fichas junto con el propio tablero... o si el juego volverá a empezar desde cero, como si mil eras pasadas no fueran sino un espejismo. Un engaño planificado antes de concebir el tablero y los peones que serían las víctimas de tan despiadado juego.

—Hablas... de manera muy compleja. Me cuesta seguirte.

—Es que el mal es complejo. Ni un ápice de más ni de menos que el bien.

Satanás acarició el cuello de Abaddón, como si no fuera más que una pieza del mobiliario o una mascota. Allá donde la piel de ambos se rozó, surgieron hematomas y feas quemaduras en la carne del demonio.

Abaddón, sin embargo, no osó moverse ni un milímetro. Soportó todo lo estoicamente que pudo la tortura, hasta que unas lágrimas de agonía rodaron por las mejillas de su disfraz. Sabía a lo que se exponía si desagradaba a su señor: un pensamiento de su amo y mil pesadillas encarnadas acudirían para someterlo a los peores tormentos imaginables, desgarrando su carne hasta desnudar el brillo de los huesos.

Y lo más angustioso de todo era que una decisión así no tenía que tener un porqué, un motivo lógico. Sería así por capricho, y punto.

Satanás se olvidó de él, como si el collar de hematomas que le había tatuado no fuese sino un regalo, una presea cuajada de diamantes que desde ese momento llevaría para siempre colgada del cuello.

—Será un guerrero quien hable por tu pueblo —dijo, respondiendo a la pregunta de Séfora— porque sólo alguien que haya puesto su vida en juego por defender el Cielo podrá tomar la decisión adecuada.

—¿Q... qué decisión? —tembló Séfora, suplicando interiormente porque aquellas manos finas, aquellos dedos perfectos, se mantuvieran lejos de su cara.

—La decisión final —sonrió el Diablo—. Ve, joven luz, y dile a tu gente que podrán permanecer aquí, sobre Nos, el tiempo que queda hasta la confrontación final. Cuando ésta llegue deberemos unir fuerzas, por el bien de todos, o la siguiente oleada del Diluvio que acabó con tu hogar nos borrará de la existencia. Los que lo deseen, por supuesto, podrán marcharse, pero si lo hacen nunca más encontrarán santuario en los Planos Superiores. Tendrán que vivir exiliados en el Plano Material para siempre.

—¿Quién se irá? —preguntó Séfora, aunque la cuestión que realmente rondaba su mente era *¿quién, habiendo visto este lugar, no querría irse?*

Satanás volvió a colocarse ante el piano.

—Los cobardes que no poseen el valor suficiente para enfrentarse a Su ira.

Los dedos volvieron a hundirse en las teclas, y la sensación de vacío relleno que provocaba la no-música se expandió por el aire.

A Séfora le intrigaba aquel ser incluso más de lo que lo temía. Intuyó que los misterios de la vida y la muerte eran visibles para él en los más sutiles detalles de la vida cotidiana, como el ritmo de una persona al andar o la música de un alma al fundirse con la carne en el instante cero. Así sí que era fácil poder emitir grandes juicios sobre cualquier cosa.

—Tiempos interesantes, pequeña luz —canturreó el Diablo—. Las cantidades secretas escondidas en nuestros nombres nos dan el valor exacto de nuestra desdicha^[1]. Ahora que los canales entre el mundo terrenal y los Planos Superiores ya no existen, las almas no tienen adónde volar. Y volverán, lucecita, volverán por donde han venido. Eso te lo garantizo...

—¿Qué pasará con nosotros?

—Id preparándoos para la llegada del segundo Leviatán, aquel que gobierna los vientos. Será más terrible que el anterior, pues es el guardián de

la tormenta. Vendrá a cobrarse su venganza, y puede que ni siquiera Cielo e Infierno luchando juntos sean capaces de detenerlo.

El Diablo se concentró de nuevo en su música.

Séfora supo que allí nada más habría para ella, y dando gracias interiormente por haber podido escapar ilesa de aquel lugar (en el fondo había temido desde el principio que aquel fuera un viaje sin retorno), siguió a Abaddón de regreso a la planicie. Se sentía anímicamente vacía y emocionalmente exhausta, pero estaba viva. ¡Viva!

Ninguno de los dos habló durante el trayecto. No hacía falta. El mensaje del señor del Infierno era claro y conciso: los que se queden deberán pagar su estancia luchando contra la siguiente oleada del Diluvio Universal, el segundo gran Leviatán de los tiempos ancestrales, que ya se acercaba para vengar la muerte de su hermano.

Los que tuvieran miedo, o no creyeran realmente que hubiera una solución para el problema, podían marcharse al único sitio que seguramente se libraría de la Ira divina: la Tierra. Al fin y al cabo, después del Primer Diluvio, del que únicamente escaparon Noé y su familia, Yahvé juró no volver a anegar las tierras emergidas ni destruir a su estirpe. Y para ello creó el arco iris, una rúbrica para ese pacto que aparecería en el cielo cada vez que necesitara recordar su juramento.

Huir era una poderosa tentación, aún bajo la promesa de ser parias de por vida. ¿En qué se convertirían, tanto ángeles como demonios, si se vieran obligados a pasar por una experiencia así?

Séfora presintió que no tardarían en averiguado.

Volverán, volverán por donde han venido...

VOLANDO AL NUEVO MUNDO

El tiempo sobre el Atlántico Norte estaba revuelto. Gruesas nubes se amartillaban unas sobre otras, apilando su furia contenida, formando montañas cremosas que se iluminaban de vez en cuando por algún rayo mientras abajo, muy abajo, donde el mar se convertía en una llanura azul recorrida ocasionalmente por la estela de algún petrolero, el viento sembraba de plumas el oleaje.

Cuando se volaba tan alto, el suelo se convertía en una abstracción.

Tanya esperaba que la magia que les ocultaba a ojos humanos (ya fueran orgánicos o electrónicos) siguiera funcionando, o las estaciones de radar que aún sobrevivían a la paranoia de la Guerra Fría tendrían motivo para montar una fiesta esta noche.

Ella formaba el vértice de un triángulo que incluía a sus amigos, Erik y Mauro, ambos callados y taciturnos desde que había comenzado el vuelo sobre el océano. Habían dejado atrás su ciudad (no antes de despedirse de nuevo de sus padres, cosa que no les hizo demasiada gracia) y habían puesto rumbo al lugar del mundo que tenía el récord de «plumas aparecidas» durante el Fenómeno: Crescent City, Estados Unidos, costa oeste. Hacía muchísimo frío a aquella altura, cincuenta o sesenta grados bajo cero, pero la magia los protegía de la temperatura igual que los escudaba de los radares.

Pensando en sus padres, Tanya opinó que era mejor así. Estar lejos de ellos, aunque le doliera. Tenía muchísimas ganas de verlos, de pasar un tiempo con ellos y con sus amigas del instituto, respirando un poco de vida cotidiana. De existencia «normal». Pero si se quedaba demasiado tiempo en compañía de sus familiares, los pondría en peligro. Ellos poseían la reliquia, la espada sagrada, y no debían olvidar que el dichoso objeto era un objetivo de máxima prioridad para los demonios.

Además, ya saben dónde vivo, pensó con preocupación, recordando el primer asalto de los demonios a la casa de sus padres, cuando Séfora la salvó por los pelos. Entre los tres habían hecho lo posible para escudar la casa con hechizos de protección, pero aún así no se sentía tranquila. Lo mejor era alejarse hasta que aquel maldito asunto se resolviera de una vez, y atraer la atención del enemigo sobre sí misma. Siguiendo ese razonamiento, cuanto más lejos volara, mejor. Aunque tuviera que cambiar de continente.

Por fortuna, la ciudad a la que les iba a llevar su investigación de las misteriosas plumas estaba lejos, muy lejos, en la costa oeste de Norteamérica. A todo un océano y un continente de distancia (¿suficiente?, no, con los demonios nunca se podía estar seguro de nada). Hasta su nombre, Crescent City, le parecía tremendamente evocador. Antes de partir en compañía de sus amigos se había conectado una última vez a Fastnet y se había descargado a través del *Google Earth* una serie de fotos del lugar para saber qué les aguardaba.

Le gustó. Tenía aspecto de ser una población tranquila, de esas en las que la gente sabía cómo vivir con un ritmo sosegado, forjado un poco a la antigua usanza, y donde nunca pasaba nada.

Salvo el día en que llovieron plumas de ángel.

¿Por qué, según los estudios que los humanos habían hecho desde el Fenómeno, fue en Crescent City donde se recogió un mayor volumen de plumas en todo el planeta? ¿Acaso tenía que ver con la energía mágica del lugar, esa que ellos eran capaces de percibir desde que se habían vuelto ángeles y los hombres no?

¿Por qué había sucedido allí y no en otros lugares que tradicionalmente despedían mayor cantidad de energía mística, como Egipto, Londres, el fiordo de Ardalsfj o Tokio? ¿Por qué en una ciudad menor de Estados Unidos que ni siquiera había salido aún en ninguna película?

Tanya rió internamente ante la ingenuidad de ese pensamiento. Como si salir en las películas americanas fuese garantía de ser importante. Si fuera así, toda la guerra entre Cielo e Infierno transcurriría en Nueva York, o en Los Ángeles (esa ciudad invadida por aliens fin de semana sí y fin de semana también), y no en los Planos Superiores.

De repente, una luz los interceptó de frente. Parecían dos pérfidos ojos brillantes que se movieran a gran velocidad entre nubes densas, acercándose a los tres ángeles.

Los tres efectuaron una maniobra ascendente automática, más cuestión de reflejos que otra cosa, esquivando por pocos segundos el avión comercial que

venía en su misma dirección. Era un enorme Boeing de cuatro motores, preparado para vuelos intercontinentales, con el emblema de la PANAM abriendo sus alas en un costado, que surgió de improvviso del colchón de nubes como un coloso de hierro y luces.

El corpachón del monstruo pasó sembrando cuatro largas toberas de gas frío que alancearon las nubes. Tanya tuvo la fugaz visión de algunas de las personas que se recortaban tras aquellos cristales iluminados de amarillo, gente que o bien apoyaba la cabeza contra la ventanilla dejándose dormir, o leía tranquilamente algún periódico, o prestaba atención a la pantalla que tenía delante donde pasaban una película... o eran madres que jugaban con sus hijos pequeños, intentando distraerlos en su primer viaje de larga duración, con la felicidad derramada en el rostro.

Tanya supo entonces por quiénes estaba luchando. No sólo por las almas de los que ya habían partido, y que ahora no tenían ningún sitio adonde ir, sino por los que seguían allí, vivos; sintiendo, amando, sufriendo, rezando cada noche porque sus vidas tuvieran un sentido, una meta, un recorrido digno...

Seres humanos, como había sido ella no hacía mucho. Gente buena, pero mala también; joven y vieja, esperanzada o deprimida, con proyectos por delante o decepciones por detrás. Aquel avión tan grande era una metáfora de la misma Humanidad, pues cualquier persona, en cualquier rincón del Globo, estaba embarcada en su viaje particular hacia alguna parte, esperando con todo su corazón que hubiese un premio tras la meta que compensase el esfuerzo.

Sí, Tanya sabía por quiénes estaba luchando. Por todas aquellas vidas mortales que eran como un festival de música en directo, con sonidos de dulces resonancias que evolucionaban ganando significación conforme se acercaban a la concordancia. Muchos humanos juntos formaban música, una sinfonía espiritual que había que proteger.

En lo que no confiaba, sinceramente, era en sus posibilidades reales de sobrevivir a esa lucha. No estaba para nada segura de poder acabar no sólo triunfando en su misión, sino también contándolo.

¿Qué les deparaba el futuro?, se preguntó mientras hacía una cabriola alrededor del chorro de gas del motor.

No encontró respuesta. Sólo el propio Yahvé podría saberlo, pero Él ya no era una fuente fiable a quien pedir una opinión.

—¡Veo tierra! —gritó Erik de repente, señalando hacia abajo.

Tanya concentró la vista. En efecto, aquello tenía que ser la costa este de Canadá, posiblemente (si el GPS manual que se había traído de casa —oferta de miedo en un centro comercial cercano—, y que llevaba asido al brazo con una correa, no mentía) la Bahía de Ungava, junto al mar del Labrador. Una hora más de vuelo y alcanzarían la Costa Oeste, bajando por la Columbia Británica hacia Oregón. Crescent City aparecería más o menos coincidiendo con el atardecer, hora local.

Tanya sonrió, pensando con placer en las inmensas posibilidades de aquella forma económica y absolutamente libre de viajar. Era un auténtico motivo de felicidad, una razón más para sentirse orgullosa de ser un ángel. Se acabaron las colas en los aeropuertos, las aduanas, las interminables horas encajada en los asientos de los reactores...

Aunque claro, también había inconvenientes. A ver cómo se las arreglaba para cargar sobre sus hombros a sus padres y todo el equipaje, si quisiera hacer un viaje en familia. *Vuele en aerolíneas Tanya*, imaginó el eslogan, *aunque más le vale que se lleve un buen abrigo si no quiere morir congelado*.

Los ángeles descendieron mil pies y volaron a ras de tierra, para distinguir mejor los accidentes del terreno. El GPS indicaba que iban por buen camino.

El sol se les escapaba por el oeste, pero si corrían lo suficiente, sabían que podrían llegar a atraparlo.

Rhea acabó de deshacer la maleta y metió las mudas de ropa (que conformaba el grueso del equipaje, casi todo de color negro) en el armario que había sobre la cama. En la mesilla de noche encontró hueco para su bolso de abalorios, lleno hasta los topes de colgantes, anillos, pulseras y cien tipos distintos de adornos de metal, lo que usaba para decorar su cuerpo cuando se sentía muy... scene. Y más aún al scene-dark (mezcla de scene y emo) al que pertenecía ella. La mayor parte de los abalorios tenían formas extravagantes o abiertamente fantásticas, como anillos con silueta de dragón retorcido o pendientes con cruces cristianas, donde el sufrido ocupante era un icono del cine juvenil mortificado para la ocasión.

Decidió que no era el momento de rescatar toda la estética oscura, al menos hasta que la gente del barrio se acostumbrara un poco a ella. No quería cargar a su tía con un excesivo bagaje de habladurías y rumores, con lo amable que estaba siendo con ella, dándole un techo y comida cuando podía perfectamente haberla ignorado.

Además, decidió que tendría mucho cuidado al ducharse o al bañarse en el mar, porque no quería que su tía viese los piercings que llevaba. ¿Le importaba lo que fuese a pensar?

En otra época no. Ahora... uhm, tenía que meditarlo.

Todos esos remordimientos, en el fondo, la carcomían por dentro. No quería sentirse culpable por ser como era, ni sentía la más mínima necesidad de disfrazarse para parecer otra persona. Rhea era así en su interior, sufría y lloraba por sí misma y por el mundo. Eso no había cambiado por el mero hecho de abandonar Grecia, y su aspecto externo era (o más bien, tendría que ser) un reflejo de toda esa alquimia secreta.

Pero tenía que andar con pies de plomo. No tenía dinero, tampoco se le ocurría en qué podía trabajar y la crisis mundial del petróleo no aseguraba que hubiesen ofertas de empleo para jóvenes en ninguna parte. Ni siquiera en Crescent.

Era su segundo día en la ciudad y apenas había abandonado el faro, así que decidió dar un paseo. Le vendría bien para estirar las piernas y respirar un poco el aire costero de la ciudad. Se vistió lo más formal que pudo (lo cual, teniendo que elegir exclusivamente entre el abanico siniestro de su ropero, no era mucho) y cruzó el istmo hacia las calles de la ciudad. La marea estaba baja, así que pudo hacerlo sin mojarse las botas.

Abandonó las manos en los bolsillos, pegándose un post-it mental en la frente para acordarse de recuperarlas luego, y echó a andar sin rumbo fijo. Subió por la calle Wendell y torció a la derecha, sin preverlo de antemano, al llegar a la esquina con la séptima. Encontró un campo de béisbol vacío pero bien cuidado, donde ondeaban varias banderas. Justo en la manzana de enfrente estaba la comisaría; la esquivó cruzando la calle y bajando por el laberinto cuadriculado de casas en dirección, nuevamente, a la playa.

No es que tuviera nada en contra de aquellos policías... pero la experiencia en Santorini le había enseñado que más le valía permanecer en las sombras, sin hacerse notar.

La gente la miraba a cada rato. Podían notar que había algo raro en ella, además de su condición de extranjera. A Rhea no le importaba. Que mirasen todo lo que quisieran; si ella andaba cabizbaja era porque consideraba que al mundo sólo había que verlo de reojo. Y si el carmín de sus labios era negro, era porque lo que transmitían sus besos no era dulzura, sino melancolía.

Sacudió la cabeza. No, no debía volver a pensar así. No todavía.

Lo de Mauro (*¿quién?*) le había dolido (*¿cómo, ya lo estás admitiendo, tan pronto?*) demasiado.

Él no merece tu piedad.

Miró a la sombra que estaba proyectando sobre las baldosas, y que se empeñaba en andar siempre por delante. Delgada, un capirote de luz sin apenas cabeza. Sin apenas raciocinio.

Todos merecen algo de piedad, por eso el mundo es tan triste.

No, él no. Todos menos él. Te dejó, te abandonó cuando más le necesitabas. Has recorrido medio mundo para huir de esos sentimientos.

Ya, pero es que los sentimientos existen. Y Mauro no me abandonó, sólo... aprendió a ser feliz.

Aprender. A ser. Feliz. Dejándote a ti atrás.

Sí. Por desgracia sí.

—Por desgracia sí —repitió en voz alta, sin darse cuenta.

Entonces se fijó en el lugar al que la habían llevado sus erráticos pasos.

Era un cementerio.

La extrañó hallar aquellos rostros cincelados en piedra, de estatuas y mausoleos carcomidos por la hiedra, en mitad de una ciudad tan del siglo xx, una ciudad tan prefabricada y de aspecto moderno. Aquel camposanto parecía llevar siglos allí, incluso desde antes que la primera caravana llegara a estas costas y fundase, *Biblia* en mano, una nueva comunidad cristiana a mayor gloria del Señor.

Rhea puso un pie en la acera, saliendo del límite del cementerio, pero algo la retenía. Quería seguir vagabundeando por las calles (en busca de, tal vez, alguna tienda de tatuajes o una librería gótica, ¿las habría en Crescent, o tendría que fundar ella la primera?), pero su cuerpo no.

Su cuerpo quería entrar a pasear entre las tumbas.

No le hizo rogar demasiado. Él sabría qué era lo mejor para su estado de ánimo.

Empujó la puerta y entró. Había una cámara y un portero automático, pero nadie asomó la nariz ni activó el altavoz para preguntarle quién era y qué buscaba, así que siguió adelante con cara de tener todo el derecho del mundo a estar haciendo aquello.

Cuántas puertas le había abierto en el pasado esa misma actitud.

El ambiente distaba de ser tranquilo, pero era por el ruido. Las avenidas más frecuentadas de la ciudad pasaban junto a aquel solar, por lo que el sonido del tráfico, las señales auditivas de los semáforos y el clamor en desbandada de zapatos al cruzar los pasos de peatones se confabulaban para no darle ni un minuto de tregua al camposanto. Pero por otra parte, allí dentro

no había nadie. No había ni un alma sustituyendo ramos de flores marchitos por otros frescos, ni empleados de mantenimiento ni visitantes ni fantasmas.

Rhea paseó la vista por las filas de lápidas y los jardines que las rodeaban, reduciéndolos a colores: verde hasta emborrachar los ojos, azul para calmar el alma, blancos salpicados de rojos en lluvias de pétalos, canelos y amarillos meciéndose con parsimonia al abrigo del viento.

Incluso a aquella distancia se seguía oliendo el mar, y también los colores de sus olas y sus gaviotas, colores alzándose en vuelo de manera acompasada. Colores que cantaban, que pescaban, que se difuminaban unos en otros para crear nuevas gradaciones del espectro.

Qué lugar tan plácido, pensó.

Pero era un cementerio.

Ella antes solía frecuentados, cuando buscaba los santuarios hechos de silencio junto a...

Ni se te ocurra nombrarle otra vez. Idiota. Tienes que olvidarle.

—De acuerdo. Lo intentaré —se respondió a sí misma.

Dudaba mucho que pudiera conseguirlo, al menos en un breve plazo de tiempo, como le demostraban esos pensamientos que no paraban de invocar el nombre de su antiguo amante. Pero eso tenía que acabarse. Se suponía que quería exorcizarlo, no preservado en formol en su corazón.

En lo poco que quedaba entero de su corazón, más bien.

La parte de su alma que no pensaba, la que no comprendía los motivos por los que no deseaba recordar a ese chico, sí que lo tenía muy presente (*¡a mis espaldas, la muy canalla!*). Era una especie de santuario mental en el que Rhea, sin saberlo (porque de haberlo sabido conscientemente habría ido a buscarlo con un pico y una pala para hacerlo añicos, o enterrarlo lo más profundamente que pudiera en su subconsciente), había almacenado todos aquellos recuerdos, los buenos y los malos y los regulares, todos los que le traía su relación con Mauro.

Eran joyas que valía la pena atesorar, a pesar de que el orfebre de su corazón se negara a tallarlas. Esas joyas eran los momentos importantes de su relación. Una relación que, como todas, había pasado por distintas y muy complejas fases, no todas positivas. Pero no eran sólo los buenos momentos los que apuntalaban una relación. Rhea sabía bien que dos personas podían atraerse de muchos modos, físicamente, mentalmente, espiritualmente... pero hasta que el temple de esa atracción no se pusiera a prueba en la llama del tiempo (de los días, de los meses, de los años) no podría saberse si era amor auténtico o un simple encaprichamiento.

Rhea podía experimentar necesidad de muchas y variadas maneras hacia otro ser humano. Podía quererlo, necesitarlo, tener que estar junto a él más que nada en el mundo, perdonarle sus fallos si él hacía la vista gorda con los suyos... ¿pero era eso amor?

No. Había que tener cuidado.

Amor era una palabra muy fuerte. Y peligrosa, si uno no sabía manipularla con cuidado.

El tiempo era la fragua donde se forjaban los vínculos de verdad, los duraderos. Los que podían ser sometidos a las mayores presiones y salir airosos, con apenas unos rasguños pero sin llegar a romperse. Mauro y ella (este recuerdo estaba almacenado en ese santuario interior en el quinto estante de la derecha, sobre las imágenes de las velas de cumpleaños de cuando era niña, y justo debajo del sabor del primer beso) se habían conocido en un momento en que sus brújulas apuntaban a lugares aleatorios. Ninguno tenía norte, vagaban sin hoja de ruta por ciudades desconocidas. Cuando esto pasa, cuando dos personas sin norte caminan al azar, estadísticamente sólo pueden acabar de una manera.

Chocando.

Hubo un momento en que la aguja del corazón de Rhea apuntó justo hacia la de Mauro, y ¡zas!, el pasado que se hace trizas contra los espejos llenos de ilusiones del futuro, hasta luego cariño y a barrer los destrozos. Ninguno de los dos reconoció inmediatamente al otro, pero eran dos islas en movimiento perpetuo que dejaban su propia estela en el océano de la melancolía. Había que ser ciego para no darse cuenta.

Así que se encontraron, y ella se fijó en su raro atuendo, y le preguntó cómo se llamaba, y él le pidió un hombro donde apoyarse porque se sentía fatal y...

Y...

Y.

El padre de Rhea sabía mucho sobre esos «y». Los había escuchado infinidad de veces en el diván de su consulta, cuando todavía era un psicólogo de prestigio. Pero claro, de eso hacía ya la tira y media de cervezas. Rhea le habría consultado sobre su relación con Mauro, pero él ya no sabía nada sobre la vida, salvo que era espumosa y burbujeante y que no valía la pena vivirla sino a trozos, a oleadas encerradas entre resacas enormes. Había perdido el norte todavía más que la brújula que no funcionaba en la cabeza de su hija.

Lo cual resultaba ser un motivo tan bueno (o tan estúpido) como cualquier otro para explicar por qué habían abandonado Crescent City y se habían

mudado a una isla perdida del mar Egeo. Preciosa, por otro lado. Preciosa y laberíntica.

Fue en uno de esos laberintos donde Rhea se perdió tratando de alejarse de todas esas cervezas de más que le estaban haciendo imposible la vida, de esos espacios en blanco en la agenda familiar que nadie sabía cómo rellenar... y así estuvo, tumbo por aquí, tumbo por allá, buscando la prosaica salida del laberinto. La idea de ser ella misma, ¡de encontrar su maldito lugar en el mundo!, la impulsaba en diferentes direcciones, aunque sentía una amarga insatisfacción ante su propia inconsistencia.

Recordaba perfectamente la primera vez que vio a Mauro paseando entre la multitud (undécimo estante empezando por el fondo, frente a la estantería de los sabores de los helados y el terror que le provocaba ver una mantis). Era de madrugada, una calle llena de gente que festejaba alguna tontería. Él no parecía ni siquiera lejanamente un emo, o un scene, o... lo que fuese aquello en lo que ambos devinieron después. En realidad tenía una pinta bastante estrambótica^[2]. Llevaba puestos unos pantalones ajustados negros, de ciclista, unas botas altas que bombeaban aire en el dobléz de la rodilla, y una chaqueta decorada con toscas barras de cadmio que parecía robada de algún gulag industrial ruso. Ra-ri-to.

Los chicos que frecuentaban las discotecas de Santorini solían cuidar muchísimo su aspecto físico, y eran tan detallistas con eso que parecían cortados por el mismo patrón: la mayoría eran corpulentos, algo pendencieros y con rasgos enfáticos, muy marcados. En comparación, Mauro era tan, pero tan distinto, con ese aspecto exterior de me-importa-una-mierda-lo-que-pienses, que era el único en toda la calle que conseguía ser alternativo en un universo de alternancias de moda.

Rhea y Mauro coincidieron avanzada la noche a ambos extremos del mismo martini. Tras hablar con él, y constatar que su intelecto iba más allá del nivel de conversación de párvulos (como el de la mayoría de los guaperas que intentaban ligársela porque tenía cara de chica fácil), y sin poder resistirse a ese aire de perrito abandonado, a esa mirada de chaval desvalido con historia que contar... Rhea supo que aquel chico era para ella. Posesivamente hablando. Y así quedaron grabadas la mitad de las tablas de la ley que regirían su futura historia.

Suspiró.

Los estantes del santuario interior de Rhea amenazaron con abrirse más de lo debido y dejar entrar un poco de su yo consciente, por lo que se cerraron con un ¡plaf! brusco que sonó a «vamos a dejarlo todo para más tarde, que no

vale la pena hurgar entre sentimientos tan dolorosos», y Rhea apiló sin querer unas cuantas cajas delante de ese estante. Eso, eso, obstáculos, barreras, murallas chinas larguísimas, para que fuera difícil abrir de nuevo esos cajones.

Rhea estaba tan perdida en esos caóticos pensamientos que intuyó más que vio a alguien deslizándose entre las tumbas, cerca de su posición.

Otro visitante en busca de consuelo, de la callada respuesta de los muertos, imaginó.

Decidió no molestarle. Seguro que lo que necesitaba, si había venido a este sitio, era soledad. Curiosamente, había muchas preguntas sobre la vida a las que sólo podía contestar el silencio.

Siguió caminando un rato más. Si se concentraba, hasta podía llegar a ignorar el molesto ruido del tráfico. ¡Maldita sea! ¿Por qué a nadie se le había ocurrido nunca poner al lado de los cementerios una señal de esas de «Se ruega silencio», como las que había junto a los hospitales? ¿Es que a nadie le importaba hoy en día la placidez de sus difuntos?

De nuevo escuchó el ruido entre las lápidas. Por más que estiró el cuello no vio asomarse a nadie.

¿Un perro en busca de algo que comer? No supo por qué, pero una ligera inquietud empezó a taladrarle el ánimo. Era como si supiera que no había nada que temer, porque aquella era una ciudad pacífica (o eso le había dicho su tía, a pesar de los locos que a veces llamaban a la radio para compartir sus paranoias), pero al mismo tiempo...

Iba siendo hora de continuar con su paseo en busca de una tienda que le gustase. Piercings, tatuajes, Ropa gótica. Seguro que entre todos los comercios de Crescent existía al menos uno que...

Un crujido, seguido de un lamento.

Pero no un lamento normal.

El vello de su nuca se puso de puntillas. Aquel sonido tenía una cualidad antinatural, algo que sólo podía describirse como de fuera de este mundo, porque ninguna garganta humana o animal podía haberlo producido sin hacerse trizas en el intento.

Rhea siguió andando, cada vez más deprisa. No le hacía falta llegar a la puerta de salida, porque la verja era baja y podía saltarla con poco esfuerzo para integrarse en el tumulto ciudadano, en el ruido del tráfico, en los cientos de suelas que golpeaban el pretil al subir o bajarse de las aceras.

Esa humanidad a la que siempre había despreciado, y que ahora echaba de menos como un caballero en busca de su escudo.

Algo se movió, lo vio claramente por el rabillo del ojo. Y (*por Dios, que sea una ilusión*) cuando esa cosa, fuera lo que fuese, se lanzó a correr tras ella, y Rhea, obedeciendo a un impulso primario, echó a correr también (vamos, vamos, vamos no te pares) volvió a sonar aquel crujido que se le antojó terriblemente parecido al del hueso cuando se rompía, aunque ella no había escuchado jamás romperse ningún hueso, y las sombras de las lápidas se alargaron formando barrotes de una jaula que crecía a su alrededor, y la verja estaba cada vez más lejos, como si tuviese voluntad propia y no quisiese que Rhea la alcanzara, y entonces...

Sus pies tocaron la acera.

Había saltado por encima de los picos oxidados de la verja, sin cortarse de milagro. Y allí estaba, en la calle, junto al semáforo. De vuelta a la civilización. Con una señora que le lanzaba una callada mirada de reproche desde debajo de su paraguas.

Había empezado a lloviznar. Las gotas estaban más en suspensión que cayendo por su propio peso, pero había suficiente humedad en el ambiente como para empaparle la chaqueta si no buscaba refugio.

Rhea miró atrás, jadeando, al otro lado de la verja. Y lo que le pareció ver (porque no había manera de demostrar ante ningún jurado que aquella locura estuviese pasando de verdad) fue un rostro que desaparecía entre las sombras, a plena luz del día. Y también cómo aquellas mismas sombras se acortaban, elásticas, volviendo a su posición de reposo tras haberse inclinado sobre ella.

Rhea maldijo. Tenía que contárselo a alguien, aunque la tomasen por loca. Desahogo. Su tía Gemma sería una buena candidata. Sí, cuéntaselo a alguien, no te lo guardes para ti, no explotes por dentro. *Si te lo guardas sufrirás más.*

Corrió de regreso al faro, dándole forma en su cabeza a la estrambótica historia. Se lo contaría a Gemma o explotaría, pero de la forma más cabal posible, claro. Una cosa era que el mensaje en sí fuera la transcripción de una pesadilla, y otra que la manera de contado pareciera la de una chiflada.

Lo único que dudaba si contar o no era lo que aquel rostro hecho de sombra parecía tener pegado a la cara, como cosido a ella.

Una pluma blanca, grande y manchada de sangre.

El GPS de Tanya indicó por fin la longitud y latitud deseadas. Ella miró hacia abajo, a los islotes que se desgranaban perezosamente de la costa frente a una playa invadida de gaviotas, y vio una ciudad. No era muy grande, y su rasgo

más distintivo (al menos desde el aire) era un faro blanco y rojo construido sobre un islote.

Crescent City Habían llegado.

—¡Ahí está, bajemos! —les gritó a sus compañeros. Erik y Mauro asintieron y descendieron sobre la urbe trazando elegantes espirales.

Tanya sonrió al verlos; había que ver cómo se adaptaba el ser humano a una condición tan anhelada como era el vuelo libre, un sueño tan viejo como la humanidad y que ellos estaban aprendiendo a convertir en un arte.

Otro de los procedimientos que había que dominar si eras ángel era el de la «aparición repentina». En cuanto plegaran las alas y las hicieran desaparecer, se volverían visibles ante el género humano. Y eso podía acarrearles más de un problema si no elegían con cuidado el momento y el lugar. Alguien podría verlos materializarse de la nada en medio de la calle, o la cámara de un banco grabarlos mientras hacían ¡pop! espontáneamente detrás de un coche aparcado.

Antes de volverse visibles, por lo tanto, miraron bien en derredor y se aseguraron de que no hubiese nadie cerca, ni cámaras de tráfico ni otros dispositivos de vigilancia. Era un riesgo calculado, pero el truco favorito de Erik (esconderse en el probador de una tienda de señoras y salir con cara de «este sujetador no es de mi talla») no siempre estaba disponible.

Eligieron el lugar más desierto que encontraron, un cementerio donde hasta los muertos parecían estar aburridos. Se escondieron tras unas lápidas y asomaron la cabeza, ya visibles, sacudiéndose el agua condensada de los pantalones. Volar a tanta altitud siempre les empapaba la ropa.

Mauro sintió un escalofrío.

—¿Qué fue eso, *jet lag*? —preguntó Erik.

El joven miró a las lápidas, como si algo estuviese mal allí.

—No... no lo sé. De repente he notado... una presencia.

—Una presencia que no había sentido desde... —barruntó Erik, volviendo grave y hueca su voz—. Anda ya, despierta, tío. Estamos en América.

—¿Qué clase de presencia? —preguntó Tanya.

Ella también notaba que había algo raro en aquel cementerio, pero no podía precisarlo.

Mauro hizo un mohín, restando importancia al asunto.

—Es igual, ya ha pasado. Deben de ser los nervios.

—Relájate, tenemos una misión. Hay que interrogar discretamente a la gente de la ciudad a ver qué nos pueden contar sobre el día de la lluvia de

plumas. Puede que haya muchos que aún guarden una muestra en sus casas. No todas se evaporaron.

—Propongo que empecemos por el centro oficial de cotilleos de cualquier ciudad —sugirió Erik—. Si alguien sabe algo, seguro que todas sus historias han tenido que confluír allí.

—¿La peluquería? —aventuró Mauro.

—No. El periódico local. Seguro que en este poblado tienen periódico o radio propia. Puede que hasta cadena de televisión.

—Buena idea, Erik. Tú busca ese periódico —aprobó Tanya—. Yo preguntaré si hay alguna emisora de radio en las cercanías. Y tú, Mauro...

—Creo que iré a la peluquería —sonrió—. Nos veremos aquí mismo dentro de dos horas, intrépida líder.

—Muy bien. En marcha. ¿Sabéis si el don de lenguas sigue funcionando, aunque la fuente de la sabiduría esté...?

Los tres cambiaron automáticamente al inglés, en concreto al dialecto que se hablaba en aquella zona.

—Sí.

—Sí.

—Menos mal. Pues venga, en marcha.

Mientras se separaban en tres direcciones aleatorias (ya averiguaría cada uno dónde estaba emplazado el edificio que buscaba, en cuanto empezaran a preguntar), Mauro creyó ver algo. Por el rabillo del ojo distinguió una figura que saltaba la verja del cementerio al otro extremo del patio de lápidas.

Parecía una chica joven, adolescente, y había algo sospechosamente familiar en ella que...

No. Sacudió la cabeza para librarse de ese pensamiento. Cómo iba a ser posible tal cosa.

Sí que estaba nervioso, esa visión era sin duda un síntoma. Echó a andar sin preocuparse de los fantasmas del pasado. Para eso alguien había inventado un concepto tan útil como «el pasado», para ocultar tras su opaca cortina hechos y personas que, sencillamente, ya no estaban.

Mauro se perdió entre la gente mientras la misteriosa chica de aire siniestro hacía lo mismo en dirección contraria.

LOS DESERTORES

Esaú estaba sentado sobre una colina, sin nadie alrededor, con la espalda apoyada en una de las estacas que servirían de pesebre a la nueva generación de demonios.

Tenía su espada-signo entre las piernas, apoyada de cualquier manera contra la rodilla, al tiempo que sus magníficas alas plateadas estaban abiertas y decaídas, las plumas en contacto con el barro del suelo. Su cabello largo y enredado formando una redecilla ante la frente.

Todo en él, la postura, la suciedad, la sangre que aún le manchaba la armadura tras la batalla del Cielo, el arco abochornado de las cejas, el ángulo para nada engallado del acero... todo hablaba de desesperanza.

Esaú era el vivo ejemplo de cómo se sentían ahora los de su especie. Caídos. Derrotados. Sin fuerzas, pero con ganas de seguir luchando.

¿Continuar, en serio? ¿Para qué?

Sacudió las alas como para librarse de otra carga más. De otro pensamiento funesto. Luchar (aunque ninguno tenía del todo claro contra quién), a estas alturas, era lo único que les quedaba. El problema era que si uno miraba hacia delante, a lo que sucedería después de cada victoria, ninguna de ellas parecía tener sentido.

Esaú contemplaba desde hacía mucho rato la lejana luminiscencia de la ciudad. Dis brillaba como una gema maldita tras la línea quebrada del cráter. Era una luz enferma, que prometía un falso oasis a aquellos tan ignorantes o desesperados como para creer en su mensaje... pero era luz, al fin y al cabo. Desde que el Árbol de Plata cayó, Esaú se había preguntado muchas veces si sus ojos volverían a contemplarla alguna vez. La luz como mensajera de la belleza. De lo que fue en un tiempo y jamás volvería.

Luz de esperanza.

Aquel mismo resplandor enfermizo y obscuro, que chorreaba como líquido purulento de las torres de la ciudad, le permitió ver dos pequeñas figuras que sobrevolaban los campos, acercándose rápidamente. Una tenía las clásicas alas blancas de cuchillas afiladas, propias de los Puños del Cielo. Las alas de la otra eran borrones oscuros contra la luz lechosa.

Los heraldos volvían tras su reunión con Satanás. Y quién sabía si lo que traían eran buenas o malas noticias.

Teniendo en cuenta de dónde venían, y con quién habían hablado, Esaú lo dudaba.

Se puso en pie fatigosamente. Hizo un gesto con la espada para reunir a las tropas y esperó a que Séfora aterrizara. La joven parecía estar bien, aunque su piel de ébano estaba bañada en un sudor frío. Sus ojos enfocaban mal lo que tenía justo delante, como si aún no se hubiesen recuperado de unas visiones que trascendían el concepto de locura para internarse en lo que fuera que hubiese más allá.

Bueno, era mejor eso que ver sus miembros triturados colgando de algún estandarte del caos.

—¿Estás bien, Séfora? —preguntó Esaú, abrazándola—. ¿Te ha hecho daño ese monstruo?

La joven negra sacudió la cabeza. Parecía cansada, muy cansada, como si sus brazos y piernas hubiesen estado sometidos a tal tensión que se hubiesen convertido en trozos de mármol.

—No, estoy bien. Me ha dado... un mensaje para vosotros. —Séfora les resumió, tanto a Esaú como al resto de los ángeles supervivientes que se agrupaban detrás, la breve conversación que había mantenido con Satanás. Y el ultimátum que éste les transmitía sobre permanecer en el Infierno y organizarse con los diablos para luchar, o ser desterrados para siempre a la Tierra—. Es lo que me ha dicho. Que él mismo respete o no el pacto, una vez deje de convenirle... no lo puedo asegurar. Al fin y al cabo, es quien es.

—Y no debemos olvidado nunca —asintió el ángel. Lanzó una mirada a Abaddón, que exhibía unos feos cortes en la piel que no tenía antes y parecía aún más agotado y furioso que Séfora—. ¿Y tú qué dices? ¿Crees que vuestras legiones son lo suficientemente poderosas como para constituir una diferencia?

Abaddón recobró un poco la compostura, lo justo como para devolverle la mirada.

—Ahora mismo mucho más que las vuestras, desde luego —gruñó—. Estáis vivos sólo porque él lo permite. No lo olvides, lucecita.

Esaú se le encaró.

—Ni tú olvides que no me importaría tallar una muesca más en mi acero, demonio —respondió, colérico, sus ojos atrapados en una línea de fuego.

Séfora se interpuso entre los dos.

—¡Ya basta! Tenemos que dejar de luchar entre nosotros o no habrá futuro para ninguno de los dos bandos, ¿entendéis? Nuestro enemigo es demasiado poderoso como para que permitamos que viejas rencillas nos dividan, ése es el mensaje que Satanás me pidió que os transmitiera. Mejor será que nos sentemos a dialogar, a ver cómo podemos enfrentar una amenaza que... —Iba a decir que no puede ser enfrentada de ninguna manera, pero prefirió callarse su opinión. La moral en ambos bandos ya era suficientemente baja como para andar pisoteándola.

—Ya veremos cómo nos organizamos, sobre todo después de las deserciones —dijo Abaddón, con sorna—. Habrá que hacer un recuento a ver si no ha huido todo el mundo.

—Nadie huirá de los nuestros. —Los dientes de Esaú rechinaron—. Nos enfrentaremos a lo que sea, con valor.

Abaddón soltó una carcajada sarcástica.

—Puede que los más fanáticos penséis así, pero no creo que todos tus ángeles sean tan fieles a esos ideales. Aquí no tenemos días y noches, pero sabemos medir el paso del tiempo. Y te aseguro que dentro de poco, cuando llames a tus tropas a luchar y acuda sólo la mitad, te vas a dar de bruces contra la triste realidad. No quiero que pienses entonces que hemos sido nosotros quienes menoscabamos vuestra voluntad.

—No quiero seguir oyendo esta basura —decretó el ángel, dándole la espalda a Abaddón. El demonio, sin embargo, no paró hasta dejar claras sus intenciones:

—Créeme cuando te digo que si a mí me hubiese sido concedida la misma dádiva, la posibilidad de elegir, la aprovecharía sin dudarlo. Pero nuestro amo habló sólo de ángeles. A nosotros jamás nos permitirá escapar, y a los pocos que ya han huido a la Tierra aprovechando la confusión, los abezi^[3], los perseguirá para disponerles un castigo atroz. Así es nuestro amo. Esa es su misericordia. —Miró a Esaú con desprecio—. Pero al menos él sigue a nuestro lado, no se ha marchado dejándonos huérfanos y condenándonos por puro desprecio al olvido eterno.

La espada de Esaú fue un relámpago de plata que se apoyó contra el cuello del demonio. Cientos de armas se alzaron al mismo tiempo en ambos bandos, disponiéndose para la lucha.

Abaddón sonreía, aún sintiendo el letal contacto de la espada-signo contra su cuello.

—¡No hables así del Creador! —gritó Esaú, rojo de furia—. ¡Él no nos ha abandonado!

—¿Ah, no? ¿Y cómo llamas a esto, general, a la situación que os ha traído hasta aquí?

—¡Basta, basta ya los dos, o yo misma os cortaré las alas! —gritó Séfora, apartando la hoja de Esaú con la suya propia y encarándose con el demonio—. Abaddón, regresa con los tuyos y prepáralos. Si la voluntad de tu amo es darnos tiempo para que aquellos que lo deseen puedan considerar su oferta, así se hará. Esta es su casa y seguiremos sus reglas. —Lanzó una mirada feroz al resto de los demonios y ángeles que agitaban alas y espadas, deseando que alguien (quien fuera) diese la orden de cargar y todo acabase de una vez—. ¡Y mientras tanto esperaremos! ¡Nos mantendremos firmes! Ya habéis oído la oferta de Satanás. Consideradla. Dentro de un día terrestre nos veremos de nuevo en esta colina, y los que no hayan elegido el exilio discutirán el siguiente paso. Hasta ese momento quiero calma en las filas, en ambas —apuntó a Abaddón con la espada—. ¿Estáis de acuerdo?

Hubo un silencio tan profundo que casi se convirtió en una nada absoluta.

Luego empezaron a caer barbillas, cabezas que asentían lentamente y alas que se plegaban esperando otra oportunidad.

—Hablares mañana, cuando pase el tiempo de la tregua —amenazó Esaú, y desapareció volando tras la colina, dejando tras de sí tanto silencio como acostumbraba a llevar consigo.

Abaddón hizo un gesto indolente.

—¿Piensas, igual que él, que ningún ángel bajará a la Tierra a rendir sus alas?

—Lo que yo piense es asunto mío —escupió Séfora, y también se alzó en vuelo. Pero Abaddón vio algo en sus ojos que lo llenó de una gran satisfacción, y que hizo que volviera junto a sus tropas silbando una perversa canción.

La duda.

Cuando Séfora se posó a su lado, Esaú estaba cortando con la espada las estacas demoníacas, por el mero hecho de descargar su furia contra algo.

Los farolillos caían al suelo haciendo un ruido esponjoso, desagradable, como si no estuvieran hechos de metal sino de algún tipo de carne

solidificada.

Séfora cayó en la cuenta de que la inmensa mayoría de los farolillos estaban fríos, apagados. No contenían almas en pena. Y eso la preocupó. Significaba que las almas de los muertos no estaban llegando tampoco al Infierno.

—Tiene algo de bueno, también —dijo—. Aunque me tengo que esforzar mucho por encontrarle un lado positivo.

Esau la miró.

—¿A qué?

—A los faroles vacíos. Significa que los muertos no llegan a su destino, lo cual es trágico, pero también que no habrá una generación de diablos que tome el relevo. Si exterminamos a los que están aquí, Satanás se quedará sin fuerzas de choque —sonrió.

Para su sorpresa, el ángel se lo tomó en serio.

—¿Crees que podríamos, si lanzamos un ataque preventivo hacia...? —Enmudeció al ver la cara de estupor de Séfora. Entonces se dio cuenta de que en realidad estaba diciendo un disparate—. Claro. Es absurdo. Olvídalo.

—Oye, lo último que se pierde es la esperanza. Siempre hay que mirar el lado positivo de las cosas.

—¿Esperanza? Ya la he perdido, totalmente. Pero sigo aquí, preparado para enfrentarme... a lo que sea.

—Ése es el problema, que no sabemos cuál será el siguiente nivel de Su plan. —La mente de Séfora se fue hacia Yahvé, pero no como ser vivo, sino como concepto, como idea—. ¿Otro Leviatán, otra bestia primigenia? ¿Una nueva oleada del Diluvio que arrase con el cuerpo de Lucifer? Es una incógnita.

—Odio las incógnitas.

—Yo también.

Se quedaron un momento mirando al horizonte. Ambos sabían que en algún momento, a lo largo de las próximas horas, se abriría un portal. Un camino de comunicación con el Plano Material. Y que sería la última oportunidad de cruzarlo para los que no tuvieran miedo de «rendir las alas», como había señalado tan oportunamente Abaddón.

Séfora sabía que muchos de sus hermanos estaban en ese mismo instante sufriendo en silencio, preguntándose el porqué de todo. Preguntándose si merecía la pena el esfuerzo. Era una cuestión muy difícil de aclarar, en las actuales circunstancias.

La duda, la desesperanza, hacían más mella en la Hueste Celestial que las mil espadas combinadas de los Señores del Infierno. Y ni siquiera ella, Séfora, que una vez se creyó poseedora de una voluntad inquebrantable y una fe infinita, se libraba de esa presión.

Sí, por supuesto que tenía dudas, y oía la llamada de la tentación. De la vida fácil aunque breve, abajo, en la tierra de los hombres. No sería eterna, pero era una vida, al fin y al cabo, y ya era más de lo que podían obtener aquí arriba.

—¿Qué les pasará a los que deserten?

Esaú enfundó la espada. A su alrededor se extendía una planicie de estacas cortadas, como si un meteorito hubiese impactado en medio de un bosque. El ángel miraba satisfecho su obra.

—Se convertirán en misfits —respondió—. Caídos en desgracia. No volverán a volar, se les atrofiarán las alas y no serán inmortales por más tiempo, pero conservarán algunos poderes. Los suficientes como para defenderse si se encuentran con los abezi.

—¿Crees que les habrá pasado eso a Tanya y a los otros chicos? —murmuró Séfora, acongojada. La pregunta permaneció suspendida unos segundos en el ambiente hediondo de la llanura.

—No. Ellos no han pisado el Infierno tras la caída, así que mientras no suban a los Planos Superiores, seguirán conservando sus alas.

—Mientras no pierdan la inocencia, quieres decir.

Esaú dejó colgar la cabeza, abatido. Séfora le dio unas reconfortantes palmadas en el hombro.

—Tranquilo, saldremos de esta. Encontraremos la forma.

—¿Quién crees que irá, cuando el portal se abra? —preguntó el general.

—No lo sé. Pero Esaú, en realidad no quieres nombres. Prefieres no contar con la cobardía de tus tropas, sino con su lealtad.

—Muchos le serán más leales a la vida, aunque sea corta.

—Deja de preocuparte. Medita un poco —le aconsejó—. Apacigua tu espíritu. Y no mires hacia el portal cuando se abra. Quienes estén destinados a marcharse lo harán, y así es como estará escrito desde siempre en el libro de las cosas.

Esaú sonrió. Le gustaba el optimismo inquebrantable de Séfora. Ojalá él tuviese el mismo don.

—Lo haré. Te respetan mucho, ¿sabes?

—¿Quiénes?

—Los ángeles. Han visto que tienes madera de líder. Creo que serías mejor general que yo para nuestro ejército, si llegase el momento.

Séfora se ruborizó.

—No digas tonterías. Yo... no soy digna de...

—No es tiempo de regocijarse en la humildad, sino de dar lo mejor de nosotros por el bien del grupo. De los pocos que quedamos. Fíjate en ellos. — Señaló a los tres Arcángeles supervivientes de la masacre, uno de los cuales era Rafael. Eran como tres soles que colgaban a poca distancia del suelo, muy lejos, en un lugar donde no había ni ángeles ni demonios. Parecían dormidos, perdidos en alguna clase de viaje interior, como marionetas de acabado sublime que han visto cortados sus hilos con aquel que les daba vida y movimiento—. Cada instante que pasa están más lejos de nosotros. No sé adónde van en ese viaje interior, pero he pensado que...

—Que tal vez no puedan huir de él —razonó Séfora. Era un pensamiento aterrador. Su principal reducto de poder, aquellos que tenían más fuerza de todos los ángeles supervivientes, estaban dormidos. Y no parecía un sueño del que pudieran ser despertados con facilidad.

—No nos queda nada a lo que aferrarnos. O casi nada. Debemos hacer un esfuerzo por aprovechar lo poquísimos que aún somos capaces de hacer. Tratar de utilizar nuestros recursos con inteligencia, porque la fuerza bruta no nos servirá de mucho.

Séfora se lo pensó en silencio unos minutos. Luego se despidió de Esaú.

—Yo también quiero meditar. Dame tiempo. Apaciguaré mi mente y vendré de nuevo a hablar contigo.

Esaú la despidió con una respetuosa inclinación de cabeza.

—Descansa, Séfora. Espero que emprendas tu propio viaje interior, y que no te lleve a un laberinto sin salida.

—Lo mismo digo.

—¿Tenemos esperanza, Esaú?

El ángel se rió, con una risa extraña y amarga, como si la pregunta fuera de una ingenuidad sin remedio.

Séfora buscó un lugar solitario donde pararse a meditar. Resultaba difícil concentrarse cuando el contacto mismo con el suelo le hacía daño y hasta la gravedad contenía un anatema, pero no le quedaba más remedio.

Tenía que hallar el equilibrio, la paz interior, si quería tomar decisiones acertadas, no movidas por la ira.

Al final encontró una roca tarpeya^[4] que estaba lo suficientemente elevada sobre el terreno para que la caída fuera mortal. Muy de vez en

cuando, un espíritu errante llegaba hasta ella y se abalanzaba entre terribles gritos al vacío, deseando acabar de una vez por todas con su sufrimiento, pero al llegar abajo no se hacía daño, y el ciclo volvía a empezar.

Séfora se sentó en una piedra vetuada de rojo y se puso a pensar.

Mierda, malditos sean todos los demonios que habitan este lugar. Lo que daría por un cochino cigarrillo...

Cómo iban a cambiar las cosas a partir de aquellos días en el mundo de los humanos. En anteriores momentos de la Historia ya había habido escenarios en los que ciertas ciudades conocieron una invasión, literalmente hablando, de criaturas preternaturales. Berlín durante los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial, Constantinopla tras la cuarta Cruzada, Londres durante la escenificación del Teatro Secreto, París en los tumultos del siglo XVIII... (donde primero venció y luego rescató del Infierno a la que sería su amiga y confidente, Nínive).

La locura de los hombres abría puertas místicas que ciertas criaturas podían cruzar. Y los ángeles como ella eran enviados a la Tierra en esas ocasiones para limpiar el Plano Material de influencias mágicas.

Pero ninguno de esos momentos trágicos de la Historia iban a poder compararse a lo que estaba a punto de ocurrir en el mundo, ahora que las almas no tenían adónde volar.

Cerró los ojos, tratando de imaginar un mundo lleno de espíritus gimientes que reclamaban el descanso eterno que creían haberse ganado. Un mundo donde los refugiados y los desertores del Cielo y el Infierno convivirían con los hombres, dominándolos o siendo dominados por ellos.

Un mundo donde la ciencia y la mística se entrelazarían y acabarían fundiéndose en un todo que cambiaría las reglas de la «realidad», y que modificaría profundamente tanto el concepto de *religión* como el de *ciencia*. Un mundo de aparatos hechos de circuitos entrelazados con hechizos, y de conjuros que pudieran reducirse a explicaciones empíricas.

¿Qué harían los misfits y los abezi cuando estuvieran abajo? ¿Formarían pequeñas comunidades aisladas, separadas de los humanos, en las que vivir según sus propias reglas? ¿Intentarían conquistar el planeta para someterlo a su yugo? ¿Se convertirían en las potencias visibles de nuevos y desquiciados panteones...?

Quién sabía. Lo único seguro era que el mundo ya no volvería a ser igual que antes. Nunca más.

Y todo dependería de cuántos ángeles cruzasen la puerta.

Esos pensamientos mantuvieron ocupada su mente durante el plazo impuesto por Satanás. En realidad, Séfora fracasó estrepitosamente en el intento de apaciguarse. Cuanto más lo intentaba, menos se concentraba y más se alejaba del ansiado estado de meditación.

Y más echaba de menos ese cigarrillo.

Entonces, una llama verdosa prendió en el horizonte.

Séfora alzo la vista y vio una columna de fuego verde que se elevaba hacia el cielo, desde el centro mismo de la ciudad de Dis. El borde del cráter ardió con ese fuego, y los pináculos de la urbe tejieron un tapiz de rayos y destellos que, aunque terrorífico visto de cerca, desde lejos conformaba un mandala de gran belleza.

Satanás había abierto el portal.

Era el momento.

Séfora voló a su máxima velocidad hasta el borde del cráter, donde una fila de ángeles aguardaba su turno para internarse en el resplandor. *Gracias a Yahvé, no son muchos*, pensó con amargura.

Eran los misfits, los que habían elegido el sendero de la cobardía. Los que preferían una vida mortal antes que el enfrentamiento final con Dios.

En cierto modo, Séfora los entendía: comprendía su postura, aunque no estuviese en absoluto de acuerdo con ella. Pero pensaba respetarla.

Los contó. Cien. Un número extrañamente redondo, que incluía al menos un representante de todos los coros de ángeles que habían sobrevivido. Sus rostros reflejaban la culpa, la tristeza de entender a la perfección la cobardía de su gesto (estaban abandonando para siempre a sus hermanos y hermanas, los que habían depositado su confianza en ellos), y el dolor de saber que no podrían cambiar de opinión aunque quisieran.

Tenían demasiado miedo.

El portal les esperaba. La columna ardía con el fuego de la ira de Satanás, y era lo único que mantenía unidos los dos Planos, el Superior y el Material. Pero no duraría mucho. Séfora distinguió breves destellos en la lejanía, entre las retorcidas espinas de piedra de la ciudad: Demonios que se lanzaban a la desesperada al puente entre los mundos, deseosos de escapar del Infierno.

Futuros abezi.

Dios, cuántos de ellos llegarían a la Tierra. Cuánto trabajo tendrían los misfits y los humanos para lidiar con todo ese caos.

Séfora se despidió de algunos de sus compañeros, entre lágrimas. Eran rostros conocidos. Había compartido historias con ellos, viajes a la Tierra, misiones contra los diablos, victorias y derrotas... Había vivido muchas

aventuras a su lado allá abajo, en el reino del sol que salía y se ponía, a través de largos años que solía imaginar como lentos y trágicos latidos del corazón.

Estaba muy decepcionada, pero jamás se le pasó por la cabeza, ni siquiera por un segundo, la posibilidad de detenerlos por la fuerza. De obligarles a quedarse y luchar.

No. Esta era su decisión. Y tendrían que vivir con las consecuencias.

Había un ángel en la columna que estaba adelantado al resto. Parecía ser el líder, el que los guiaría en el peligroso viaje al otro lado. Era un ángel guerrero, lo reconoció al instante por su musculatura y los paramentos de guerra. Las cuchillas de sus alas relampagueaban con fuego esmeraldino en la noche.

Séfora se acercó a él, desde atrás, preguntándose quién sería. Cuál de sus hermanos de armas sería tan cobarde como para retirarse. En el fondo prefería no saberlo, pero quería decir adiós. Y desearle suerte en el Otro Lado.

Cuando el Puño del Cielo se giró, y sus ojos tristes se posaron en los de Séfora, ésta soltó una exclamación de asombro. De miedo. De tristeza. De pánico.

Por todo lo que aquello implicaba.

Mierda, mierda, mierda, maldición, no, ¡tú no!, se gritó interiormente.

—Adiós, pequeña —dijo Esaú—. Ya te he investido ante las tropas con todos mis poderes hace un momento, aunque no estabas. Serás un magnífico general.

CALLEJEANDO

El periódico más antiguo de Crescent City se llamaba *El Náufrago de Pebble Beach*, y como exponía una orgullosa placa en su fachada principal, podía presumir de tener un siglo recién cumplido a sus espaldas.

Erik tocó en el portero automático y la puerta se abrió sin preguntar. Subió hasta la tercera planta del edificio, una espléndida casa de principios del xx de cremosa escayola, usando un ascensor de hierro forjado, de esos que dejan al descubierto toda la maquinaria en un arrebató de exhibicionismo mecánico.

En una puerta había una placa que rezaba:

AQUÍ VIVEN LOS NÁUFRAGOS,
PERO NO ESTÁN MUERTOS

Y más abajo:

ESTÁN TRABAJANDO, CRÉANME

Erik hundió el dedo en el timbre. Tuvo que llegar a una profundidad de dos centímetros para que un estridente sonido comenzara a sonar en el otro lado.

Le abrió la puerta una mujer menuda con aire agobiado, como si tuviese muchas más cosas que hacer de las que cabalmente ocupan una jornada laboral y el mundo se empeñara en darle aún más trabajo.

—Buenos días —dijo gentilmente Erik. Había un truco que jamás fallaba con las mujeres, y era su ensayadísima sonrisa *aquí te pillo-aquí te mato*, de ligón de discoteca. La empleó a fondo—. Verá, me llamo Erik. Querría ver a...

—Para recoger los carteles de la fiesta benéfica pasa al fondo —le interrumpió el acento mecánico de la mujer—. Si vienes por lo del concurso de caricaturas, deja tus dibujos en aquel buzón. Si eres de la empresa de limpieza, suspenso, llegas dos días tarde.

—Eh... no, me temo que se confunde. Necesito información sobre el día aquel en que llovieron plumas sobre Crescent.

La mujer le lanzó una mirada inclasificable, mezcla de agobio y curiosidad, como si debajo de su chasis de robot funcionario le quedase todavía algo de sangre en las venas.

—¿Es para un trabajo de la universidad?

—Pues...

—Pregúntale a aquel tipo de allí. —Señaló con una uña larga y curva a un periodista que leía unos papeles, con los pies descalzos cruzados sobre el escritorio—. Él te dirá.

Y se sumergió sin transición, sin un mísero adiós ni un que tengas buena suerte, en la inercia de sus quehaceres. Erik la olvidó y concentró su atención en el periodista. «Propiedad de Kevin el Rápido», decía un post-it pegado a su ordenador.

—¿Kevin el Rápido? —preguntó Erik.

El hombre dejó caer los papeles lo justo para que sus ojos apareciesen detrás.

—No, es mi compañero, yo soy Sander. ¿En qué puedo ayudarte, chico?

Erik se sentó sin que lo invitaran en la silla que había frente a la mesa. Se inclinó ligeramente hacia delante y miró al hombre con intensidad, como había aprendido a mirar las cosas en los últimos meses. Como si ya no fuesen a estar ahí dentro de dos minutos.

—Perdone que le moleste, se ve que está muy ocupado —señaló a una pila de periódicos que había junto a la mesa—, pero el asunto que me trae es de vida o muerte.

—Vaya. Qué dramático.

—Ni se lo imagina. Estoy reuniendo toda la información posible sobre el día del diluvio de plumas, ya sabe: aquel en el que sin ninguna explicación...

Una expresión suspicaz sustituyó a la del pasotismo en la cara del periodista.

—¿Por qué lo preguntas, chico? ¿Acaso no estabas aquí ese día?

—No, soy de otro país, aunque no se me note por el acento —aclaró—. He venido hasta Crescent para investigar este asunto. Dicen que este es el lugar del mundo donde más objetos extraños cayeron aquel día. Estoy...

quiero... quiero escribir un libro. No para hacerme famoso ni nada, es sólo que... me intriga mucho este fenómeno.

El periodista depositó los folios en la mesa y se entretuvo desliando y volviendo a colocar en su sitio el envoltorio de un chicle. No cesaba de mirar fijamente a Erik, como si ambos estuvieran enzarzados en una competición de «a ver quién parpadea antes».

—Chico... —hizo una pausa dramática—, no me gusta hacer estas cosas, pero mucho me temo que he decirte que... ¡has venido al lugar adecuado! —Una sonrisa estalló en su cara—. Y además has dado justo con la persona que más sabe del asunto, el que más testimonios recogió aquel día. Tienes instinto para el periodismo, créeme.

Erik soltó el aire, relajándose. Tanta amabilidad le escamaba, pero era mejor así. De gente rara estaba el mundo lleno.

—¿Me ayudará, entonces?

—No.

—¿No? —Erik parpadeó.

—No, quien tiene la clave para sacar los archivos de la memoria de este monstruo antediluviano —le dio unas palmaditas al ordenador. Cuando Erik oyó la palabra «antediluviano» no pudo evitar dar un respingo y pensar en Venecia—, es mi colega, Kevin. Pero no vendrá hasta mañana. Está muy malito. *Postpartidos* de soccer de lunes por la mañana.

—Entiendo. ¿Y usted no podrá contarme nada, no?

El hombre dejó el juego del envoltorio del chicle, y se lo metió en la boca. Le mostró a Erik su sonrisa particular, una que lo hacía parecer un viejo carroñero.

—Bueno, si, *munch*. Pero tendrás que hacer las preguntas adecuadas. Así funciona el periodismo.

—Vale, yo sólo quería saber si... si...

La vista de Erik se desvió a una prueba de imprenta que Kevin tenía sobre la mesa. Era una lista de estrenos y directos a DVD con sus respectivas críticas al lado, con un sistema de clasificación.

Uno de los títulos que había en aquella lista saltó por sí solo a la retina del joven, poniéndolo furioso.

—¿¿Qué?? —gritó—. ¿Le habéis largado un miserable dos en la escala a *Vikingas Surferas contra Zombis*? ¡Pero si yo actué en esa película! ¡Es buenísima!

El periodista arrancó el papel de sus manos, dejándose las esquinas entre los dedos de Erik.

—¿Que tú actuaste en semejante bodrio? —se mofó—. ¡Ja! Ahora sé con quién estoy tratando. ¡Esa película es un insulto a la inteligencia! ¡Sólo un descerebrado la defendería!

—Será porque usted, pedazo de cefalópodo, no distingue una obra maestra ni aunque la mire con lupa. ¡Anormal!

—¡Sal de mi oficina, actorzuelo de pacotilla!

—¡No soy actor, soy doble de escenas de acción! ¡Y he olvidado más sobre el cine de lo que usted, criticucho de feria, podrá aprender nunca!

—¡Ja, un doble! ¡Eso significa que sólo sirves para que te den tortas! ¡Tienes menos gramos de cerebro en la cabeza que mi hamburguesa del desayuno! ¿Es que no lo ves?

—¡Yo sé perfectamente lo que estoy viendo! ¡La muerte del buen periodismo!

En la oficina de al lado, comunicada con la de Kevin el Rápido por unos ventanales, la mujer que le había abierto la puerta a Erik estaba sentada ante una impresora, cambiando el tóner. A su espalda podían verse los papeles volando por los aires, producto de la pelea entre Erik y Sander. Los gritos inundaban la habitación.

La mujer despegó la cinta de precinto del tóner y murmuró:

—Cómo odio este trabajo...

Las calles tenían una especie de cadencia, un ritmo, que hacía fácil adivinar qué vendría a continuación. Esquina, recta, supermercado, esquina, recta, agencia de seguros, esquina, recta, taller de coches, esquina, recta...

Mauro pasó por delante de un McDonalds en su deambular. Se detuvo un rato a contemplar los carteles brillantes, los empleados clónicos, los anuncios cargados de simbología y juguetes para niños, las mesas relucientes y los aparcamientos en línea. Se preguntó por qué se había colado tanta y tan penosa cultura americana por la enorme grieta en el corazón de los europeos que había dejado la Segunda Guerra Mundial.

Aunque, al fin y al cabo, ese fenómeno también tenía un lado bueno. Europa estaba hambrienta de futuro. De tecnología y modernidad (que no modernismo), de hamburguesas grasientas y sombreros de vaquero, y todo lo que desprendiera un tufillo aunque fuese lejanamente yanqui cayó bien en determinadas épocas. Eso propiciaba que existieran empresas como la de su padre, un editor arruinado de noveluchas de ciencia ficción, que satisfacían la

necesidad social de alejarse lo más aprisa posible de un pasado ampliamente repudiado para adentrarse en un futuro del que nadie sabía nada.

Durante años, en su país el futuro había sido una cuestión más de distancia que de tiempo. Distancia, porque era una realidad a sólo un par de miles de kilómetros, al otro lado del charco. La mentalidad escapista de la gente había transmutado los años en kilómetros, y cada día acertaba la escala un poco más. Cada hamburguesa de esa cadena de restaurantes que se vendía a un adolescente reducía en un metro la distancia hasta el futuro.

O eso creían ellos. Era lo que les habían vendido.

Mauro se preguntó por qué la gente nunca pensaba en el procesamiento industrial cuando se comía una hamburguesa. Las cubas grasientas, los productos químicos disueltos en agua sucia, y todo lo que convertía el acto de comer en un hecho empresarial, en lugar de un obsequio del sol y la lluvia. Él había leído libros donde se describían futuros así, en los que la humanidad había perdido la guerra contra su propia estupidez y las utopías habían cambiado de polaridad a distopías.

Un simple signo «menos» delante de la ecuación del optimismo.

De todos modos, a la inmensa mayoría de la gente le importaba un bledo comer sano. Solían recurrir a frases como «¿para qué voy a comer esa porquería sana, para morirme con una salud de hierro?», que sonaban peligrosamente parecidas a excusas baratas.

Basta ya. El presente era como era, un apóstrofe incoherente entre el pasado y el futuro, y como todo en la vida estaba condenado a cambiar. Él mismo había escrito en una pared, hacía algunos años, un graffiti que afirmaba que «la vida no es más que un ensayo con vestuario para lo que vendrá después», pero ahora que sabía a ciencia cierta qué era lo que venía después, ya no estaba tan seguro de la viabilidad de ese pensamiento.

Se concentró en su misión. Tenía que hablar con gente, hacer preguntas, averiguar lo que pudiera sobre el día del diluvio de plumas. Pero ni él mismo había contado con sus fobias y sus inseguridades cuando se ofreció a hacerlo.

No le gustaba hablar con la gente. Prefería mil veces cerrar los ojos y perderse introspectivamente, oyendo las suplicas de los penitentes gracias a su poder de querubín, que mantener una simple conversación educada con otro ser humano. Se sentía ridículo. Una cosa era haber aprendido que pasarse la vida llorando por los rincones no conducía a ninguna parte (gracias, Séfora) y otra recuperar las habilidades sociales que se supone tenían los chavales de su edad.

Entonces se le ocurrió la idea.

Necesitaría una pluma blanca, de algún ave. Daría igual la especie, con tal de que de lejos semejase lo que era.

O mejor... —se detuvo—, espera espera espera... ¿para qué estar simulándola, si podía obtener ahora mismo una de verdad?

Se escondió en un callejón, extendió sus propias alas y se arrancó una pluma (*ouch*). Luego hizo invisibles las alas otra vez y salió con naturalidad a la calle, a pleno sol.

Localizó un banco para transeúntes en una esquina, junto a un frondoso jardín lleno de buganvillas, cantuesos y preciosos jazmines en flor. Tomó asiento, saludando a un anciano que paseaba al ritmo de su bastón, y se puso, simplemente, a jugar con la pluma.

De una mano a la otra, de la otra a la una, viceversa...

No tardó en conseguir el efecto que buscaba. Alguien se fijó en lo que estaba haciendo y se aproximó.

Era un hombre de mediana edad, bien vestido, con aspecto de tener que almorzar todos los días fuera de casa por motivos de trabajo.

El hombre le abordó con gran suavidad:

—Disculpa que te moleste, chico. No quiero hacerte perder el tiempo con mis preguntas, pero es que... no he podido evitar fijarme en lo que estabas haciendo, y bueno... me preguntaba si esa... esa pluma...

Mauro alzó los ojos y estudió la cara de aquel caballero. Se sorprendió al hallar una ansiedad insólita, una gran agitación, producto de las ganas de aquel individuo por acariciar la pluma. Por un momento le recordó al bicho aquel con cara de anciano del Señor de los Anillos, el que le había vendido su alma a un anillo (¿no hacían lo mismo todos los novios, en el fondo?).

—¿Qué tiene de especial? —le preguntó.

El hombre pareció turbado.

—Esa pluma... no será de las que cayeron... en fin, ya me entiendes.

—Podría ser. —La voz de Mauro se mantenía tranquila, sin demostrar ningún interés ni a favor ni en contra de la improvisada conversación.

—Te la compro. Pídeme lo que quieras. Si está dentro de mis posibilidades, lo pagaré.

Mauro arrugó el entrecejo.

—¿Quiere pagar por una simple pluma de ave?

El hombre miró nervioso alrededor, como si temiese que en cualquier momento alguien más pudiese advertir el tesoro que aquel joven tenía en las manos y venir a quitárselo.

Tomó asiento junto a Mauro en el banco público.

—Escucha, chaval, sé que esto puede parecer raro, pero necesito esa pluma. Si es una de las que cayeron aquel día, ya sabes, la quiero. ¿Mil dólares te parecen bien?

—No. Prefiero que me cuente por qué es tan importante para usted.

El hombre lo miró, consternado, pensando en que aquel jovenzuelo iba a jugar con él hasta sacarle los cuartos. Pero no, la mirada de Mauro era sincera. En ningún momento pareció que se estuviera burlando de él o tratando de estafarle más dinero.

—¿Estás de broma, chico? ¡Esas plumas son un tesoro! Desde que llovieron sobre Crescent, la vida ha cambiado por completo en esta maldita ciudad.

—¿En qué sentido? Soy extranjero, acabo de llegar a la Costa Oeste. No he oído los chismes.

—¡No son chismes! —El hombre que siempre comía fuera de casa estaba realmente sorprendido de que aquel jovenzuelo no supiera de lo que estaba hablando—. La mayoría de las plumas desaparecieron aquel mismo día. Las absorbió la tierra, los edificios, las plantas... quién sabe. Pero quedaron algunas que la gente recogió. Y los pocos afortunados que pudieron quedarse con una... —Se revolvió el pelo engominado con una mano, nerviosamente. Sin que él se diera cuenta, se le quedó una cresta graciosa apuntando hacia las nubes—. Me parece increíble que no lo sepas. Esas plumas son milagrosas. La gente enferma sana. Los que están en coma despiertan. Se habla de que incluso hay algunos ciegos que han vuelto a ver. Y todo por esas benditas plumas.

Mauro contempló en silencio la que se había arrancado de su propia ala. Le pareció tan increíble como fascinante la historia que le estaba contando aquel hombre, como si hubiese encontrado al fin a una persona que realmente creía en los cuentos de hadas.

¿Las plumas de ángel tenían poder por sí solas para sanar a los humanos, igual que los Sanadores como Tanya? ¿De qué modo la Tierra, y las criaturas vivas que la habitaban, se habían imbuido de su poder?

No se le quitaba de la cabeza la idea de que esas plumas eran algo así como el testamento de los ángeles, la prueba final de su custodia, ya que aparecieron en el Plano Material el día en que la Hueste Divina fue exterminada por el Diluvio.

Eran un epitafio, un último mensaje lanzado al viento, más que un regalo.

—La Tierra parece más viva que nunca desde aquel día —continuó el hombre—. Es como si la naturaleza hubiese resucitado, de alguna forma. Fue

un milagro.

—Sí, de veras que lo fue —musitó el joven, levantándose del banco. Le ofreció cortésmente la pluma al hombre—. Quédesela. Yo no la necesito.

La expresión de bondad y agradecimiento que se le quedó grabada al tipo que siempre comía fuera de casa hizo reír a Mauro. El joven se dio la vuelta y, meditabundo, se perdió entre las calles, al tiempo que se perdía también en su mundo interior.

Tanya era el extremo opuesto a Mauro en cuanto a interacción social. A ella no le daba ningún reparo hablar con la gente, de hecho disfrutaba haciéndolo.

Preguntó a varias personas por los *mass media* que había la ciudad, y el asunto de la radio del faro (¡la archifamosa GMBW de Crescent City, donde encontrarás la mejor música!) salió enseguida a la palestra. Incluso hubo una señora que volvía del mercado y que se ofreció a acompañarla hasta el paseo de la playa, para indicárselo.

Tanya decidió que le gustaba aquella ciudad. Había algo en el ambiente... una especie de energía almacenada, que la convertía en una experiencia muy vivaz, muy inmediata. Incluso la gente parecía más contenta que en otras partes del Globo que hubiera visitado antes.

¿Tendría que ver acaso con las plumas? ¿Se habría cargado de energía positiva aquella ciudad, de un modo demasiado místico e irreal como para explicarlo con palabras?

Tanya iba a preguntarle a aquella amable señora sobre su paradero el día que ocurrió el milagro, cuando un hombre tropezó con ella. Tanya se disculpó por acto reflejo, a pesar de que la culpa era de aquel individuo.

—Lo siento, discúlpeme.

El hombre ni la miró. Parecía asustado. Tendría unos cincuenta años (bastante castigados por el mar), y era la primera persona realmente marinera que se encontraba en Crescent, como si perteneciera a un acervo genético distinto, con anzuelos y brea en lugar de nucleótidos.

El marinero (era imposible dudar de su profesión después de verle el mentón cortado a buril y los tatuajes obscenos de los brazos) miró en derredor, como si alguien le estuviese persiguiendo. Luego siguió su camino, encogido como si quisiera desaparecer de la realidad a fuerza de comprimirse. Había dedicado un escrutinio de dos segundos a Tanya y la había desechado como quien devuelve al agua un pez sin valor.

La joven se lo quedó mirando un instante. Algo en aquel individuo le daba muy mala espina.

Y le traía malos recuerdos.

Cerró los ojos, recordando aquel crucial momento en Santorini en que...

... Se concentró. Tenía que acceder al mismo sentimiento que la había embargado cuando Séfora los llevó al Otro Lado, a vislumbrar su propia naturaleza. Recordó el instante crítico, el tacto de la mano de Nínive haciendo de guía, el descubrimiento que hervía con un millón de recuerdos sin base común.

Alzó las manos hacia el contingente de diablos que se le venía encima. Su aura de poder aumentó de intensidad. Ella continuaba con los ojos cerrados.

Encontró el sentimiento de pureza, de redención. Una reacción en cadena sin cadenas, átomos de significado que se fisionaban en azar y perversidad. Se había convertido en una sensibilidad amorfa, torturada por la pena, igual que Mauro... pero creía en la esperanza. En el amor. Tanya era en sí misma una puerta abierta a la curación, no a la muerte.

De sus manos brotó la luz, fría, hiriente, argétea. Destructora. Los demonios estaban demasiado cerca de Tanya, apenas a medio segundo de desgarrarle la garganta con sus incisivos, para esquivar el cono de luz. Y cuando éste los bañó, chillaron de agonía.

La luz era buena. La luz curaba. Purificaba sus cuerpos corruptos, su alma podrida, aquella voluntad infecta que sólo buscaba la muerte. Fue un instante en que...

... Se había enfrentado en compañía de sus amigos al ejército necrótico de Ta'ahm, usando sólo su poder de luz interior, y se alzaron victoriosos. Aquel día aprendió a confiar en sí misma, y en la promesa que les había hecho Séfora de que serían capaces de hallar por sí solos el camino correcto.

Ahora se volvió a concentrar. Acceder a esa chispa de luz interior era más fácil, una sensación mucho más familiar que en aquel entonces. Tanya entró en contacto con la luz de la curación...

... Y abrió los ojos.

Lo que vio la dejó patidifusa.

Aquel hombre que olía a una mezcla inclasificable de alcohol y mar tenía algo pegado a la espalda. Eran como insectos, pero invisibles para el resto de los mortales. Parecían arañas rojas muy desagradables, grandes como pomelos, un tamaño que ridiculizaba el de las arañas mygala de Venezuela. En lugar de ojos les salían de la cabeza grandes bulbos amarillos, y su tela, que iban tejiendo lentamente alrededor del marinero (sin que éste se diese cuenta) a medida que escalaban por su pecho y espalda, parecía una secreción babosa y pútrida, aunque etérea como un sueño.

El propio marinero no parecía notar que las llevaba encima, porque no hacía ningún gesto hacia ellas, ni de atracción ni de repugnancia. Simplemente caminaba, encorvado, como si una extraña maldición pesara sobre sus hombros.

Tanya reprimió una expresión de absoluto asco.

Se despidió de la cordial señora y siguió a corta distancia al hombre. Éste no tardó en desaparecer dentro del portal de un viejo edificio, mucho más antiguo y desvencijado que sus compañeros de calle. Era un inmueble que pedía a gritos una reforma, o que alguien en la Administración Pública se acordase de él y lo declarase bien de interés público, sólo por su antigüedad.

Tanya se detuvo un segundo ante aquel umbral.

La situación le trajo a la memoria otra muy similar, que ella había experimentado en Sodoma. Cuando sintió la llamada del Mal procediendo de una casa abandonada, y luego supo que Lucifer la esperaba en el interior.

Se sentía igual de intranquila ahora.

Haciendo de tripas corazón, y sabiendo que en aquel vetusto edificio podía esperarla cualquier cosa (menos algo agradable) subió los escalones del recibidor.

ABEZI

No supo bien cómo, pero el edificio acabó atrayéndola con la fuerza de un imán lleno de ventanas cegadas por persianas bizcas y trozos de cemento descantillados.

El edificio parecía un segundo más viejo que antes, lo cual era lógico pero no obvio. Las persianas de las ventanas de la recepción estaban bajadas, pero por sus agujeros caían suficientes alfileres de luz como para dejar en evidencia el desgaste del mobiliario: los sucios mostradores, los archivadores vapuleados, la lámpara cansada, unos violines sin cuerdas que la fulminaron con la mirada...

En otros tiempos todo eso se consideró elegante. Como el fracaso. Hubo momentos en la historia de aquel inmueble (en la historia de todos) en los que fracasar con el viento a favor se consideraba una proeza.

Tanya dejó una cicatriz zigzagueante en el polvo del mostrador. Observó el pequeño montón de detrito acumulado bajo la uña; si lo miraba desde un ángulo especial, hasta tenía forma. Era como dos niños reducidos a lo esencial por el carboncillo de un artista.

Un ruido la sobresaltó. Otra persona se había parado en la escalera y estaba mirando hacia abajo con los ojos aún cargados de la luminiscencia de fuera.

Era el marino.

—¿Hola? —tanteó la joven.

Se estaba poniendo nerviosa, y eso que había visto una guerra pre-medieval y la destrucción del Paraíso (¡menudo currículo!).

El hombre la miró. Una luz sucia que le caía sobre la cara emborronaba sus rasgos.

De repente su identidad quedó menos clara que antes.

Tanya notó que estaba llegando al momento más peligroso, aquél en el que se preguntaba si había hecho bien siguiéndolo, o si tendría que soltarle una descarga de luz para mantenerlo lejos de sus muslos.

—Vete —dijo de repente el hombre. Su voz era un fósil de otro tiempo. A Tanya le dio más miedo aquella voz que la lobreguez inherente al lugar.

—No puedo. He visto algo que usted lleva encima, aunque probablemente ni lo sabrá. Pero creo que puedo ayudarle —se ofreció, no muy convencida.

Venga, valor, las Lolitas estamos para llenar el mundo de dulzura. Consuela a este pobre tipo.

—¡Vete ya, niña! —explotó el hombre—. ¡No sabes a lo que te expones! ¡Márchate!

Tanya retrocedió un paso, cargando inconscientemente dos esferas de energía positiva en las manos. Aquel tipo podía simplemente estar loco, pero... las espantosas tarántulas espectrales que llevaba en la espalda estaban muy agitadas, trepando por sus omóplatos y resbalando por los brazos. Parecían estar pasándose en grande con el estallido de furia de su portador.

Además, ahora eran un poco más grandes que la primera vez que las vio.

Algo hizo *click* ante esa idea en el cerebro de Tanya.

Por enésima vez echó de menos la hiper-net angelical. Pero lo que se le había ocurrido podía estar cerca de la verdad.

—¡Escúcheme! Creo que está infectado con algún tipo de espíritu que se alimenta de su miedo —dijo Tanya—. Acabará por consumir su alma si no me deja ayudarle.

Los ojos del hombre se llenaron de lágrimas. La furia se esfumó y fue sustituida por algo muy parecido al pavor en estado puro. Era un cambio demasiado radical para surgir de manera espontánea.

Cayó de rodillas y cogió a Tanya por los hombros, mirándola con la intensidad de un padre que sabe que nunca más va a volver a ver a su hija.

Tanya estaba igual de asustada que él, pero aguantó el tipo lo mejor que pudo.

—N... no lo entiendes, chiquilla... ellos... ellos me reclamaron.

—¿Qué «ellos»? ¿De quiénes está hablando?

—Me dijeron que tenían... un regalo. El día del milagro... escuché su voz. —La piel entera del hombre temblaba, como si fuese algo diferente al resto de su cuerpo, una pieza independiente. Tanya se separó de él, con miedo repentino a que las arañas espectrales decidieran saltarle encima.

—¿El día que llovieron las plumas? ¿Y qué le prometieron las voces?

—Me dijeron que mi vida al fin tendría un sentido. Que sería capaz de hacer cosas que nadie más podría. Me... me prometieron —balbució, entre sollozo y sollozo—, me prometieron que haría el bien a los demás. Que me recordarían como a alguien bueno... Pero...

—¿Pero qué? —Tanya no soportaba más la tensión. Todo apuntaba a que iba a ocurrir algo de inmediato, algo muy malo, pero el maldito destino seguía escondiendo las cartas hasta el último segundo—. Dígame, ¿vio usted a algún d... a alguien extraño en la ciudad? ¿Alguien que hubiese llegado aquí el mismo día del milagro?

El hombre se paralizó.

Un sonido cuarteado, estridente, brotó de su garganta.

Tanya tardó en darse cuenta de que era una risa, totalmente deformada por la amargura.

—Me prometieron que si me comía los pecados de la gente, se redimirían los míos —resumió el marino, ya sin rastro del temblor de antes—. Cargo con pecados realmente horribles, pero me prometieron... que los olvidarían si me comía los de los demás.

—¿Quién?

El hombre alzó un brazo y apuntó a la oscuridad, al espacio que había sobre las escaleras que conducían a los otros pisos.

—Ellos.

Tanya los vio.

Y su piel empalideció de miedo.

Erik escuchó algo en la lejanía.

Una especie de llamada de auxilio.

Pero no con los oídos, sino con el alma.

Algo no iba bien.

Acababa de abandonar el edificio del periódico, y aún estaba tratando de limpiarse la mancha de tinta que le había quedado tras la pelea con aquel «criticucho» insulso. Desde luego, había gente que se ganaba su puesto de trabajo en una tómbola. ¿Cómo si no podía existir una persona en este universo a quien *Vikingas Surferas contra Zombis* le pareciera un bodrio? ¡Si era una obra maestra!

La pelea había llegado a las manos, por supuesto. No era para menos. Pero acabó cuando, después de que el tal Sander (hasta tenía nombre de imbécil) le arrojase un tintero sobre la camisa, él usó sin querer su poder de

convocar explosiones a distancia. Seguro que la pobre mujer de la oficina de al lado aún se estaba preguntando qué era lo que había hecho saltar por los aires la impresora láser.

Barruntando maldiciones, Erik salió del edificio. De allí ya no iba a sacar ninguna información. Una pena, pero se merecían que los ignorase, por estúpidos.

Entonces escuchó el grito.

Parecía la voz de Tanya, si es que una llamada espiritual podía asemejarse a eso.

El ángel guerrero extendió las alas y sobrevoló a toda velocidad la urbe, preparando la invocación de su espada-signo. Algo iba mal, lo presentía. Tenía la misma sensación que cuando volvió para recoger a Isaac, en Venecia, y se lo encontró crucificado dentro del pozo de mártires.

Mal rollo, como habría dicho su antiguo compañero de rodajes, Antonio.

Deseó ser una especie de paloma mensajera en lugar de un halcón, para poder seguir místicamente el grito de Tanya hasta su origen. Pero si esa habilidad se encontraba en su lista de poderes, aún no la había desarrollado. Era el poder de Tanya el que había llegado hasta él a través de la distancia, no el suyo propio.

Tenía que hallar otro modo de...

Aguarda un segundo. Claro.

La imagen de Mauro se descargó a toda velocidad en su cerebro, como si lo tuviera conectado a un almacén de ideas geniales por fibra óptica. Por supuesto: el colgado, pensó. *Él es la solución. Seguro que puede rastrear el sufrimiento de Tanya. Si lo encuentro a él, me llevará hasta el origen.*

No le fue difícil: en aquella ciudad debía de haber realmente pocos chicos vestidos de negro y con pinta de siniestrillos que cruzasen a toda velocidad los pasos de peatones, sin pararse a mirar si había tráfico o no. Erik divisó la figura de Mauro saltándose un semáforo, con la consiguiente algarabía de claxon y conductores histriónicos. Descendió sobre él en picado pero no lo recogió en brazos: si lo hubiese hecho se habría volatilizado ante la atónita mirada de los conductores.

Por prudencia, esperó a que Mauro hubiese doblado la esquina y entonces se le apareció, sin alas, deteniéndolo.

—¡Espera, chaval! ¿Adónde vas con tanta prisa? —Mauro dio un respingo.

—¿¡Erik!?! ¿Qué haces aquí? ¿Es que no has oído el grito de socorro de Tanya?

—¡Claro que sí! Pero no sabía... bueno, te buscaba a ti por eso. ¿Por qué no vas volando?

Mauro siguió corriendo, sin pensar. Erik se acopló a su paso.

—Será mejor que no utilices las alas hasta que no nos hagamos una idea del mapa místico de Crescent. Luego te lo explico —jadeó.

El muchacho estaba en penosa forma física, pero por fortuna, el lugar que buscaban no se encontraba lejos.

Aquel edificio parecía mirarlos desde arriba con malicia, con unas intenciones nefastas ocultas en su simetría de ventanas alargadas y persianas rotas. Erik y Mauro se quedaron un momento paralizados en la puerta, dudando, pero un nuevo grito de Tanya los sacó del letargo. Ambos dieron un salto como si alguien hubiese aplicado corriente eléctrica a sus zapatos.

—¡Aguanta, ya llegamos! —gritó Erik, y casi tiró abajo las puertas dobles al atravesar el umbral. Mauro estaba pegado a su espalda, silencioso pero igualmente dispuesto para la lucha.

Los dos se pararon en medio del tenebroso hall, tratando de abarcar la situación de un solo vistazo.

Vieron a un hombre con el aspecto de un marinero que acabase de recalar en puerto, tatuajes incorporados, apoyado en el mostrador de recepción. Sus ojos redondos estaban clavados en las escaleras que franqueaban el único ascensor. Allí, postrada sobre los primeros escalones, estaba Tanya. Y ella también miraba con espanto al horror que colgaba del techo.

Era difícil de describir. Su cuerpo parecía el de una araña gigantesca, con ocho patas hechas de tela de araña enrollada formando tubos, y un vientre ponzoñoso del que brotaban sin cesar diminutos enjambres de tarántulas espectrales, que se filtraban como fantasmas por las paredes. El ser tenía un torso humano surgiendo del lugar donde debía estar la cabeza, un cuerpo de mujer esculpido también en tela, como un saco de huevos con vida propia.

Una esfera coronaba el conjunto, una parodia de vida que parecía la cabeza de un anciano que hubiese pasado por el tortuoso ritual jíbaro de reducción de tamaño.

Pero eso no era lo más impactante. Lo que más llamó la atención de los muchachos fue la pluma de ángel que la bestia llevaba cosida al vientre, manchada de sangre impía, como si estuviese drenando de alguna forma su energía para mantenerse sólido.

El monstruo estaba a punto de arrojarse sobre Tanya, pero desvió su atención a los recién llegados y soltó un siseo estridente, afianzándose con las patas a las columnas del hall.

—¿Q... qué es eso? —preguntó Mauro. Había visto muchos demonios en los últimos tiempos, pero ninguno tan espantoso como aquel.

Erik no perdió tiempo haciendo preguntas tontas. Su mano se cerró instintivamente en torno a una empuñadura que aún no estaba allí. Un resplandor ambarino precedió a la aparición de la espada-signo, pero antes de que pudiera asestar la primera estocada...

... El monstruo le golpeó, rápida, brutalmente, con dos de sus patas formando una maza. Era increíblemente veloz a pesar de rivalizar en tamaño con un elefante.

El ángel voló a través del recibidor y falló por poco una de las ventanas, incrustándose con una nube de polvo en la pared. Si hubiese impactado contra el cristal, el golpe lo habría mandado fuera del edificio, a la calle.

Tanya fue gateando hasta donde estaba Mauro.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó el antiguo scene.

Ella asintió.

—Sí, no te preocupes. Ha sido la impresión, que me ha desarmado. —Se apartó el pelo de la cara—. Dios, ¿de dónde ha salido esa cosa?

—Primero la matamos, luego preguntamos, ¿ok?

—Buen plan. Parece diseñado por Erik.

Mauro afiló los ojos.

—Erik tiene mucho que aprender todavía —murmuró, y extendió las alas.

Sus plumas tomaron una forma cóncava, como de antena receptora, y apuntaron una a la bestia arácnida, y la otra al pobre marinero que se retorció de pánico en una esquina. El hombre tenía media docena de tarántulas espectrales escalando por su cuerpo, alimentándose del miedo, tejiendo catedralicios tapices de tela espectral con las emociones derivadas del horror.

—Chúpate esa, engendro —escupió Mauro, abriendo su poder de canalizar emociones hacia el hombre. Inmediatamente se creó un puente, una conexión que absorbió todas las intensas emociones, las hizo rebotar en las alas como si de antenas reflectoras se tratase, y salieron disparadas con la fuerza de una descarga de energía de tremenda potencia hacia el monstruo.

Éste recibió el impacto del rayo emocional en pleno vientre, en su fábrica de arañas espectrales, que fue destruida al momento. El abdomen y el pedicelo de la araña se deshicieron como sacos vacíos, arrancándole un alarido de puro dolor al monstruo.

La cabeza humana que supuestamente lo dirigía desencajó sus mandíbulas, y de la negrura interior surgió algo parecido a un rayo, un haz de energía negativa que barrió el suelo del hall.

Al contacto con el rayo, los tablones del suelo volaron convertidos en astillas y el mostrador se partió en dos. Por fortuna, ni el marinero (que estaba al borde del colapso) ni Mauro estaban ya allí para recibir el impacto de la energía oscura: Tanya los llevaba en ese momento a los dos en volandas, sin preocuparse de si las arañas del hombre podían tocarla o no. Lo único que importaba era salvarles la vida.

Aterrizó en el extremo opuesto del hall, detrás de una columna. El monstruo se giró hacia ellos, hablándoles en el idioma infernal con palabras que quemaban en sus oídos. Los ángeles habrían preferido que su poder traductor no les hubiese permitido entender lo que decía.

—Encima es un malhablado —bromeó Tanya. Ahora estaba más tranquila, sabiendo que sus compañeros estaban allí para ayudada. Prestó atención al resto de sus estridentes frases—. Uy, lo que me ha dicho. Ahora sí que merece morir.

—¿Te suena esta clase de demonio a alguna que hayamos visto, o la bautizamos nosotros? —preguntó Mauro, las acústicas de las emociones reverberando aún en los nervios de las alas.

—¿Qué tal Sum-sum gomalásticum?

—Muy graciosa. ¿Se te ocurre cuál es la siguiente fase del plan?

Tanya lanzó una rápida mirada al lugar donde se había incrustado Erik. El joven ya no estaba allí. Sonrió.

—Sí, y empieza por «E».

Mauro escuchó, más que vio, a Erik lanzando un grito de furia ciega y abalanzándose sobre el corpachón de la araña mientras una espada-signo era convocada del sustrato mismo de su alma para hacer aquello para lo que había sido creada: exterminar demonios.

Cuando Mauro asomó la cabeza por detrás de la columna y vio el final del movimiento de Erik, el arco que trazó la hoja y que cortó al monstruo en dos mitades perfectas, arrancándole un último y sepulcral chillido de dolor, notó que en aquella espada había algo distinto.

No era el arma que Erik había aprendido a convocar de su interior durante la instrucción con Séfora.

Era la reliquia de Gan, la espada del Árbol de la Vida.

El tajo no sólo cercenó el corpachón del monstruo, sino también la pluma ensangrentada que lo alimentaba con su energía. Mauro y Tanya abandonaron su escondite cuando el monstruo se deshizo en hebras de oscuridad ardiente, evaporándose en el aire, y sólo quedó Erik en pose marcial, plantado a sus pies.

El marinero se había desmayado del miedo, pero aún respiraba. Lo dejaron apoyado en aquella misma columna. Cuando despertara (eso esperaban), todo lo que había pasado le parecería una extraña y desagradable pesadilla inducida por el alcohol.

—Ya puedes abandonar la pose, machote —le dijo Tanya a Erik, dándole unos golpecitos en la espalda. Su amigo abandonó la pose marcial con chulería—. Ahora entiendo por qué dijiste que ocultaste la espada en un lugar donde no podrían encontrarla. ¡La has sustituido por tu espada-signo!

Mauro se acercó a ellos. También estaba asombrado por ese descubrimiento.

—¿Cómo lo conseguiste? ¿Y qué pasó con tu espada original?

Erik compuso una expresión garbosa, de poderío.

—Los grandes maestros nunca revelamos nuestros secretos.

Tanya le dio un pellizco en el brazo que le arrancó un sonoro ¡aaayyy!

—A ver, «maestro», si tan sabio eres, dinos qué era esa cosa y por qué se manifestó aquí, en Crescent City.

El muchacho se frotó la zona del pellizco.

—Tía, qué daño. Tienes que controlar esos arrebatos...

—Era un demonio, de eso no cabe la menor duda —dijo Mauro—. La lengua que hablaba era uno de esos raros dialectos mutantes del Abismo. Posiblemente... eh... Aberración-Alineal 6.

—Bonito nombre. Sí, sin duda era una de esas alimañas inmundas, pero si me preguntáis por qué apareció aquí —opinó Erik— supongo que debió de ser convocado por alguien. Algún ritual maligno con sacrificios de sangre, o algo así.

—¿Tú crees? Podría ser. O podría haberse colado por las grietas de la Realidad cuando lo del Diluvio, como hicieron las plumas —caviló Tanya—. A lo mejor este demonio era lo mismo que nosotros, en el fondo: un refugiado sin hogar.

—Pues si es así, espero que no haya muchos como él o tendremos más trabajo del que quisiéramos. Lo último que desearía ahora —rezongó Erik— es ponerme a hacer de chacha, limpiando escoria demoníaca del mundo.

—Me temo que eso, jovencito, a estas alturas ya es inevitable —dijo una voz grave, extremadamente bien proyectada, como la de un actor de teatro.

Tanya, Erik y Mauro se volvieron en redondo para descubrir a un grupo de personas que había aparecido en la puerta del edificio. Eran hombres y mujeres con ropajes que parecían extrañamente nuevos, como si hubieran sido confeccionados hacía pocos segundos para no llamar demasiado la atención.

El que lideraba el grupo era un hombre alto y corpulento, de marcados bíceps, cuyo cabello plateado y ojos del mismo color llevaban hasta el último gen la firma de su naturaleza angelical. Era pálido, con la piel muy estirada sobre sus pronunciados pómulos. El cabello lacio le escaseaba en la frente y le caía hacia atrás hasta el cuello.

—¿Quiénes sois? —preguntó Tanya, asombrada.

El hombre corpulento se adelantó, tendiéndole una mano en señal de amistad.

—Me llamo Esaú, y soy el líder de los misfits. Los ángeles sin patria.

RUMORES EN EL VIENTO

Rhea volvió al faro a la mayor velocidad que sus pies le permitían. Una mezcla de dudas, miedo y preocupación religaba en su mente mientras cruzaba manzana tras manzana, siguiendo siempre el ruido del mar, su perfume, el sexto sentido que le decía que cerca de las olas, de alguna manera incomprensible, estaría a salvo.

La noche estaba cayendo bruscamente, como un telón desprendido de sus anclajes de estrellas. Podía ver los tejados teñidos de ocre, sin una nota de color, cubriendo edificios con ventanas que empezaban a reverberar con un tenue resplandor dorado. La ciudad parecía algo mutable, en movimiento. Al extremo de su visión las ventanas se distorsionaban, llenándose de persianas caídas. Las aceras y los porches rodeaban los edificios como armas defensivas, protegiéndolos hoscamente contra la intrusión de entes ajenos. Los escaparates de las tiendas alargaban su resplandor en estelas diabólicas, llenas de una gélida malicia hacia las figuras que caminaban anónimamente por la calle.

A todo se sumaba el aspecto taciturno de los viandantes, que deambulaban ociosos, dotando a la instantánea de una cualidad perturbadora.

Sí, algo muy profundo y elemental había cambiado en la ciudad. Crescent City sentía la presencia de unos visitantes inesperados, visitantes a los que no estaba preparada para alojar.

¿Qué iba a contarle a su tía, si al final decidía contarle algo? ¿Que el loco aquel que llamó al programa podría tener razón, de alguna aberrante e inesperada manera?

¿Que ella misma creyó percibir una presencia maligna en el cementerio y echó a correr como una niña asustada para escapar?

No, sería mejor optar por la prudencia. Por el momento. Al fin y al cabo, podía ser que todo fuese producto de su nerviosismo, de ese proceso de

adaptación a una ciudad nueva, y a una nueva vida, que tan duro podía volverse sin familiares o amigos cercanos a los que pedir consejo. Estaba tía Gemma, claro, que era muy amable y servicial... pero parecía vivir en otro mundo, un universo de ondas invisibles y voces lejanas que no paraban de contar historias. Un mundo muy particular y definitivamente extraño para Rhea.

Alcanzó el camino que conducía al faro, cruzó el istmo de un salto y saludó al pasar al viejo Crady, empecinado en ganar otra batalla contra la hojarasca, en una cruzada que (hasta él mismo tenía que haberse dado cuenta hacía mucho) estaba perdida de antemano.

—Tenga cuidado —le susurró el viejo. Rhea se sobresaltó. Era la primera vez que oía su voz, y le pareció tan tierna como afligida. Una voz que hablaba de experiencias vitales no demasiado agradables, pero sí duraderas.

—¿Perdone? ¿A qué se refiere? —preguntó ella, cortés, al tiempo que aminoraba el paso.

La mirada del anciano tenía una cualidad aún más gris que su voz.

—Sólo tenga cuidado... —insistió, y siguió con sus quehaceres. El rastrillo hizo un ruido desagradable cuando lo arrastró por el barro, como una mano de uñas metálicas lacerando la tierra.

Rhea sacudió la cabeza; empezaba a estar harta de tanto misterio. ¿Es que todo el mundo se había puesto de acuerdo para resultar desconcertante? ¿O es que en realidad se había mudado a *Twin Peaks* y ni siquiera se había dado cuenta?

Antes de entrar en la casa del faro, su vista rozó por casualidad los tiros altos de las chimeneas, con ese aspecto vagamente religioso que recordaba a ángeles custodios. Por un momento, por un brevísimo e insignificante lapso de tiempo... creyó que eran ángeles de verdad y que la estaban mirando con reproche.

Sacudió la cabeza. No, no iba a empezar a ver ángeles otra vez. No estaba loca.

Para su sorpresa, la casa no estaba impregnada de los sugerentes olores del estofado que Gemma iba a hacer esa noche para cenar. Ni habían llegado tampoco los invitados, unos amigos que se movían en el mundillo del periodismo y que Gemma quería presentarle. Era raro, dada la hora.

El sol ya había sido devorado por el océano, y una noche sin luna se abría clara, sin nubes, tan llena de estrellas que parecía un cuadro pintado por un niño que sólo quería ver destellos plateados en su lienzo.

Encontró a tía Gemma arriba, en la emisora. La antorcha del faro estaba encendida; la luz que llenaba la cúpula era tan intensa que parecía un organismo vivo, algo que se movía con libre albedrío de un lado para otro en lentas mareas, y que podía experimentar a través del tacto y el gusto, además de con la vista.

Un refulgente capricho, inútil en el mundo de los GPS pero que aportaba una inigualable identidad romántica a la ciudad.

—¿Tía G? —murmuró, acabando de subir las últimas escaleras.

Gemma estaba sentada en su silla, en silencio, concentrada en los aparatos. Tanto era así que no advirtió que su sobrina había llegado hasta que ésta la tocó en el hombro, y entonces dio un saltito.

—¡Ah, Rhea, eres tú! ¡Qué susto!

—¿Qué ocurre, tía? ¿No teníamos invitados esta noche?

Gemma sacudió la cabeza.

—Les surgió un problema y me llamaron para cancelar la cena. Pero no importa, es mejor así, tendremos más tiempo para rastrear. Si tienes hambre puedes hacerte un bocadillo. En la nevera hay de todo.

—¿Rastrear? ¿El qué?

—Las ondas —sonrió Gemma—. Claro, tú estás acostumbrada a otro sistema. Los jóvenes de hoy lo tenéis fácil: os conectáis a Internet y usáis avanzados programas que rastrean y recopilan datos para vosotros, del tema que se os antoje... pero antiguamente, en los tiempos del radio aficionado, las cosas había que hacerlas de una manera más artesanal.

Rhea se sentó a su lado. No entendía lo que estaba haciendo su tía, pero la diestra de Gemma no se separaba ni por casualidad del ratón del ordenador. El puntero se movía velozmente de una ventana de control a otra, cambiando de frecuencia, grabando pequeños fragmentos de sonidos o conversaciones que de repente asomaban la nariz entre pantanos de estática.

Cada uno de aquellos archivos llevaba un número, y una pequeña descripción. En la carpeta donde los guardaba había más de doscientos.

Su tía había estado muy ocupada durante las últimas horas,

—El gran espectáculo secreto... —susurró.

Rhea la miró.

—¿El qué...?

—Oh, perdona, no creí que lo hubiese dicho en voz alta. Hace tiempo leí una novela de terror de un escritor inglés que me gustó mucho. Se llamaba *El gran espectáculo secreto*. Qué buena y escalofriante era.

—¿Y qué tiene que ver con esto?

Gemma sobrevoló con el ratón las etiquetas de los archivos. En algunas, Rhea alcanzó a leer frases como «... final de la conversación entre dos hombres (tema: desconocido, aunque macabro)...»; «... mujer que llora desconsolada pero no sabe por qué...»; «atención: vacío pero lleno de algo en las frecuencias inferiores»; «... especie de llanto de niño pequeño que de repente surge de la estática (duración: dos coma cuatro segundos)...».

A Rhea todo aquello estaba empezando a darle muy mala espina. No podía adivinar por qué, más de la mitad de los MP3 tenían una señal roja aliado, como una banderita.

—En aquella novela había un capítulo en que el protagonista se mete a trabajar en una estafeta de Correos a donde sólo llegan cartas perdidas, y paquetes postales que nadie reclama —recordó su tía, los cascos firmes en sus oídos mientras analizaba frecuencias. De los altavoces sólo salía ruido blanco—. No me acuerdo muy bien cómo iba la cosa, porque la leí hace muchos años... pero el protagonista acababa leyendo las cartas perdidas, y descubría en ellas un patrón.

—¿Un patrón?

—Sí, algo así como un esquema subyacente, escondido. Era una idea fascinante, pero que daba mucho miedo. Es como si tú leyese todo el correo de la Costa Oeste, de personas que viven en lugares muy distantes y que no se conocen entre sí, y acabases descubriendo que todas hablan de lo mismo, o que aportan datos aislados a la resolución de un único enigma...

Rhea miró a su tía con desconcierto.

Gemma rió.

—No te preocupes, era sólo una novela. Pero me ha venido a la mente porque... si te molestas en hacer algo que los profesionales por norma general no hacemos, que es cribar todas las frecuencias vacías en busca de datos...

Hizo click dos veces sobre uno de los archivos de audio. Tenía la etiqueta «... HOMBRE QUE AFIRMA VER ESPECTROS...» en letras mayúsculas.

Durante unos segundos no pasó nada, de los altavoces sólo salía ruido. La barra de progresión avanzó por la mancha espinosa de digitalización del audio.

Y de repente, cuando ya estaba próxima a su final:

—... No, no deberían estar aquí, pues los enterramos hace una semana, pero... (estática)... han vuelto y deambulan por nuestra casa, en el piso de arriba. Sobre todo en el piso de arriba... (más estática)... Hoy he reunido el valor suficiente para subir y hacerles una pregunta. Quiero saber quiénes son. Si Dios nos ha mandado de vuelta a Trudy y al pequeño Tom, quiero saber

por qué. Pero su respuesta... oh, su respuesta... (estática, sonido como si alguien llorase cerca del micrófono, un llanto que se acabó tragando el ruido digital).

Gemma lo paró.

Su sobrina la miraba, espantada.

—No estarás hablando en serio, me estás gastando una novatada... —sonrió Rhea, sin la menor pizca de humor. Pero su tía movió gravemente la cabeza.

—No, me temo que no es ninguna broma. Mira, he marcado en rojo los que hacen alusión, aunque sea a un nivel muy tangencial, a la presencia de fantasmas o espíritus de regresados en la ciudad. Son más de cien, y todos estos que ves, todos, los he recopilado exclusivamente durante la última hora.

—No me lo puedo creer...

—La mayoría de estas personas son gente mayor, que tienen emisoras de la época de los radio aficionados y aún las siguen usando. Muchos hasta conservan el mismo apodo que en aquellos años, por lo que te podría decir hasta quiénes son. Por eso no quiero ni imaginarme —tembló Gemma— la cantidad de mensajes similares que no puedo captar porque se están enviando por la red de telefonía móvil o mediante correo electrónico ahora mismo, mientras hablamos. Mensajes de gente asustada con un patrón subyacente.

A Rhea le entró un escalofrío que viró del revés su columna vertebral. Recordó el episodio en el cementerio. A cada segundo que pasaba le parecía más real.

—Es como el gran espectáculo secreto —prosiguió Gemma—: la gente habla desde multitud de lugares distintos, y la gran mayoría evita tocar el tema que les preocupa directamente. Pero en el fondo, si sabes escuchar... te das cuenta de que todos hablan de lo mismo.

—¿Y qué crees que es...?

Gemma se echó hacia atrás, recostándose pensativa en la silla. Cuando subió los brazos para cruzados detrás de la cabeza, sus axilas le dejaron claro a Rhea que el día había sido largo.

—Tienen miedo —recapituló—. Pero no saben por qué. No todos creen haber visto espíritus de regresados caminando por ahí. Un taxista que recogió a un pasajero en el aeropuerto McNamara dijo, mortalmente asustado, que lo había visto convertirse en una especie de ser peludo y con garras en el asiento de atrás de su coche, mientras que una dulce viejecita de Tolawa afirma que los cuervos que cría en su casa se han convertido en una gran figura de papel

maché que le susurra cuentos obscenos al oído. —Torció el gesto—. Vaya con la vieja verde.

Hizo una pausa, perdiendo la vista en el chorro de luz casi líquida que fluía de la lámpara del faro hacia fuera, a la oscuridad densa como petróleo.

—Lo que es cierto es que algo muy extraño está pasando en la ciudad —concluyó—. No sé lo que es, pero nos está volviendo a todos unos malditos paranoicos. Empezando por mí —le guiñó un ojo.

Rhea no sabía si aquel escalofrío que sentía era el mismo de antes, que seguía enviándole ondas de frialdad a la espalda, o era otro completamente nuevo.

—Esto sólo puede significar una cosa —dijo Gemma, mortalmente seria.

Rhea tragó saliva.

—¿El... el qué?

Su tía se inclinó hacia ella, hasta que las narices de ambas mujeres casi se tocaron. Entonces, Gemma despegó sólo un milímetro los labios y dejó escapar unas débiles y solemnes palabras:

—Estamos siendo víctimas de un ataque terrorista.

—¿Cómo dices? —Rhea parpadeó, volviendo a la realidad. Por un momento había temido que su tía se pusiese a hablar de entes sobrenaturales y demonios del infierno, como los que ella había visto en Santorini justo antes de poner medio mundo de distancia entre esa isla y sus botas.

Su tía movió la cabeza afirmativamente.

—Los terroristas están envenenando el agua del Estado para que suframos alucinaciones. Por eso acudió tanta gente del Gobierno después de que llovieran las plumas. ¿No te parece sospechosa la presencia de tantos Federales justo después de que la ciudad haya sufrido una especie de alucinación colectiva?

Rhea compuso una sonrisa forzada, rogando porque no se le notase la cara de circunstancias.

—Este... si, claro, es muy raro. Me parece una explicación bastante... coherente.

—¡Claro que si! —Elevó los brazos del entusiasmo, enviando otra vaharada desde sus axilas hasta la naricilla de Rhea, que se contrajo como una pasa madura—. ¡Hay que avisar a las autoridades, a la policía! ¡Seguro que alguien puede encargarse a algún laboratorio que analice el agua que bebemos! ¡O puede que esté en el aire, como los virus! A partir de ahora juro por Dios que sólo bebo agua de botella.

—Eh... ¿no crees que te estás pasando un poco, tía?

Gemma la miró en silencio unos instantes, con una cara que no reflejaba ningún pensamiento, como si se estuviese planteando si ese comentario debería ofenderla o no. Al final le regaló a Rhea otra de sus amplias sonrisas.

—Tienes razón, cariño, tantas horas pegada a un micrófono acaban agotando a una, física y mentalmente. En fin, me voy a duchar. Luego te prepararé ese estofado. Verás por qué me llamaron de pequeña la «hechicera de la cocina».

Rhea asintió, aliviada.

—Estoy de acuerdo. ¡Tengo hambre!

—Pues vamos. Dejaré esto encendido por si acaso, en modo automático.

Gemma lanzó un programa de búsqueda inteligente y bajó con su sobrina a la parte habitable de la casa. Como había prometido, se dio una ducha larga y relajante.

Rhea esperó primero en el salón, y luego en su habitación. Los minutos se fueron desgranando del reloj igual que las isletas que había frente a la costa, que parecían la testa de gigantes perezosos que estuviesen echando una cabezadita bajo las olas. El cadencioso ronroneo del agua se escuchaba de fondo, y le pareció tan apetecible que prometió darse una ducha en cuanto su tía acabase con el baño.

Pero si su tía estaba convencida de que el agua estaba envenenada, ¿por qué no tenía miedo a ducharse?

No, mejor no la hacía partícipe de ese pensamiento. Había que ver qué mal olía su sudor. Mejor que se envenenase.

Hurgó con la mano debajo de la cama, sin mirar, hasta que tocó una superficie suave e hirsuta. Sacó de allá abajo un oso de peluche, el único que había sobrevivido a la masacre, y contra todo pronóstico lo abrazó. Era un muñeco feo, negro y con dos botones descosidos como ojos, pero era el que más le gustaba. Lo había conservado por si tenía que hacer vudú con alguien, clavándole agujas, pero ahora su contacto la reconfortaba.

Era tierno.

Oyó cómo se abría la puerta del baño. Gemma salió enrollada en la bata y se metió en su cuarto, sin cerrar la puerta detrás de ella. Estaba diciendo cosas en voz tan baja que parecía que estuviese manteniendo una acalorada discusión con ella misma.

Extrañada, Rhea se quitó las zapatillas y fue, descalza, hasta el pasillo. En completo silencio se pegó a la puerta de la habitación de su tía y echó un vistazo.

Gemma se había quitado la toalla y, completamente desnuda, se paseaba delante de la ventana, arriesgándose a que cualquier turista que estuviese fotografiando el faro para obtener una buena postal pudiera verla. ¡Y menuda postal sería!

Rhea iba a hacerse notar para aconsejarle que cerrara las cortinas, cuando se fijó en que su tía en realidad no hablaba sola. Tenía algo en la mano, un pequeño animal u objeto de color rojizo al que dirigía toda su diatriba. No pudo ver en un principio lo que era, pero al acercarse escuchó que las frases de su tía eran algo así:

—... por supuesto, cómo quieren que se crea una todas esas tonterías, sí, y muertos, muertos que regresan, qué estupidez, tú lo sabes porque me lo has dicho y no tengo motivos para desconfiar de ti, ¿verdad?, sí, sí, claro, tendré cuidado con esa entrometida, el gran espectáculo acaba de empezar, el gran, gran espectáculo secreto...

Entonces su tía hizo un movimiento ligeramente distinto, como si cogiese algo de la mesilla de noche, y abrió lo suficiente la mano como para que Rhea pudiera ver lo que sostenía.

Una enorme y desagradable araña bicéfala, con un centelleo de fuego infernal surgiendo como tela ígnea de su abdomen.

LOS MISFITS

Era el patio de atrás de un instituto de enseñanza secundaria, lo suficientemente aislado como para no despertar sospechas ni siquiera entre los profesores y alumnos que abarrotaban las clases de los pisos de arriba.

Nadie solía mirar por las ventanas hacia el patio, a no ser que fuera el típico estudiante distraído cuyo mundo interior era más rico que las leyes de Avogadro. Pero si algún estudiante lo hizo, y descubrió al grupo de personas con aspecto de no trabajar en aquel lugar que formaban corro en el patio, no dio el aviso. Prefirió quedarse mirándolos y seguir ignorando al pobre Avogadro.

Tanya había elegido casi por inercia ese lugar. El instituto estaba situado cerca del cementerio, y desde la reja de aquel patio podían vigilado mientras hablaban con Esaú. Habría preferido una cafetería y un capuchino, la verdad, pero ahora mismo no tenían dinero y tal y como estaban las cosas no quería gastar energía en crearlo.

—¿Entonces, ya no tenéis alas? —le preguntó a Esaú, recapitulando.

—Eso es —dijo éste, con algo parecido a la vergüenza en la voz. Su semblante era duro pero también confuso, el de un guerrero que no se explicaba aún cómo le había sorprendido con tanta facilidad la derrota—. Las perdimos al atravesar el túnel que Satanás abrió a la Tierra. Una última broma del Gran Mentiroso: despojarnos de casi todo nuestro poder como castigo por nuestra cobardía.

Erik estaba sentado en un pupitre polvoriento que había en una esquina del patio. Al oír esa palabra se enfureció.

—¿Cobardía? ¿Y por qué huisteis, si te parece tan mal? ¿Por qué no estás ahora mismo junto a Séfora, ayudándola a preparar el terrible combate que se avecina?

—No lo entiendes, chico —explicó Esaú—. Yo no quería marcharme por nada del mundo, pero si no lo hubiera hecho ella jamás habría asumido su rol de general de nuestros ejércitos. Siempre habría estado mirándome de reajo, atenta a lo que yo hiciera, pendiente de mis decisiones... No, no podía ser así —sacudió la cabeza—. La vi luchar durante la batalla del Segundo Diluvio, y me di cuenta de cómo había crecido. De cómo se había convertido en alguien capaz de fusionar dos mundos, dos experiencias complementarias, para ser un mejor guerrero...

—¿Hablas de la Tierra y el Cielo? —preguntó Tanya.

Esaú asintió.

—Las reglas han cambiado, incluso las de la guerra celestial. En los viejos malos tiempos, y me refiero al presente, habríamos unido nuestras fuerzas para crear una gestalt más poderosa que la suma de las partes. Pero con la nueva situación, el futuro es impenetrable hasta para nuestros poderes videntes.

»Para afrontar este problema hace falta... cómo decís vosotros... «sangre nueva». Juventud, nuevas perspectivas. Fusión de estrategias y maneras de pensar antagónicas. Cuando hablé con Séfora por última vez, en el Infierno, me di cuenta. Y también vi que si no la obligaba a coger el bastón de mando y hacerse cargo de la situación, los ángeles que quedan allá abajo perecerán. Todos. Fue una decisión bastante sencilla, en realidad.

—¿Y qué va a ser de vosotros? ¿Estáis condenados a vivir en este mundo para siempre?

—Ese fue el trato —asintió el ángel—. Y no va a ser una existencia fácil, ni mucho menos pacífica. Los abezi nos van a dar mucho trabajo. Han aparecido por todo este planeta y están escondidos en las sombras, esperando el momento para reclamar a los humanos como presa. A diferencia de nosotros, a esos demonios sin amo no les importará lo más mínimo romper el statu quo.

Tanya paseó de un lado a otro del patio, perdida en sus cavilaciones. Mauro la contempló callado, girando la cabeza a medida que iba y venía como un juez de línea.

—Creo que ya los hemos visto. Y no sólo en ese viejo edificio. Cuando llegamos creí notar algo raro, algo tenebroso, en el cementerio —recordó.

—Será otro abezi como el que matasteis en aquel caserón. Llegado el momento nos ocuparemos de él, no os preocupéis.

—Me alegra que nos ahorréis el trabajo. Pero hay una cosa que sigo sin entender —barruntó Tanya—. Lo de las plumas. Esas cosas parece que

siempre llevan cosida una a alguna parte del cuerpo...

—Una pluma de ángel sacrificado en el Segundo Diluvio —dijo Esaúes—, un objeto poderoso, una especie de acumulador místico. Los demonios corrompen su energía y la drenan para hacerse más físicos, más fuertes, en este Plano. Por eso hay mayor cantidad de abezi en los sitios donde más plumas llovieron. Es una herejía. —El odio hizo temblar por un momento su voz—. Pervierten la última dádiva del Cielo a los humanos convirtiéndola en algo maligno que sirva a sus fines.

—Esperad, tiempo muerto —suplicó Erik—. A ver, me estoy perdiendo. ¿Qué rayos son esas plumas, y por qué aparecieron en este Plano cuando se destruyó el Árbol de Plata?

—La historia es larga —dijo Esaú, sentándose en otro pupitre que era graciosamente pequeño en comparación con su cuerpo musculado—. Después del Primer Diluvio, cuando el Señor selló el pacto con la humanidad a través de su siervo Noé, colocó un recordatorio en los cielos para que Él mismo supiese, por los siglos de los siglos, que había jurado no volver a destruir la vida de este planeta.

»Ese recordatorio era el arco iris^[5]. Debemos estar tremendamente agradecidos a las leyes de física que gobiernan este mundo porque juegue de ese modo con el agua y la luz, creando arco iris en todo momento en los cielos, porque es la forma que tiene Yahvé de recordar su promesa.

—O sea, que seguimos vivos gracias a una gota de agua —bromeó Erik.

Esaú seguía manteniendo una expresión seria, como si nada de aquello, absolutamente nada, le sonara ni lejanamente a broma.

—En aquel lejano día, en que Yahvé le reveló a Noé cuál sería Su compromiso para con los vuestros, otro pacto más fue forjado. El Señor prometió que si algún día el Cielo o el Infierno dejaban de existir (se ve que eso de la omnisapiencia realmente funciona), y las almas no tenían lugar al que volar tras la muerte, la esencia vital de ángeles sacrificados llovería sobre la Tierra y la santificaría, preparándola para aunar tanto Cielo como Infierno en este mismo Plano Material.

»Sería el último regalo del Cielo a los mortales, sin distinción de santos o pecadores, y a los animales y plantas que también forman parte de la Creación.

—Espera, ¿nos estás diciendo que los nuevos Cielo e Infierno van a estar a partir de ahora aquí mismo, en la Tierra? —parpadeó Mauro, estremecido por el mero concepto.

El ángel guerrero cerró los ojos, como tratando de recordar hechos increíblemente lejanos hasta para una criatura como él.

—... Y el Señor dijo —entonó—: «De este vientre de mujer me darás una stirpe y muchos pueblos, y Yo conservaré para vosotros cielo y tierra, mar y fuego, amaneceres y ocasos, para que tus descendientes y los descendientes de los descendientes sepan que todo fue creado por Mi amor, para vuestro uso y disfrute. Será Mi mano firme la que guíe las almas hacia nuevas y luminosas costas, y la que cuatro elementos bendiga para que lo creado siempre encuentre hogar y reposo, aunque caigan sin piedad los santuarios».

—Aunque caigan sin piedad los santuarios —repitió Mauro. Tenía un extraño presentimiento que le carcomía por dentro, como si algún tipo de luz interior le estuviese apremiando a hacer algo desde que llegó a Crescent, algo que era importante para él, pero no supiera qué—. Bonito eufemismo. Se ve que a Yahvé también le va la retórica.

—La Tierra se ha empapado de la energía espiritual de los ángeles muertos en batalla —prosiguió Esaú—. Ahora el mundo está listo para ser santuario no sólo de carne, sino también de espíritus. Esa misma energía es la que nos ayudará a nosotros a subsistir... y a los abezi, por desgracia, a hacerse más fuertes.

Un silencio cayó sobre ellos mientras cada cual interiorizaba el problema y meditaba sobre sus consecuencias.

De una de las ventanas superiores del instituto llegó el golpeteo de una regla contra una mesa, como si un profesor llamase al orden a la clase.

Esaú fue el primero en romper el silencio:

—Quiero que sepáis que para nosotros es un honor conoceros —dijo con sinceridad—. No sólo habéis demostrado ser los elegidos, los que romperán el equilibrio final entre el Bien y el Mal, sino que ahora mismo sois los únicos ángeles que quedan fuera del Infierno y que siguen conservando sus poderes.

—Eso es porque no los hemos despertado aún —rezongó Erik.

—No deberías sentirte tan contento de conocernos —dijo Tanya, recogiendo el pelo en dos moños gemelos—. Estás dando por sentado que el equilibrio eterno se romperá a favor del Bien. Pero ahora mismo todas las cartas, para ser sinceros, están en la baraja de nuestro enemigo...

Esaú negó tajantemente con la cabeza.

—Eso no sucederá, el equilibrio no se romperá por el lado del Mal. Si fuera así, los elegidos no habrían sido ángeles desde un principio, sino tres demonios. Pero sois de los nuestros.

—Ya, pero ten en cuenta que somos la encarnación de tres ángeles *traidores*, compañeros de Lucifer en la rebelión de la noche de los tiempos —puntualizó Tanya—. No lo olvides. No quiero decir con esto que mi intención sea dejar que triunfe el Mal, ni mucho menos. Pero Séfora nos enseñó que las profecías son caprichosas, y que muchas veces acaban resolviéndose de la manera más inesperada.

El ángel guerrero se unió a Tanya en sus paseos por el escueto espacio del patio. Parecía incómodo con esa idea, una posibilidad que ni se le había ocurrido.

—Estamos lanzando piedras contra nuestro propio tejado —gruñó—. Tenemos que concentrarnos en cómo nos vamos a establecer en este mundo, y en qué clase de vida vamos a llevar ahora que somos mortales. Pero vosotros —hizo un gesto que abarcó a los tres niños perdidos— debéis ir pensando en cómo vais a ayudar desde aquí a Séfora. Porque os necesita más que nunca.

—Le hemos estado dando vueltas a ese asunto —asintió Tanya—. Vinimos a Crescent porque creímos que aquí podríamos completar la conexión entre nuestra alma y la de los ángeles primordiales, un camino que empezamos en Santorini...

—... Sin demasiado éxito —la interrumpió Erik—. ¡Bien, pues ya estamos aquí! En la capital mundial del plumaje angelical. ¿Y ahora qué, señores?

Todos cruzaron una mirada. Nadie se atrevía a ser el primero en aportar una solución, al menos hasta no haberla meditado bien.

Esaú volvió a llevar la voz cantante. No en vano, les ganaba en antigüedad por varios miles de años en el oficio de ángel vengador.

—Escuchadme. Justo antes de la primera batalla en la isla que llamáis Santorini, Séfora se retiró para intentar contactar con su maestro en un lugar de poder. Este mundo está lleno de esos enclaves místicos, esos «lugares de paso» donde es más fácil abrir un canal al otro lado. Ahora todos los puentes entre los Planos Superiores y éste se han cerrado, pero...

—Veo por dónde vas, pero me temo que no nos servirá de nada —dijo Erik—. Ya hemos intentado telefonar místicamente a Séfora, y nos da la señal de comunicando.

—*Pero...* habéis fallado porque intentabais comunicar directamente con el otro lado —continuó Esaú, irritado por las constantes interrupciones del joven—. Eso es imposible, pero no el quedarse a medio camino.

Tanya afiló los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Los túneles místicos no se han derrumbado, sólo se ha sellado el extremo lejano, el que da a los Planos Superiores, para que nos entendamos. Imaginároslo como si se hubiesen cerrado con llave una serie de puertas que llevaban milenios abiertas. Pero podéis acceder al interior del propio túnel, como el que Séfora encontró en Cesaréa Mazaca, y quedaros allí.

Tanya recordó cómo les había descrito Séfora aquel intento que casi había acabado con su propia muerte.

(El tiempo pasó. No hubo contestación a la plegaria, pero Séfora percibió unos ecos, gritos lejanos y marcas de sufrimiento extremo que sacudían la tela del espacio-tiempo. Era como si la realidad misma se convulsionase con la firma de grandes catástrofes que estuvieran sucediendo en ese mismo instante, mientras ella prestaba atención.

Gritos de ángeles, de demonios también. Víctimas y verdugos. Cielomotos con epicentros potentes y agrupados.

Por la Trinidad, ¿qué estaba pasando allá fuera?, y un mal presentimiento se encajonó en su pecho.

—¿Sugiere que hagamos un viaje no al otro lado del túnel, sino que nos detengamos a medio camino? —preguntó, incrédula—. ¿De qué serviría eso? ¿Y si nos perdemos? ¿Y si no podemos volver a salir?

—O lo que es más importante —añadió Mauro—: ¿Qué pretende que encontremos allí? ¿Por qué atravesar uno de esos conductos místicos nos iba a ayudar a completar nuestro entrenamiento más que estar aquí, en la Tierra?

Esaú los miró a todos, uno por uno.

Y sonrió.

—Como os conté antes, un segundo pacto fue forjado entre el Señor y Noé en aquellos tiempos en los que la Tierra era un cenagal de muerte y desolación. Los restos de ese pacto aún permanecen enteros, almacenados en esa «trastienda» de la Realidad. En esos túneles oscuros. Noé podía visitarlos, pues tenía potestad para ello, y allí fue donde... murió.

Como cada vez que había encontrado una referencia directa a un viejo mito hebreo o sumerio en aquella aventura, Erik sintió que se le ponía la carne de gallina.

—¿Nos estás diciendo... que dentro de uno de esos túneles está la tumba de Noé? ¿El Noé de verdad, el de «todos a bordo del Barco del Amor cagando leches porque el planeta está a punto de convertirse en un parque acuático»?

El ángel asintió.

—En efecto. Es un lugar de inmenso poder, que no nos sirve de nada a los ángeles (al fin y al cabo, aquel patriarca marinerero no era uno de nosotros),

pero a vosotros sí que podría seros útil, por mera afinidad genética, o profética, o como diantre queráis llamado. Tal vez.

—Guíanos hasta allí —suplicó Mauro—. Estoy deseando verlo.

—A los tres no puedo, no sería conveniente. Sólo uno de vosotros podrá entrar. El túnel se colapsaría sobre sí mismo si recibe de golpe la energía de tres ángeles ancestrales —objetó Esaú—. Pero aquel de vosotros que vaya probablemente encontrará respuestas. Y puede que también el camino hacia el despertar absoluto de vuestros poderes.

Los tres chicos se miraron. De fondo se escuchó una sirena, marcando el interludio entre clases. Un rumor sordo de cientos de piernas abarrotó los pasillos.

—Creo que será mejor que vaya Tanya —propuso Erik—. Al fin y al cabo, el plan es suyo. Yo te seré más útil aquí, si es que quedan más abezi de esos pululando por la ciudad.

—Estoy de acuerdo —convino Mauro—. Que Tanya sea nuestro heraldo. Yo... tengo algunas ideas sobre cómo podríais instalaros en el mundo de los hombres, Esaú, que me gustaría comentaros a ver qué os parecen. Además, hay algo en esta ciudad que... —Recorrió la línea de edificios bajos con la vista—. No sé. Que me hace sentir raro.

—¿Raro? —preguntó Tanya—. ¿En qué sentido?

—No sabría decirte. Es muy similar a esa sensación que tienes cuando te has dejado algo sin atar, un cabo suelto, una promesa incumplida... y no pudieses parar hasta averiguar qué es.

—Pues sí que suena raro, porque nunca antes habías estado en Crescent City, ¿verdad?

—Verdad.

Tanya se dirigió a la puerta por la que habían entrado al patio del instituto, y la abrió.

Ya era hora de que se fueran marchando, antes de que algún bedel o alguna parejita de alumnos los encontrara por casualidad.

—¿Tienes idea de dónde puede estar la entrada a ese túnel en particular, Esaú? —le preguntó.

—El pacto entre Yahvé y Noé se selló en Ararat —se encogió de hombros, como si le estuviera indicando una dirección a la vuelta de la esquina—. Sería lógico probar primero allí, a ver.

Tanya compuso una expresión de agotamiento. Hala, otra vez a darle marcha a las alas hasta Oriente Medio, en este caso a Turquía, donde se

encontraba el estratovolcán donde según la leyenda se posó el arca cuando comenzaron a remitir las aguas.

Menos mal que no tenía que depender de los transportes humanos para estas cosas, o se volvería loca.

—Irás al planeta Dagobah... —sonrió Erik, poniendo voz de viejo maestro.

—Está bien, iré a buscar ese dichoso túnel —accedió Tanya, cansada—. Pero vosotros no hagáis ninguna diablura mientras estoy fuera, ¿vale?

Erik la miró con expresión beatífica, absolutamente inocente.

—Vamos, hermana, ¿cuándo nos hemos salido del tiesto? ¿Es que no confías en nosotros?

Tanya le devolvió la mirada.

—No me hagas responder a eso...

LIBRO DOS

EL EVANGELIO SEGÚN STA. TANYA

EL LAMENTO DE LA CARIÁTIDE

Séfora y Abaddón sobrevolaban casi ala con ala una región inhóspita del Infierno, en dirección a unas titánicas montañas que se elevaban ominosas en el horizonte. Tenían una forma aproximadamente tubular, y aunque dentro de su diámetro podrían haber cabido varias Tierras, la distancia hacía comprensible su silueta.

A Séfora le recordaron inmensos dedos. Dedos de una mano humana, la mano de Lucifer, que se curvaban ligeramente hacia la palma en posición relajada.

Esa repentina comprensión de la anatomía del paisaje le permitió ubicarse: Estaban muy, muy lejos del pecho de Lucifer, donde habían aterrizado los ángeles refugiados y montado su precario campamento. Tras mucho volar por el brazo en dirección a uno de los lindes del Infierno, Séfora divisaba por fin el perfil de esa frontera.

Y no le gustaba lo que veía.

—Cuéntame otra vez qué rayos hacemos aquí —graznó, lanzándole una mirada asesina a su (forzoso) compañero de viaje.

Satanás había ordenado a su oscuro súbdito que colaborase con ella en la medida de lo posible, porque sabía que para defender el último bastión que les quedaba, el Infierno, necesitaría la ayuda de ambos bandos. Pero eso no quería decir ni muchísimo menos que ni a Abaddón ni al ángel les hiciera gracia el encargo.

—Nuestro hogar es un espejo deformado de lo que era el vuestro —dijo el demonio, subrayando el carácter pretérito del verbo—. Solo que nuestro Árbol de Plata se marchitó nada más nacer, hace eones, y sobre sus restos podridos apareció una cicatriz. También tenemos una fuente de la sabiduría, igual que vosotros, pero es difícil acceder a ella. Hacia uno de sus emplazamientos físicos estamos volando.

—¿Buscas pistas sobre el segundo Leviatán?

—La información es poder, ángel. Ya lo sabes.

—Sé que vuestra manera de obtenerla es tan blasfema como los datos derivados de ella —discutió Séfora, de mala gana—. Tal y como funcionan las cosas aquí, no me extrañaría que la fuente obscena os exigiera un sacrificio de sangre para poder ser leída, cada vez que la invocáis.

Abaddón sonrió. Aquella lucecita era una ingenua. Por supuesto que la fuente exigía sangre, ya que ella misma sabía que todo conocimiento derivado de su uso sería utilizado para esparcir aún más el sufrimiento y la iniquidad por el mundo. Por eso reclamaba un porcentaje de ese éxtasis, de esa pasión por destruir, contaminar y corromper todo lo creado. Porque disfrutaba con la sensación de saberse utilizada para un propósito impío. Cada vez que un demonio abría una página del *Organon Maleficarum* en alguna parte, el Libro de Todo Mal, era a costa de una desgracia. Si no había nadie inocente o puro en las cercanías que torturar, era el propio demonio quien debía cargar con el estigma, aún a riesgo de su propia muerte. Por eso la apertura del libro en la piel de Isaac, un santo del nuevo evangelio, había tenido tanto éxito en Venecia.

Lástima que Erik llegase a tiempo para salvado, pensó Abaddón.

Cuando Séfora le preguntó por el precio a pagar, a Abaddón se le llenó la mente de imágenes de ángeles torturados colgando de estacas y cruces infectas en las simas del Infierno, componiendo con sus alaridos una eufonía de sinrazón, un concierto de dolor y humillación que sería perfecto para que se abrieran las páginas del libro...

... Pero no se las describió.

Sus órdenes (incomprensibles, salvo para la privilegiada inteligencia de su Señor) eran colaborar con la luz, no ponerle aún más trabas.

Aunque esa colaboración forzosa no implicaba que tuvieran que llevarse bien.

—Estamos sobrevolando las marismas de asesinos —explicó—. Dentro de poco llegaremos a los campos de perdición, y veremos los palacios negros. Cada uno de ellos guarda un fragmento de la fuente.

—¿Los palacios negros? Nunca oí hablar de ellos.

—Ni deberías. Son cárceles laberínticas que una vez sirvieron para torturar las almas de los que habían asesinado niños, pero ahora tenemos un lugar mucho más divertido para esa gente... —dijo Abaddón, y Séfora casi pudo paladear la maligna ansiedad por infligir dolor que se escondía en su alma—. Sus nuevas cárceles son mucho más... despiadadamente creativas.

Desde que los vaciamos, los palacios negros fueron destinados a otro menester.

—Ya veo. Y cuando encontremos la fuente... ¿tienes claro qué le vas a preguntar, o piensas improvisar sobre la marcha?

—Aquí abajo nada se improvisa, luz guerrera. Ya te irás dando cuenta, si tras la batalla contra la Bestia aún estamos aquí para contarlo. —El demonio se frotó las llagas que le había dejado su amo como recuerdo de la entrevista. No parecía que aquellas heridas, finas pero profundas, fueran a sanar nunca, por lo que Séfora se preguntó si Satanás había aprovechado la tesitura para saldar viejas cuentas con Abaddón, o si le había infligido todo ese dolor gratuito sólo por diversión, por el placer de estropear un muñeco ya de por sí deforme y feo—. Esas estepas que ves allá abajo, por ejemplo —señaló con la punta de su ala de murciélago una zona de leves depresiones que parecían impactos meteoríticos—. Son campos de cariátides.

—¿Qué es, un nuevo tipo de engendro que todavía no habéis enviado a combatir contra nosotros? —preguntó el ángel, con sorna.

Abaddón descendió ligeramente para que ella pudiera ver mejor los cráteres, espinosos por culpa de centenares de estatuas obscenas que surgían del barro.

Parecían cariátides, en efecto, solo que sus capiteles de columna alabastrina no sostenían nada, sino que estaban decorados con círculos de espinas.

—Son demonios antiguos, más bien —corrigió Abaddón—. Viejos luchadores que fueron derrotados en guerras que ellos recuerdan muy bien. Son los que fracasaron en su misión, y cuando vuestras malditas espadas los cortaron en pedazos, lo que quedaba de ellos llegó hasta aquí buscando piedad.

»Pero claro, no fue precisamente eso lo que les dimos.

Séfora se fijó en que el suelo de aquellos campos era una especie de collage de retales, de trozos de ropa hecha jirones... y cuando los vio más de cerca se dio cuenta de que en realidad era un tapiz, un mosaico hecho con trozos de caras, de cuerpos, de lo que quedaba de aquellas pobres almas después de que las espadas-signo hubiesen impartido justicia.

Allá donde un retal estaba lo suficientemente completo como para que el tapiz ofreciera una imagen más o menos fidedigna de un alma (con la cara siempre, siempre congelada en el rictus final de dolor tras el que halló su muerte), brotaba una de aquellas cariátides.

Era un cementerio, entendió Séfora. Pero no pensado para honrar a los difuntos, sino para castigar y humillar sus almas por toda la eternidad.

A pesar de que ya estaba más que acostumbrada a las barbaridades de aquel lugar, no pudo reprimir un escalofrío que hizo reír a Abaddón.

—Sí, lucecita —cloqueó el demonio—, así son las cosas. Si pensabas que con el tajo de tu espada llameante acababa todo para nosotros, de una manera rápida y misericordiosa, estabas equivocada. Nuestro Señor es mucho más cruel que eso. Él no nos deja morir con tanta facilidad. En lugar de eso nos trae de vuelta, él en persona, y pinta nuestros retratos en esos tapices de infortunio, para recordarnos el precio del fracaso.

—Ya lo sabía. ¿De dónde te crees que recolectamos las almas para nuestros espejos? —Torció el gesto—. De todos modos me sigue pareciendo algo horrible.

—Y que lo digas. Tú misma has contribuido a llenar estos tapices, muchas veces. Y tus protegidos, los Niños Perdidos, también. No son tan vírgenes ni puros como crees.

Séfora clavó una mirada de rencor en Abaddón. Su voz tenía la aleación del metal.

—¿Qué tienen que ver ellos con esto?

—Recuerdas a Ta'ahm, seguro, y el calvario que os hizo pasar en la Tierra. Se portó bien, pero fracasó en su misión de detener a los Niños, por lo que pronto visitará estos cráteres, cuando los cirujanos agónicos acaben de divertirse con él. Y no es el único soldado de aquella batalla que adornará con su efigie de piedra estos campos...

El demonio dejó colgando la frase para que Séfora la completara. Y cuando ella se dio cuenta de lo que estaba sugiriendo, de la demencial idea que subyada a sus palabras, frenó en seco su vuelo y se quedó mirando a Abaddón con una mezcla de odio, ira y asco extremos.

Tuvo que reprimirse con todas sus fuerzas para que su espada-signo no apareciese invocada en ese momento.

—No puede ser. No es cierto.

—Sí que lo es. ¡Sorpresa! —rió Abaddón, dando volteretas de contento en el aire como una cometa traviesa—. ¿Quieres que te diga dónde está? Yo lo sé...

—Guíame hasta ella —pidió Séfora con voz glacial—. Pero te lo advierto, como se trate de una broma...

—Me temo que para ella no es ninguna broma, luz. ¡Ojalá lo fuera! Pero todas las bromas que se gastan en el Infierno son muy crueles, hasta las más

inocentes.

Abaddón hizo un *looping* seguido por una caída en picado, y recorrió en vuelo rasante los cráteres hasta detenerse en uno concreto.

Séfora aterrizó a su lado, aunque no llegó a tocar la tierra por centímetros, sino que se mantuvo en todo momento flotando sobre el polvo.

Había cientos de estatuas a su alrededor, todas prisioneras de un rictus fatal, de una pose torturada. Representaban almas que habían existido y que todavía existían de alguna manera en su interior, pero eran un homenaje a su muerte, no a su vida. Y la fidelidad de las tallas era tan grande que comunicaban perfectamente el instante de sufrimiento masivo de la muerte de cada sujeto.

Abaddón caminó por el bosque de cariátides, buscando una en concreto. Cuando la encontró, hizo una parodia de reverencia ante Séfora.

—Aquí está tu amiga. No le preguntes si se lo está pasando bien, porque no creo que te guste su respuesta.

Séfora flotó hasta quedarse inmóvil frente a la cariátide.

Tenía los ojos abiertos como platos, mirando con sorpresa y desconcierto el rostro atrapado en aquella estatua. Uno que ella conocía muy bien porque lo había amado como a una amiga, o más aún, como a una madre.

El rostro de alguien que había conocido siendo una adversaria, pero que con el tiempo había pasado de ser protectora y confidente, a hermana.

El rostro de Nínive.

Abaddón soltó un disimulado *ji ji ji* de fondo, tapándose la boca.

Séfora no pudo contenerse e invocó su espada, ante lo cual el demonio se puso en guardia.

—¡No te atrevas a atacarme! —exclamó, retrocediendo unos pasos—. Simplemente te he hecho un favor. Creías que tu amiga estaba muerta, pero aquí la tienes, sometida a nuestras últimas leyes. Pues fue uno de nosotros, y por lo tanto está atada con sangre a nuestro destino. Y no podrás volver a reclamarla por segunda vez.

Un mosaico de imágenes estalló en la mente de Séfora, fragmentos del pasado que conformaban el retrato de una amistad que nadie creyó que fuera posible. Una relación prohibida entre un ángel y un demonio que contra todo pronóstico acabó fructificando y haciéndose importante.

Séfora recordó los mejores momentos, los más intensos. Los que tienen la culpa del «te echo de menos», del «te odio» o del «te quiero», cualquiera que fuese la fórmula final que resumía una amistad de siglos, una unión que iba más allá de un vínculo familiar.

Al principio, después de haberla matado en Versalles y haber bajado hasta el Infierno para reclamarla, Séfora había tratado a Nínive con el consabido desprecio y despotismo de los ángeles guerreros. Se lo había hecho pasar muy mal obligándola a revelar datos sobre su estirpe, sobre los secretos y los puntos flacos de sus hermanos de sangre, sobre los misterios ocultos del Averno. La había obligado incluso a devorados, tragándose demonios para drenar alimento espiritual de su agonía, en las irreales profundidades de su prisión de cristal. Y no podía negar que había experimentado un morboso placer al hacerlo.

Pero con el tiempo, la máxima de su fe se había impuesto, ¡la redención!, y Nínive había ido cambiando de carácter hasta volverse amiga y protectora, guardiana y confidente. Dejó de ser un demonio, cierto, aunque tampoco era un ángel, sino un estado intermedio e indefinido para el que nadie había inventado todavía una palabra.

Séfora lo llamó amistad.

Amor, incluso.

Blasfemia, habrían dicho sus ángeles hermanos, aunque algunos (como Esaú) acabaron aceptándolo con el paso de los siglos, y dejaron de mirar a Séfora con la superioridad implícita a quien se sabe en posesión de la rectitud moral.

Séfora había llorado profundamente la pérdida de su amiga cuando el despreciable Ta'ahm arruinó su fuerza vital, en la batalla de Santorini. ¿En cuántas ocasiones Nínive le había salvado la vida? ¿En cuántas sus sabios consejos habían terminado siendo la piedra que inclinaba la balanza hacia la victoria?

¿Cuántas misiones habían afrontado juntas para el Cielo y habían concluido con éxito gracias a su trabajo en equipo?

Incontables.

Por eso le quemaba por dentro que ahora el destino la tratara como a un demonio más, sometiéndola a sus reglas, como si nada de lo que Nínive hubiese hecho por redimirse contara. Como si la vida posterior a su ejecución hubiese sido una mentira. Como si su amor, sus consejos o sus triunfos no pesasen en aquella balanza trucada.

El incendio aumentó de intensidad en el corazón de Séfora.

—¿Reclamasteis su alma cuando la asesinó Ta'ahm? —preguntó, tiesa como un poste. Sus músculos estaban tensos y vibrantes como cables de corriente, y su espada llameaba con un suave resplandor dorado.

Estaba a sólo un paso, no, a una milésima de paso, de saltar sobre Abaddón y arrancarle la cabeza de una estocada.

Y después iría a por su jefe.

—Claro —contestó el demonio—. Ese era su destino. Tú nos la arrebataste, pero cuando su alianza contigo terminó, o te fue arrebatada... volvió a ser nuestra de nuevo. Nos pertenece, porque nosotros la creamos.

—¡Ella no es un objeto! —explotó.

—No, no lo es... ¿pero acaso importan sus méritos aquí abajo? ¿Crees de verdad que este lugar es una corte de justicia?

Séfora no quiso seguir mirando la estatua. Levantó el vuelo y siguió con la ruta original, pensando en cómo haría, cuando todo aquello acabase, para rescatar el alma de su amiga.

Abaddón la siguió, riendo por lo bajo.

El resto del camino hasta llegar a los palacios negros lo hicieron en silencio.

LO QUE SE ESCONDE TRAS EL TELÓN

Esaú se cargó la mochila a la espalda. Era un modelo de deporte que acababa de comprar en una tienda de Battery St., con un dinero que Mauro había tenido que conseguir... y también explicarle cómo se utilizaba.

Los ángeles no tenían ni idea de cómo funcionaba el mundo, por lo que el camino hacia su integración total entre los humanos iba a ser largo y azaroso, decidió Mauro. Mucho más de lo que ellos mismos imaginaban.

El joven los contó: eran veintiocho en total, los que habían decidido finalmente huir del Infierno y quedarse para siempre en la Tierra y habían caído justo en Crescent. Esaú decía que habían huido muchos más del Infierno, por lo menos un centenar, pero si habían conseguido llegar, ninguno de ellos cayó en Norteamérica.

Veintiocho. No eran demasiados para lo que se suponía era la vanguardia de una nueva raza, aunque Esaú confiaba en que algún día podrían reunirse con los hermanos «caídos» en otros lugares del planeta, donde también hubiese gran concentración de energía celeste residual.

Era una esperanza, todo lo vana que se quisiera, pero esperanza al fin y al cabo.

La casi treintena de ángeles habían decidido que Crescent los adoptaría (o más bien, que ellos adoptarían a aquella ciudad) como su terra nova. Pero no podían plantarse alegremente en medio de la plaza principal y gritar al viento: ¡Hola, hemos llegado, somos los mensajeros de una nueva era!

Eso sería un suicidio a todos los niveles, y más sabiendo que las organizaciones científicas humanas estarían analizando con lupa todas las nuevas manifestaciones mágicas que sucedieran en el mundo. Sobre todo después de lo de Venecia. Si iba a aparecer un nuevo monstruo tipo Godzilla en alguna ciudad importante para arrasada hasta los cimientos, era lógico que los humanos quisieran estar prevenidos.

No, tenían que actuar con muchísima discreción si no querían pasarse el resto de sus angelicales vidas encerrados en un laboratorio, siendo víctimas de las más inimaginables torturas médicas. Para ello lo mejor era mantenerse cerca, pero ocultos. Que pudiesen bajar a la ciudad cuando quisieran, para abastecerse o comerciar o sencillamente aprender las costumbres locales, pero al mismo tiempo vivir separados, un tanto aislados de las miradas curiosas.

Mauro creía haber encontrado el lugar ideal, con ayuda de la red local de ayuda al turismo. Muy cerca de la urbe se extendía un parque nacional, el Jediah Smith, un frondoso bosque de secuoyas donde se habían rodado varias películas famosas. En sus lindes se levantaban aún los restos de una de aquellas películas, un ruinoso pueblo ambientado en el Viejo Oeste que había caído en el abandono.

Los tour-operadores locales desaconsejaban al excursionista que lo visitase, debido al lamentable estado en que se encontraban la mayoría de los edificios (y porque podía ser hogar para indigentes y vagabundos peligrosos), pero para los misfits suponía una gran oportunidad. Ellos no tenían ni idea de lo que eran las películas del Oeste, así que les daría igual instalarse en un sitio que en otro.

Mauro les buscó la forma de llegar por tierra.

—A partir de ahora tendréis que familiarizaros con los sistemas de cartografía terrestres; son muy útiles para moverse por aquí —le comentó a Esaú, desplegando ante sus gloriosas y atónitas narices un extraño invento llamado «plano topográfico»—. Esto es una herramienta que te ayudará a moverte en dos dimensiones, pegado al suelo. Es una mierda no poder volar, pero así han sido las cosas aquí desde siempre.

El ángel asintió, lanzando un gruñido.

—Empiezo a entender a qué diantre venían tantas plegarias... En fin, nos las arreglaremos.

—Eso espero. Recordad que ahora mismo, y durante lo que os queda de vida en este mundo, vuestra principal arma ya no será la espada, sino la discreción. No os dejéis ver. Haced lo que sea necesario —recalcó esta frase — para pasar desapercibidos, o lo vais a pasar muy, pero que muy mal. Ahora no sois ángeles, pero tampoco criaturas de este mundo. Estáis a medio camino de... quién sabe qué.

—Es la vida que hemos elegido —corroboró Esaú—. Aunque sea duro, es nuestro destino. —Recorrió con la mirada la compleja red de marcas y curvas de nivel que llenaba el plano. A simple vista parecía un galimatías, pero Mauro sabía que aquellos seres eran inteligentes, puede que más que el

humano más capaz, y se acostumbrarían enseguida—. ¿Cómo dices que se llama ese... pueblo abandonado?

—Tiene el nombre de una vieja película que se rodó allí en los años sesenta —dijo Mauro, entregándoles a todos un pequeño papel que a partir de ahora deberían llamar «ticket de autobús»—. Nombre que a su vez era también el del país mítico de su héroe novelesco: Brobdingnag.

—Brobdingnag, el hogar de los misfits —dijo Erik, sumándose a la charla. Acababa de salir de la cafetería de la estación, donde había comprado un poco de magia alquímica humana refrescante (Pepsi)—. Me gusta cómo suena. Muy de cine.

—¿Qué es «cine»? —preguntó Esaú.

Erik dio un largo sorbo a través de la caña a su bebida, y dejó caer desde mucha altura su mano en una sincera palmada de aliento sobre la espalda del ángel.

—Amiguete, prepárate para descubrir un nuevo universo de posibilidades lúdicas. ¿Te he hablado alguna vez del ritual terrestre, de tremenda importancia para nuestra historia cultural y antropológica, de invitar a tu chica a palomitas?

—¿Palo... mitas?

—Sí, mientras disfrutas de una obra maestra del cine en buena compañía. Hay que saber elegir las bien, tanto a las chicas como a las películas, para que no te defrauden.

—Espero algún día tener la oportunidad de ver alguna de esas... cómo las llamas... obras maestras, para aprender un poco más sobre cultura terrestre. Me temo que yo no he bajado tanto aquí como Séfora —dijo Esaú—. ¿Por cuál puedo empezar?

—Uhm... —Erik se rascó la barbilla—. Creo que *Vikingas Surferas contra Zombis* es un buen ejemplo. Es todo un clásico venerado. Y a ti en particular intuyo que te va a gustar mucho.

Si no hubiese trabas para la Física, y por ende a la cantidad de material, objetos y enseres personales que pueden caer a la vez en el interior de una mochila, Rhea habría metido todas sus pertenencias en un cuarto de segundo (más algunas que su tía no echaría en falta entre tanto trasto decorativo) dentro de la *Eastpak*.

Pero no, por el momento las normas del universo eran ineluctables, y como quince cosas no pueden ocupar el mismo lugar al mismo tiempo, la

muchacha tardó en empacar mucho más de lo que deseaba.

No le quitaba el oído de encima al rumor de agua corriente que provenía del cuarto de baño (Gemma había decidido volver a ducharse, dos veces seguidas, sin razón aparente), y menos a la despreocupada canción de su tía, que con su hermosa voz de radio le daba un aire soberbio al *Searching for a heart* de Warren Zevon:

*Darkness in the morning
Shadows on the land
Certain individuals
Aren't sticking with the plan*

*And I'm searching for a heart
Searching everyone
They say love conquers all
You can't start it like a car
You can't stop it with a gun*

*Leaving in the evening
Traveling at night
Staying inconspicuous
I'm staying out Of sight...*

—Sí, claro que pienso quitarme ahora mismo de tu vista, monstruo... —
masculló Rhea al son del verso, cerrando a duras penas la cremallera de la mochila mientras bajaba de cuatro en cuatro los escalones hasta el recibidor. No, no pensaba despedirse. No, no se molestaría en encontrar una explicación a lo que había visto, ni perdería tiempo en cuestionarse si sus ojos le mentían o no.

Tenía demasiado miedo como para detenerse un solo segundo para racionalizar (¿racionalizar? ¡Ja! ¡Menuda broma!) aquella grotesca situación.

Una vocecita aún insistía en hablarle desde el fondo oculto e inexplorado de su cerebro, haciéndole preguntas pertinentes: ¿De verdad no estabas alucinando, o bajo el influjo de alguna droga? ¿Crees que lo que viste puede ser realmente cierto? Plantéatelo, Rhea.

Y un cuerno planteármelo. Sé lo que vi. Y punto. Estoy en peligro, todos en esta maldita ciudad lo están. Qué desastre de vida llevo: no hago más que salir del fuego para caer en las brasas.

Y dale y dale y dale y dale y dale...

Abrió la puerta de la calle. Estaba claro que tenía que huir de allí lo más deprisa posible, aunque todavía no se hubiese planteado una cuestión tan intrascendente como el «adónde». Pero eso era secundario. Lo importante: poner kilómetros entre los monstruos y ella. Las explicaciones, después.

Entonces vio al viejo Crady.

Estaba de pie en medio del camino, apoyado en el rastrillo, mirándola fijamente. Tenía un aspecto poco tranquilizador, como las figuras campesinas de los cuadros del *American Gothic* que se apoyaban en sus horquillas mirando con un aire de tranquila psicopatía, como diciendo «debajo de esta pose pastoral de buenos protestantes se esconden fanáticos de la *Biblia*».

Ese aire indefiniblemente psicótico tenía el bueno de Crady mientras la observaba.

El viento arremolinaba hojarasca en torno a sus botas. Una hojarasca que no desaparecía nunca por mucho que el pobre viejo la amontonara, una y otra vez, como si fuera él mismo quien la generase de la nada.

El gran espectáculo secreto. La confabulación secreta del horror, en la que todos estaban metidos sin estarlo: Todos participaban de ella y eran sus víctimas sin conocimiento de causa. Sí, claro, ¿y qué más? ¿Qué nueva y conspiratoria incógnita me espera a la vuelta de la esquina?, se preguntó Rhea. ¿Una tía Gemma amable y servicial que habla con monstruos del subconsciente cuando se mete en el baño?

—Me voy —expuso, plantándose delante del viejo. Los remolinos se hicieron más intensos, como si aquel hombre no pudiese usar su cara para expresar sentimientos y los manifestara en forma de hojarasca.

Rhea se asustó cuando se dio cuenta de que esa le parecía (de verdad, sí que se lo parecía) la explicación más razonable.

El viejo se apartó lentamente. A su espalda apareció en toda su serpenteante gloria el camino que llevaba al istmo y de ahí a la libertad. A la parada de autobús. Al adiós pueblo raro y que te den. Incluso la marea estaba baja, prestándole su ayuda para que saliera corriendo de allí lo antes posible.

Era tan fácil que a Rhea empezó a picarle una comezón detrás de a oreja. Era esa sensación que tenía cuando... cuando las cosas aún no lo estaban, pero tenían todos los visos de ponerse realmente mal de un momento a otro.

Demasiado fácil, aquello estaba resultando demasiado...

—Rhea, cariño, ¿te preparo el desayuno?

La voz de su tía tuvo la consecuencia de volver el mundo del revés.

Era una frase tan coloquial, tan desprovista de malicia, que le puso los pelos de punta. ¿Te preparo tostadas? Era como oír a los pastores del *American Gothic* diciendo «ven a nuestro templo, allí te trataremos bien», con la horca en una mano y la *Biblia* en la otra.

Tenía que salir de allí, ya.

Pasó junto a Crady sin mirarle, usando ese truco de la gran ciudad que consistía en «voy a ignorarte como si no existieses y así no podrás hacerme daño». Y mientras lo hacía, su mente le mostraba versiones alternativas de la misma película: aquella en la que Rhea, vestida con una gabardina inglesa a lo Sherlock Holmes, indagaba cual detective sobrenatural en el caso y se preguntaba si el «gran espectáculo» que había descubierto su tía no se extendería a todas las personas que vivían en Crescent. Si de alguna manera, todos aquellos que entraron en contacto con las plumas mágicas no se verían afectados de algún modo por ellas, ya fuera para bien o para mal...

Y sobre todo, cuántos de los ciudadanos estarían infectados por aquel surrealismo grotesco sin que ni siquiera ellos lo supieran...

Aún se estaba haciendo estas preguntas, y otras más importantes (como qué frecuencia tendría el autobús y cuánto costaría el billete), cuando el viejo Crady se movió. Demasiado rápido para alguien de su aparente edad. Demasiado certero para estar manejando un rastrillo de recoger hojas y no un bastón bo oriental.

Demasiado cruel para hacer lo que estaba haciendo.

El palo se estrelló contra el cráneo de Rhea arrebatándole el sentido, y la joven cayó cuan larga era sobre el barro, resbalando unos metros sendero abajo. Un hilo de sangre le manchaba la cabellera negra.

Pequeños remolinos de viento bailaban triunfantes alrededor de su cabeza, exudando una especie de risita lastimera.

El autobús cargado de gente rara (y por ese término podían entenderse muchas cosas, pero nunca hasta el extremo de lo que aquel coche de línea regular llevó aquel día) partió hacia el bosque de secuoyas de *Jedediah Smith*, llevando también a Erik y Mauro.

En el vehículo también viajaba gente de la ciudad que hacía otras rutas, y que se fijó con disimulado interés en el grupo que llenaba los asientos de la mitad trasera. Mauro sonreía de medio lado, imaginando sus pensamientos: ¿Quién rayos será esta gente? Porque los misfits podían parecer hombres y mujeres, pero desde luego no lo eran, en absoluto.

Había un punto indescifrable en su anatomía, en los gestos, en la ropa, en el habla, en lo que hacían cuando no hacían nada... que constituía una discontinuidad en la curva de reconocimiento normal de las personas. La gente podía mirarlos largo rato y seguir pensando que le gustaba lo que veía, porque sus cuerpos eran hermosos, bien fabricados, agradables al ojo

humano... pero a la vez demasiado artificiales, como si en realidad no estuvieran allí, o fueran robots demasiado perfectos que quisieran pasar por otra cosa.

Esa misma sensación tenía Mauro cada vez que los miraba. Los misfits eran gente guapa, en la acepción más amplia del término, pero no eran gente. Eran máscaras. Las notas de una melodía que no habían sido diseñadas para funcionar por sí mismas, sino como fronteras o límites que definían los silencios existentes entre ellas.

Esperaba que eso no les diera problemas en el futuro, la imperfección del disfraz. Aunque si las cosas en la Tierra seguían cambiando al ritmo al que llevaban haciéndolo desde el diluvio de plumas... puede que ya no lo necesitasen.

Erik hablaba distendidamente con ellos. Se sentía en compañía de iguales, aunque su desparpajo no podía igualarlo nadie en la tropa. Los misfits tendían a callar en lugar de hablar; escuchaban, pensaban, meditaban sobre todo lo meditable y luego soltaban alguna frase escueta pero llena de significado, ése era su juego.

Vamos, justo el polo opuesto a Erik.

Pero éste se sentía a gusto. Era un animal social, al contrario que Mauro. Erik adoraba la compañía, y ahora que los humanos ya se habían colocado a otro nivel distinto, con el que se podía estar pero no confraternizar del todo, estaba feliz de haber encontrado un grupo de gente a quienes poder llamar amigos.

Sólo pareció preocupado en un momento del viaje, casi llegando ya a la parada donde tendrían que bajar para coger el camino forestal (no había paradas cerca de Brobdingnag, según el mapa; había que caminar por senderos intransitables durante más o menos dos kilómetros).

Mauro advirtió esa preocupación en su amigo y se le acercó para preguntarle.

—Oh, no es nada —sonrió Erik—. Es sólo que me preguntaba si este sería el mismo bosque donde rodaron la secuencia de las motos de *El retorno del Jedi*. A lo mejor estamos en un lugar ilustre y no hemos caído en la cuenta.

Mauro sacudió la cabeza. Él sí que se dejó caer en un asiento libre.

Había dos tipos de personas que, por regla general, viajaban en autobús: las que no podían estarse quietas ni calladas y parloteaban sin cesar, convirtiéndolo todo en una fiesta, y las que preferían aprovechar el intervalo de tranquilidad del viaje para hacer introspección o, simplemente, para descansar.

Él era del segundo tipo. El suave traqueteo del autobús, combinado con la música que el conductor había puesto en la radio (algo sintético, de los ochenta, bastante sinfónico... ¿David Arkenstone?) azuzó partes de su memoria a las que no acudía desde hacía mucho.

Recordó con melancolía sus años de juventud, la inocencia manchada de bohemia postmoderna con que él y sus amigos percibían la realidad. Se embarcaban por las noches en desatinadas cacerías de romanticismo, buscando los aspectos góticos de un mundo que cada día se volvía más frío y tecnológico, aséptico en su aplicación de la funcionalidad. Se vestían de negro porque creían que ése era su color, sin plantearse realmente el porqué. Jamás hacían el amor sin acudir a un cementerio o iluminarse por batallones de cirios mortuorios, y, pese a las opiniones de sus familias, se les antojaba insuficiente. Qué tiempos aquellos.

Hacía mucho que sus amigos habían crecido, integrándose en el mundo real a medida que las responsabilidades se iban imponiendo a la escogida lobreguez de sus sueños. Pero él no; él tuvo suerte. Justo en la época en que el ankh de plata comenzaba a pesar demasiado y los collarines claveteados perdían su sentido, encontró a Rhea. O Rhea le encontró a él. Su vida experimentó un giro tan brusco que fue incapaz de asimilar ciertos conceptos, y desde entonces los buscaba en los origamis de papel.

Su corazón llevaba años encogido, asustado al comprender que los secretos que durante su adolescencia había deseado conocer permanecían ocultos de los mundanos por una razón. La psique de los hombres no soportaba la visión de ciertas realidades sin derribar parte del andamiaje que sostenía su cordura. Mecanismos de defensa contra los engranajes de la magia.

Por eso había mucha gente que prefería estar ciega a ver, si ver suponía descubrir que la realidad era mucho más tenebrosa de lo que jamás llegaron a imaginar.

Una guapa muchacha rubia (demasiado, demasiado guapa, por Dios, a ver cómo les podría enseñar a esta gente las virtudes del punto medio) estaba comiendo unas galletas en forma de oso de un paquete que había comprado en la estación. Le ofreció una.

—No, gracias, no me apetece... —Sé social, sé social, mira a Erik, se recriminó. Aprovecha para hablar con ella—. Disculpa, ¿cómo te...?

No pudo acabar la frase.

El joven se quedó congelado a medio gesto, como si alguien le hubiese pinchado en la nuca con un alfiler y hubiese tocado un chakra sensible.

Se dio la vuelta, buscando. Había escuchado un grito de socorro, pero no, no era nadie que viajara a bordo del autobús. Era... una voz. Una llamada mezclada con un lamento. Como cuando oyó el grito de auxilio de Tanya, solo que menos... angelical.

Parecía provenir de un humano, un hombre o mujer que, sin quererlo, hubiese activado una conexión con Mauro que ni él sabía que existía. Y a través de esa conexión, como una temblorosa y crepitante línea de fibra óptica, se había transferido también el momento de dolor, de miedo extremo, de esa persona.

Mauro pegó la cara al cristal de una ventana. Sobre su piel se derramó el paisaje de troncos nudosos y altísimos como aceite verde fluyendo por un cuenco.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Erik, dejando a Esaú ocupadísimo y muy concentrado en una desafiante muestra de la cultura terráquea, un cubo de Rubik—. Pareces alterado.

—Algo va mal —dijo Mauro, la vista perdida en el cambiante paisaje de troncos como si ahí dentro estuviese la respuesta, como si pudiera traer el laberinto de su mente a este plano de realidad y buscar puertas de entrada y salida.

—¿Tanya otra vez? —Erik se tensó, temiendo lo peor—. Por Dios, ¿es que esa chica no sabe sino meterse en líos?

Mauro negó lentamente con la cabeza.

—No, ella está bien. No la oigo. Es sólo que... otra persona distinta ha creado el vínculo.

—¿Otra persona? ¿Algún misfit que nos hayamos dejado atrás? Joder, mira que les dije que no se demoraran en el baño...

—No, no es uno de ellos. Es un humano.

En ese momento el autobús frenó. Erik se agarró del reposacabezas del asiento y sujetó a Mauro para que no se cayera hacia delante.

El conductor anunció por el micrófono:

—¡Hannover Rock!

—Esta es nuestra parada. Ya me cuentas luego lo de esa voz. —Erik lanzó un silbido, atrayendo la atención de los ángeles—. ¡Vamos, muchachos, nos bajamos! ¡Que nadie se deje ningún bolso o mochila, comprobad bien vuestras pertenencias!

La puerta se abrió con una descarga de aire. Mauro bajó en primer lugar. Había una gran carga de humedad en el ambiente, que junto al rumor de las

piedrecillas negras que arrastraban sus pies y el suave ronroneo de las ramas al mecerse por la brisa componían una serenata que entumeció sus sentidos.

Mauro sintió unas ganas locas de extender las alas y lanzarse a volar entre aquellos gigantescos árboles, algunos de ellos milenarios, disfrutando del placer absoluto de ser uno con la Naturaleza. Pero se conformó con respirar hondo. Hinchar los pulmones llenándolos de oxígeno incontaminado y perfume de verdor.

El resto de los pasajeros del autobús los miraron a través de las ventanas. Parecían casi agradecidos porque aquel grupo de gente demasiado perfecta abandonase sus vidas para siempre.

Esau le puso en las manos a Erik el cubo. Sonreía.

—Toma, era fácil.

Erik examinó el Rubik. Tenía todas las caras de colores semejantes salvo el punto central, que era del color complementario. Erik fue tras él por el sendero.

—¡Oye, espera! ¡Esto no se hace así!

Mauro enfiló el sendero, poco más que una dirección señalizada por un cartel, pero no marcada ni con piedras ni con postes.

Pero se detuvo en seco. Otra vez.

Alguien le estaba llamando a un nivel muy sutil, un nivel que sólo él podía captar. Era más una plegaria que un grito, algo totalmente subconsciente, pero que llevaba su nombre escrito.

Mauro se preguntó quién, de entre todos los ciudadanos de Crescent City, podía conocerle hasta el punto de saber cómo llamarle con el corazón. Luego sacó las alas y se marchó a toda velocidad, sin dar explicaciones, de regreso a la ciudad.

Nadie le vio partir, ni siquiera Erik, porque se había quedado rezagado de la comitiva.

Rhea tiró hacia arriba de sus propios párpados.

Alzarlos le costó un esfuerzo semejante a tirar de dos cuerdas con piedras atadas en los extremos. Dolía.

Casi habría deseado no hacerlo, sino permanecer en la oscuridad y no ver lo que había a su alrededor. Así al menos sólo habría tenido miedo, y una terrible incertidumbre, pero no la certeza absoluta de que iba a morir.

Estaba en el cementerio. Reconoció el paisaje de mausoleos dañados por la hiedra y los silos de tumbas divididos en pisos, con lápidas decoradas a

distintos niveles. Pero lo que no reconoció de su primera visita era aquel panteón familiar, posiblemente el mayor del camposanto, en cuyo interior se encontraba ahora.

Era un edificio frío, barroco hasta cruzar la línea del mal gusto, como si su dueño quisiese honrar con los excesos (de dinero, de ornamentación, de todo) la memoria de una persona perdida.

Enseguida se dio cuenta de que no estaba sola.

Alguien la había atado a los moldes de piedra de un cenotafio, una figura que representaba una anciana de rostro desencajado que parecía haberle contagiado al mineral el sufrimiento de su alma. Por eso, aunque la puerta del edificio estaba abierta, no podía salir corriendo a pedir ayuda. Las cuerdas se lo impedían.

Y no estaba sola.

Gemma estaba tumbada en el suelo, en otro extremo de la sala. Temblaba como una muñeca enchufada a una batidora, y si las siete u ocho arañas espectrales que se paseaban sobre su cuerpo no hubiesen sido transparentes como fantasmas, Rhea habría jurado que se la estaban comiendo.

Pero no, no se comían su carne. Ahora lo entendía: se comían su miedo. Y tanto en el corazón de su tía como en el suyo había ahora suficiente miedo como para abastecer a una legión de arácnidos.

Pero eso no era lo más horroroso.

¿Podía alguien establecer un límite para el terror, una línea a partir de la cual, si se la cruzaba, los médicos podían afirmar tácitamente que te volvías loco?

Rhea notó la cercanía de esa línea en su mente, sobre todo al ver en qué se había convertido el viejo Crady.

Ya no era humano, o al menos no más allá de una forma ligeramente antropomórfica: dos brazos, otras tantas piernas, un globo achatado y fofo que podría haber sido el molde para crear un abdomen, y una cabeza que remataba el conjunto por arriba.

El resto de él era pura pesadilla.

Apenas conservaba ni piel ni carne. Era como si se la hubiesen arrancado para dejar los huesos a la vista, unos huesos en torno a los cuales flotaban en el aire arcos de violín. Sólo su rostro retenía aún la suficiente cantidad de carne como para ser reconocible, aunque parecía una careta deformada que alguien hubiese cosido a un muñeco de feria.

La imagen era tan surrealista que Rhea tuvo ganas de... no lo sabía... vomitar, desmayarse, chillar, morir, suplicar, volverse loca, cruzar la línea...

Y más cuando la cosa se percató de que había despertado (sí, era ella, la cosa que casi la había atrapado la vez anterior que estuvo en el cementerio, la lobreguez que se escondía entre las sombras menos oscuras del mediodía), y se le acercó.

Los arcos de violín revoloteaban muy cerca de sus huesos, rozándolos como por casualidad muy de vez en cuando y emitiendo un sonido de locura. Era como si el monstruo fuese el instrumento que una orquesta demoníaca estuviese afinando para interpretar una sinfonía de espantos.

—Bien, bien, nuestra invitada ha despertado —dijo la cosa, abriendo una boca llena de hojarasca—. ¿Preparada para el *glissando* final?

Rhea se quedó congelada en medio de dos latidos de corazón. De niña había visto un fantasma, una vez, pero estaba tan blindada por la fuerza de la inocencia que no le afectó demasiado; se levantó, tras ver cómo aquella cosa horrible se arrastraba debajo de su cama, fue hasta el cuarto de sus padres y esperó pacientemente junto a la cama a que alguien notara su presencia. Un buen rato después su madre se despertó dando un grito cuando la vio de pie junto a ella, muy quieta y en silencio, a pocos centímetros de su cara. Y Rhea, con apenas dos años y medio, le dijo, muy tranquila:

—Mamá, hay un monstruo debajo de mi cama. ¿Puedo ir a hacer pipí?

Ese blindaje de inocencia había quedado desgraciadamente muy atrás.

Gradualmente, la cobardía y el pavor se abrieron en ella, y un grito desfigurado se revolvió en círculos cada vez más amplios en el interior de su pecho.

Por desgracia no pudo encontrar, él tampoco, el camino de salida.

ARARAT

El Monte Ararat daba la impresión de ser una montaña tranquila, ajena a la leyenda que los humanos habían forjado sobre ella. En realidad era la fusión de dos hermanas, una más grande y vestida de blanco (las nieves eran perpetuas a aquella altura) y otra más pequeña y marrón que la miraba con respeto.

Tanya echó de menos por enésima vez a la hipernet, pues si aún la tuviese podría simplemente cerrar los ojos y zuuuuummmm, toma empacho de datos sobre el Gran Ararat, el Arca, las leyendas y supersticiones locales, etc. Tras haberse acostumbrado a ella, no tenerla era como estar repentinamente ciega y sorda. Imaginó que sería igual que si a la civilización moderna le quitabas de la noche a la mañana Internet, o el teléfono, o los ordenadores. Todo el mundo acabaría ciego y sordo de repente, y preguntándose a sí mismos adónde demonios habría ido toda esa información, y lo afortunados que eran cuando aún la tenían.

Tanya tomó tierra (le encantaba usar esa expresión) en Ereván, la capital de Armenia, muy cerca del estratovolcán. Era una urbe enorme, una sucesión eterna de casas de diseño simple y en su mayoría de construcción caótica, que le recordaba mucho al aspecto general de Atenas. Los ángeles no sudaban, pero sí que (según descubrió sobre la marcha, después de sus dos largos viajes a Estados Unidos y a Oriente Medio) podían sentirse derrotados por el esfuerzo de volar.

Le dolía la espalda, y eso que sus alas eran más místicas que físicas; es decir, que no sentía su peso si tenía que batirlas para lograr una física de vuelo similar a la de los pájaros.

Necesitaba descansar antes de afrontar la siguiente etapa del viaje.

Encontró un bar donde servían bebidas frías, aunque tuvo algún problema a la hora de que le sirvieran no por el idioma, sino por su doble condición de

mujer y, encima, extranjera. Además, aún llevaba puesto un conjunto Lolita (aunque no de los más extremos que podían surgir de su ropero) y las caras de los varones armenios que pasaban junto a ella eran como para componer un poema. O una tragedia.

Consiguió que le sirvieran una bebida inexistente en su país, un refresco de leche gasificada. Tanya jamás habría pensado que una bebida así pudiera existir, y la verdad era que sentir cómo la leche burbujeaba como una gaseosa mientras fluía garganta abajo era una experiencia exótica. Pero tenía buen sabor, había que admitirlo, y hasta un cierto regusto a levadura.

Una vez hubo descansado y apurado la lata de leche, alzó el vuelo y se acercó a la montaña, el Gran Ararat (el pequeño era la montaña gemela), o *Agri Dagi*, como lo llamaban los nativos.

Lo primero que llamó su atención fueron los platos metálicos que se erguían a intervalos por toda la ladera: estaciones de radar del ejército. Por fortuna ella era invisible a sus campanas de ondas, pero rezó por no encontrarse con ninguna patrulla de soldados o tendría mucho que explicar.

La mítica Arca de Noé.

Aún no podía creerse que la estuviese buscando en serio.

En ciertas ocasiones había reflexionado sobre estas arcaicas leyendas hebreas, cuando le tocaba hacer algún trabajo sobre ellas en el colegio. Que si sólo eran leyendas, que si en ellas podría existir un germen de verdad, que si la mayoría de las historias que aparecían en el Antiguo Testamento no eran sino un batiburrillo de mitos procedentes de Sumeria o de Ur que los hebreos canibalizaron y adoptaron como propios...

Muchos científicos habían intentado buscar semejanzas entre estas historias arcaicas y sucesos que podrían ser más o menos históricos. Tanya había leído una vez sobre una posible «explicación» del diluvio, con una inundación tremenda que habría anegado las tierras de cultivo entre el Tigris y el Eúfrates, y que para la limitada (y ombliguista) percepción del mundo de los campesinos podía haber sido como si «la Tierra entera fuera cubierta por las aguas». Hala, póngame una hipérbole para cenar. Pero estas teorías no eran más que elucubraciones: nadie sabía nada, ninguna prueba era concluyente, porque las leyendas tienen precisamente eso, que son leyendas, y buscarles un sustrato de verdad es como intentar preguntarse cómo funciona el Sol sin tener ni la más remota idea de astrofísica.

La gente se entretenía en sus horas muertas jugando con enigmas lógicos, como «si Noé sólo salvó a los animales, y el resto de las tierras del planeta quedaron sepultadas bajo el agua, ¿cómo diantre se reprodujo después el

Reino Vegetal? ¿O es que en la bodega del Arca también había un invernadero?».».

Juegos lógicos entretenidos pero que eran una pérdida de tiempo, igual que discutir sobre si los primeros Patriarcas de la *Biblia* realmente vivieron cientos y cientos de años, como se afirma en las Escrituras (¿realmente murió Noé con la friolera de 950 años? ¿Era acaso un antepasado sin kilt de Conner McCloud?), o si el mundo tenía diez mil años o diez mil millones. Inútil.

La única ventaja que poseía Tanya con respecto a esos científicos y filósofos que buscaban incansablemente la verdad era que ella había visto otras leyendas bíblicas hacerse realidad. Y si el mito del Cielo y el Infierno era cierto, así como la parábola de Abram y su hijo y la lluvia de fuego sobre Sodoma... ¿por qué con el Arca iba a ser distinto?

Pero había algo en aquel asunto que la preocupaba. Una dimensión que no tenían las leyendas con las que se había topado antes en aquella insensata aventura.

El Arca era otra cosa, algo más... tenebroso. Un constructo bíblico con más poder que la daga de Abram, más grande que el arca de la alianza, más definitivo para la historia del hombre que la cruz de Cristo.

El Arca, si existía realmente, era algo así como la última oportunidad de Dios. El ultimátum divino, la amenaza definitiva contra toda la Creación. Creed o pereced, significaba esa vieja nave. Nos embarcamos en busca de nuestra supervivencia última, in extremis, simbolizada por aquel primer y único viaje.

Tanya se estremeció.

Estaba dándose cuenta de que en realidad no le gustaba nada aquella misión. Incluso si estaban inmersos en un universo de mitos y leyendas, con maravilla tras maravilla haciéndose realidad a su alrededor... tenía la sensación de que había algunas que era mejor no tocar. Dejarlas descansar en paz. Por el bien de toda la Creación.

Tanya estaba teniendo esos pensamientos intranquilos mientras aterrizaba en el cono superior del volcán, la cima del Ararat. La sensación de estarse metiendo en donde no debía, de estar tocando cosas que era mejor dejar enterradas, brotó de su corazón con fuerza.

¿Sería por el lugar, el escenario que se extendía sumido en un silencio sepulcral a su alrededor (desde Santorini, cualquier sitio que sonara lejanamente a vulcanología le ponía los pelos de punta)?

¿O más bien por el olor a mitos y a antiquísimas profecías que exudaba la misma tierra, el aire que acariciaba con susurros la montaña, y que ella podía

percibir?

No lo sabía, pero decidió que lo mejor era no seguir adelante hasta no consultarlo otra vez con sus compañeros. Tal vez Séfora hubiese sabido qué hacer, si estuviera con ellos en...

Lo notó. No estaba sola en aquel lugar.

Miró en derredor. Aún mantenía extendidas las alas, así que ni el ejército turco ni las demás fuerzas tecnológicas de la zona podrían detectarla, ni siquiera por satélite. No era su presencia la que había sentido.

El paisaje del volcán consistía en una concatenación de cañadas bulbosas pintadas de rojo arcilla, donde la nieve dejaba paso al escarlata y éste a vetas de hielo incrustado en las rocas, como fósiles de antiguas heladas. No era un paisaje uniforme, agradable a la vista, sino la eflorescencia de miles de pequeños accidentes del terreno pintados de blanco y rojo que podían hacer pedazos las botas de cualquier alpinista.

Tanya sonrió al imaginarse al bueno de Noé desembarcando en esta montaña, dejando salir a los animales y arrancando tablas de su propia nave para elevar un altar al Señor, mientras no paraba de quejarse y exclamar ¡auch, ay, joder!, mientras las rocas le hacían polvo las zapatillas de lona.

No seas mala, concéntrate en tu misión, se jaleó.

Saltó como una gacela de roca en roca, planeando para llegar a las más alejadas, mientras hacía un recorrido general por la zona. Sí, lo percibía... en aquel lugar había sucedido algo hacía muchísimo tiempo, eones tal vez... algo que había dejado su impronta en la tierra, empapándola por toda la eternidad de magia y secretos.

No podía asegurar que el Arca hubiese estado aquí, ni que el pacto con Yahvé se hubiese firmado con sangre de sacrificios sobre estas rocas, pero...

Sin duda era un lugar muy especial. Eso cualquier ángel que hollase el cráter podría sentirlo.

Era el lugar de una alianza. De un cruce de caminos fundamental no solo para el hombre, sino para toda la Creación.

Sus ojos se enfocaron en un destello, una especie de fulgor que brotaba de las rocas, cerca del núcleo del cráter. No estaba allí hacía un momento, cuando ella aterrizó, así que tenía que ser algo que reaccionaba de alguna manera a su presencia. Una especie de mecanismo mágico que se activaba cuando un ángel andaba cerca.

Ahora sólo le faltaba averiguar si ese mecanismo era bueno o malo.

El destello era dorado, un centelleo que brotaba del suelo y se evaporaba en pétalos de luz. Un espectáculo precioso pero sobrecogedor.

Tanya no sabía si acercarse más y exponerse, entrando en contacto directo con la luz, o...

O esperar acontecimientos.

Los acontecimientos acabaron por ir a por ella, en lugar de al revés.

Tanya sintió cómo la luz la llamaba, como si fuese una puerta y ella la llave. Y no tuvo que tomar demasiadas decisiones, porque los pétalos estuvieron flotando junto a su mano en un momento, dibujando bellos arabescos en el aire, y al segundo siguiente, Tanya pudo ver el conducto hacia las otras dimensiones.

O más bien no lo vio, sino que entró en comunión con él, una comunión forzada que la arrancó de Ararat y la lanzó sin demasiada delicadeza a la negrura que medraba entre las realidades.

Tanya gritó del susto, pero su alarido se perdió en la nada, como si la oscuridad que había más allá del fulgor no fuera permeable a nada salvo al propio miedo.

Tanya había llegado muy lejos, pero era incapaz de rebasar un determinado nivel de profundidad en su exploración de la cifra. Sospechaba que sus cálculos en realidad no estaban equivocados; era algo más extraño, como si la propia cifra no la dejase avanzar más allá de una determinada frontera.

El callejón sin salida surgía tras la nonagésima estrofa. Tanya las canturreó en su mente, imaginando a qué ecuaciones correspondían las notas y a qué constantes los tempos. Al principio eran melodías muy difíciles de asimilar, pero las repeticiones y los ritmos iban apareciendo con el tiempo, a medida que se depuraban los logaritmos.

Ella misma corrigió algunos pentagramas, afinando los silencios, cambiando sutilmente las escalas. Pero las notas morían ineludiblemente. No se extinguían; más bien parecía que cambiaran de sentido.

De buenas a primeras, los pentagramas de matemáticas se llenaban de tachones y aparecían marcas en el papel, como si un impaciente músico lo hubiese arrugado en diversas ocasiones y vuelto a alisar después.

Sin previo aviso, el *tempo* fluía al revés, como si toda la partitura estuviese reflejada en un espejo. A partir del último compás ternario, la melodía se rescribía hacia atrás hasta volver de nuevo al comienzo. Tanya comprobó los resultados de las ecuaciones y tuvo que rendirse a la evidencia: si la progresión se representase en una gráfica, ésta trazaría una parábola hasta invertirse y regresar a su punto de partida, prisionera de un bucle infinito.

Era casi mágico, y...

Y...

Espera.

Espera un minuto.

Tanya sacudió la cabeza. ¿Qué pensamientos tan extraños eran esos?

Suyos no, desde luego. Alguien... alguien estaba pensando por ella, escuchando sinfonías de números, arpegios de matemáticas, pentagramas de ecuaciones...

Y ella escuchaba esos pensamientos, tan altos y claros que parecía que fueran suyos.

Miró a su alrededor para situarse. Estaba en el túnel, seguía en el túnel, cayendo, cayendo, una pluma al viento, una lluvia de algo parecido a Tanya que caía indolente sobre...

¿Dónde rayos estaba?

La sensación de extravío era igual de potente que cuando Séfora se la llevó a su primer paseo místico, en Santorini, para mostrarle los otros Planos de existencia. Para enseñarle un minúsculo atisbo de su propia naturaleza.

Ahora se sentía igual de perdida y asustada, como si no tuviese control sobre nada de lo que estaba sucediendo, y por lo tanto pudiera perecer aplastada (o acuchillada, o absorbida, o desintegrada, o... quién sabía cuán infinitas posibilidades había para la tragedia) por fuerzas desconocidas.

Entonces dejó de caer, si es que era eso lo que le había estado pasando hasta hacía sólo un segundo.

Sus pies tocaron una superficie fría. Roca. De un color tan negro que apenas podía enfocarla con los ojos.

Una superficie porosa, de lejano parecido a la piedra vetada de hielo de Ararat, solo que aquí... las vetas no eran de glaciares fosilizados, sino de algo que no era ni materia ni energía, sino un cruce entre ambas.

Los números, los números en su cabeza...

Esa voz que no paraba de cantar abstracciones...

Permaneció inmóvil y afianzó los pies en el sitio, como si el menor movimiento pudiera sacudir su delicado asidero a los sentidos.

A ver, vamos a reducir las cosas a lo que sabemos que es seguro, se dijo Tanya, chillándose a sí misma mentalmente para superar el volumen de la otra voz. Parecía que lo estaba consiguiendo. Esto es abajo, precisó, tocando lo que había bajo sus pies.

Vale, ya tenemos algo, punto para mí. Y lo que estaba tocando parecía la ladera de una colina, o montaña, o volcán... una superficie que ascendía

abruptamente, casi sin dejar espacio para que trepase una persona. Había gravedad, otro punto a tener en cuenta, lo que permitía establecer un «arriba» y un «abajo», pero que también implicaba una mala noticia:

Sus alas de ángel no funcionaban aquí.

Intentó volar, pero por más que las movía, algo en su magia no funcionaba. No la elevaban por los aires. Mala cosa. Eso significaba que, si quería llegar a alguna parte, tendría que arremangarse y trepar.

Con decisión, encajó una mano en un saliente y buscó mimetizar el gesto con el pie. Al principio fue muy lenta, y procuró pensar sólo en el siguiente movimiento: no mirar abajo por nada del mundo, pensar en que llegaría a algún lugar seguro dentro de poco. Rezaba por ello. Una mano, el pie contrario, otra mano, el pie que quedaba, y vuelta a empezar.

Poco a poco, muy despacio, fue ganando metros en la ladera de aquella oscura montaña, y cuando sus ojos se acostumbraron a la escasez de luz, se dio cuenta de que en realidad estaba trepando por un sendero. Era un tajo casi vertical entre farallones de roca, pero de vez en cuando aparecían escalones que asomaban sólo unos centímetros de la pared, con aspecto de trampas mortales antes que de auténtica ayuda. Pero eran escalones, al fin y al cabo.

Significaba que era una construcción artificial. La obra de una mente inteligente que, como ella, estaba atada al suelo. Que fuera obra de manos humanas o angelicales, ya no lo tenía tan claro.

Jadeó por el esfuerzo de escalar. Así que estos eran los «semiplanos» de los que le había hablado Esaú: islas de materia en medio de canales de flujo espiritual. No parecían oasis, realmente, sino pedazos robados de otras realidades que se quedaron flotando en medio de la nada. Alguien abrió una vez una puerta, hacía mucho tiempo, y un vendaval arrastró fragmentos de mundos.

A medida que escalaba, el recorrido se iba haciendo más fácil. Tanya descubrió que la inclinación de la montaña se suavizaba, por eso le costaba menos esfuerzo subir. Sus alas seguían sin proporcionarle capacidad de sustentación, pero al menos le servían para mantener el equilibrio, como una vara de funámbulo hecha de plumas.

Sentía como si muy cerca hubiese algo familiar, aunque oculto; un misterio repleto de olor a pájaros.

Entonces vio las marcas.

Eran trazos en la propia roca. Raspaduras, líneas, símbolos, puntos, paréntesis, y también grafos cuyo significado no tenía nada que ver con ningún sistema de medidas conocido.

Alguien había estado muy ocupado decorando la montaña con aquellos símbolos, pero no pertenecían a ningún sistema lógico que ella pudiera reconocer. Aunque... se le ocurrió que más que una escritura... aquellas líneas expresaban alguna clase de equivalencia.

La cascada de símbolos trazaba un camino, una senda que conducía a la cima de la montaña. Tanya la siguió, a falta de otra referencia mejor, y mientras lo hacía no dejaba de escuchar de fondo la cháchara telepática de aquella criatura que cantaba en matemáticas, y...

¡Claro!

Se dio un golpe en la frente.

Los símbolos no eran palabras. Los enlaces de líneas y grafos parecían más bien elementos de una expresión matemática, proporciones e igualdades anilladas.

¡Eran números!

Alguien había usado la montaña como pizarra para escribir una interminable secuencia de números, ecuaciones o lo que diablos fuera aquello. Alguien tan enfermo o tan obsesionado que había tenido que desperdiciar años, incluso décadas, pariendo tan gigantesca ecuación.

Tanya miró el sendero de trazos, que serpenteaba en dirección a la cumbre, y lo siguió. Algo le decía que la respuesta al enigma estaría al otro lado de aquella igualdad.

No te salgas del sendero de baldosas amarillas, canturreó mientras trepaba, trepaba, trepaba...

THE TURN OF A FRIENDLY CARD

Los divisó en la distancia.

Del erial que era la palma de la mano de Lucifer, de su cuerpo colosal, surgían mausoleos, edificios que eran gritos de piedra, pesadillas arquitectónicas que trataban de herir el firmamento.

¿Palacios, los había llamado Abaddón?

Séfora jamás habría utilizado esa palabra para describirlos.

Más bien eran espinas en la piel de un dios psicótico, que había ordenado a sus legiones vaciadas por dentro para crear salones donde en tiempos sólo hubo roca, mazmorras y salas de tortura donde medraron los gusanos, y ventanas para que se asomara el gobernador de aquella pesadilla donde un día restalló la furia implacable del fuego.

Séfora dejó que el demonio la adelantara en el vuelo. Necesitaba un guía para hallar el manantial de conocimientos del Mal, el equivalente corrupto a su Fuente de la Sabiduría. Y no le gustaba la tarea.

Pero si se iban a enfrentar en breve al segundo Leviatán, necesitaba tener más conocimientos.

Abaddón eligió una de las torres, que no parecía ni más grande ni más fastuosamente aterradora que ninguna otra. No entró por la puerta, sino que se deslizó con una pirueta final por una ventana más alta de la torre. Séfora lo imitó.

—¿Hemos llegado? —preguntó. No estaba cansada por haber tenido que volar durante tantas horas, pero el intenso calor que hacía que respirase flamas castigaba su pecho.

—Júzgalo tú misma —invitó Abaddón, y abrió una gran puerta decorada con motivos de almas en pena siendo torturadas de maneras tremendamente creativas. Séfora tuvo la impresión de que esos adornos, a pesar de ser

relieves, se movían como si estuvieran vivos y sufrieran realmente el tormento figurado... pero prefirió no preguntar.

Siguió al demonio al interior de la otra estancia, y una vez allí tuvo que ahogar una exclamación de asombro.

Estaban en un gran salón cilíndrico, taponado por arriba por un desquiciado conglomerado de espinas que no eran sino columnas y arcos amputados de catedral, mezclados sin ton ni son, incrustándose unos en otros como si quisieran robarse los pocos resquicios de fuerza estructural. Largas y serpenteantes grietas en las paredes acompañaban a las columnas en su largo viaje hacia el techo, y de sus intersecciones manaban hilos de sangre.

Abajo, en el suelo de la estancia, había una mesa con unas cartas.

Séfora miró a Abaddón, intrigada.

Éste se acercó a la mesa, que sólo tenía una silla hecha de huesos metida debajo, y se la ofreció gentilmente al ángel.

—¿Tengo que sentarme ahí? —preguntó Séfora, con un escalofrío.

—Si quieres hacer preguntas, sí.

Séfora echó un somero vistazo al mazo de cartas que estaba pulcramente colocado en el centro. Todas las cartas tenían filos cortantes, de metal, de manera que el crupier que las manipulase quedaría herido sin remedio por ellas.

Arrugó la nariz con desagrado.

—Uhm... creo que prefiero que lo hagas tú, de verdad. Sabes igual que yo qué hay que preguntar.

—¿Y cómo sabrás que estoy compartiendo contigo toda la información que obtenga, y que no me guardo nada para mí?

—Buen intento, pero tu amo te ha ordenado ayudarme. Sé que me dirás la verdad, o al menos todo lo que necesite saber. Si no serás castigado severamente.

Abaddón le mostró sus cicatrices.

—Venga, ángel de luz y de misericordia, ¿dejarás que siga sufriendo más de lo que ya he soportado por ti?

Séfora rió sin ganas.

—Qué falsas suenan esas palabras cuando las pronuncia una basura infecta como tú —espetó—. Anda, siéntate. Y empieza a barajar.

—Lo siento, pero conmigo no funcionará —insistió el demonio, para desesperación de Séfora—. Recuerda: hace falta sacrificar algo bueno para que el libro se abra. Inocencia, vidas humanas, lágrimas de un mártir, dolor de un ángel...

Séfora sabía que eso era cierto, así que no se molestó en discutir. El tiempo corría en su contra, y tratar de burlar al demonio que burló al mismísimo Moisés no era tarea fácil. Así que acabó tomando asiento en aquella silla de huesos (que crujió y gimió con voces humanas en cuanto se hizo cargo de su peso), y, tomando la baraja en la mano, la examinó de cerca.

—¿Qué debo hacer? —preguntó, sintiendo ya cómo los bordes afilados pedían su sangre. Anticipaban el gozo de hacerle daño a un ángel. El mazo vibraba y se estremecía como si también estuviera vivo.

—Funciona como un tarot. Haz las preguntas adecuadas. Luego descubre tres cartas, y sólo tres, o todo se convertirá en mentira. Y recuerda: cuanta más sangre derrames, cuanto más dolor ofrezcas en prenda, más certera será la respuesta.

—Lo estás disfrutando, ¿no, capullo?

—Sí.

Séfora tomó aliento y barajó, sintiendo las punzadas. Ahí iba la primera:

—¿Contra qué nos enfrentamos exactamente?

La carta que cayó fue un inmenso pájaro con plumas de oscuridad y aliento de entropía, cuya sombra marchitaba cosechas y cuyas garras arrancaban gente a puñados de un suelo marchito.

El Ziz.

Un torrente de información fue transmitido en aras del dolor a través de las heridas de sus dedos, escaló como fuego por sus venas y llegó hasta su cerebro. Y Séfora supo.

El Ziz, la segunda de las tres bestias antediluvianas con las que habían soñado los primeros profetas, también llamado Sekwi el Vidente. Si Leviatán era el dios del mar, Behemoth gobernaba con sus gigantescas pezuñas de buey sobre la tierra y el Ziz hacía lo propio con el cielo. Los antiguos pobladores de la Tierra, los primeros en conocer su existencia a través de los mensajes que traían los propios ángeles, le habían dado forma de pájaro, porque miraban al cielo y veían que las que allí imponían su ley eran las aves.

Pero estaban equivocados. Sí, el Ziz tenía alas, pero no era en modo alguno un pájaro.

Aquello significaba que otra gran masa de energía primordial, como la que liberó la primera bestia cuando la mató Erik, había sido puesta sobre el tablero de juego. Era una jugada peligrosa, ya que todos habían visto lo que ocurrió la primera vez: Yahvé les había engañado, poniéndoles delante un enemigo al que realmente quería que derrotasen, aunque las posibilidades de hacerlo fueran casi del cero absoluto.

Y ellos, tanto ángeles como demonios, habían caído en la trampa.

La primera vez.

¿Qué significaba la entrada en juego de este segundo peón? ¿Acaso el plan de Yahvé requería que también lo sacrificasen para liberar más energía?

Y si esto era así, ¿para qué servía esa energía primordial? ¿Qué era lo que pondría en marcha la siguiente fase del Diluvio?

Lo único que Séfora tenía claro es que la situación parecía un callejón sin salida. Si no derrotaban al Ziz, éste arrasaría con los campos del Infierno y los mataría a todos, y si lo vencían, su energía desatada podría lanzarles otro nuevo tsunami celestial e igualmente barrerlos del mapa.

Ojos de serpiente, pensó Séfora, usando una expresión terrífica que tenía mucho que ver con los juegos de azar y que ella había aprendido en un lugar llamado Montecarlo. No supo por qué, le vino a la mente una canción de uno de los grupos que más le gustaban de la música de la Tierra, The Alan Parsons Project. Se titulaba *El giro de una carta favorable*.

No parecía ser precisamente lo que le estaba ocurriendo ahora.

El ángel descubrió la segunda carta. Una gota de sangre golpeó la mesa y humeó como si fuera ácido.

La carta mostraba un barco gobernado por un esqueleto. En su mano huesuda llevaba un puñal, y lo blandía orgulloso mientras sujetaba el timón con la otra.

—Malas nuevas —interpretó Abaddón—. El barco es la señal de que una espantosa revelación se acerca, y que traerá consigo un profundo cambio. Tal vez... un viaje largo y azaroso.

—¿Espantosa para quién? ¿Para tu bando o el mío?

Abaddón no contestó.

Séfora descubrió la última carta. Sentía un dolor intenso en los dedos, como si a cada movimiento se cortase con papeles muy finos y rígidos.

Mostraba una espada rota empuñada por una mano que no era tal, sino una masa de tentáculos.

Séfora miró a su compañero.

—¿Y bien? ¿Qué implica esta carta? —preguntó, ansiosa.

El otro tardó en responder.

—La derrota —susurró—. Da igual lo que hagamos, lo bien que luchemos o lo que sacrifiquemos en el proceso. Al final perderemos.

—No me lo creo. Es mentira.

—No te burles del conocimiento como manantial puro, ángel. Sólo conseguirías adelantar más el tiempo de tu propia perdición.

Séfora dejó las cartas a un lado y se frotó las manos para calmar el dolor. No quería seguir regando con su sangre aquel tapete, no fuera a ser un requisito para un ritual impío del que Abaddón no le hubiese hablado. Maniobras así de ladinas eran comunes entre los de su especie.

—Aún así debemos luchar —decidió, optimista—. No sé tú, pero yo no me voy a quedar con los brazos cruzados porque lo diga una estúpida carta.

—Oh, sí, claro que lucharemos —dijo el demonio—. Y seguro que tu ejército y el mío lo darán todo para poder derrotar al monstruo. En esa batalla seremos valientes y engendremos héroes. Pero que perderemos al final, que el Infierno será destruido y nuestros futuros borrados de las cartas del destino, ya es una realidad irrefutable.

—Hay muchas clases diferentes de derrotas.

—Y yo conozco muchas maneras de perder. Pero todas duelen.

—Es lo más sensato que has dicho desde que te conozco, Abaddón.

Séfora se quedó contemplando aquella última carta largo rato. Tenía la molesta sensación de que la maraña de arcos y columnas rotas que se enredaba sobre su cabeza se estaba haciendo cada vez más espesa (arcos clavándose en arbotantes, botareles en columnas, contrafuertes en machones, cimbras en perpiaños), pero no miró a las alturas para comprobarlo.

Si aquella bóveda se les caía encima, sería la primera de las muchas y variadas formas de fracasar que conocía Abaddón. Y tal y como él había afirmado, dolería.

—Las cartas podrían estar equivocadas —dijo, cada vez más convencida de ello, mientras volaban de regreso al campamento de los ejércitos.

Abaddón sacudió la cabeza, contrito.

—Dime una cosa, Séfora: ¿Te fiabas de la Fuente celestial del Conocimiento cuando aún disponías de ella?

—Claro que sí.

—Porque siempre decía la verdad, jamás te engañaba. Era una regla básica e incontestable.

—Sí.

—Pues esto es igual. El Libro Negro, cuyas páginas has consultado en forma de azar, jamás se equivoca. Somos nosotros los que a veces confundimos los datos.

Siguieron volando en silencio un rato, dejando atrás los cráteres con los bosques de cariátides. Séfora se negó a mirar hacia abajo durante todo ese

tiempo, pues aunque estaban a demasiada altura para verla, no quería encontrarse con la cara de Nínive clavándose con una súplica silenciosa en la suya.

—Tenemos que reunir a todos nuestros efectivos. Todos los ángeles, todos los demonios, todas las reliquias, todos los monstruos —enumeró Séfora, trazando desde ya un plan de batalla—. Los máximos efectivos de cada bando sumando esfuerzos. No es momento para remilgos ni para viejas rencillas.

—Amén a eso —asintió el demonio.

—Y por todos me refiero a todos —precisó Séfora—. Incluyendo a los Niños Perdidos. Tenemos que traerlos aquí abajo para que su parte de protagonismo en la profecía nos ayude. Cómo, no lo sé, pero sí sé que son importantes.

—¿Hay alguna manera de hacerlo? Los portales siguen cerrados...

—Tendremos que pensar en algún modo de abrir de nuevo el espacio entre los mundos, aunque sólo sea por un instante. No sé, tal vez tu jefe o los Arcángeles que aún duermen se dignen a...

Se le iluminaron los ojos.

—Abaddón, se me acaba de ocurrir una idea —murmuró.

—¿Cuál?

—¡Ya sé dónde vamos a preparar la última batalla! —dijo, nerviosa.

BROBDINGNAG

Los troncos columnares de las secuoyas, con la corteza de tez rojiza y las pequeñas ramitas acabadas en hojas ásperas, formaban un laberinto caótico por el que serpenteaba el camino. Eran altas, considerablemente más que los árboles que había en su país, aunque no llegaban a rozar las nubes como sus primas las secuoyas gigantes.

Erik se sintió como un humilde escudero que errase entre lanzas de caballería plantadas en una justa de titanes.

Inesperadamente, el sendero desembocó en un claro. Un grupo de cabañas de madera surgió de la nada en silencio, como preguntándose qué demonios hacían allí aquellos turistas. Era un poblado sucio, lleno de hojas caídas y ramas partidas, que recordaba a la arquitectura de frontera de la segunda mitad del XIX, como se veía en los westerns del cine. Y eso precisamente había sido: el decorado de docenas de películas de vaqueros rodadas allí hacía décadas.

Erik percibió el sutil olor del cine, de la locura tempranera de por la mañana, de los focos y los trípodes, de las dollys, de los camerinos y los maquillajes. Los hombres del cine se habían marchado hacía mucho, pero su arte había quedado grabado a fuego en la tierra, como si en aquel lugar todas las historias fueran posibles, incluso las más improbables.

Y esa magia volvía a funcionar de nuevo.

—Chicos, contemplad vuestro nuevo hogar —dijo con orgullo—. ¿A que es bonito?

La columna de silenciosos misfits se paró tras él, contemplando en silencio el poblado de calle única, con el estrafalario edificio llamado Saloon a un lado, algo llamado comisaría al otro, y una vieja locomotora oxidada y una torre acabada en una especie de molino en medio.

Ninguno dijo nada.

—Venga, tíos, seguro que aquí estaréis a salvo. El único peligro que puede haber es que aparezca John Wayne detrás de una esquina y os obligue a pagar la cuota de paso del ganado —bromeó Erik. Su sonrisa murió cuando vio que todos le miraban inexpresivos—. Claro, no tenéis ni idea de quién fue el Duque. ¿Pero es que acaso no sigue haciendo películas en el Cielo? Sus fans se van a cabrear.

Esaú miró en el interior de una cabaña, y dejó caer su mochila en el porche.

—Espacioso, dudosamente confortable, materiales en mal estado, poca visibilidad, medianamente defendible, condiciones higiénicas a revisar... pero me gusta —dictaminó, con expresión seria—. Está lo suficientemente cerca del poblado humano como para establecer una relación afectiva o comercial con ellos, y lo suficientemente oculto como para escondernos de sus miradas si hace falta.

—Vaya, me alegra que le guste, su majestad —dijo Erik—. Me va a perdonar, pero es que Versalles no estaba disponible en esta época del año. Muchos turistas.

—¿Versalles? ¿Qué es eso, otro poblado?

—Olvídalo. ¿Crees que os podréis instalar aquí sin armar demasiado ruido? Ya sabes, me refiero a... —No, no tenía cara de saberlo, así que añadió la explicación—: A no llamar demasiado la atención, al menos hasta que os habituéis al modo de vida terrestre. Los primeros meses, o años, tendréis que ir con pies de plomo si no queréis una versión a lo bestia de *Encuentros en la tercera fase* con ametralladoras por todas partes. Nada de mostrar poderes ni milagros en público. Nada de contarles a los humanos quiénes sois, ni por qué habéis venido.

—Llevo mucho tiempo observando a tu especie —dijo Esaú—. Sé de lo que son capaces. No te preocupes, tendremos cuidado. Y aunque ya no tengamos alas ni espadas, nos queda suficiente reserva de poder para defendemos si somos atacados. Ninguna fuerza humana podría luchar con nosotros salvo en una inferioridad total de condiciones.

No supo por qué, pero a Erik no le gustó cómo había sonado eso.

—Por cierto —preguntó Esaú—; ¿por qué eligieron un nombre tan impronunciable como ese... «Brobdingnag» para este sitio? ¿No les resulta un trabalenguas incluso a los humanos?

—Ni idea. Me suena a uno de los países que visitó Gulliver, Uno lleno de gigantes.

Esaú se frotó el mentón. Le gustaba la comparación.

—Ah, ya veo. Muy... apropiado.

—Está bien, buscad sitios libres e instalaos, yo tengo que... espera un segundo, ¿dónde está el colgado? —se extrañó Erik, buscando con la mirada a Mauro. No le localizó ni en el grupo de cabeza ni entre los misfits que llegaban rezagados, recogiendo hojas del suelo y charlando sobre lo fascinante que era la vegetación de la Tierra.

Un cosquilleo desagradable (el mismo que sentía siempre que había problemas cerca) comenzó a rascarle la nuca.

—¿Alguien ha visto al scene? —preguntó en voz alta—. Ya sabéis, mi compañero, el del careto triste. El alma de la fiesta.

Los ángeles se miraron, dubitativos. Ninguno fue capaz de darle una respuesta.

Entonces una chica levantó tímidamente la mano, como una colegiala. Era la rubia aficionada a las galletas que había hablado con Mauro en el autobús. Y, también como una niña de colegio, esperó hasta que Erik la señaló con el dedo antes de hablar.

—Yo... le vi marcharse hace un rato, como si tuviera mucha prisa —dijo con una voz suave y perfecta, todo candidez—. Parecía preocupado.

Erik se acercó a ella. Juntó las manos a la espalda y la miró fijamente, sin parpadear. La chica sonrió levemente.

Él, imitando la candidez de su voz hasta que pareció una burla, preguntó:

—¿Y eso... fue hace mucho, guapa?

La joven movió afirmativamente su mentón de caramelo.

—Sí —dulce.

—¿Cuándo, exactamente? —cándido.

—En tiempo terrestre... hará unos veinte minutos —dulce.

—Veinte minutos. Ya. ¿Más o menos cuando empezamos a bajar por el sendero? —cándido.

—Ajá —dulce.

—Y dices que parecía preocupado —cándido.

—Eso es —dulce.

—Y llevaba mucha prisa —cándido.

—Sí, muchísima —dulce.

—Y tú, alma candorosa, ¿no experimentaste en ningún momento la menor necesidad de... no sé, qué se yo, de decírmelo, o de comentarles algo a tus compañeros? ¿No percibiste en algún sutil gesto de Mauro cuando se marchó que podía haber surgido alguna urgencia? —cándido.

—Pues... bueno, ahora que lo mencionas... —dulcísiiiiiiiiimo.

Erik tuvo que sujetarse las manos a la espalda, una a la otra, para que no salieran disparadas al cuello de la joven para estrangulada.

—Vale, esto tiene muy mala pinta. ¡¡Esaú!!

El líder salió de la falsa comisaría. Parecía haberla escogido como su lugar de residencia.

—¿Sí?

—Me voy a buscar a Mauro. ¿Puedes encargarte de tu gente un rato?

—Claro, no te preocupes. —Se fijó en su expresión preocupada—. ¿Sucede algo, Erik?

—Puede que no, pero... la experiencia me dice que cuando uno de los míos desaparece así, sin avisar, la cosa no suele traer nada bueno.

—¿Quieres que te acompañemos? —se ofreció el ángel—. Podrías tener problemas con los abezi.

Erik negó con la cabeza, desplegando sus amplias alas.

—No, quedaos aquí e instalaos. Iré más rápido volando. Algo me dice que Mauro ha tenido un antojo y ha vuelto a la ciudad. Es así de rarito, el pobre.

—¿Y si te encuentras con demonios...?

Una mirada desafiante flameó en los ojos del muchacho.

—Los demonios son el componente principal de mis desayunos, ¿no te lo había dicho?

El sufrimiento de aquella misteriosa y a la vez familiar voz era tan obvio para él como un camino de sangre pintado en las nubes. Un camino que podía seguirse, remontarse como un río hasta su mismo origen.

El cementerio de la ciudad.

Durante el tiempo que duró su vuelo hasta allí, Mauro no dejó de preguntarse por qué la voz le sonaba tan familiar. Qué había en ella que lo atraía (y a la vez repelía) de esa manera.

No podía ser una coincidencia. Había escuchado otras llamadas de auxilio de gente familiar antes. De Tanya, sin ir más lejos. Y todas las veces había reconocido al emisor. Había dicho «ese grito se parece al alma de Tanya», y no fallaba nunca.

En esta ocasión era distinto. El grito era tan familiar como el de Tanya, e incluso diría que mucho más... pero era como la canción agónica de su madre, la que había pintado la llama negra en su corazón sin que él se diera cuenta. O más bien, sin que quisiera darse cuenta.

Ahí era donde podía estar el fallo.

En el caso de su madre, era su propio corazón el que le había cerrado las puertas de tal manera, tratando de protegerse de su nefasto recuerdo, que ni teniéndola tan cerca pudo reconocerla conscientemente. Este podría ser un caso similar: La llamada de auxilio de una persona enormemente cercana a él que su cerebro escuchaba, pero que su corazón, no queriendo sufrir más, mantenía lejos como al peor de los recuerdos.

Esa había sido siempre una constante en su vida: sufrir pero mantener lejos el sufrimiento. Llorar pero mantener bajo control el dolor. Una paradoja.

¿Pero quién podía ser? ¿Quién podría haber herido de esa manera su alma para no poder dejarlo ni dentro ni fuera, sino en una especie de tierra de nadie que los estaba matando de dolor a ambos?

A Mauro, en el fondo, sólo se le ocurría una persona, un solo nombre...

Pero no podía ser. Ella estaba en Grecia.

No podía haber llegado hasta allí de ningún modo.

¿Verdad?

La duda seguía carcomiéndole por dentro mientras aterrizaba en el camposanto y se dejaba guiar por su don como un perro de presa. Y aquel rastro invisible le conducía directamente a...

Un mausoleo. Con la verja de la puerta arrancada de cuajo. Oscuridad en el interior.

Qué malas vibraciones. Terriblemente malas.

Y Erik (junto con su portentosa espada-reliquia) estaba descorazonadoramente lejos.

Mauro sospechaba que aquello tenía que ser cosa de los abezi. Lo sabía cuando se aproximó a la verja. Lo sabía cuando entró en el mausoleo y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Lo sabía cuando...

... Cuando vio el cuerpo de una chica atado al cenotafio, mirando una figura que para ella no debía ser más que una mancha oscura silueteada en el umbral, un agujero lleno de sombra contra un tapiz de luz del día.

La chica le miró a la cara, a los ojos. E incluso entonces, su mente se negó a reconocerla. Había un muro muy alto entre su capacidad de rescatar el nombre de aquella persona de su pasado y sus ganas de salvarla de lo que fuera que la tuviese prisionera.

Para desgracia de Mauro, ese «lo que fuera» estaba esperando su llegada, y cuando salió de las sombras y se abalanzó sobre él, el joven tuvo muy poco tiempo para reaccionar.

Erik volaba lo más deprisa que le permitía su poder de Puño del Cielo hacia la ciudad. Parecía un jet supersónico de alas blancas, pero ni dejaba estelas de humo ni partía en dos las nubes.

Pero cómo se le ocurría hacer esas cosas, no dejaba de preguntarse. Es que Mauro era un completo capullo. ¿A estas alturas aún no había aprendido el valor de la prudencia? ¿No había aprendido (por las malas) que siempre resultaba infinitamente más sabio esperar y consultar con los demás antes de lanzarse en solitario a meter la cabeza en problemas?

Tuvo un arrebato de solidaridad y concienciación con el resto de su raza que lo dejó clavado a una nube. Por Dios, ¿de verdad estaba él pensando en esos términos, hablándose a sí mismo de prudencia? ¿Él, el señor lánzate-sin-pensar-y-luego-pásale-facturas-a-la-vida?

Cómo habían cambiado las cosas. Él echándole una bronca mental a uno de sus amigos por no ser lo suficientemente cauto. Eso implicaba... argh... madurez. Le ripiaba esa palabra.

¿Le estaría Tanya poniendo algo en la bebida sin que él se diera cuenta? ¿Un elixir de esos lolitosos de la búsqueda interior de la buena persona y la dulzura y bla bla bla?

Los edificios del extrarradio de Crescent comenzaron a pasar bajo sus pies como una manta tendida con los modelos a escala de un niño. Bien, había llegado a la ciudad. Ahora empezaba la parte difícil. ¿Cómo daría con Mauro para preguntarle si todo iba bien? Él no poseía su capacidad de sintonizar con el sufrimiento ajeno, ni de escuchar súplicas a distancia, por lo que con toda la ciudad bajo sus pies, sería como pedirle al pajar que le ayudara a encontrar a la aguja.

Y lo más importante...

¿Deseaba esa aguja realmente ser encontrada?

Mauro golpeó la pared del mausoleo con fuerza tectónica. Un latigazo de dolor le subió hasta los hombros, obligándole a plegarse en dos como un libro por el abdomen.

Todos los huesos del cuerpo le crujieron, y sintió que algo, internamente, cambiaba de sitio. Rezó porque no fuera el bazo.

Aquel demonio ocupaba por méritos propios el número uno en la lista negra de los más desagradables que se había encontrado hasta el momento. Lo cual era decir bastante. Su aspecto de esqueleto putrefacto al que orbitaban

como alargados cometas arcos de violín era repulsivo, a falta de otra palabra que transmitiese más aversión.

El demonio era el instrumento principal (y único) en una orquesta de muerte cuya melodía podía arrancar la carne de los huesos, hacer que el cerebro vibrase con fuerza hasta hacerse pulpa contra su coraza de hueso, o poner tan tensos los tendones de la víctima que el mero roce contra la piel pudiera romperlos como cuerdas de guitarra.

Mauro estaba aprendiendo todo eso sólo con escuchar el *ponticello* que los arcos trazaban sobre las costillas del demonio. Prefería no imaginar lo que le pasaría a su cuerpo cuando la música entrase en la impía cadencia de un *tremolo*.

—Ssss... ángel de agonía, cántaro de súplicassss —siseó el demonio, la boca llena de lo que parecían hojas muertas a las que no había matado ningún otoño—. Eresss querubín, eresss papel en blanco para el sssufrimiento...

—¿Acaso conozco tu nombre, aberración? —preguntó Mauro, intentando ponerse en pie torpemente. El demonio anticipaba sus movimientos y los trataba de contrarrestar con una oda inversa, un muro de sonidos diabólicos que ya le estaba provocando que sangrase por los oídos.

—No lo ccccreo... —dijo la cosa—. Pero de todoss los lugares de este mundo al que podíass haber ido, essste es el menos indiccccadado...

Mauro echó un vistazo por encima del monstruo, hacia la salida del mausoleo, pero dudaba que pudiese llegar antes de recibir un impacto directo de aquel sonido homicida. Y dudaba mucho que pudiera soportado. Ya había intentado su ataque de rayo emocional contra el monstruo y no había funcionado. Aquel ser era mucho más poderoso que su magia de ángel.

Además, había más gente allí dentro, inocentes a los que tenía que salvar. Estaba la mujer de las arañas espectrales que sollozaba hecha un ovillo, como si su miedo fuera una red que sus fantasmas personales contribuían a hacer más fuerte.

Y también la chica atada al cenotafio.

Su mente se negaba a aceptar la realidad. No, no podía ser *ella*. No aquí, no ahora.

Pero se le parecía tanto... La cara, el cuerpo delgado, la... la impronta del dolor en su alma, que él había experimentado tan de cerca en mil noches de melancólica compasión...

Rhea.

Sí, era ella.

Algo hizo click en su cabeza, abriendo una puerta, despejando un camino lleno de escombros. Abriendo una ventana lo suficiente como para que penetrase un rayo de luz que llevaba su nombre.

Rhea. Sí que podía ser. Y de hecho, era cierto.

Estaba allí, en América, secuestrada por un demonio. Acostada en una tumba como una virgen esperando el puñal del sacrificio.

—Rhea... —pronunció en voz baja.

El demonio hizo caer terribles pentagramas de música sobre la caja de resonancia de su pecho. Los arcos de violín raspaban el hueso hiriéndolo hasta el tuétano, provocando pequeñas nubecillas de polvo.

Mauro se tapó los oídos en vano, pues todo retumbaba a su alrededor: el aire mismo se fracturaba, el cemento de la pared se hacía polvo, los insectos que se enseñoreaban de las grietas explotaban como pequeñas ascuas.

De fondo, las dos mujeres chillaron de dolor.

El mundo se convirtió en un colchón de dolor sobre el que se apoyaba su cabeza. Mauro intentó gatear hasta Rhea, que se desgañitaba pidiendo auxilio con los ojos completamente en blanco... pero no avanzó ni dos metros cuando otra pared de dolor, otro arpegio de agonía, lo aplastó contra las baldosas.

—Esccccucha hassta el final la sinffffonía —ordenó el demonio, intercalando carcajadas sadomasoquistas entre sílaba y sílaba—. Ssssiente el coro de mmmi dolor...

—¡Mauro! —gritó una voz.

El joven se volvió desesperado hacia la puerta del mausoleo. Otra silueta había rellenado el hueco en el contraluz: Una forma de hombre con alas, dibujado al carboncillo, con el largo trazo de una espada pintado a partir de su muñeca.

Erik.

Mauro no trató de ayudarle en el combate, pues su musculatura seguía vibrando con los armónicos y apenas podía sostenerse a cuatro patas... pero intentó advertirle, avisarle de lo que aquella cosa podía hacer, antes que el habitual impulso descerebrado de Erik lo obligase a arrojarle de cabeza a la lucha.

No lo consiguió.

—¡Erik, no! —gritó, pero el ángel ya había comenzado la elegante maniobra que convertiría el salto en una pirueta, ésta en un giro para hacer ganar inercia al acero; y por último a éste en una fiesta de sangre.

Podría haberle causado severos daños al demonio de haberle impactado como tenía previsto. Pero Erik se encontró de repente con algo que no podía ver, un muro invisible de sonido que trazaba una frontera física, intraspasable, entre el monstruo y él. Rebotó como un muñeco contra esta barrera y rodó por el suelo, magullado.

La espada-signo rodó lejos de su mano, y durante un larguísimo instante de pánico, hasta el propio Erik supo que estaba indefenso ante su enemigo.

El abezi se inclinó sobre él, amenazador.

—Ángggggel exterminnnnnador... has matado a muchossss... y aún más ssse vengarán de ti cuando tu alma caiga a los pozossss de desesperación...

Erik estaba en el centro del cono de sonido que proyectaba el demonio, por lo que apenas podía moverse. Con un esfuerzo titánico se puso en pie, apoyándose en la pared, e intentó alargar una mano para agarrar al monstruo por el cuello, pero la piel de esa mano se levantó como si estuviese expuesta al fuego. Era el sonido lo que la hacía hervir.

Erik chilló.

No, no había sido Erik. Mauro se levantó del suelo a duras penas, observando al recién llegado.

Era el dueño de otra voz más madura, más... resuelta aún que la suya a hacer lo que fuera necesario para exterminar a aquellas diabólicas criaturas.

Esaú.

El misfit no estaba solo: otros tres ángeles renegados lo acompañaban, pero fue él quien recogió la espada de Erik del suelo y apuntó con el filo al cuello del monstruo. Mauro pensó que el grito que había proferido Esaú era de ataque, o de advertencia, pero no: fue de dolor. El dolor que le provocó agarrar la espada por el mango y sostenerla en el aire frente al abezi.

Mauro arrugó el entrecejo. No entendía lo que estaba pasando. ¿Acaso la espada rechazaba a Esaú, llegando a hacerle daño por atreverse a blandida?

¿Era ese el precio real que había que pagar por ser un ángel caído, un exiliado? ¿No volver a tocar nunca jamás nada que tuviera su origen en el Cielo?

No tuvo mucho tiempo para cuestionárselo, porque aunque Esaú estaba sintiendo un dolor igual de intenso que el suyo, o el de Erik, al menos no estaba dentro del cono de sonido del abezi. Cuando atacó lo hizo con toda la precisión y furia que alguien de su experiencia sabía desplegar.

La cabeza del demonio aún no había terminado de rodar como una pelota de hueso cuando la espada del ángel cayó sobre las arañas espectrales que reptaban por el cuerpo de Gemma, matándolas a ellas también.

Entonces cayó una pared sólida y dolorosa sobre todos ellos, una sensación de desconcertante vacío que castigaba sus oídos.

Mauro tardó en descubrir que no era más que el silencio.

EL ANACORETA

El sendero de marcas en la piedra se bifurcaba al trepar por la montaña. De él salían ramales de símbolos que se yugulaban a su vez en cuellos y cabezas de una gigantesca hidra matemática.

A medida que escalaba los últimos metros hasta la neblinosa cima, Tanya se maravilló por la complejidad de lo que estaba viendo.

¿Realmente tenía un sentido lógico y perfecto aquella interminable fórmula abstracta? ¿O era sólo la manifestación de los delirios de un loco?

Fuera lo que fuese, estaba segura de que lo averiguaría muy pronto: La cima estaba muy cerca, lo intuía, aunque no podía verla por la extraña y densa niebla gris que se levantaba como una pantalla impenetrable. Y el flujo telepático de quien estuviera allá arriba se oía cada vez más alto y claro. Ahora parecía una especie de canción binaria, un cántico de comandos de *software* y finales de línea tan líricos como un caligrama de Apollinaire.

Al final, el terreno se niveló. Tanya se apoyó contra una roca para recuperar el aliento. Sudaba copiosamente, le dolían los brazos y las piernas como si hubiese entrenado durante cinco horas para la última competición de gimnasia del instituto... pero lo había conseguido. Había llegado arriba. Y sin ayuda de las alas.

El sendero de símbolos giraba en un par de meandros más antes de concentrarse en una línea larga, delgada y, por cómo estaban cubiertos de polvillo reciente los grafos, tallada hacía muy poco.

Tanya siguió el sendero como una Dorothy en busca de su particular Ciudad Esmeralda. Desde aquella cumbre se divisaba un panorama que arrebatava el aliento, pero más por su cualidad imposible y surrealista que porque fuera un bello paisaje: Tanya constató que estaba en una especie de isla, conformada por la montaña y sus faldas cortadas a pico, que flotaba en una inmensidad tenebrosa que se resistía a encajar en el cerebro humano.

Era un trozo de materia sólida lanzada hacia el infinito, perdida en las nieblas de un éter cósmico y mitológico, y abrazada por zarcillos de una niebla que bien podían ser concreciones del poder místico del propio túnel.

Vamos, como para ponerle a cualquiera la carne de gallina.

En ese momento creyó distinguir algo en el interior de la bruma. Una especie de figura humana.

Tanya se tensó. En situaciones así desearía tener algo con lo que defenderse, como la espada de Erik o un objeto más prosaico, un garrote o un cuchillo. Pero no: era una Sanadora, y su principal poder (y virtud) residía en que ella podía crear, podía sanar en lugar de destruir, y era una habilidad de la que podía sentirse orgullosa.

Pero aún así, el miedo le decía que una espada o un simple cuchillo no le vendría mal, aunque fuera como placebo.

Al acercarse al final del sendero de grafos, distinguió un poco mejor la figura escondida en la niebla. No era un demonio, uno de esos abezi fugados del Infierno (o no lo parecía a simple vista). Dejó escapar el aire de sus pulmones del alivio, aunque no se permitió el lujo de relajarse. Conocía los viles trucos de los demonios, y todo aquello podía ser una sofisticada trampa para atraer ángeles como moscas a la red.

La figura era la de un hombre encorvado, un anciano desnudo que estaba acuclillado en el suelo, extremadamente flaco y sin un solo pelo en el cuerpo. El anciano se estaba rascando con la mano derecha la piel curtida, como si sufriera de fastidiosos picores, mientras usaba la izquierda para raspar el suelo con un utensilio afilado. El enrejado de sus costillas daba la impresión de que el pecho le sobresalía, pero sólo era la delgadez propia de la edad. Su envoltorio era una piel que parecía un campo de arcilla; sus motores, músculos que formaban protuberancias sobre los huesos. Había tanta distancia entre su cuerpo desnudo y la vibrante juventud de Tanya como entre los mundos que ambos habitaban.

La joven permaneció un rato mirándolo, dudando sobre si hacerse notar o no. El anciano (origen indudable de los murmullos telepáticos, ahora lo sabía) estaba tan concentrado en su tarea, en las ignotas equivalencias mentales de sus deducciones, que ni se había percatado de su presencia.

El utensilio con el que raspaba la roca era una especie de aguja de metal, demasiado bien construida y suave en su contorno como para resultar lógica en aquellas manos. Era más bien como si un neandertal hubiese encontrado un artefacto futurista, o el trozo despegado de una nave espacial, y hubiera sustituido con él sus puntas de sílex.

De pronto, el anciano guardó silencio.

Tanya tardó unos segundos en percatarse de lo que había ocurrido: ninguna palabra había salido de aquellos labios cuarteados. Lo que había desaparecido creando esa sensación de quietud, de ausencia total, era el flujo telepático.

O el anciano había dejado de pensar, o había dejado de hacerlo «en voz alta».

Tanya se le acercó.

—Ejem... buenos días —fue lo único que se le ocurrió. *Patético*, pensó; *menuda frase para un primer contacto*.

El hombre permaneció un rato más perdido en sus alocadas correspondencias mentales, intentando acabar una parte de la fórmula, y después despegó los labios. Lo que brotó de ellos fue apenas un siseo, el esfuerzo por hablar de alguien que ya ha olvidado cómo se usan las cuerdas vocales.

—¿Q... quién eres, pequeña luz?

—Yo me llamo Tanya. —La joven se sorprendió de lo nerviosa que sonaba su voz. Y era un síntoma, desde luego: estaba realmente impresionada y excitada no sólo por el lugar donde se encontraba, sino por la posibilidad, la mera posibilidad... de que aquel anacoreta decrepito pudiera ser... él—. Este... ¿puedo preguntar dónde estoy?

El anciano hizo un gesto con el punzón, como si dirigiera una orquesta invisible, y añadió unas raspaduras a la interminable fórmula.

—Sabes quién eres pero no dónde estás. Qué divertido. Eso esconde un misterio...

—Sé que este es uno de los conductos místicos que antiguamente enlazaban los mundos... pero poco más. No sé qué es esta isla, ni cómo llegó a parar aquí.

Kras, kras, más raspaduras. Tanya se dio cuenta de que el viejo tallaba mientras ella hablaba, exactamente al mismo ritmo, como si siguiera la cadencia musical escondida en su voz.

—Aquello ocurrió hace... —El viejo trató de hacer memoria, pero por la expresión de su cara, falló—... mucho tiempo. Demasiado para poderlo recordar. Hubo un cataclismo, y muchos murieron en aquel entonces.

Tanya sintió cómo se le aceleraba el corazón. Sí, tenía que estar refiriéndose al primer Diluvio, no cabía duda.

Se aproximó un paso más al hombre. Éste no parecía preocupado lo más mínimo por su presencia, ya que ni retrocedió ni hizo ningún gesto que

denotase temor.

—¿Cómo te llamas, anciano? —se arriesgó a preguntar. Pudiera ser que el pobre desgraciado ni siquiera lo recordase—. ¿Es este tu hogar?

El hombre dio un respingo, como si acudir a la parte de su memoria donde tenía guardado ese simple dato (su nombre) fuera como desempolvar un libro sobre el que se habían solidificado estratos de tiempo.

—¿Mi... mi nombre?

—Sí, señor, ¿cómo se llama usted? ¿Lo recuerda?

El anciano buceó en la memoria, más y más profundo, un buceador internándose en una cueva jamás explorada. De repente dio con lo que buscaba, y su rostro se iluminó ante la belleza de ese dato.

—Almodad... Me llamaban... Almodad.

Tanya frunció el ceño. No sabía si aquello era un nombre o si su poder de traducir todas las lenguas (ahora que lo pensaba, el dialecto en el que se estaba comunicando con aquel viejo debía de ser una variante muy, muy primitiva del sumerio) estaba empezando a fallar.

—¿Almodad? ¿Es ese su nombre?

—Sí... Almodad, así me llamaron cuando me sacaron del vientre de mi madre... Fui el último hijo... de la estirpe de Noé.

Un bombeo de adrenalina, casi un cañonazo.

Allí estaba, la prueba irrefutable de que iba por buen camino. El bueno de Esaú no se había equivocado al enviada a aquel túnel místico: él sabía que acabaría encontrando aquella isla, y a aquel ermitaño.

Ya no volvería a dudar nunca más de la palabra de ningún ángel, y menos de los que tenían más de mil años de existencia.

—El último hijo de Noé —dijo, como para atestiguar que realmente había oído esa frase—. Increíble. ¿Qué... qué edad tiene usted?

El anciano desechó la idea con un gesto, como si el concepto «tiempo» no tuviera la menor importancia allí. Y puede que fuera cierto.

—Noé... engendró a Jafet, que a su vez tuvo a Magog —recitó de carrerilla—, quien parió a Daís y Nimrod, que engendraron a Arfaxad, y éste a Joctán, quien me engendró a mí... tal vez.

—¿Tal vez? ¿No recuerda quién fue su padre?

—Sí... creo. Fue hace demasiado tiempo. Debe estar escrito aquí, en alguna parte, con todas sus consecuencias pasadas y futuras. —Hizo un gesto extensivo al laberinto de símbolos.

Tanya aprovechó la oportunidad para preguntarle sobre el tema.

—Dígame, señor, esto que usted escribe... ¿qué es, exactamente?

El anciano la miró extrañado. Esperaba algo más de ella, por el simple hecho de haberla identificado como un ángel. Que comprendiera lo que se estaba haciendo allí, al menos.

Por fortuna, cuando asimiló como un hecho probable (y no ofensivo para su persona) que ella no entendiera la cascada de signos, se dignó a explicarse:

—Verás, pequeña luz, esto es la fórmula definitiva, la ecuación suprema. El auténtico nombre de Dios.

Tanya dio un respingo.

—¿El... el nombre de...? Pero yo creía que Yahvé era...

—Adonai, sí, Adonai... No pronunciarlo jamás, demasiado insignificantes somos. Demasiado pequeños. No somos dignos, Adonai.

Hizo otra pausa, encerrándose en una plegaria interna. No era la primera vez que la muchacha le veía usar los silencios como palabras en aquella conversación.

Tanya comprendió lo que quería decirle. En alguna parte había leído que Yahvé no era el verdadero nombre de Dios, sino un simple recordatorio. Los traductores de las tablillas hebreas en las que aparecía escrito el nombre de la deidad se encontraron con un grupo de consonantes, YHWH, que no sabían cómo pronunciar. Erróneamente, vocalizaron esas consonantes con las vocales de la palabra Adonai, que no era sino un recordatorio para que el nombre de Dios no se pronunciara.

Miró atrás, al sendero que cubría media montaña, y que aquel pobre desgraciado había tallado pausadamente a lo largo de quién sabía cuánto tiempo. Así que aquella expresión formulaica encerraba el nombre del Señor. Se preguntó si tendría alguna trascripción fonética, o si el nombre era más bien una solución matemática, una función divina no derivable a sonidos.

—¿Todo eso es... Su nombre? —se maravilló.

—*Todo* es Su nombre —le corrigió el anciano, contento por tener a alguien con quien hablar sobre su obsesión. Tanya dedujo que, a pesar de que estaban en un conducto, un canal de paso, ningún ángel o demonio había hecho escala en aquella isla en muchísimo tiempo—. La Creación entera está incluida en el nombre de Dios. Él es el andamio, el razonamiento, la lógica que la mantiene en pie. Tú misma estás reflejada aquí dentro, también.

—¿Yo? ¿Dónde?

El viejo paseó por los diferentes meandros que había tomado su fórmula con los años, buscando algo con la vista, susurrando correspondencias o calladas locuras mientras sus dedos temblaban, saltando de un gráfico al siguiente.

Un rato después pareció encontrar lo que buscada.

—¡Aquí! ¿Lo ves? —Señaló un bucle de signos que para Tanya no tenía más sentido que ningún otro—. ¡Estáis aquí, tú y tus amigos, los Niños Perdidos! Yo sabía que esta parte acabaría igualándose a cero, lo sabía...

—Un... un segundo —pidió la joven. Su cabeza estaba tan saturada de datos que únicamente era capaz de procesar pequeñas porciones de sus conocimientos en cada momento—. ¿Mi nombre está escrito aquí, no me toma el pelo? ¿Y qué más dice de mí, y de mis amigos?

El anciano la hizo seguir con la vista una cadena de símbolos que acababa enroscándose sobre sí misma y mordiéndose la cola como un uroboros.

—Aquí, y aquí, y también por allá... Tanya, Mauro, Erik... la reencarnación de tres luces primigenias. Sólo uno de vosotros trascenderá. Los demás acabaréis sometidos a los rigores de vuestra naturaleza mortal.

A Tanya no le gustó cómo sonó eso. Tenía una pinta a profecía de muerte y derrota que tiraba de espaldas.

—¿Qué quiere decir con que... no trascenderemos?

—Uno sí, los otros dos elegirán. Escogerán un camino distinto. Tú has llegado hasta aquí, así que quieres saber. Oh, si, es lo que más anhelas en tu vida. Saber.

—Eso es cierto. Por eso he venido, para despertar mi luz interior, para completar el círculo. ¿Significa que seré yo la que... —tragó saliva—... la única que trascenderá, o despertará, o como diantre se llame eso? ¿Qué ocurrirá con mis amigos?

El anciano la miró.

—No serás la elegida, lo siento. Tu ecuación no se iguala a Dios —sentenció—. Otro. Otro ascenderá. Tu destino es diferente. Sólo avanzará en esa dirección aquel que realmente lo desee, pues todo avance implica un cambio, y la necesidad intrínseca de ese cambio para el alma. Quien está conforme con su forma y su función no necesita cambios, no tiene por qué evolucionar. El universo está contento contigo tal y como eres.

Tanya se dejó caer sobre una piedra, sus alas desplomándose como la tela de una tienda de campaña.

—O sea, que he fracasado en mi misión —comprendió—. Jamás lograré completar el camino que nos enseñó Séfora. ¿Pero entonces, qué dice la fórmula de mí? —Quiso esperar un poco antes de hacer la pregunta crucial—: ¿Moriré?

El viejo se rascó de nuevo la piel. No tenía eccemas ni granos a la vista, pero era como si le dolieran las venas que se escondían debajo.

—Morir... ¿qué es morir? ¿Acaso yo estoy muerto, o estoy vivo? — reflexionó—. Nací hijo de mujer, cierto, pero ahora soy la expresión del nombre de Dios, aquel que fue condenado a escribirlo una sola vez en toda la historia de la Creación. Y hasta que no lo consiga no podré descansar. Pero el nombre del Señor es interminable. ¿Estoy vivo o estoy muerto?

—No... no sabría decide... —Las alas de Tanya volvieron a extenderse, al tiempo que una chispa de esperanza se abría paso en su corazón—. Un momento. Se me acaba de ocurrir una idea. Si usted conoce Su nombre...

—No lo conozco. Lo voy *deduciendo* signo a signo a partir de su misma lógica —la interrumpió el anciano.

—Vale, está bien, pero imagínese por un segundo que lo completa. Que acaba de transcribirlo. ¿Qué sucederá entonces?

Almodad abrió mucho los ojos. Realmente, en todos sus siglos de vida, no se había planteado jamás esa cuestión.

Tardó bastante en contestar. Se frotó el mentón largamente, y al cabo de bastantes minutos susurró:

—Pues... no estoy seguro. Creo que el nombre adquirirá conciencia de sí mismo, se hará Verbo, y se convertirá en la llave.

—¿La llave? ¿La llave de qué?

—Supongo que... la que sirve para resucitar de nuevo el Arca. Para hacerla navegar otra vez.

Un destello lejano que podría haber sido un relámpago, o el encontronazo de fuerzas cósmicas que también trabajaban allí dentro, iluminó brevemente sus caras.

Tanya se acercó al anciano con las alas totalmente extendidas. El hombre retrocedió, sintiendo algo de miedo hacia ella por primera vez.

—¿El... Arca? —vocalizó Tanya—. ¿El Arca de Noé, está aquí? ¿Usted está completando la fórmula que podría abrirla?

—Sí. Bueno, es una teoría. Yo... jamás lo he conseguido.

Tanya lo agarró con delicadeza pero firmemente por los hombros. El cuerpo del anciano parecía frágil como el cristal, su sombra transparente como un sueño, y su piel algo destinado a no permanecer, a resbalar, a marcharse lejos.

—Por favor, dígame la verdad. ¿Está aquí el Arca? ¿Podría verla? — preguntó la joven, temblando por la emoción. Aquello era increíble: ¡Encontrar el Arca perdida de Noé, el mítico navío en el que Dios había guardado una especie de salvaguardia del mundo cuando reinició el sistema! ¡Era la máxima aspiración de cualquier persona interesada en el

descubrimiento, en abrir nuevas puertas para el conocimiento humano! Y aquel anciano decrepito decía que podía obtener la llave para abrirla a partir de aquellas matemáticas...

Almodad señaló hacia la niebla.

Sólo hizo eso, señalar la niebla que disimulaba la cima de la montaña.

Otro relámpago perfiló el contorno de su brazo, y los ojos estupefactos de Tanya.

—¿Está allí?

Almodad asintió lentamente.

—Sí, pequeña luz. Lleva ahí desde hace milenios. Yo pertencí a su tripulación, la vi encallar en el primer escollo de tierra que asomó de las aguas... y asistí al momento en que Dios la arrancó del Plano Material y la encerró aquí, para ocultada para siempre de manos humanas. Para que ningún hijo de Eva tuviera acceso a sus secretos.

—Un momento, aquí hay algo que no encaja: usted asegura que es un descendiente lejano de Noé, muy lejano, pero me acaba de decir que perteneció a la tripulación del Arca. ¿Cómo es posible?

—¿Cuánto te han dicho que duró el Diluvio, pequeña luz?

Tanya hizo memoria. Sí, la *Biblia* afirmaba que había estado lloviendo unos cuarenta días, y que el mundo permaneció cubierto por grandes masas de agua ciento cincuenta días más. En total unos pocos meses.

Así se lo hizo saber a Almodad.

—¿Por qué lo pregunta, es que las Escrituras están equivocadas? —preguntó—. Aguarde un momento... ¿cuánto duró en realidad el Diluvio...?

El anciano se limitó a sonreír, sin decir nada.

Caminaron hacia la cima. La niebla los envolvía como algo vivo, esponjoso.

Tanya apenas podía respirar por la emoción. Ahora que se fijaba, algo asomaba de entre la niebla, una forma oscura y muy, muy grande. Ya la había visto antes, pero no había reparado en ella porque de tan voluminosa que era la había confundido con una prolongación de la propia montaña.

Le preguntó a Almodad:

—¿Sólo tú has sobrevivido? ¿Dónde están los demás, tus familiares?

—Fallecieron en tu mundo cuando alcanzaron el ciclo final de sus vidas. Todos menos Noé.

—¿En serio? ¿Qué le ocurrió?

Almodad hizo un gesto con la barbilla hacia delante, a la bruma.

—Se despidió de nosotros y desapareció dentro del Arca junto con su esposa Naama. Nunca más los volvimos a ver. Mi padre solía decir... que Noé era el último animal que Dios quería que fuera conservado dentro, un ejemplar del varón y de la hembra de su especie.

—Conservado... ¿Quiere decir que aún quedan seres vivos dentro del Arca? —se extrañó Tanya—. Pensaba que todos habían salido de ella tras el Diluvio para repoblar la Tierra.

—Y así fue, pero su recuerdo quedó grabado para siempre en el navío... Una memoria de todos, absolutamente todos los seres que respiraron alguna vez en el que fue mi mundo...

Llegaron al final del camino de grafos, justo al borde de una inmensa pared de neblina que apenas dejaba ver nada más allá.

Tanya contuvo la respiración cuando dio unos pasos hacia el interior de la bruma, y vio...

Vio...

Una forma inmensa, alta como un edificio de diez plantas y que parecía hecha de un material que no era madera, pero tampoco nada que pudiera extraerse de la corteza terrestre. Tenía un contorno vagamente rectangular, con los extremos más cortos arriba y abajo, como un monolito puesto de pie.

Una protuberancia sobresalía de él, como si llevase una doble costra de coral pegada al casco. Esa forma era grande, y no existía un eje de simetría que pudiese definirse; ni un solo segmento encajaba en una proporción mínimamente áurea.

Entonces la niebla se despejó, y los ojos de Tanya reflejaron algo que casi hizo que su corazón se detuviera. Algo que no habían contemplado ojos humanos (salvo los del anacoreta descendiente de Noé, pero él no contaba, porque había estado allí desde siempre, como las rocas y la misma montaña) desde los comienzos del mundo.

La forma que sobresalía del monolito rectangular era una especie de grabado en madera, una talla que representaba un hecho de la vida de su constructor: Noé, ayudado por una hueste de ángeles, construía un artefacto gigantesco, algo que los humanos jamás habrían podido hacer por sí mismos. Tanya vio ángeles que extraían materia prima de otros Planos de existencia, que la cortaban, la fundían, la trabajaban usando fuego divino y crisoles celestes... ángeles que obedecían las órdenes de Noé, el gran arquitecto, y daban forma... a algo.

Un navío que era mucho más grande que como venía descrito en la *Biblia*. Por lo menos diez o doce veces más.

Así que no sólo sus familiares habían ayudado a Noé a fabricar el Arca, comprendió Tanya. Eso explicaba muchas cosas, se dijo la parte de su mente que aún conservaba cierto raciocinio, y que no estaba subyugada por lo que estaba viendo.

Eso era lo que contaba el grabado en madera, pero había más: El inmenso monolito del tamaño de un edificio se elevaba hasta las alturas, y la dejaba a ella del tamaño de un insecto en comparación. Pero ahora que la niebla se había levantado, Tanya vio otras estructuras que surgían de él: eran como vigas, soportes o algo así, que unían el enorme rectángulo a...

A...

Tanya se cayó de espaldas, impactada por la imagen de aquella cosa. El anacoreta la ayudó a ponerse en pie, pero no fue hasta bastante tiempo después que ella recobró el habla, y pudo sobreponerse a la visión de lo que era en realidad aquel rectángulo.

No era el Arca, sino una minúscula parte de ella.

Era un timón.

La niebla se había alzado lo suficiente para que Tanya pudiera ver la popa del barco, y en concreto la pala que hacía las veces de timón. Y si aquella pala tenía la altura de un edificio, entonces el bajel al que estaba unida...

Tragó saliva.

No, aquello que tenía delante no era una montaña.

Lo que estaba pegado al timón era una construcción descomunal que se perdía en la distancia: el Arca de Noé.

Y muy cerca de su posición, del lugar desde donde la contemplaban Tanya y Almodad, había una fisura negra en el casco.

Una entrada.

NO HAY SANGRE EN LAS PALABRAS

El sol se hundió tras un manto de purpúreas nubes graníticas; el crepúsculo era una áspera mezcla de marrones y carmesíes.

Brobdingnag yacía como los restos de un animal muerto entre los árboles, pero poco a poco volvía a la vida a medida que los colores cálidos del crepúsculo le iban dando otra dimensión a las cosas, una profundidad distinta a las sombras. Y a esto también se sumaba la gente: Era la nueva actividad que agitaba el pueblo del cine lo que lograba que poco a poco fuera dejando de ser un decorado, la metáfora vacía de otra cosa, para ser un asentamiento humano de verdad.

Como era el edificio más grande, y poseía en su primera planta el espacio donde más sillas quedaban enteras, los comunes habían decidido convertir el pintoresco saloon en el sínodo de reuniones. Pocos habrían encontrado una excusa mejor para estrenarlo que aquel debate sobre la presencia de abezi en las ciudades humanas, y sobre cómo afectaba eso a la vida de los mortales. Sobre todo cuando Esaú regresó en compañía de Erik, Mauro y una joven misteriosa que parecía sumida en un estado catatónico.

—Se recuperará, no te preocupes. Usaré mi don para traerla de vuelta —dijo Iridian, la chica a la que Erik conocía como «la joven de las galletas», procurando no hablar muy alto para no interrumpir el discurso que en ese momento les estaba dando Esaú.

Mauro asintió, esperanzado. Sostenía la mano de la inconsciente Rhea desde el momento en que la desató del cenotafio, como si el hecho de soltarla conllevara el riesgo de volver a perderla.

—Muchas gracias —le dijo a la chica—. Te debo una.

Iridian no hizo caso de ese último comentario; se arremangó, colocó las palmas sobre el pecho de Rhea y le dio un suave masaje mientras canturreaba

algo ininteligible. Mauro adivinó que Iridian pertenecía a la clase de ángeles sanadores, igual que Tanya.

Poco a poco fue retornando el color a las mejillas de Rhea, su corazón latió con más decisión (como diciendo «eh, estoy aquí, ¿me habéis olvidado?») y la joven abrió los ojos. No se despertó sobresaltada, como Mauro había esperado, a pesar de los últimos acontecimientos vividos. En lugar de eso miró con calma a su alrededor, posó la vista en la muchacha que le acariciaba el pecho, y susurró:

—No tienes permiso para tocarme ahí...

Iridian se puso en pie y se retiró sin mediar palabra, para dedicarse a otro menester. No estaba ofendida, ni mucho menos, sólo era otra muestra de su carácter templado.

Rhea depositó su vista, con mucho cuidado, en el rostro de Mauro.

El rubor subió a sus mejillas, y el joven sintió cómo se le tensaba todo el cuerpo, aunque no dio gritos ni trató de salir corriendo.

Mauro dio gracias al Cielo por eso. Ya era un avance.

—¿Rhea? —preguntó—. ¿Eres tú de verdad?

Ella se quedó mirándolo largo rato.

Parecía estar juzgándolo, aunque a poco que él escrutase descubría la presencia de otros sentimientos más adentro, además del resquemor. Mauro permaneció en silencio, respetando los minutos que ella necesitaba para adaptarse a la nueva situación. A la sorpresa de verlo allí, a las decisiones que tenía que tomar sobre qué haría a continuación.

Él había disfrutado de todo ese tiempo para pensar mientras la cargaba volando, en brazos, de vuelta al poblado. No sería de caballeros negárselo a ella.

Por un momento se le ocurrió que lo mejor sería dejada sola, al menos hasta que decidiera si lo que sentía hacia él era algo positivo o negativo. Sí, era lo más sensato. Se obligó a soltarle la mano (¡cómo le costó!) y se puso en pie.

Pero la mano de ella volvió a su sitio.

Mauro la miró, estupefacto. Rhea lo agarró y lo obligó a sentarse otra vez, aunque con suavidad.

El silencio entre ambos proseguía, aún no habían abandonado esa fase, pero parecía como si Rhea necesitase tenerlo cerca, tal vez para indagar en sus ojos. Tal vez para sentir de nuevo el contacto con su piel. Tal vez para escuchar su silencio, y todos los complejos mensajes que viajaban en él.

Esaú, de fondo, seguía haciendo su particular resumen de la situación para el cónclave de ángeles: Todo se resumía en un ceniciento «las cosas están mucho peor de lo que creíamos», pero la forma que tenía de abordar ese pensamiento intentaba ser optimista. Sí, nada más llegar a la Tierra se habían encontrado con muchos más demonios de los que esperaban, y sí, la actividad paranormal en el mundo de los humanos había subido considerablemente desde la lluvia de plumas. Pero eso sólo significaba, en su opinión, una cosa, y era que la eterna lucha proseguía, y que no por haber abandonado los campos de batalla celestiales iban a quedarse cruzados de brazos.

Los demonios habían bajado a la Tierra. Ellos también. Ese escenario era una extrapolación del de siempre, del sempiterno, y sólo tenía una salida posible.

A Mauro le habría deprimido oír aquel discurso si le hubiese prestado atención (es decir, si todos sus sentidos no estuvieran puestos en ese momento sobre Rhea). Habría pensado que daba igual las vueltas que diera la rueda, porque las cosas sólo cambiaban para seguir igual, solo que en otro escenario distinto. Pero quizás fuera ese el destino del universo, volver a empezar una y otra vez en un ciclo sin fin, que ninguno de ellos (ni siquiera los profetizados Niños Perdidos) podía alterar.

Qué triste.

Rhea había cambiado, pero al mismo tiempo seguía igual. Era la misma chica, con el mismo gusto por la moda y los piercings en partes poco visibles de su cuerpo (se le transparentaban a través de la camiseta cuando se acostaba). Pero sus ojos... transmitían una mirada distinta, un aire de estar dos renglones más abajo de un punto y aparte que tuvo lugar en su vida. Y por la canción que Mauro escuchaba en su alma, sabía perfectamente cuál era.

Se alegró por ella.

El problema era que la melodía de esa canción se estaba volviendo disonante, y era porque él volvía a estar cerca. Le estaba infligiendo dolor.

Emociones encontradas friccionaron unas contra otras en el corazón del antiguo scene. Por un lado tenía muy presente que era ella quien le había abandonado, no al revés. Se había marchado lo más lejos posible de su lado (¡y tan lejos, que había llegado a Estados Unidos y a un pueblecito donde, teóricamente, nada malo podía ocurrir!) porque no soportaba la idea de que Mauro ya no estuviese... triste. Que su lado scene hubiese hallado un equilibrio, y ese equilibrio hubiese encendido una luz que iluminara las partes oscuras de su alma. Igual que frotar dos palitos.

Ella no había podido encontrar esos palitos, o al frotarlos estaban mojados, y por lo tanto seguía triste y llorando mientras los cielos se abrían para Mauro y la paz entraba por primera vez en su corazón.

Eso los posicionaba en extremos opuestos del mismo continuo.

Pero ahora, al mirarla a los ojos, al escuchar su silencio... Mauro supo que ella también estaba un poquito menos asomada al abismo, un poquito menos en peligro de caerse para siempre en la tristeza. Ellos siempre habían hablado de que si algún día encontraban un paraíso donde vivir juntos, sería sin duda el Pantano de la Tristeza, el que salía en el libro *La Historia Interminable*, donde el poderoso guerrero indio Atreyu perdió un corcel para más tarde ganar un dragón. Un pantano donde todo fuera abatimiento y los palacios se levantaran sobre columnas de melancolía y bóvedas de nostalgia. Sería su lugar perfecto para vivir.

Al menos en aquel entonces.

En teoría tendría que ser Rhea la arrepentida por haberlo plantado, si se seguían un poco a rajatabla las normas de las relaciones humanas. Pero allí todo estaba al revés. Ella se sintió herida porque Mauro ya no era un scene, ya no se sentía tan triste por el mundo como antes. Se enfadó porque su compañero era feliz. Un comportamiento que, analizado con calma, era injustificable.

Por lógica tendría que haber sido Mauro el que estuviese resentido por su abandono, pero si era así... ¿por qué era él quien parecía un antiguo amante que deseara volver a un nido que rompió con sus aleteos de libertad? ¿Por qué era Mauro el que sentía en las manos el peso del martillo con el que había hecho añicos la relación?

Qué complicado era el amor.

—¿Estás bien? —se arriesgó a preguntarle.

Ella no respondió. Mauro vio las señales: respiración irregular, palidez, pupilas que se dilataban sin fuente de luz... Rhea estaba luchando internamente contra un gran dilema, como cuando abandonó la casa de sus padres por motivos sólo por ella conocidos y se fue a vivir con Mauro a las callejuelas de Santorini. Era una batalla donde la bandera de la victoria no tenía colina donde plantarse.

Mauro respetó eso, y la dejó tranquila.

El siguiente paso debía darlo ella.

Siguieron escuchando a Esaú un rato más, hasta que finalizó su discurso con un mensaje de fuerza y esperanza para su tribu. Los presentes asintieron, igual de solemnes y callados que de costumbre, y la reunión se disolvió.

Mauro vio a Erik acercándose para intercambiar unas palabras con el líder de los ángeles, y no supo por qué, su rostro era taciturno. Algo le preocupaba, y probablemente tendría que ver con las constantes miradas de disimulo que lanzaba a la mano derecha de Esaú, aquella con la que había sostenido la espada cuando habían derrotado al abezi.

Una mano donde aún era visible una fea cicatriz.

—Sí —le sorprendió la voz.

Mauro dio un respingo cuando habló Rhea. La joven se puso en pie y salió fuera del saloon, a respirar el sano aire del bosque.

El scene la siguió.

—Sí, estoy bien. Y no, no lo estoy —precisó ella (es un decir)—. Seguro que te lo estabas preguntando.

Luego se quedó en silencio.

Mauro se fijó en los detalles.

Sus pasos sobre la alfombra de hojarasca del suelo.

El piar de un ave lejana.

La voz de Mauro:

—No esperaba encontrarte aquí, Rhea. No te busqué después de aquello, de lo de Santorini, porque creía que... que era lo que deseabas.

Más silencio.

El rumor de conversaciones amortiguadas en casas de paredes finas.

El aleteo de otra ave (¿la misma?) que habiendo encontrado lo que buscaba se alzaba en vuelo.

Zapatos que abandonaban el saloon.

Puertas que se abrían y se cerraban.

La voz de Rhea:

—No. Lo que deseaba no. Pero sí lo que necesitaba. Lo que sigo necesitando. Creo.

Silencio de otro tipo.

Más triste.

Una nube ocultando el sol.

El cielo jugándose su luz a cartas marcadas.

El viento transformando en frío su caricia.

Sus mejillas temblando como velas en barcos de papel.

La voz de Mauro:

—Prefiero no creer... ni siquiera decir... que el destino nos ha puesto otra vez en el camino del otro. No es que no lo desee, pero... No sé. He cambiado. Eso es innegable. Y ya no podría volver a ser el de antes aunque quisiera. Si

eso te hace daño... —Suspiró—. No sé cómo afrontar esta situación, la verdad.

Ella negó con la cabeza.

El pájaro desapareció en la foresta entre catedrales de madera y retablos de savia.

Un ángel pasó por detrás de ellos.

Llevaba una garrafa con agua.

Otro estaba haciendo agujeros en una flauta de madera, apoyado en un antiguo corral de ganado.

Ángeles, ángeles por doquier.

Uno se había llevado su corazón.

Un ladrón en la noche.

Y lo conservaba como un trofeo.

Los barcos de papel se transformaron en temblores en la piel de Rhea.

Mauro alzó un brazo, pero no pudo tocarla.

La voz de Rhea en el no-silencio atronador del poblado, del bosque, del mundo:

—Te sigo queriendo mucho, Mauro. Más que a mi vida. Aun después de todo lo que ha pasado.

El corazón de Mauro que se sentía estallar.

Los pedazos llovían sobre su alma como teas ardientes.

El sol en una ventana.

La tarde que se dijeron adiós.

El árbol donde escribió su nombre.

La voz de Mauro:

—Y yo también a ti. Pero no sé cómo recuperar lo que teníamos. Sinceramente... no sé cómo.

Ella le miró.

No pudo responder porque una mano cayó en su hombro como una bomba.

—¿Estáis bien? —preguntó Erik, todo sonrisas, irrumpiendo en la magia que se había creado entre los dos como un rinoceronte en una cristalería—. ¡Oye, a ti te conozco! ¡Eres la pava de Santorini!

Mauro sintió cómo se evaporaba toda la magia, pero no se quejó. En el fondo le agradecía a su amigo que hubiera aparecido, porque los momentos mágicos duran lo que deben durar, e intentar prolongados sólo lograría estropearlos.

Si Rhea tenía algo más que decirle, lo haría cuando llegase el momento.

—Sí, Erik, es Rhea —asintió, cansado—. Y no, yo tampoco lo entiendo.

—Carajo, no me había fijado en ese «sutil» detalle mientras volvíamos de la ciudad. Pensaba sólo en ese nuevo tipo de abezi. Por cierto, la otra mujer, la mayor, se está despertando ya —dijo Erik—. La Sanadora está con ella. Creo que deberías ir a...

—Yo iré. Es mi familia —le cortó Rhea, y sin decir palabra fue hasta la casa a donde señalaba Erik. A través de la ventana del segundo piso se veía el torso de Gemma, cómo se levantaba con pesadez de una cama y preguntaba algo (¿el consabido «dónde estoy»?) a Iridian. Rhea entró sin llamar y subió a toda prisa las escaleras.

Erik le dio un codazo a Mauro.

—Tío, esto sí que es raro. ¿Crees que te ha seguido hasta aquí?

—No digas tonterías. ¿Cómo iba a saber ella adónde nos dirigiríamos después de...?

—Vale, lo capto. Pero es que es mucha casualidad.

Mauro asintió.

—Puede que sí. O puede que no. ¿Cuándo se ha podido reducir algo de lo que hemos hecho en estos meses a un proceso lógico?

—Oye, que mis actos son muy lógicos, chaval —protestó Erik, ofendido—. No te pases.

—Claro que sí.

—En serio.

—Por supuesto. Cómo iba a pensar yo lo contrario.

—Me estás dando el sí del loco.

—Que no, no insistas, siempre eres súper lógico en tus actos, Erik — fueron increpándose el uno al otro mientras se alejaban de la casa. Sabían que debían hacer algo con aquellas dos mujeres, porque habían asistido en primera línea al espectáculo secreto. Lo habían sufrido, y no podían dejarlas marcharse sin más. Tendrían que obtener algún tipo de compromiso por su parte, pero ya habría tiempo de hablar sobre ello cuando estuvieran completamente recuperadas, tanto física como mentalmente.

No eran más que simples humanas, después de todo.

Eso era lo que pensaba Esaú mientras contemplaba toda la escena, fingiendo estar enfrascado en alguna trivialidad.

La conversación con Erik le había dejado preocupado. Ya sabía que su cicatriz traería consecuencias, pero no esperaba que el alocado y más bien cortito Erik se diese cuenta tan pronto.

Cuando Esaú recogió del suelo la espada-reliquia para salvarle la vida a Erik y a sus amigos, lo hizo pensando que se trataba de una hoja-signo normal, como la de cualquier otro ángel guerrero. Pero no era así. En cuanto la tocó sintió fluir el inmenso poder a través de su piel, escuchó las antiguas voces, vio los resplandores de titánicas potencias.

Se dio cuenta entonces de que la espada era una reliquia, algo mucho más antiguo y poderoso incluso que el propio Esaú, y que, por alguna razón, le permitía a Erik esgrimirla pero a él no.

Por eso le había quemado la mano. Y por eso ni siquiera las Sanadoras podían hacer desaparecer aquella marca.

Esaú sintió cómo crecía el odio en su interior. Odio hacia Erik, hacia la manera tan astuta como había ocultado la espada, hacia la encrucijada de destinos a donde les habían llevado aquellos actos. Aquellos errores.

Si no fuera porque Esaú no era sino una pequeña pieza en el enorme esquema, en el Plan perfecto de su amo...

Oyó cómo alguien lo llamaba por su nombre verdadero, que no utilizaba hacía milenios. La voz procedía de una casa aún desocupada, y sólo podía escucharla él.

Con disimulo, asegurándose de que nadie más de la comunidad estaba cerca, se deslizó como una sombra hacia el interior de la casa.

—Mi señor —dijo con una profunda reverencia.

—Debes dejar de preocuparte por esa joven luz —dijo la figura que se escondía en las sombras, y que a su vez las vestía como un guante—. Aunque sospecha, los acontecimientos no le dejarán tiempo para hacer nada al respecto.

—¿Qué acontecimientos? —preguntó Esaú, con la voz modulada por una extrema humildad y sumisión hacia aquella criatura.

—El ángel llamado Séfora está a punto de convocar a sus huestes para la lucha. También gritará el nombre de los Niños Perdidos. Todo confluirá en el desenlace que tengo previsto desde hace tantísimo tiempo.

Esaú asintió. Recordaba el momento en que ese plan cobró forma. Realmente se perdía en las nieblas del tiempo, cuando juntos lograron derrotar a Yahvé y quemar con fuego de soles, con furia de estrellas y espadas de agujeros negros, su cuerpo físico.

—¿Enviaste a la muchacha en busca del Arca? —preguntó la figura.

—Sí, tal como ordenasteis. Le abrí las puertas del santuario prohibido de Ararat y la dejé entrar en el túnel. Pero... si me toleráis la impertinencia, me

estaba preguntando cómo va Séfora a reclamar a los Niños Perdidos si los túneles entre realidades están cerrados.

—Yo los cerré, así que puedo volver a abrirlos durante el mínimo tiempo necesario como para que ellos pasen. Y sólo ellos. —Su mirada despidió fuego—. Bien hecho, esclavo. Todo marcha según lo previsto.

—¿Qué debo hacer a partir de ahora, mi señor?

La figura, inmensamente bella, inmensamente terrible, salió de las sombras.

—Seguirás guiando a los misfits cuando esto termine, igual que hasta ahora. Quiero que castigues a todos los que huyeron de mi Reino y creyeron estar a salvo refugiándose aquí abajo, en este sucio mundo —ordenó Satanás—. Vuestra comunidad debe prosperar, y debe integrarse perfectamente en la sociedad humana híbrida que está por nacer... porque ni siquiera yo sé si quedará algo de los Planos Superiores cuando concluya la batalla que se avecina...

EL ARCA

Era imposible abarcar una estructura tan grande de un solo vistazo.

El enorme corpachón del barco (si es que era un barco, después de todo) se difuminaba en la oscuridad y la bruma, como si sobresaliera como un espolón por fuera de la isla que le servía de sostén. Tanya sólo podía ver lo que creía era la popa del navío, una pared alta como un rascacielos que parecía dividida en pisos, y éstos cubiertos por una mampostería labrada a mano. Eran estructuras que, analizadas como grupo, creaban un efecto aún más grandilocuente. Parecían tapices de madera fósil mezclada con algún tipo de roca alienígena, cementadas con su propia savia, y que sostenían tejados voladizos de nueve o más vertientes. Tejados que sobresalían del casco como las faldas de una pagoda y que estaban adornados con motivos a gusto de sus constructores: ángeles, demonios, cirios, cruces, cálices, espadas, lanzas, bustos medio humanos y medio extraterrestres y complejos mecanismos de relojería.

En esa mampostería se representaban otras escenas del singular viaje del Arca, con luchas entre seres sobrenaturales, choques frontales contra monstruos del mar y espantosas bestias de los cielos. También había paños dedicados a reflejar el horror de los que se quedaron fuera, los que no pudieron embarcar cuando los océanos se tragaron el mundo. Escenas de hombres, mujeres y niños siendo abandonados a su suerte en una orgía de dolor y sufrimiento.

Qué crueldad, pensó Tanya, repugnada. ¿Qué clase de dios podía hacer algo así y quedarse tan tranquilo?

El timón del Arca estaba colocado perfectamente vertical, por lo que Tanya dedujo que el plano del barco también lo estaría. Al encallar en aquella montaña había quedado situado en perfecta verticalidad.

Mejor, eso le facilitaría el trabajo si tenía que penetrar en sus oscuras entrañas. Todo apuntaba a que no le quedaría más remedio si quería obtener las respuestas que necesitaba, porque aquel anciano enamorado de las matemáticas de poco más podía servirle.

—Es... descomunalmente grande —balbuceó la joven, impactada por la escala del artefacto—. Gargantuesca. No se me ocurre ninguna otra palabra que...

—Sí, es grande, desde luego —convino Almodad, divertido. Parecía hacerle gracia el efecto que aquel vetusto barco provocaba en terceros, fuesen ángeles o humanos. Se sentía orgulloso de haber contribuido a su construcción y, lo que era más importante, a la travesía que lo arrastró por mil galernas y por los territorios de bestias innombrables, cual viaje odiseico, en busca de tierra firme—. Tenía que ser realmente enorme si había que meter en sus bodegas a toda la Creación. Los ángeles albañiles hicieron un buen trabajo en aquel entonces.

—Dime, anciano, ¿qué encontraré en su interior?

Almodad miró a la joven, calculando su respuesta. Ella no había preguntado si podía entrar, sino qué iba a encontrar una vez lo hiciera. Daba por supuesto que ese era su destino.

El anciano podía sentir cómo esa decisión ya estaba modificando sutilmente el resto de la expresión matemática que quedaba en su cabeza.

Tanya = Ángel = Semilla de los Antiguos = Fulcro del destino = Peso en la balanza del Bien y del Mal = Descompensación = Resultado inesperado...

Resultado inesperado.

El anciano pareció asustado. Por primera vez en todas sus vidas y variantes de vidas, no estaba seguro de la derivación de un giro en la fórmula.

Miró con desconfianza a la muchacha.

—¿Ocurre algo? —preguntó Tanya.

—¿Quién te ha enviado aquí, pequeña luz?

—Un ángel guerrero, ya se lo he dicho. Un Puño del Cielo. Me prometió que hallaría respuestas.

—Respuestas, sí... ¿pero te dijo para qué pregunta?

Tanya suspiró. Estaba comenzando a hartarse de los juegos de palabras de aquel hombre, pero en el fondo tenía razón: Esaú la había mandado a la isla para encontrar la solución a un enigma, pero... ¿y si ese enigma no era el mismo en el que Tanya pensaba? ¿Y si la había engañado para que hiciera este viaje y encontrase el Arca, por motivos que sólo los ángeles antiguos (y renegados, eso nunca debía olvidarlo) conocían?

Estoy harta de que me traten como a una marioneta, pensó, contrayendo los labios en un rictus de enfado.

—Voy a entrar ahí —decretó—. Con o sin ayuda. Necesito encontrar respuestas, sean aquellas que estoy buscando o no. ¿Vendrá conmigo?

El anciano retrocedió como si le hubiera picado un áspid.

—¿Yo? —Lo negó sacudiendo fuertemente con las manos—. ¡No, no, ni hablar!

—¿Por qué? ¿Acaso no lleva milenios vigilando el barco? ¿Es que nunca ha tenido la más mínima curiosidad por echar un vistazo a lo que pueda quedar dentro?

El viejo miró a la grieta en el casco, aquella angostura negra, aquel pasadizo a misterios que sin duda estaban más allá de lo humano (y puede que también de lo celestial), y Tanya pudo ver cómo un intenso escalofrío le sacudía los miembros.

—El Arca quedó cerrada desde que mi antepasado Noé desapareció en su interior —murmuró—. Nunca he vuelto a pisarla desde entonces. Ni yo ni ningún otro ser de la Creación. Si tú entrases ahora, ángel...

—Almodad, tengo que hacerlo —dijo Tanya, inclinándose para mirarle desde su misma altura. Almodad era sin duda un hombre de su época, varios centímetros más bajo que la media del siglo XXI. Y además, la edad lo había encorvado más, con lo que tenía la estatura de un niño. Se preguntó con una sonrisa si Noé, el patriarca de figura impresionante que con tanta estatura pintaban en los cuadros renacentistas, habría sido igual de bajito—. Dios le ha vuelto la espalda a sus criaturas. Millones están muriendo mientras tratan inútilmente de escapar de Su furia. Amigos míos muy queridos. Si hay algo ahí dentro que pueda ayudarles, no cejaré hasta conseguirlo.

El viejo repasó una última vez su fórmula, como si comprobase las últimas correspondencias que había tallado para ver si eran correctas, y luego asintió despacio. Su voz era apenas un hilo intangible que colgaba de sus labios.

—Está bien. Iremos juntos. Pero te advierto algo, jovencísima luz.

—¿El qué? —A Tanya le daba repelús cada vez que el viejo le hablaba en ese tono de «estás jugando con cosas que ni siquiera comprendes».

Almodad se acercó a la angostura. La oscuridad parecía algo vivo, maleable... algo que incluía la negrura, pero que desde luego no era ausencia de luz.

—Lo que verás ahí dentro forma parte del plan de Dios. De Su plan original, el que concibió antes de que el universo fuese una gota de luz creada

tras la pronunciación del primer Verbo. —Tomó aliento—. Él escondió ahí sus secretos, lo que consideró digno de salvar del plan antiguo para traerlo a la nueva era. Puede que si queda algo de la Palabra original, la que dio origen a todo... aún siga ahí dentro.

A Tanya se le tensó la espina dorsal como una cuerda de cáñamo.

Maldición, qué miedo más espantoso le estaba dando aquello.

—Lo entiendo. Pero aún así tengo que ir. Es mi misión.

El viejo se resignó.

—Si es así, no perdamos más tiempo.

Almodad cogió el punzón, hizo una serie de trazos rápidos en la fórmula, prolongándola con alguna solución provisional...

... Y siguió los pasos de Tanya hacia el interior de la negrura.

El entorno estaba haciendo algo desagradable con los sonidos.

La respiración parecía un gemido terminal, agónico, mientras que los pasos eran ecos fragmentados de escarcha y el rumor de sus ropas un friccionar de alfileres.

Tanya caminaba despacio por el interior del Arca, seguida muy de cerca por el asustado Almodad. La fisura que habían utilizado como entrada hacía tiempo que había desaparecido de la vista, pero no porque se hubieran alejado mucho de ella, sino porque también la luz se comportaba de manera ilógica allí dentro, y tendía caprichosos velos de sombra por doquier.

Hacía frío. Cristales de hielo nacían de las nubecillas que surgían de su nariz, condensándose a ojos vista, y hacían un ruido como de bebés llorando al caer al suelo.

A Tanya le costaba creer que estuviese caminando como si tal cosa por dentro del Arca de Noé. ¡La maldita Arca de Noé! ¡Lo que hubiera dado el doctor Jones por estar en su lugar en ese momento!

En sí misma, dejando aparte toda la carga mitológica del hecho, ya era una experiencia inconcebible. El espacio había mutado a su alrededor para parecerse... a otra cosa. Era como si la masa sólida ya no tuviese sentido, y todo se diluyera en una ausencia, un vacío.

De fondo había un tremor que se colaba dentro del barco como un virus, una miasma antiséptica de ultrasonidos que acechaba sigilosamente bajo un *permafrost* de vacío. Alienígena. Alienígena. Alienígena. La palabra retumbaba en su cabeza. Aquel no parecía un entorno concebido para albergar

ni vida humana ni de cualquier otro tipo, sólo algo hecho para contenerse a sí mismo. Para ser, más allá de opiniones humanas o celestiales.

Si la isla nebulosa le había parecido chocante a Tanya, con sus horribles demostraciones de la futilidad de la Física común, si sus asertos no bastaban no ya para explicarlo, sino tan siquiera para definirlo... el Arca iba más allá de todo ello. Se acercaba a la locura hecha bajel, a la capacidad misma para destruir todo lo cuerdo y lo coherente convertida en algo sólido y coloreado en tonos de negro. Era más una convención que un entorno, una parada brusca en la comprensión de lo posible don de las distinciones básicas entre el arriba y el abajo eran bagatelas tan poco importantes como una broma de mal gusto.

Sombras de entidades titánicas se derramaban sobre los dos visitantes (¿intrusos?), siendo mucho más que eso, pues la ausencia de luz implicaba su sustitución por otra cosa. Las sombras eran caricias y mensajes, respuestas a preguntas disparadas hacia el cerebro de Tanya que precedían a sus propias preguntas.

Surrealismo espacial, territorios de pensamiento sin lógica. Aromas percibidos como cambios en la mecánica cuántica, leyendas de visitas al inframundo de héroes legendarios que jamás fueron contadas.

Un viaje por los secretos privados de Dios.

—El Arca está reaccionando a tu presencia —susurró el viejo, pegándose lo máximo posible a la espalda de Tanya como si fuera un salvavidas en medio de tanta irrealidad. Su cuerpo temblaba, pero la joven no podría asegurar que fuera por frío.

—¿A mi presencia? ¿A qué te refieres?

—Eres un ángel, y por lo visto, no uno normal... —musitó el viejo—. Una vez, hace muchísimo tiempo, otro de tu especie llegó hasta aquí y solicitó que se le dejara entrar en el Arca, pues quería encontrar en su interior los misterios últimos, los que ayudarían a detener la guerra entre Cielo e Infierno. Pero le fue denegado el acceso. Ni siquiera él tuvo el privilegio de hollar este santuario.

—¿Entonces por qué nos ha dejado entrar a nosotros?

—A nosotros no —precisó Almodad—. Te ha dejado entrar a ti. ¿Por qué? No lo sé. Otro misterio más... Nada de esto estaba en mi ecuación, te lo aseguro. Nada de esto...

—¿Cómo se llamaba el ángel que intentó entrar en el Arca?

—Esaú, me parece. No lo sé, hace demasiado tiempo.

Tanya se detuvo en seco, mirando al anciano.

No dijo nada. Siguió caminando.

Pero las preguntas ya se empezaban a acumular en su cabeza, de manera insoportable.

En un momento determinado comenzaron a ver cosas, a distinguir siluetas. Era como si una isla de luz se hubiese creado a su alrededor (O a partir de ellos), iluminando la estancia donde se encontraban.

Tanya no supo si agradecerlo o desear haber permanecido todo el tiempo en la más completa oscuridad.

Había formas escondidas allí. Almacenadas, tal vez fuera la palabra más correcta. No eran seres vivos, o al menos no lo estaban ahora. El escaso radio de acción de aquella luminiscencia les permitió ver con auténtico pavor partes de seres gigantescos: una pata aquí, una garra monstruosa, una aleta del tamaño de un autobús allá, la espina dorsal de alguna criatura que podía haber sido anterior a la época de los dinosaurios...

Era un caótico amontonamiento de seres congelados, o más bien... detenidos en el tiempo, paralizados en la progresión de su existencia. Eran como fotografías en cuatro dimensiones de cosas que dejaron de existir hacía mucho, muchísimo tiempo, y que estaban allí guardadas como la colección de un anticuario. Era una visión panorámica, pero presentaba datos confusos, un álgebra desquiciada de imágenes que carecían no solo de sentido, sino también de tiempo. Los datos que sus atónitos ojos recogían de la bodega del Arca parecían ecos de la pesadilla de un dios supremo que se hubiese quedado atrapado dentro de su castillo, sin recordar cómo se abrían las puertas.

Tanya se preguntó si los arqueólogos de otras épocas se habrían sentido así de intimidados, aplastados por el asombro consustancial a lo que estaban descubriendo. Y si habrían sentido, igual que ella, la urgente necesidad de salir corriendo. De dejar las cosas como estaban, intocadas, por el bien de la Humanidad.

Pero tenía que ser valiente. Tenía que saber. Ese era su legado como miembro de la especie humana, a la que el propio Yahvé había dado forma antes de decidir en su locura que prescindía de ella: la curiosidad.

El ser humano no era nada salvo curiosidad, por saber, por conocer, por alzarse sobre hombros de gigantes para mirar más lejos. Tanya era como los antiguos Mystes de la antigüedad, los buscadores supremos de los últimos misterios. Y no se iría de allí sin arrojar un poco de luz sobre ellos.

Aunque le costase la vida.

Esaú.

No se le iba ese nombre de la cabeza, mientras caminaba bajo enormes arcos que podían ser patas torcidas de seres monstruosos, o sorteaba puentes que se parecían sospechosamente al espinazo de criaturas ante diluvianas.

Esau había estado allí, había solicitado que le fuera concedida la gracia de penetrar en el Arca, y se había tenido que marchar con un palmo de narices. Y estaba hablando del líder de los misfits, el mismo que había puesto a Tanya, así como quien no quería la cosa, tras la pista del Arca.

¿Por qué?, se cuestionó la muchacha. ¿Por qué no se lo había contado desde el principio, para qué jugar al secretismo? ¿Acaso tenía algo que ocultar, o el haberla mandado allí era una estrategia más del traicionero juego de ajedrez de ángeles y demonios?

Y ahora sus amigos Mauro y Erik estaban allí, en la Tierra, en compañía de aquel ángel ancestral y mentirosos o...

Más puzzles dentro de acertijos camuflados tras misterios y envueltos en enigmas.

Qué harta empezaba a estar de todo aquello. No quería ni imaginarse una eternidad participando en esos laberínticos juegos de sombras, donde nada era lo que parecía ni nadie quien decía ser. ¡Con razón la mitad de los ángeles que conocía estaban medio locos!

Llegada a este punto, tenía dos opciones: la más elemental era dar la vuelta. Volver sobre sus pasos para salir de la isla brumosa e intentar ayudar a sus amigos... o seguir adelante, hasta el final de aquel sendero de maravillas, rogando porque no fuese una rocambolesca trampa.

Optó por seguir adelante. Ya que había llegado hasta allí, sería estúpido volver sobre sus pasos. Aunque la verdad era que no sabía cómo de grande podía ser el Arca por dentro. Desde fuera podía tener el tamaño de un país pequeño, y ser finito en última instancia... pero por dentro, las leyes de la Física no se aplicaban como en su universo de referencia.

Por lo poco que sabían, el Arca podía ser infinitamente más grande por dentro que por fuera, por lo que ellos podían perderse y morir de inanición antes de encontrar otra salida, o sumarse por mera fosilización al catálogo de maravillas guardadas allí dentro por los siglos de los siglos...

Rezó porque no fuera así. Al fin y al cabo, el Arca le había permitido entrar. Y si había una cosa que Tanya aprendió desde el mismo momento en que se convirtió en ángel, era que a ese nivel de leyendas hechas realidad, nada, absolutamente nada, sucedía porque sí.

Siguieron caminando.

—¿Qué significa? —preguntó en un momento dado, creando ecos.

El viejo dio un salto. Estaba tan concentrado mirando la oscuridad que le había sobresaltado la voz de Tanya.

—¿Qué significa el qué, pequeña luz?

—Lo que me dijiste antes sobre que el Arca guardaba partes del plan original de Dios. De que aquí dentro podría quedar un resto de la Palabra original, la que dio origen al cosmos.

—Significa eso mismo, no hay ningún misterio oculto tras esa verdad.

—Pero no lo entiendo. —Tanya se apartó el cabello de la cara—. ¿Es que la primera orden de Yahvé no fue una palabra? ¿Cómo puede una palabra que se pronunció hace eones estar almacenada aquí?

El viejo sonrió. Como adicto a las matemáticas que era, le encantaban los juegos de lógica. Sobre todo los que atañían a conceptos que a priori no podían tener ninguna explicación.

—Al principio sólo existía el Verbo, pues Dios lo era todo y era acción, era movimiento, calor, pensamiento puro —relató—. No tenía cuerpo, sólo forma, sólo concepto. Sólo leyes matemáticas que regían su funcionamiento.

»Entonces Dios habló, y de su voz se desprendió acción, la acción de crear, de dar forma al universo. Esa acción tenía reglas, escondía mecanismos para hacer funcionar la realidad, y por lo tanto la Palabra también tenía esos mecanismos. Cuando Dios habló su voz no era sólo vibraciones en el vacío del espacio era mecánica, era poder, era construcción pura. La Palabra resultante fue un ser vivo y consciente de sí mismo, igual que el propio Dios, y después de que la primera luz fuese creada, la Palabra subsistió.

—No entiendo nada —barruntó Tanya.

—Es que estos misterios...

—No están hechos para oídos humanos, ya lo sé. Qué harta estoy de oírte decir eso.

Se detuvo. Almodad la miró, extrañado.

—¿Ocurre algo, ángel?

Tanya asintió lentamente, con cara de intensa concentración, como si su mente atase cabos a toda velocidad.

—Sí... Oye, contéstame a una cosa. Si la Palabra original también estuviera almacenada aquí dentro, en el Arca, junto a las demás criaturas de la Creación... ¿podría usarse para dar una nueva orden al universo?

Almodad la miró inexpresivo durante un rato. Luego respondió con voz fatua:

—Lo que pretendes es asumir el papel de Dios, pequeña luz, y eso te está terminantemente prohibido. Ni siquiera los grandes Arcángeles tenían

derecho a aproximarse al lugar donde reposaban los restos de la Palabra original.

—Sólo lo menciono como una mera hipótesis —se defendió ella—. Estamos hablando hipotéticamente en todo momento, no es que pretenda hacerla. Aunque... —Se le iluminaron los ojos, como cada vez que una idea loca pero tremendamente atractiva surcaba su mente—. ¿Podría hacerse, siempre hablando en teoría? ¿Podría el Verbo dar una nueva orden y detener la guerra entre Cielo e Infierno?

Almodad se encogió de hombros.

—Preguntas cosas que están más allá de mi entendimiento. Supongo que lo que dices, Dios me perdone, tiene lógica, pero... primero, antes de acceder a esa fuente de poder, tendríamos que entender cómo funciona. Y no creo que lo logremos ni en mil vidas de estudio y concentración.

Tanya gruñó. Ese argumento sonaba tristemente plausible.

—Podría ser... o podría ser que no. Aquí hay muchas cosas que no son lo que parecen. ¡Mira! ¿Qué es aquello?

Por primera vez había un foco de luz allá adelante, distinto al que emitían ellos como una especie de burbuja protectora. Parecía un cono de luz azul que surgía de una elevación del terreno, un sendero que llevaba a un portal, una especie de ventrículo enorme que podría ser el paso hacia otra región distinta del Arca.

El terreno se elevaba formando una cresta de difícil acceso, así que probó a usar sus alas. Funcionaban otra vez, eso la confortó. Tanya agarró al viejo sin pedirle permiso y volaron juntos hacia aquel ventrículo que palpitaba con vida propia, una especie de telón de teatro que ocultaba mil secretos grandiosos detrás.

Tanya recordó una película de los años setenta que le encantaba a su padre, y que había visto en numerosas ocasiones junto a él en casa. Se trataba de una fantasía futurista de un visionario director apellidado Wise, *Star Trek*, donde una nave de exploradores galácticos se introducía en las entrañas de un organismo alienígena descomunal, e iban sobrevolando panoramas de pesadilla que les quedaban inmensamente grandes, como si su nave no fuera más que una molécula de metal.

A Tanya siempre le daba mucho miedo esa parte, cuando el *Enterprise* sobrevolaba a poca altura el artefacto extraño y ante su proa se abrían abismos colosales, máquinas de propósito desconocido y fuerzas imposibles de mensurar. La sensación de alienidad era... total. Ahora se sentía igual: al volar con Almodad colgando de sus brazos por encima del escaso terreno que

abarcaba aquella luz, tenía la misma sensación de pequeñez, de ser increíblemente diminuta e insignificante y estar delante de construcciones que desafiaban la lógica del tiempo.

¿Cuánto más tendrían que avanzar hasta llegar a una encrucijada, o más bien a algún punto de origen?

Tanya cerró los ojos y se imaginó contemplando las caóticas vidas de sus primeros antepasados, sometidas a los crueles dictados de un mundo salvaje que no podían entender ni, por lo tanto, controlar. Era una época tan distante que el mismo lenguaje estaba todavía encerrado tras los barrotes de los dientes, y se hacía muy difícil comunicar conceptos, ideas complejas que fueran más allá del prosaico «tengo hambre», del ansioso «quiero fornicar», del virulento «no me arrebatas mi comida», o del sobrecogedor «temo a lo que se esconde en la noche».

Pero no fue allí donde el río de la vida empezó. No. Tendrían que retroceder más para entenderlo, en un salto tántrico de millones de años hasta los principios ciegos y mudos de la célula. Y ni siquiera entonces hallarían el verdadero inicio: se verían obligados a soñar más atrás, más allá de los hirvientes pantanos de helechos, de las ardientes marismas de los volcanes y de los jardines colgantes de plasma y proto-materia. Tendrían que acceder a aquella era nebulosa en que el mundo no era sino la promesa de otra cosa, un disco flotante de electrones acelerados y partículas que iban cayendo lentamente en una aglomeración ígnea.

¿Era ese disco el primer mito? ¿O había algo que ya era viejo cuando esas partículas se agruparon para dar forma al primer sueño?

Tal vez dentro del Arca estuviese la respuesta.

Tanya y Almodad aterrizaron junto al ventrículo. Esa palabra no se alejaba demasiado de la realidad, pues más que una puerta parecía una abertura en iris que se expandía y contraía después, a un ritmo lento pero apreciable. No estaba hecha de ningún material conocido, sino que parecía una arriesgada miscelánea entre algo vivo y materia inerte... y entonces a Tanya se le ocurrió la posibilidad de que fuera exactamente eso. De que, de alguna aterradora manera, el Arca estuviese viva a un nivel que dejaba como meros experimentos antediluvianos (nunca mejor dicho) a los organismos terrestres.

Tanya se esforzó por no temblar.

—¿Es esta la salida? —preguntó.

Almodad, que estaba aún más aterrorizado que ella, hizo un gesto rarísimo con la cabeza, como asintiendo y negando a la vez.

—No... no lo sé. Creo... que es el pasaje que comunica con un lugar diferente del bajel, otra cámara distinta... pero no lo sé con seguridad...

—No me estás siendo de mucha ayuda, que digamos. En fin. —Puso los brazos en jarras, aparentando más arrojo del que en realidad tenía—. Pues nada, ya que estamos aquí... ¿hay que tocar el timbre o pasamos sin más?

Almodad extendió una mano temblorosa hacia la puerta, pero se arrepintió y la dejó pasar a ella primero.

—Tú eres el ángel. Haz los honores.

Tanya le lanzó una mirada cínica y se adelantó.

La puerta respiraba, palpitaba, vibraba con armónicos extraños. Transpiraba... tiempo. Era una membrana permeable sólo a los milagros.

La joven alzó una mano y la acercó al punto central, donde la membrana se retorció en una especie de iris.

Aún no lo había tocado cuando el iris reaccionó a su presencia, y tembló con espasmos violentos.

Tanya se tensó. Si se quedaba quieta podía notar cómo las cosas volvían a su lugar, los segundos pasaban, el silencio se agrupaba. Pero todo seguía formando parte de la ilusión.

Haciendo de tripas corazón, extendió los dedos esa fracción de centímetro crucial que le permitió tocar físicamente la membrana.

—... Llegar con audacia hasta donde ninguna Lolita ha llegado antes... —murmuró.

Entonces ocurrió algo sorprendente.

El iris se dilató completamente y la membrana desapareció, franqueándoles el paso.

Lo que había al otro lado era una especie de habitación, delimitada por paredes que se veían (y por lo tanto muchísimo más pequeña que la gran sala que dejaban atrás). Era como una especie de sala cuadrada, de techo alto, desprovista de todo elemento decorativo. Vieja y solitaria como una tumba.

Y había alguien allí, arrodillado en pose suplicante.

CIELO E INFIERNO

Mauro pudo interceptar a Rhea en un momento en que iba a buscar un poco de agua para su tía. La joven lo vio venir, pero no dijo nada. En el pueblo no había agua corriente, pero cerca de allí brillaban las aguas de un estanque natural, una perla de destellos que saludaba a la mañana.

Rhea se estaba inclinando con un cubo sobre el estanque cuando se le acercó Mauro, las manos abandonadas en los bolsillos.

—¿Cómo está tu tía? —preguntó.

Ella hundió el cubo y lo dejó allá abajo un rato, como dándole tiempo a acomodar el agua en su interior.

—Mejor.

—Me refiero a...

—Sé a qué te refieres. Se va recuperando poco a poco. Según Iridian, los daños que sufrió fueron más emocionales que físicos. Ella le ha extirpado las arañas, y los huevos que plantaron en su corazón. Si hubiesen llegado a eclosionar, habrían convertido todos sus sentimientos en brotes de maldad autodestructiva.

Mauro se sorprendió al oír hablar sobre temas esotéricos con tanta tranquilidad. Y sobre todo, con tanta familiaridad, como si todos aquellos milagros ya fueran parte del día a día, y sólo los muy duros de mollera se negaran a aceptarlos.

En cierta forma, se dio cuenta de que así era. Y el resto de la Humanidad pronto despertaría a la nueva realidad, por las buenas o por las malas.

—¿Qué son, por cierto? —preguntó Rhea.

—¿El qué, las arañas? Oh, según Esaú, la manifestación astral de una maldición demoníaca que ha sido lanzada sobre ciertos individuos. Son entes etéreos que medran devorando el miedo de la gente; así se hacen más fuertes.

—Qué asco.

—Nosotros los matamos, ¿sabes? —sonrió Mauro. Y se sonrojó al darse cuenta de lo patético que había quedado ese comentario. Era el equivalente a mostrarle a su chica favorita las bondades de su profesión, como «yo piloto aviones» o «soy enfermero y salvo vidas todos los días del año». ¿Estaba haciendo eso realmente, enseñando sus plumas a la hembra de la especie, para atraerla?

¿Era esa la relación que ansiaba retomar con Rhea?

Ella sonrió de medio lado.

—Me han dicho que sois buenos en vuestro trabajo —comentó.

—¿Quién te lo dijo?

—Esas cosas no se preguntan. Pero si insistes, fue alguien perteneciente a esta comunidad de... —Mauro detectó la sombra de la palabra «ángeles» en sus labios, pero la chica se la tragó antes de pronunciarla—... de gente rara.

—Has adivinado ya lo que son, ¿verdad?

—¿Me tomas el pelo? Se os nota a un kilómetro, Mau.

Otra palabra rescatada del recuerdo: Mau. Así era como solía llamarle cuando estaba contenta. Pero Mauro no detectó ningún otro signo de apertura por su parte, ni vio más puertas entreabiertas que las que ya se había arriesgado a cruzar.

Para poder sortear las siguientes necesitaría un ariete, se temió.

—¿Y lo aceptas así, sin más?

—¿Qué debo aceptar, que el mundo de repente se ha llenado de criaturas mitológicas? —rezongó la joven, cargando el cubo de agua de regreso al poblado—. Al menos son ángeles y demonios y no cíclopes, vampiros o dragones. De todas las mitologías de las que he oído hablar, hay otras mucho menos piadosas con el género humano que la vuestra, así que imagino que hemos tenido suerte. —Aspiró el aire limpio del bosque—. Me fue mucho más difícil aceptar el hecho de que te marcharas de mi lado, créeme. Eso sí que fue duro, y no todo este circo con alas.

Mauro se quedó petrificado. Esperaba que alguno de los dos acabara sacando el tema, pero no imaginó que Rhea lo hiciera de manera tan áspera. En su voz se escondía un profundo rencor, un fuego que no se había apagado, sino que permanecía adormecido en forma de ascuas

Y la más ligera brisa podía avivar esas ascuas, si él no se andaba con cuidado.

—Espera. —La detuvo agarrándola por los hombros.

Ella primero esquivó sus ojos. Luego comprendió que no tenía otro lugar donde meterlos y aceptó su mirada.

—¿Qué quieres?

—¿No lo adivinas? Quiero que te quedes.

—Imposible. En cuanto tía Gemma se recupere volveremos al faro. Seguro que necesitará ayuda para sobrellevar todo lo que ha pasado, y la muerte de su ayudante Crady. Ahora no puedo dejada sola.

—¿Y la ayuda que tú necesitas?

—¿Yo? —rió ella, socarronamente—. ¿Quién te dice que necesito algo? Y en caso de que así fuera, ¿por qué te crees con derecho a ofrecérmela?

Mauro apretó los dientes. Había imaginado muchas veces aquella conversación, en ocasiones con un final feliz y en otras con un desenlace trágico. Pero ahora que por fin la estaba afrontando de verdad le resultaba mucho más difícil. Más... compleja. La voz de Rhea tenía una cualidad extrañamente perturbadora, como si pudiese asimilar y darle la vuelta a sus argumentos incluso antes de que él los hubiese expuesto.

—Viniste a este país y a esta ciudad huyendo de algo, ¿no? —insistió Mauro—. Apuesto a que ese algo era yo.

—Eres buen apostador. Tendrías gran futuro con los caballos.

—Pues quiero recoger mi premio: me basta con que me digas cómo te sientes.

—Lo sabes perfectamente —dijo ella, pero no como un contra-argumento, sino como la exposición de un hecho probado. Algo que ni le importaba que fuera cierto—. Cortaste el cordón umbilical y ahora estás intentando recomponerlo.

—¿Yo? —se enfadó Mauro, elevando la voz—. ¿Pero cómo me dices eso? ¡Fuiste tú quien me dejó!

—¡Tú me abandonaste primero! —se defendió ella, también en voz alta—. ¡No tenías derecho a cambiar sin llevarme contigo! Eras mi tabla de náufrago, ¿entiendes, maldita sea?

Los dos se sostuvieron la mirada de manera tensa.

Entonces las facciones de Mauro se relajaron.

Tomó a Rhea de la mano, suavemente.

—Me culpas de ser feliz, pero en lo más profundo de tu corazón te alegras de que lo haya conseguido.

—Claro que me alegro, ¿me tomas por tonta? —Rhea volvió a apartar los ojos. Pero esta vez no los trajo de vuelta—. Te quiero, y eso no lo va a cambiar nadie. El problema es que tú descubriste cómo escapar de la tristeza, y creaste un caparazón que yo no podía penetrar. Construiste una especie de torre sobre la que gritarle al mundo lo satisfecho que estabas con la vida, pero

no pusiste una escalera para que yo subiera. Claro —añadió con inquina—, tú podías volar.

—Yo... no sabía que...

—¿Que te estaba suplicando a gritos que me llevaras contigo en tu vuelo, que no me dejases varada en tierra como una desgraciada más? ¡Mauro, te regalaron alas! ¡Alas! ¿Entiendes donde nos deja eso a los demás? ¿Entiendes lo pequeña e insignificante que me sentí entonces?

—Creo que empiezo a entenderlo —dijo en un susurro.

—No fue sólo que tú aprendieras a ser feliz mientras yo seguía sintiéndome la persona más desgraciada del mundo. —Rhea le acarició con ternura la mejilla—. Es que además trascendiste lo humano, y me dejaste a mí detrás. Siendo una simple humana. Una chica que te echaba de menos y te seguía queriendo más que a su propia vida, pero... que seguía siendo sólo una mujer.

Rhea se alejó de él, procurando derramar la menor cantidad de agua posible. Mauro se quedó paralizado entre los árboles, como una secuoya más, mirando al infinito.

Las palabras de Rhea le habían hecho daño. Habían dejado una herida profunda en su corazón. Pero no por que de repente supiera que su retorno junto a ella era imposible, sino porque había vislumbrado por primera vez la auténtica cualidad de su sufrimiento, y su intensidad.

Jamás creyó que Rhea pudiera haberse sentido tan trastornada cuando él... cambió. Hasta ese momento, Mauro se había refugiado en un argumento vacuo, la posibilidad de que... «tal vez Rhea no esté tan mal». Que tal vez haya conseguido rehacer su vida. Al fin y al cabo, fue ella la que cerró la puerta a sus espaldas y echó cemento en la cerradura.

Mauro había sido la víctima, no el causante de la ruptura.

Un argumento vacuo.

Ahora se daba cuenta de lo difícil que era para la gente normal acercarse a ellos, a los Niños Perdidos. Tanya seguía conservando su humanidad porque amaba profundamente a sus padres, y era ella quien tendía los puentes que ellos cruzaban. Pero Erik seguía solo, solo y triste, desde que empuñara aquella primera espada-signo. No había buscado compañía fácil ni en chicas ni en familiares desde entonces. Y él...

Él creía que lo tenía todo bajo control.

Pero la gente normal no podía abrazar a un ángel cuando éste levantaba el vuelo.

Meditó sobre la situación mientras regresaba al poblado, sobre el estado actual de su relación con Rhea: ellos eran ahora cielo e infierno caminando juntos. Uno quemaba, la otra sufría con sus gélidos ataques de sentimientos. Y lo peor era que si se aproximaban mucho el uno al otro, hielo y fuego podían acabar contrarrestándose.

Entonces oyó el grito.

Parecía la voz de Esaú, y no era un grito de alarma, sino de reunión. El líder de los misfits los estaba convocando a todos con extrema urgencia.

Mauro corrió hasta llegar al saloon. Todos estaban ya allí, incluso Erik. Al interrogarle con la vista, su amigo hizo una mueca.

—No tengo ni idea de a qué viene este zafarrancho de combate —dijo Erik.

—Escuchemos —sugirió Mauro.

Esaú se subió encima de la barra, para que todos lo vieran. En su rostro había algo parecido a la emoción... lo que, tratándose de quien era, hizo saltar las alarmas de los muchachos.

Lo que tenía que decir realmente debía ser importantes.

—¿Están aquí los...? Ah, sí, ¡acercaos! —pidió, localizando a Mauro y Erik entre la gente.

Los chicos se encogieron de hombros y obedecieron.

—¿Qué ocurre, Esaú? —preguntó Mauro—. Parece como si te hubiera llegado una carta de algún familiar lejano.

—Y así ha sido, en cierta manera —respondió el ángel, entusiasmado—. ¡Noticias desde el Otro Lado! Séfora ha logrado establecer un vínculo entre este Plano y los superiores, pero no durará mucho. Lo justo como para mandarme un mensaje astral.

Erik y Mauro sintieron que se les aceleraba el ritmo cardíaco.

—¿Séfora? ¿¡Has tenido noticias de ella!?

—Sí, y pronto abriré un portal. Ninguno de nosotros podrá cruzado, pero vosotros sí. —Los señaló a ambos, y su semblante volvió a recuperar parte de su habitual solemnidad—. Os necesita, a los dos. Y también a Tanya, aunque aún no haya regresado de su viaje a Ararat.

—Espera, aguarda un minuto —pidió Erik—. A ver si lo he entendido bien: Séfora nos necesita a los tres, y va a venir a buscarnos.

—No. —Esaú sacudió la cabeza—. Quiere que seáis vosotros los que crucéis al otro lado, a donde está ella. Os necesita con urgencia para que la ayudéis en la tremenda batalla que se avecina. ¿No lo entendéis? ¡Por fin ha llegado la hora de hacer cumplir vuestra profecía!

Mauro palideció.

—¿Batalla? ¿Qué batalla?

Esaú sonrió.

No era una sonrisa tranquilizadora.

EL YUNQUE DE LOS UNIVERSOS

—¿Señor? —preguntó Tanya, en un hilo de voz. A ella misma le resultó difícil entender su propia pregunta, por lo que dedujo que aquella persona, aquel hombre con pinta de estatua arrodillada en pose suplicante, tampoco la había oído.

Y en efecto, no lo hizo. O al menos no dio signos de haberse enterado de la irrupción de los intrusos en la habitación, sanctasanctórum o lo que fuese aquello.

Tanya buscó en la expresión de Almodad una pista sobre el lugar al que habían accedido, y por qué parecía tan humilde en comparación a los anteriores.

La cara del viejo lo expresaba todo menos relajación.

Los ojos de Almodad eran dos esferas que sobresalían tanto de las cuencas que parecía que se fueran a caer rodando. Era obvio que reconocía de algún modo a aquel suplicante, y que también para él era una imagen sobrecogedora.

Le preguntó directamente:

—¿Le conoces? —Trató de arrinconar su miedo—. ¿Es... es acaso?

El viejo asintió con la cabeza. Los recuerdos se revolvían a sólo unos milímetros por detrás de sus ojos.

—Sí —fue la contundente respuesta.

Tanya rodeó muy lentamente la figura arrodillada. No era generosa de estatura; apenas era un poquito más alto que ella, y desde luego era un hombre. Un varón indescriptiblemente viejo, de barba petrificada y manos sarmentosas que habían convertido los árboles de venas en profundos cañones. Sus facciones tenían un aire malévolos, con ojos grandes y planos que ejercían su dominio sobre una nariz y boca muy pequeñas, casi fetales, comprimidos bajo la curva irreal del entrecejo.

Vestía una túnica que era poco más que un lienzo de tela amarrado con una cuerda, y estaba descalzo. Ante él, tirado en el suelo, había un cayado como los que usaban los pastores hebreos para comandar sus rebaños de ovejas, igual de petrificado que su dueño.

La muerte lo había sorprendido en pose suplicante, y ahí lo había congelado el tiempo: lo genuino de su expresión de tristeza, de penitente exhortación... era tan pulcra que, de saber Tanya que no era el fósil de un hombre sino una estatua, sólo habría podido serle adjudicada a alguno de los mayores escultores de la Humanidad, como Miguel Ángel o Bernini.

Junto al cayado había una segunda figura tendida en el suelo, pero no era más que un montón de huesos. La disposición de ambos elementos (el suplicante, los huesos) sugería una oración por el alma de un ser querido que había muerto y que quedó cristalizada para toda la eternidad.

Almodad, al reconocer el rostro de la estatua, cayó de rodillas y se echó a llorar.

—No... —sollozó, articulando palabras entre gemidos—. No puede ser...

—¿Qué ocurre? ¿Es tu antepasado?

Almodad asintió, presa de temblores tan profundos que Tanya tuvo que arrodillarse a su lado y sostenerlo para que no cayera al suelo. En los ojos del anciano se leía el fin de un sueño que había durado milenios, la muerte sin posibilidad de redención de una esperanza. De un ideal.

—Sí, es mi antepasado... —confirmó—. Pero no puede ser, yo creía que... la... la fórmula infinita aseguraba que...

—¿Que seguía con vida?

Almodad alzó un brazo y lo acercó al hombre petrificado. Lo tocó con infinita reverencia. Estaba claro que lo que Noé representaba para su bis-bis-bis-bis-nieto trascendía la adoración divina. Era algo más profundo.

Aunque jamás lo admitiría por miedo a cometer blasfemia, Tanya adivinó que Almodad adoraba el recuerdo y la figura de Noé por encima incluso de la de su dios.

Y ahora, el verlo allí convertido en un vestigio... tenía que ser el mayor de los golpes. La más dolorosa de las revelaciones.

—Debía seguir con vida —sollozó el anciano—. Tenía que ser así, porque en la pervivencia de aquello que quedó almacenado en el Arca se fundamenta toda mi fe... Pero... pero esto...

Examinó los huesos que había en el suelo. Los restos de la túnica que los cubrían tenían algo, un tipo de corte que indicaba que eran de mujer.

Almodad se deshizo aún más profundamente en lágrimas. Tanya lo abrazó, pero no había nada en este universo que pudiera mitigar su dolor.

—Naama... adorada antepasada, tú sucumbiste primero —lloró, acariciando con infinita piedad los huesos—. ¿Fue de hambre, de vejez...? ¿Acaso moriste cuando sentías que te rechazaba la Gracia Divina, y supiste que no te iba a ser concedida la inmortalidad? —Miró a Tanya, sus pupilas rodeadas por una marisma de arterias rojizas—. ¿Por qué, ángel, por qué los abandonó el Creador? ¿Acaso no fueron dignos de permanecer en el Arca por toda la Eternidad, ellos que sellaron el pacto?

Tanya sentía el corazón compungido, tan aplastado por la pena que exudaba el afligido Almodad como si estuviera contemplando los cadáveres de sus propios padres.

Negó con la cabeza.

—No lo sé —fue lo único que se le ocurrió—. Pero si se refugiaron aquí en sus últimos momentos, es que esta habitación tiene que ser importante.

Echó otro vistazo alrededor. Nada, sólo paredes desnudas. Sin botones, sin palancas, sin ventanas ni puertas, sin runas ni jeroglíficos tallados en las esquinas... ningún elemento que se saliera de la desnuda sobriedad de aquellas...

Espera un momento.

Una idea cruzó su mente como un latigazo. Se separó sin brusquedad del anciano y recogió el báculo de Noé. Una pequeña cascada de polvo se desprendió de él al levantarlo.

Cuando lo tocó sintió un cosquilleo, como si la vasta alquimia de los tiempos bullese a un nivel cuántico, articulando engranajes, trabajando con la misma fábrica de lo real. Sintió que aquel simple palo era un instrumento para hacer milagros, y aunque el hecho de que ella lo esgrimiera podía constituir una afrenta mortal contra Dios...

... En el fondo, y después de lo que había vivido durante los últimos meses, le importaba un rábano.

—¿Qué estás haciendo, ángel? —preguntó Almodad.

—Si Noé y su esposa encontraron aquí su fin, es que esta habitación no es otra antesala más, ni un sitio de paso. Es el lugar.

—¿El lugar... para hacer qué?

Tanya sostuvo el báculo con ambas manos. Aún era novata en esto de los artefactos de poder celestial, así que no creía que fuera fácil. ¿Habría que recitar unas palabras mágicas en sumerio, o el báculo tendría un botón oculto en alguna parte, como los sables de luz?

Acercó la punta a una pared.

Y sucedió algo sorprendente.

La pared se deshizo en polvo. Toda la habitación, en realidad, incluyendo el techo, fue barrida por un viento intangible que eliminó toda sensación de seguridad de sus ocupantes.

Tanya no pudo evitar soltar un chillido, y extendió involuntariamente las alas. Pero no le hizo falta volar: no estaban cayendo.

Seguía habiendo un suelo allí debajo, aunque no lo vieran. Una superficie invisible los sostenía, a ellos y a las figuras muertas de Noé y Naama. El mundo alrededor había quedado reducido a...

A...

A...

Tanya se aferró al báculo como si fuera un salvavidas místico. Su corazón dio un último bom de asombro y admiración, de fascinación pura, y dudó si seguir latiendo. A su derecha se escuchó un «ohhhh» ahogado, una exclamación de asombro extremo que escapó de los labios de Almodad.

La habitación se había convertido en una sala inmensa, titánica, inabarcable con la vista, como la bodega del Arca por la que habían caminado entre sombras de bestias desconocidas. Pero esta vez había luz. Un resplandor dorado omnipresente. Y lo que la luz revelaba...

Tanya había leído a Borges. Por supuesto que sí, era uno de sus autores fetiche del colegio. Recordaba con toda claridad el subyacente temor metafísico y gnoseológico que producían algunos de sus cuentos, como el de *La biblioteca de Babel*, la simple descripción de una biblioteca infinita que consistía en la permutación de veinticinco caracteres. Esa permutación formaba la inmensa acumulación de tomos de una biblioteca más grande de lo que abarcaban las herramientas de que disponía el cerebro humano para percibirla.

Aquella sala iluminada en tonos dorados se le antojó aún mayor.

Consistía en un huracán lento, un torbellino de láminas blancas pintadas con lo que parecían grafos, símbolos y caracteres que ella, gracias a su poder, reconoció como la variante de un idioma perdido al que ni siquiera pudo poner nombre. De lo único que estaba segura era de su increíble antigüedad. Era un idioma que ya estaba ahí cuando las murallas de Ur eran todavía un sueño lejano en el futuro, y la Humanidad caminaba sobre cuatro extremidades. El idioma más antiguo al que el poder de los ángeles podía dar forma en su cabeza.

No había nada antes de él, ni siquiera la invención de la Palabra.

Aquellas páginas flotantes tenían cada una el tamaño aproximado de un hombre, y giraban en un torbellino lento, un huracán que rotaba sin prisas sobre un eje que parecía una columna de piedra. Tanya vio miles, millones de aquellas páginas, billones y trillones de ellas, todas escritas, todas y cada una abarrotadas de caracteres por ambas caras, sin dejar espacios en blanco. Rotaban silenciosamente en sentido contrario a las agujas del reloj, aunque si había algún propósito en ese hecho, su abotargada mente ni se acercó a imaginar cuál era.

Era imposible hacerse una idea de cuántos de aquellos documentos podía haber. Una vez leyó lo que era un gógol, un número desmesuradamente grande que había sido inventado por un matemático para ilustrar la diferencia entre un número inimaginablemente alto y el infinito. ¡Y existía otro aún mayor! Un amigo informático le había comentado en una ocasión que también habían acuñado el gógolplex, que equivalía a diez elevado a un gógol de ceros.

Esa cantidad, sin ser infinita ni mucho menos, era tan irritantemente grande que se suponía que, en todo el Universo conocido, el número total de partículas existentes no llegaba a superar un gógolplex.

En aquella sala podía haber perfectamente un gógolplex de láminas, y por lo tanto, una cantidad muchísimo mayor de caracteres escritos.

Tanya notó que llevaba un rato con la boca abierta del asombro cuando se le empezó a secar. La cerró, haciendo acopio de saliva para aclararse la garganta.

Almodad gemía como un niño a su lado, incapaz ni de entender ni de soportar la magnificencia del poder de Dios allí contenido.

—¿Qué lugar es este? —preguntó la joven. Su voz creaba ecos que rebotaban en la misma luz dorada.

Almodad no respondió. Se limitó a seguir temblando y arrullándose a sí mismo, con los ojos fuertemente cerrados.

Tanya empezó a revolotear entre los torbellinos de láminas, deteniéndose a veces como un colibrí.

—Es... es... creo que no me han enseñado una palabra para describir esto —dijo, hablando con Almodad como si él pudiera oírlo. Decidió hacerlo así para no volverse loca. Necesitaba hablar con alguien, y si no tenía a mano un interlocutor capaz, lo inventaría. Lástima no haberse traído una pelota llamada Wilson—. Es una especie de biblioteca, Almodad, ¿te das cuenta? No, claro, no sabes lo que significa la palabra biblioteca, en tu época aún no las habían inventado...

Una de las páginas se le acercó en su lenta rotación. Al tenerla tan cerca, Tanya pudo leer los caracteres.

—Antes me dijiste que el Arca era algo así como un archivo de salvaguardia del universo, no sólo de los seres vivos que poblaban la Tierra en tiempos de tu antepasado. ¿Es eso lo que hay escrito aquí, una especie de fórmula complementaria a la tuya, un...? Espera —se detuvo, dándose cuenta de algo—. Espera un momento.

Tanya contó los caracteres distintos que había en aquella página. Eran cuatro, combinados de mil formas distintas, pero sólo cuatro en su raíz más pura.

—A, T, G y C... —murmuró, atónita—. ¡Claro! ¡Es la clave de la vida! ¡Todo lo que vemos aquí son códigos genéticos compendiados!

Tanya voló entre constelaciones de páginas, aún con el báculo de Noé en la mano. Una inmensa sonrisa cruzaba de lado a lado su cara. Risa de felicidad, felicidad por el conocimiento.

—¡Es increíble! Este es el verdadero secreto del Arca de Noé. No es un barco como tal, no posee una bodega en la que cargar animales... ¡es un archivo genético sin fin! —Hizo una pirueta entre filas de páginas que se perdían en la distancia—. Yahvé no sólo almacenó aquí a los poquísimos animales que el pobre Noé podía haber reunido en su tierra. Usó a los ángeles para diseñar y construir el Arca y luego la llenó... de esto. —Acarició una de las páginas. Tenía el tacto del papiro, y la tinta parecía fresca, a pesar de los milenios—. Por eso dice la *Biblia* que en el Arca viajaba una pareja de cada ser vivo que poblaba la Tierra. En realidad, lo que se almacenó en ella fue la codificación de su genoma.

Por casualidad, la punta del báculo se acercó a una de las páginas, haciendo que Tanya se llevara otro gran susto. Pues delante de ella, en el aire, apareció flotando una especie de holograma que representaba un animal, un tipo de dinosaurio marino que los hombres de la Era Moderna ni siquiera sabían que existía.

Las cejas salieron repelidas de sus párpados.

—¡Maravilloso! ¡Mira, Almodad, es increíble! —exclamó, a sabiendas de que el anciano no podía escucharla. Estaba demasiado adentro, perdido en su mundo de aletargadas salmodias—. El poder de Noé, el gran regalo que le hizo Dios, fue el de capitanear el Arca. ¡Claro! Yahvé hizo que su criatura más perfecta, la cumbre de la Evolución, tomase el timón y gobernara la nave. Pero algo tuvo que pasar. Algo salió mal... ¡Mira, fíjate en esto!

Sin darse cuenta, Tanya se iba adentrando más y más en la nube de papiros. Ya apenas distinguía a Almodad entre las páginas, y cuando aparecía era como un punto muy pequeñito, en la distancia.

Tanya estaba arrebatada por el ansia del conocimiento. No paraba de acercar el báculo a todas las páginas que podía, haciendo salir el holograma, el esquema tridimensional de lo que esa página guardaba en su interior. De lo que sería un ser vivo, planta o animal, una vez que el Arca se abriera y liberase todo ese monstruoso conocimiento.

Ante sus ojos pasaron esquemas de dinosaurios, plantas, crustáceos, bacterias, virus, insectos, mamíferos, aves... todo tipo de forma orgánica de vida. Y la mayoría de ellos completamente desconocidos. También encontró muchísimas repeticiones: cuando de una hoja salía la figura de un dinosaurio de tres patas y con cuernos, la siguiente ofrecía el mismo esquema con levísimos cambios, y la siguiente también, y la siguiente... y así hasta que tenía que volar para poner uno o dos kilómetros de distancia entre un bloque de papiros y el posterior.

—¡Son las infinitas variaciones de un mismo código genético! —siguió hablando con Almodad, apenas una mota de polvo en la distancia—. Me pregunto si aquí habrá también mucha información redundante... las combinaciones de bases nitrogenadas que no conducen a nada... ¿también estarán recogidas junto con las que sí son operativas? ¿Estará escrito el volumen total de permutaciones de la vida, incluyendo las ineficaces... o Yahvé habrá cribado los experimentos fallidos y sólo habrá metido aquí lo que realmente funciona?

Y más preguntas que se acumulaban en su mente científica: Toda la información contenida en esta gran biblioteca... ¿estaría referida exclusivamente a seres vivos? ¿O, si acaso volaba lo bastante en línea recta —años, o siglos, quizá— se alejaría lo suficiente de estos papiros para hallar otros donde estuviese codificada la materia inerte? ¿Los gases, la energía, el vacío mismo del espacio con la churrigueresca melodía de la radiación de fondo?

¿Habría páginas escritas que guardaran el esquema sistémico de las estrellas, de los cometas, de las nebulosas, hasta de los agujeros negros y sus rabiosos horizontes de sucesos? ¿Estaría codificada la ecuación de la gravedad, o del electromagnetismo, o de la mecánica cuántica, en alguno de aquellos pulcros papeles?

¿Estaría también el ADN de los ángeles y del resto de las criaturas de los Planos Superiores, incluyendo los demonios?

¿Estarían almacenados en alguna parte los planos del Arca, y las instrucciones para duplicarla?

¿Estaría el ADN de Dios?

Su corazón latía a mil por hora. Las posibilidades eran... embriagadoras.

Entonces se le ocurrió.

Miró atrás, al lejano punto negro que era Almodad, y lo pensó muy en serio.

Lo que escribía Almodad, el supuesto nombre de Dios... la ecuación que estaba condenado a completar tras milenios de trabajo en su montaña... ¿sería esa la página que faltaba en aquella biblioteca?

¿Era acaso la página perdida con el ADN de Dios lo que estaba escribiendo Almodad, sin que él mismo lo supiera?

Y si era así, ¿qué pasaría cuando la completase? ¿Sería esa la llave que activaría de nuevo el Arca, alzándola en vuelo de su montaña, abriendo sus bodegas de información infinita para que se expandiera por todas las galaxias?

Tuvo que detenerse un momento para respirar. Bom, bom, su corazón. Si no se tranquilizaba iba a darle un ataque.

Sí, podría ser eso. Explicaría la presencia del vigilante del Arca, el porqué el esquema necesitaba a alguien inmortal, preferiblemente de la estirpe de Noé, para velar por el bajel y escribir la ecuación divina en la propia montaña, Cuando se le acabase la superficie de la montaña y no hubiera más espacio, Almodad no tendría más remedio que usar la propia Arca como lienzo, y así la parte final de la ecuación entraría en contacto con ella.

Pero esa hipótesis también dejaba algunos cabos sueltos.

Por qué Noé y su mujer habían muerto, por ejemplo. Por qué ellos no eran inmortales, como Almodad, y por qué no habían sido «absorbidos» por la matriz de información del Arca, convirtiéndose en los Adán y Eva genéticos, muestras en ribosoma de la especie humana.

Demasiadas incógnitas.

Se dio cuenta de que ya no podía localizar a Almodad, y por lo tanto tampoco la salida. Pero estaba muy cerca de la columna de giro central, alrededor de la cual orbitaba la biblioteca. Si se acercaba un poco más tal vez podría...

No se lo pensó dos veces. Batió alas a la máxima velocidad hasta que la columna de rotación dejó de ser una vara que se alzaba recta en la distancia, y se convirtió en un tubo hecho del mismo material desconocido que el resto del

bajel, infinitamente largo, pero por fortuna no más ancho que el edificio donde Tanya vivía con sus padres.

Eso era una buena noticia. La mala era que no sabía qué tenía que hacer a continuación.

Estaba segura de que el báculo de Noé era algo así como el bastón de mando, la batuta que dirigía la orquesta, el tricorder del capitán. Sólo había que averiguar cómo se usaba. ¡Las instrucciones estarían flotando por allí, en alguna parte, con toda seguridad! La pega era que hasta que no aprendiera a hacer búsquedas indexadas dentro de aquel maremagno, podía estarse una vida entera buscando un simple dato.

Se le ocurrió que, si en aquellas páginas estaba incluida la información sobre todas las cosas del cosmos, también tendría que haber por fuerza un índice de la propia biblioteca. Una «guía para principiantes del Arca», pero a ver quién era el guapo que la encontraba.

Lo que se le ocurrió fue lo más obvio, la única estrategia que le había funcionado hasta el momento: tocar con el báculo la columna de rotación, a ver qué pasaba.

En un primer momento no le pareció mala idea.

Después sí, pero para entonces la columna ya había empezado a retorcerse, a abrirse y formar una especie de núcleo redondo, un nido pétreo que albergaba tres cosas:

Tres páginas que eran idénticas en tamaño, forma y textura a las otras, pero que a diferencia de ellas estaban completamente en blanco.

EL ZIZ

Esaú guió a los dos jóvenes, Erik y Mauro, hasta un lugar en las profundidades del bosque. Fueron los tres solos, no quiso Esaú que les acompañara ningún otro misfit. Dijo que la conexión con el plano infernal sería de ese modo más segura, sin tanta presencia angelical cerca.

A los chicos les pareció lógico ese argumento, ya que desde los dominios de Satanás era donde Séfora estaba llamándoles, tratando de invocarles en una especie de último y definitivo hechizo de reunión.

Mauro sabía lo potentes que eran esos conjuros, no en vano él mismo había invocado uno desde el Cielo a la Tierra guiado por el maestro de Séfora. Aunque al pensar que Esaú sería quien adoptaría su rol en esta ocasión, se sintió intranquilo.

No podía explicar por qué, era una idea totalmente caprichosa... pero había algo en aquel ángel que no le daba buena espina. Un mal presentimiento.

Se abstuvo de comentarle nada a Erik. Al fin y al cabo, ni siquiera él tenía claro a qué venía semejante idea. Esaú era un ángel antiguo, el líder de los misfits, los ángeles caídos a la Tierra. No podía haber nada corrupto en él salvo el hecho de que llegado el momento crucial hubiese abdicado a favor de Séfora en su puesto de general.

Pero esa era una decisión que Mauro entendía perfectamente, y que por lo tanto no podía condenar.

Después de mucho caminar llegaron a un lugar bajo, pantanoso, levemente ondulado, con grandes turberas donde crecían mimbrres, serbales y alisos. Una vegetación extraña para aquel lugar del mundo, pero que al mismo tiempo parecía el producto de algo, como si la tierra se volviera rebelde y atrevida en el espacio de pocas hectáreas.

Desde allí el bosque parecía avanzar en oleadas, en cortinas superpuestas, menos frondosas y entrelazadas a medida que la vista se iba enfocando cada vez más lejos. La rebeldía del sotomonte se prolongaba con cánticos de sauces caprinos, sotos de álamos temblones y floridas barricadas de enebros.

Los chicos comprendieron que aquel era un lugar de poder. Y que ese poder estaba profundamente arraigado en la naturaleza.

—Hemos llegado —anunció Esaú. La sombra de una sonrisa cruzó sus rasgos tensos y los suavizó—. Ahora tenéis que prepararos.

—¿Prepararnos? ¿Cómo?

—¿Recordáis el primer día de vuestro entrenamiento, la primera vez que Séfora os llamó ángeles y os mostró un atisbo de vuestro destino?

Los dos asintieron. Cómo iban a olvidarlo; aquel había sido uno de los días más intensos y cruciales de sus vidas. Por muchos años que pasaran desde entonces, querían creer que no se borrarían ni la claridad de los detalles ni la inmediatez de los sentimientos.

Esaú los tomó de la mano y formaron un círculo, no, un triángulo de vértices perfectamente equidistantes, cuyo núcleo central estaba situado en una zona especial de poder.

Esaú podía percibir ese poder, ese flujo místico, y los muchachos también, a poco que se concentraran.

El ángel cantó una melodía con letra que ya era vieja cuando el Big Bang dio origen a esta nueva iteración del universo.

Y sus notas hicieron vibrar el flujo de poder como si fuera una cuerda de violín.

—Recordad su voz, ella os está llamando —dijo Esaú, los ojos cerrados, las hebras de poder formando un arabesco sobre su cabeza, brazos y piernas, y extendiéndose lentamente en pos de los muchachos—. Recordad cuando erais jóvenes e inocentes, antes de conocer vuestra auténtica naturaleza, y escuchad su voz...

Erik apretó los párpados.

Sí, su primera experiencia extracorporal había sido un viaje, un vuelo de la mano de Séfora hacia universos jamás concebidos por la mente humana, cerca de un lugar llamado PROFITIS ILIAS...

... Erik cayó durante mucho tiempo por aquel túnel orlado de llamas, siempre hacia abajo, a la oscuridad que ahogaba toda la luz, incluso la que despedían los fuegos eternos.

Siluetas deformes alargaban sus brazos hacia él desde las paredes, ofreciéndole ayuda, prometiéndole que dejaría de caer

si se agarraba a ellas. Pero Erik reconoció la trampa: las siluetas eran de condenados que habían sido convertidos en argamasa para sostener el propio túnel, y sólo conocían el odio hacia las nuevas almas que caían siempre hacia abajo, abajo, ¡abajo!, muy, muy lejos, rumbo a...

El Abismo.

Sintió un estertor de Pánico cuando dedujo dónde estaba, y hacia dónde se dirigía en la eterna caída. Pero una mano lo detuvo; no pertenecía a las sombras crueles de las paredes...

... Y escuchó la voz de Séfora, hablándole, guiándole, llamándole por su nombre, ella que siempre sería su guía, la luz al final del camino, el materno arrayán de la experiencia y el optimismo.

Mauro también la escuchó, las manos fuertemente apretadas con las de Erik, y se sintió transportado a aquella primera experiencia sobrenatural en Santorini, cuando la voz de Nínive le acunó diciendo...

... Padre.

Me.

Pegaba.

Madre.

Siempre.

Le.

Defendía.

Nadie.

Me.

Quiso.

Nunca.

—Esa es tu parcela de dolor, Mauro, y está más llena que la de muchos de tus semejantes. Pero ahí es donde radica tu virtud, tu valentía. En manos de cualquier otro, ese sufrimiento habría sido letal, lo habría destruido. Pero tú puedes sobrellevarlo, entenderlo y perdonarlo. Eres la piedra angular sobre la que se apoyarán tus compañeros. —Una mano amable le acarició la mejilla, y unos labios tibios como la miel lo besaron.

El joven se sintió en paz por primera vez en muchos años. Querido. Apoyado por alguien. Defendido por un ideal.

Yo...

Creo...

En ti...

Y de repente estuvieron allí.

Al otro lado.

El hechizo se había completado, habían logrado cruzar de nuevo la barrera de los Planos... pero algo no iba bien. Los dos, Erik y Mauro, esperaban por encima de todo que si al final tenía lugar el viaje (sobre todo teniendo en cuenta a dónde estaban viajando) Séfora estuviese allí para darles la bienvenida, y asegurarles que no era una trampa.

Pero cuando abrieron los ojos no la vieron. De hecho, no vieron nada, porque lo que les rodeaba era la oscuridad más absoluta.

Estaban separados, ya no se tocaban sus dedos. Una especie de costra de algo frío y duro, como piedra caliza, les envolvía todo el cuerpo como un segundo traje, o más bien...

Como un sarcófago.

El pánico invadió primero sus corazones antes que la resolución por escapar, por romper aquella costra dura que había crecido sobre sus miembros.

Erik fue el primero en agrietada, aunque tuvo ayuda del exterior: unas manos ansiosas le ayudaron a liberarse, rompiendo pedazos de la costra y arrancándolos como piel mudada. Eran manos de mujer.

Cuando tanto Erik como Mauro vieron el rostro de Séfora, que irradiaba una inmensa alegría (y algo más, quizás un profundo alivio, como si mil cosas que pudieron haber salido mal hubiesen salido bien), dieron saltos de contentos.

—¡Séfora! —chilló Mauro—. ¿Dónde estamos? ¿Qué ha pasado? ¿Qué era eso? —Las preguntas brotaron de su boca como una ametralladora.

Ella le ayudó a ponerse en pie y le sacudió el polvo gris del cuerpo.

—Lo siento muchísimo, pero era la única manera de traerlos —se disculpó—. Me gustaría haberos ahorrado el susto, pero esto es el Infierno, al fin y al cabo... y parece que aquí nada puede hacerse de manera que no sea desagradable y espeluznante.

Erik echó un vistazo al lugar de donde había salido (de donde lo habían sacado, más bien) y vio que se trataba de una estatua. Su cuerpo había aparecido emparedado vivo en un mausoleo infernal lleno de estatuas de piedra, y de no ser por Séfora podría haberse quedado allí dentro para siempre.

—Pues sí, es un pelín molesto —admitió. Y miró a su alrededor, analizando el paisaje.

Sin duda habían llegado a su destino.

El paraje podía ser descrito utilizando muchos apelativos, todos ellos sobrecogedores y pavorosos. Pero ni siquiera ese montón de adjetivos horribles, bien empaquetado y regado con sangre, podía dar una idea aproximada de la verdad.

—Bienvenidos al Infierno —dijo Séfora con ironía, sosteniendo con la mano derecha un pendón con una insignia que representaba tanto a Cielo como a Infierno—. Espero que no tengáis que quedaros mucho tiempo.

Erik se puso en pie, sacudiéndose el polvo gris. Pudo ver la ciudad de Dis; estaba muy cerca, con sus altos pináculos tocados con coronas azules de fuego. Era visible detrás del borde del enorme cráter del Ojo Tuerto. Pero lo que realmente sacudió los cimientos de su cordura fue el enorme ejército combinado de ángeles y demonios que se extendía entre el cráter y ellos.

Los había de miles, por no decir millones, de formas, tamaños y constituciones físicas diferentes. Estaban vestidos casi como soldados medievales, con armaduras que no estaban forjadas en metal sino en pecados solidificados, y armas que parecían lanzas pero no eran sino almas de condenados, deformadas tras tremendas torturas y empuñadas para matar. Espíritus que habían sido torturados hasta lograr sacarles filo para que cortasen y mordiesen despiadadamente a sus enemigos.

Desde lejos, todas aquellas armaduras se fundían en una confusión de rojos y grises, los estandartes se superponían, y las atroces bestias que montaban parecían más corpulentas que dinosaurios.

Erik había aprendido (por una película) que había que ser una persona instruida en la guerra para analizar el verdadero tamaño de un ejército. No bastaba con ver la masa desde lejos para calcular a ojo sus efectivos. Había que saber descartar al personal de apoyo, los esclavos y los intendentes, para calcular el número real de soldados. Las tropas que tenía delante parecían más numerosas de lo que en realidad eran, aunque no descartaba que un setenta u ochenta por ciento de aquellos peones fueran en realidad tropas de choque. Chusma prescindible.

Y de fondo, contemplándolos a todos desde la más alta torre de su palacio, el señor de Dis que era apenas una sombra intuida en una ventana lejana.

Por fortuna, no sólo había demonios en aquella llanura: también brillaban con luz propia (nunca mejor dicho) las columnas de ángeles, aunque eran muy pocos en comparación a la turba infernal. Sin embargo, a pesar de su escaso

número, un detalle compensaba su poderío: el porte, la expresión atenta y valiente de aquellos ángeles, masculinos y femeninos, que miraban al horizonte con expresión tranquila, con plena confianza en la fuerza de la luz.

Podían ser muy pocos, pero cada uno de ellos valía en ardor y en astucia por cien demonios caóticos.

Y luego estaban los Arcángeles, que lo vigilaban todo de fondo, alimentando con su calor a los ángeles y evitando que se acercasen más los diablos, para los que su luz era anatema. Eran muy pocos, igual que sus tropas, pero estaban allí, y lucharían cuando se les convocase.

El porqué era Séfora la que enarbolaba el pendón de mando de esos ejércitos y no un gran ángel o un demonio primigenio, era algo que se le escapaba.

Erik intuyó que había mucho más de lo que parecía a simple vista, y que en el tiempo que aquellos refugiados llevaban allí podían haberse forjado mil alianzas, pactos y acuerdos de los que aquella alineación militar era sólo la punta del iceberg. Deseó retraerse a un lugar interior hecho de recuerdos agradables que mitigaran el miedo, donde pudiera dedicarse a un solo recuerdo, a una realidad sabrosa y humeante como los platos de comida que alguien le dio en su niñez. Recuerdos sabrosos y con olor a lugar muy lejano.

Séfora los abrazó a los dos a la vez, uno con cada mano.

—¡Cuánto os he echado de menos, mis niños! —exclamó, con lágrimas de alegría—. ¿Cómo os han ido las cosas allá abajo? ¿Pudisteis contactar al final con los misfits? ¿Y Tanya, por qué no ha venido?

—Tanya está en una misión independiente —resumió Mauro—. Y claro que contactamos con los misfits, ¿es que no lo sabes? Fue Esaú quien nos dijo que le habías mandado una especie de mensaje, llamándonos a tu lado.

—¿A Esaú? —se extrañó Séfora—. No, nunca logré contactar con la Tierra. Pude abrir este portal instantáneo para traeros a vosotros porque Rafael detectó una llamada desde vuestro lado. La que vosotros hicisteis. Lo que no me explico es cómo pudisteis elegir el momento y el lugar correctos en los que se abriría un poro en la membrana. Ese dato ni siquiera los Arcángeles lo conocían.

Eso dejó descolocados a los chicos. Esaú los había emplazado para intentar el contacto con el Infierno porque aseguró haber recibido un mensaje histórico de Séfora. Pero si no era cierto, si fue justo al revés...

¿Por qué les había mentido? ¿Y cómo sabía que la membrana que unía los mundos volvería a ser permeable de nuevo, justo en aquel momento y lugar?

Mauro observó las torres de Dis que se erguían en la distancia, donde aún se podía adivinar la silueta de un observador en el pináculo más alto. Pero no dijo nada. No era el momento.

—Bueno, lo importante es que estamos aquí. Ya nos ocuparemos del cómo y el porqué —dijo Erik—. ¿Cómo podemos ayudar?

Séfora sonrió.

—Este es mi chico...

—Las tropas de ambos bandos han formado una especie de coalición —les explicó la joven negra mientras volaban hacia el frente del ejército, a una colina chata desde donde se dominaba la llanura—. Creemos que es la única manera de enfrentarnos a la nueva ola del Segundo Diluvio... aunque venga en forma de bestia y no de onda destructora, como pasó en el Cielo.

—¿Bestia? —preguntó Mauro, aunque no deseaba conocer más detalles sobre aquel tema.

—Sí, hay un segundo Leviatán. Se dirige hacia aquí en estos momentos. Su llegada es inminente, por eso tenía tanta prisa por convocaros. Yo os habría dejado gustosamente a salvo en la Tierra, fuera de esto, pero... mucho me temo que vuestra profecía es el único as en la manga que nos queda.

—¿Otro bicho de esos, otro Leviatán? —se enfadó Erik—. ¿Pero qué pasa, los fabrican en serie o qué? ¿Hay una fábrica por ahí con el símbolo de Godzilla en un costado?

—Cómo se nota que no has leído la *Biblia*, Erik.

—¿Para qué, si ya han hecho película? Menos monsergas y al grano.

—Había tres grandes bestias primordiales, a las que supuestamente venció Yahvé antes de los Siete Días del pancreator: Behemoth, Leviatán y Ziz —explicó Séfora, encaramándose a lo alto de la colina. Los ejércitos bullían a sus pies, agitándose nerviosos como marabuntas multicolor de hormigas guerreras—. Tú venciste a Leviatán, Erik, y aunque no podías saber las consecuencias de semejante acto, fue una hazaña increíble que será recordada por siempre en los anales.

—Vaya. —El muchacho se sonrojó—. Gracias, supongo...

—Pero todavía quedaban otros dos signos de lo que fue creado antes del Génesis y que supuestamente fue borrado por aquél. Otras dos bestias legendarias. Y el Ziz, el ave celeste, la única de las dos que puede atravesar las barreras entre Planos con sus alas, viene hacia aquí. No podemos detenerla, así que tendremos que plantarle cara aquí, en el Infierno.

Mauro alzó la vista al «cielo», la negrura infinita que rodeaba el cuerpo de Satanás.

Y tuvo miedo, muchísimo. De ese inescrutable índigo podía surgir en cualquier momento una efigie alada de terror supremo, un enemigo que los superaba literalmente a todos y contra el cual ni siquiera los esfuerzos combinados de Cielo e Infierno tenían posibilidades de triunfar.

Y Séfora los había convocado para estar a su lado cuando eso sucediera, en lugar de dejarlos a salvo en la Tierra, lejos de la masacre.

Si no conociera bien al ángel, en su fuero interno habría pensado que a eso se le podía llamar traición.

Como si le leyera el pensamiento, Séfora se sonrojó y dijo:

—Lo siento muchísimo, creedme. Jamás os habría llamado de no estar convencida de que esta es la última carta que jugaremos. Preferiría haberme enfrentado sola a la bestia y morir antes que haberos puesto en peligro... pero no me quedó otro remedio. Todos los Arcángeles estuvieron de acuerdo. Incluso Rafael.

Erik compuso una expresión de suficiencia.

—Entiendo que somos imprescindibles —dijo con el mentón muy alto—. En fin, *baby*, ¿tienes ya un plan o nos dejarás trazarlo contigo? Yo soy un hacha en estrategias jugando al *WOW*...

—Gracias, Erik, pero no creo que haga falta. Ya tengo un plan. —Esquivó su mirada—. No sé ni siquiera si se puede considerar como tal, pero al menos es una esperanza. Lo único que realmente me preocupa es que Tanya no haya venido. La profecía exige que estéis los tres para que pueda cumplirse.

—¿Todavía piensas que reunir en este lugar a los tres elegidos es una buena idea? —se elevó una voz por detrás de ellos. Una que a Erik le erizó el vello de la nuca.

No hizo falta que se volviera para saber quién había hablado.

—Abaddón —musitó.

El demonio le dio una palmada afable en la espalda.

—Hola, campeón. Tiempo desde lo de Venecia, ¿no? ¿Han logrado sacar ya a todos los niños y ancianos de entre los escombros?

Erik alzó una mano para golpearle, pero Séfora lo detuvo.

—No caigas en su trampa —advirtió—. Él no es el enemigo.

—¿No? —masculló Erik—. Pues a mi sí me lo parece.

—Vamos, vamos, ahora estamos en el mismo bando —dijo Abaddón con una amplia sonrisa que estiró las costuras de su traje—. Me ha dicho el Libro Negro que el chico árabe, Isaac, ha vuelto a su lugar en tu época. ¡Es

estupendo! Creo que está destinado para ser vuestro evangelista, o algo así. Espero que no olvide mencionarme en sus libros.

—Seguro que Isaac se acuerda de ti. De hecho, tiene un par de cuentas pendientes contigo.

—¿Estarás conmigo en el frente de batalla, cuando aparezca la Bestia? —preguntó Abaddón, mojado su dedo en las llagas de su traje de mujer y chupándolo—. Lo digo para saber con cuántos ojos tengo que vigilar mi espalda.

—Con todos los que tengas, monstruo —prometió Erik—. Porque yo también tengo una cuenta pendiente contigo.

Una trompeta sonó en lontananza.

Un sonido agudo, taladrante, de malas noticias.

Los ejércitos bulleron excitados. La llamada fue reproducida por otros cuernos lejanos, levantando ecos por toda la llanura. Incluso las torres de Dis parecieron mitigar su enfermizo brillo, igual que se apagaban los edificios de Londres cuando sonaba la alarma de bombardeo en la Segunda Guerra Mundial.

Millares de ojos, tentáculos, probóscides y cuernos se alzaron hacia el cielo, escrutando el horizonte.

—Dime que esa señal no es lo que creo —dijo Erik.

Séfora plantó en el suelo el asta del pendón. Invocó el brillante filo de su espada y entonó una oración que había aprendido de su padre cuando era niña, allá en Constantinopla. Era una oración escrita en un lenguaje ya perdido, que recordaba a antiguos guerreros y aún más antiguos conflictos, a héroes que surgieron de la nada y cayeron después ante poderosos ejércitos:

—Antepasados míos, dioses de nuestros padres, potencias del Cielo, ha llegado la hora señalada por los sombríos auspicios. Bajo el aéreo alcázar del firmamento invoco vuestro numen. Que este cedro que oloroso quemo a la luz de la mañana os satisfaga, y permita que retribuyáis con fortuna unos deseos que elevo suplicante. Trocad la figura humana en semblante y cuerpo de fieras, para que impelidos a la guerra no desfallezcan y sobrepongan sus espadas al enemigo. Escuchadme ahora, y dadme fuerzas para afrontar este negro día.

Detrás del horizonte se vislumbraba algo, un rielar en la tela de la noche, una distorsión en el espacio-tiempo, señal de que algo (algo inmenso) estaba rompiendo la barrera de los Planos.

Séfora alzó una mano y sus ángeles lugartenientes transmitieron la orden.

Unas campanas tañeron sobre crestas de soldados demoníacos, haciendo retumbar su funesto aviso en la llanura. Un temblor de pura excitación sacudió las tropas allí congregadas: miles de demonios y criaturas humanoides exhalaban vaharadas de puro odio de sus fauces, y se prepararon para cargar en cuanto la criatura tomase tierra. Si es que lo hacía.

Erik invocó su espada-reliquia.

Mauro se parapetó tras sus corazas de sentimientos.

Y más o menos entonces, comenzó la debacle.

REVELACIÓN DIVINA

Las tres páginas en blanco flotaban en el corazón del remolino de papiros; eran, literalmente, el auténtico centro del conocimiento universal. Y no había nada escrito en ellas. Absolutamente nada.

Blanco puro.

Tanya mantuvo su posición relativa batiendo las alas, permaneciendo inmóvil en el aire delante de los papiros. Llevaba varios minutos observándolos sin pestañear, mirándolos fijamente, tratando de adivinar qué grandioso secreto ocultaban. Uno más a sumar a los que ya había encontrado en su viaje, pero no por ello menos importante.

La explicación que primero le vino a la mente era la trivial, la metafórica: Los papiros estaban en blanco en representación de todo el conocimiento que estaba por venir, lo que aún no existía pero que algún día sería cierto. Eran pizarras vírgenes que le darían la bienvenida a la pluma del maestro, cuando hubiese algo nuevo que anotar.

Esa era la salida filosófica fácil. La que tampoco aportaba ninguna solución al problema del número.

El tres.

Eran tres pergaminos blancos los que flotaban allí dentro, no uno. ¿Por qué? ¿Tendría algún sentido numerológico el asunto del tres? Tanya enumeró los treses famosos que conocía: Una Trinidad divina, de Padre, Hijo y Espíritu. Ellos eran tres, los Niños Perdidos, los elegidos. El tres se escondía en la proporción que daba nombre a la Bestia (666) y a Dios (999). Eran tres las veces que la habían cateado en la asignatura de gimnasia.

No podía decidir, estaba completamente perdida. Deseó con todas sus fuerzas que sus amigos estuvieran con ella, o no, mejor aún, ¡Séfora! Ella era la maestra, la guía, el Yoda de complejo y disléxico lenguaje que todos echaban de menos. Si tan solo un mensaje enviarle pudiera...

Fue entonces cuando se le ocurrió la idea, así de pronto.

Y no una idea más, vulgar y corriente, sino LA idea, con mayúsculas.

El corazón latió desbocado en su pecho, tocando su propia versión pasada de rosca de *Los Planetas* de Holst.

La idea: Una manera de acabar con la guerra, con el desastre de los Planos Superiores, con el terrible destino que les había reservado el Segundo Diluvio a las criaturas angelicales.

Un agujero en los planes de Dios por el que colar, sin que nadie se diera cuenta, un pequeño truquito. Un as en la manga que ni contradecía ninguna ley divina, ni tampoco las acataba a rajatabla.

Pero para ello tendría que hacer funcionar de nuevo el Arca.

Acercó el báculo a los tres pergaminos. Éstos reaccionaron torciéndose, como si se inclinaran sobre la madera esperando besarla, esperando...

Tocarla.

Cuando Tanya rozó el pergamino del centro, algo increíble sucedió.

Todo cambió a su alrededor.

Ya no estaba dentro del Arca de Noé, sino en un lugar distinto, aterrador y casi... indescriptible.

Se sintió como una espectadora situada bajo el proscenio de un gigantesco teatro, una pantalla geodésica que le mostraba imágenes en tiempo real del espacio profundo. Flotaba cerca de una estrella doble, una gigante roja y otra mucho más pequeña y con un quinto de su masa. Ésta desgarraba con invisibles garfios de gravedad un caudal de materia de su hermana mayor, un río del espacio que las enlazaba mediante cordones umbilicales de plasma.

Y lo que sus desorbitados ojos vieron frente a aquella descomunal escarapela de llamas fue una gigantesca batalla: enormes naves hechas de madera luchaban unas contra otras sin asomo de cuartel. Trazos de cinética, puntos de calor, estallidos de rabia orgánica y tecnológica; muerte y resurrección de la materia y de la esperanza en un cordón de fuego relativista.

A simple vista había dos bandos. Uno lo componían los ángeles, pues la forma alienígena (sin glamorosas alas blancas de paloma), esférica y luminosa de sus cuerpos era idéntica a como Rafael y Samael se les habían aparecido en aquella lejana noche, en la feria de atracciones. Su forma original. Aquellos ángeles no volaban solos por el espacio, sino que pilotaban algo parecido al Arca de Noé, enormes bajeles de madera que desafiaban toda lógica. E iban fuertemente armados.

El enemigo de los ángeles ni siquiera parecía racional, algo cabal como el concepto simple de una cáscara de metal para surcar el vacío entre las

estrellas. Eran manchas de mercurio, entes alienígenas del tamaño de pequeñas lunas, instantáneas de sombra que disparaban haces de energía y se tragaban (literalmente) a los bajeles angelicales como remolinos en un océano de nada.

Tanya estaba mirando con ojos que no eran suyos, con sentidos que habrían estado prohibidos a cualquier humano. Lo que percibía como tonos de color eran sin duda ondas de radio, vibrantes campos de electromagnetismo y otros fenómenos que se disolvían en un complejo mar de remolinos. Lo que veía como canicas que chocaban locamente entre ellas era en realidad radiación: partículas casi tan rápidas como la luz cuyo ínfimo tiempo de vida las hacía entregar su masa en forma de energía.

Se estaba desplazando a gran velocidad por el campo de batalla, cerca de pecios atrapados en la escarpada. Muchas naves angelicales vagaban a la deriva, horriblemente destrozadas por las armas del enemigo, partidas en dos limpiamente o desgarradas por manos invisibles con miles de pequeños dedos de energía. Cruzó ante un bajel cercenado en dos partes de un solo tajo, el cual, mientras rotaba a la deriva, iba expulsando un caudal de máquinas y de fluidos densos y cristalinos al espacio.

Se preguntó qué estaba viendo, qué insensata escena robada de una secuela de *Star Wars* era aquella. Por qué se le estaba mostrando esto, cuando...

Lo vio.

Alzándose majestuoso, detrás de las estrellas. Un ser descomunal, sin lógica que gobernara su cuerpo. Parecía una especie de matriz ciclópea que generase estrellas, pues de su vientre iluminado se derramaba proto-materia y combustible estelar, lo que algún día, muchos milenios después de que acabase la escena que estaba viendo, daría lugar al nacimiento de un nuevo sistema solar.

Tanya comprendió con un sobresalto que aquella criatura formidable era Dios. O una encarnación primigenia del mismo, cuando aún hacía falta que tuviera cuerpo para poder parir estrellas.

Y la flota de naves de madera la estaba atacando. Lanzándole todo su armamento para tratar de destruirlo. Pero del fabuloso cuerpo del Dios se desgajaban aquellos defensores, aquellas naves de mercurio, para intentar protegerle mientras daba a luz a otro sol, quizá la misma estrella cuyo combustible, reciclado tras muchos ciclos estelares, diese lugar al Sol de la Tierra.

Tanya lo comprendió todo. Absolutamente todo, y de la manera más diáfana posible.

Y era un conocimiento aterrador.

Vio un grupo de ángeles valientes acercándose a la criatura colosal, chocando casi contra ella, disparando alocadamente haces de energía a su núcleo generador de estrellas...

... Y vio cómo el Dios las apartaba con insultante facilidad, destruyendo las naves de madera, condenando a las entidades de luz a quemar toda su energía en el frío del espacio. Matándolas. Abortando por la vía más expeditiva aquel intento de rebelión.

Una de las esferas de luz pudo entrar en el núcleo del coloso, sin embargo. Otras tres la acompañaban, y (¿por qué sentía de repente aquel tremendo *déjà vu* al ver esas imágenes?) la protegían contra los ataques de las naves antígenas, los defensores de mercurio (¿por qué sabía, *sabía*, de alguna disparatada e imposible manera, lo que iba a ocurrir al final?).

La esfera de luz rebelde llegó al mismísimo corazón de su Creador, de la criatura que paría estrellas... e intentó clavarle su espada. Quería matarla. Acabar con ella. Estaba envidiosa de su poder... no, no era eso. El corpúsculo de luz, al igual que sus compañeros de rebelión, no podía soportar la idea de no ser libre, de estar encadenado por toda la Eternidad a los caprichos de aquel Dios que lo abarcaba todo, que todo lo veía, que todo lo juzgaba, que todo lo consumía.

Por eso habían llegado a la conclusión de que la única solución era librarse de él.

Tanya no estaba viendo aquello.

Lo estaba *recordando*.

Aquel corpúsculo de luz y sus compañeros no sólo lograron sobrevivir al ataque contra su creador, sino que lo vencieron. Destruyeron al hacedor de soles. Pero éste no podía morir, había demasiado en juego, por lo que dividió su conciencia en tres partes y las copió en el código genético de aquellos siervos rebeldes. Luego almacenó grandes cantidades de energía en forma de guardianes (tres, uno para la tierra, otro para el cielo y otro para el agua, o lo que en forma no icónica era lo mismo: uno capaz de nacer sobre la superficie de los mundos, otro capaz de desplazarse por el espacio de un planeta a otro y otro para salvaguardar el equilibrio de la vida, esparciendo su semilla genética por los caldos primordiales de los océanos).

Esos guardianes quedaron sumidos en un profundo sueño por si alguna vez la lógica del universo, la matemática que suplía las decisiones de su

creador, fallaba. Entonces despertarían y darían lugar a una purga, una limpieza de todos aquellos seres cuyos actos estuvieran desequilibrando esa proporción cósmica.

Las cosas habían sido muy, muy distintas en aquel entonces de como eran en la actualidad. Tanya recordó el relato que le había contado Nínive cuando estaban en aquel lejano centro comercial (por Dios, ¿tanto tiempo hacía ya? Lo recordaba como si hubiese sucedido en otra vida). Ella le contó que los mitos que eran conocidos hoy en día por los humanos pudieron haber sido hechos veraces hacía eones, cuando el cosmos aún era joven. Esas leyendas podrían ser como el poema de la guerra de Troya, es decir, la versión elegiaca de sucesos que, tal vez, pudieron implicar a seres tan poderosos como para hacer todas esas hazañas, todo lo que vio en esa especie de «revelación divina». Seres que pudieron ostentar el poder de dioses, que eran capaces de dar a luz estrellas y planetas, y de dominar con su voluntad grandes áreas de la galaxia...

Seres abocados a una guerra sin cuartel que, viéndose condenados a una catástrofe sin precedentes, descubrieron con su ciencia los portales hacia unos Planos Superiores distintos al universo newtoniano, nuevos pastos que les podrían servir de refugio.

¿Lucha metafísica entre el bien y el mal? Podría ser que sí... o podría ser, también, que no fueran más que los bandos antagónicos de una guerra cuyos orígenes no recordaba nadie, y que llevaba librándose desde la noche de los tiempos.

Ellos crearon a los humanos, bañaron la Tierra con la semilla genética (panspermia, lo llamaban los eruditos) que terminaría detonando el milagro de la vida. Pudiera ser que sólo la plantaran y después se fueran, dejándola evolucionar libremente... o pudiera ser que adoptaran el rol de dioses y que guiaran a las especies sapientes en sus primeros pasos hacia la superioridad cognitiva.

Pudiera ser que necesitaran la energía psíquica de esas criaturas menores para sostener sus palacios y sus fabulosas ciudades en Planos en los que la materia no importaba tanto como la voluntad, y que por eso siguieran vinculados de algún modo a aquellos primates, aun cuando fueran invisibles a sus ojos, y se preocuparan por mantener un lazo que, en forma de devoción, proveía de combustible psíquico a sus naves, a sus fortalezas, a sus ejércitos y a su loca batalla sin final.

Pero claro, todo esto no eran más que conjeturas.

Tanya clavó sus ojos en la escena. Aquel corpúsculo solitario que llegó al final de su camino era Satanás, o el que algún día sería bautizado así. Y los tres que le acompañaron al asalto final, los que arriesgaron sus vidas por protegerle...

Aquellos tres minúsculos y valientes puntos de luz, los tres últimos guerreros eran...

Tanya gritó, de impotencia, de miedo, de conocimiento. Regresó a toda prisa junto a Almodad. Al verla llegar, el anciano salió de su ciclo interior de letanías y le preguntó:

—¿Has encontrado lo que buscabas, pequeña luz?

Tanya aterrizó a su lado en la plataforma invisible. Su cara era un rictus seco, un brochazo en el boceto de un artista. No ofrecía ninguna emoción, sólo un callado y preocupado mutismo.

Almodad comprendió.

—No te ha gustado lo que has visto, sea lo que sea. Es comprensible.

—Cállate, no sabes nada —espetó ella, colérica.

—¿Qué has visto, el futuro, el pasado... o tu propio interior?

—No es asunto tuyo. Tienes que ayudarme a despertar el Arca, ahora mismo.

El anciano se sobresaltó.

—¿Despertarla, por qué?

—Necesito que recupere su función original, la de ser un salvavidas. Una balsa en la tempestad. El Arca tiene que navegar de nuevo, pero esta vez hacia arriba: a los Planos Superiores.

—Pero... eso ya se hizo una vez. El Arca ya salvó a la humanidad de sí misma. Ahora no puede...

Tanya le cortó, tajante.

—No vamos a ofrecer refugio a la humanidad, sino a otros seres muy distintos. —Un brillo de determinación cruzó sus ojos, lanzando destellos—. ¿Comprendes? Vamos a salvar tanto a ángeles como a demonios, ofreciéndoles el mismo trato que un día le fue brindado a los hombres.

LA BATALLA FINAL (1ª PARTE)

El espacio alrededor del Infierno no estaba vacío del todo. Estaba compuesto por una especie de éter místico, formado por las partículas de la estela cometaria de millones de almas que cayeron hacia los pozos de condenación a lo largo de los siglos.

Ese éter reposaba tranquilo, intocado... y de repente vibró y rieló y se rajó en tiras cuando algo grande (gargantuesco, más bien) hizo polvo las barreras de las dimensiones al entrar en ese Plano.

El monstruo se acercaba.

La ciudad de Dis seguía estando completamente vacía, salvo por su rey, como lo había estado siempre. Pero los alrededores eran un hervidero de agitación. Todas las huestes que quedaban en el Infierno se habían congregado allí, junto a lo que quedaba de la raza celestial, para aguardar la llegada del enemigo.

Querubines esperaban junto a baatezus, Moles de Sangre junto a Puños del Cielo, lamaazus con aspectos y glorias, torturadores y pesadillas con iluminados y palomas blancas, engendros del abismo tras sanadores y cruzados, violines de agonía junto a custodios, árboles de suicidas frente a Ángeles de la Guarda. Arcángeles en un extremo, demonios del quinto círculo en el otro. El Bien apoyándose en el Mal, el Mal reconfortado por el Bien.

Y todos aguardaban con el corazón en un puño... al menos, aquellos de los presentes que tenían corazón.

Para Mauro, las expresiones de los demonios eran indescifrables. Mirando a cualquiera de esas espantosas criaturas era imposible discernir si tenían coraje, si temblaban de miedo, o si su presencia allí era una simple cuestión de obediencia ciega a un amo que era mucho más terrible y despiadado que cualquier amenaza llegada de fuera.

Con los ángeles, aunque su aspecto humano le facilitaba la tarea, también tenía dificultades. Altos y solemnes, parecían efigies congeladas en mármol de grandes personalidades del pasado, almas puras e inocentes cuyo destino, algún día, fuera a ser canción o estatua. Estaban allí, en silencio, mirando los éteres lejanos que parecían nebulosas, preguntándose si aquel sería el último en una luenga serie de días, de largas batallas, de recurrentes oscilaciones de la balanza entre el bien y el mal.

Mauro no podía adivinar si estaban tan asustados como él. Quizá ni siquiera supieran lo que era el miedo. A lo mejor eran tan puros, o habían vivido tantísimo tiempo, que estaban más allá de las emociones que definían al género humano.

En cierto modo los envidió. Él conocía la gran utilidad de las emociones, incluso del miedo, y cómo su buen uso podía acabar salvándote la vida, pero en aquel momento desearía desconectar esa parte de su sistema límbico, igual que el viejo Data.

A su lado estaban Séfora, con el estandarte en la zurda y la espada-signo en la otra mano, igual de impasible que sus hermanos. Y también Erik, que no le quitaba ojo de encima a Abaddón, como si le temiera más a él y a las sucias maniobras que pudiera intentar en el fragor de la batalla que a lo que pudiera venir de fuera. Un enemigo interior al que, hasta que se descubriera, tenías que seguir llamando hermano de armas.

Mauro imaginaba que todos los presentes, desde el más grandioso Arcángel hasta el más despreciable diablillo, sabían a lo que se enfrentaban si eran derrotados. El Infierno era el único bastión que les quedaba a ambas razas, su último castillo. Ya no quedaba ningún otro sitio al que huir, salvo al Plano Material (la Tierra), pero éste también había quedado aislado. Y los ángeles no estaban hechos para vivir allí: perderían su inmortalidad, como los misfits y los abezi, si lo intentaban. Y eso, para muchos, era una sentencia de muerte peor que cualquier espada que les atravesase el corazón, porque se cumpliría muy lentamente.

Un supuesto *deus ex machina* había trazado una línea invisible en el suelo y había dicho «de aquí no retrocederemos, pase lo que pase. Nos enfrentaremos a lo que venga, con valor y decisión».

Aquella sería la gran batalla final, una en la que, en contra de todo pronóstico, Cielo e Infierno no lucharían enfrentados, sino aunando esfuerzos contra el enemigo más extraordinario imaginable.

Su propio Creador.

Jaque mate cósmico, habría dicho entre risas su profesor de filosofía del instituto.

Pero sobre todas las cosas, sobre la terrible incertidumbre por el resultado de la batalla y la preocupación por lo que le pasaría al universo tanto si ganaban como si perdían, a Mauro le comprimía el corazón una duda crucial.

Dónde demonios estaría Tanya.

Séfora tenía razón: para que la profecía funcionase tenían que estar los tres juntos. No es que él supiera nada sobre la mecánica de las profecías, pero por lo que había visto hasta el momento, si se quería conocer su fiabilidad lo mejor era interpretadas al pie de la letra.

Pero les seguía faltando un peón. Un peón con valor de Reina.

Entonces sucedió.

La imagen oscura que daba forma a aquella dantesca criatura se adivinó en la distancia como una pequeña galaxia que se acercara envuelta en volátiles sudarios de nebulosas. Éstas resbalaron por sus alas, creando pequeños remolinos sobre su borde de ataque, y la Bestia mostró su verdadero aspecto...

Hubo un espasmo, un gemido contenido de rabia y miedo que recorrió las filas como un temblor sísmico. Los ejércitos hicieron el ademán inconsciente de retroceder, pero permanecieron estáticos. No es que les pudiese la sensación de pequeñez y de impotencia, sino que no había, literalmente, lugares donde esconderse.

El Ziz no era un pájaro, al menos no en el sentido estricto de la palabra. Sí, volaba, y sí, tenía un par de grandiosas alas emplumadas brotando de sus costados, pero su cuerpo era el de un pez, un esturión titánico cuya boca era la entrada a un abismo sin fin, una gruta donde sólo cabían la perdición y el olvido.

Las alas surgían de sus costados y se torcían ligeramente hacia atrás como si quisieran proteger la cola del monstruo, un látigo reptilisco que parecía la cola de una iguana y que estaba erizado de espolones. Bajo el cuerpo principal se adivinaban dos patas encogidas, parecidas a extremidades de arañas, y bajo las alas tenía algo parecido a sacos de huevas; sacos que a medida que éstas iban batiendo el éter se iban desgranando en una constelación de puntitos luminosos.

Aquella cosa parecía la obra maestra de un artista demente, una pesadilla a medio camino de dos realidades, el mar y el aire, mucho más grande que el

Leviatán de las aguas y capaz, a simple vista, de vaciar a golpes de espolón el ojo que le quedaba al cuerpo flotante de Satanás.

Mauro retrocedió unos pasos, respirando entrecortadamente. El pánico le había obstruido los pulmones. Erik le sujetó la muñeca y lo miró, también muerto de miedo pero más dueño de sí mismo.

—Sé fuerte —le suplicó.

Mauro negó con la cabeza.

—¿Cómo vamos a ser fuertes contra... eso? —La voz se le quebró al final.

Erik sonrió.

—Yo ya he matado a uno de estos, ¿recuerdas? Y aún hay sitio en mi espada para otra muesa...

Mauro compartió aquella sonrisa, sin saber si reír o llorar. Pero tenía que admitir que el optimismo de su amigo, aunque fingido, era contagioso.

—Estás loco, del todo y sin remedio, chaval —le dijo—. Ojalá pudieras prestarme un poquito de tu locura.

—Ojalá —dijo Erik, y se situó bajo el estandarte de Séfora, en posición desafiante.

En aquel momento, y sólo por un brevísimo instante, Mauro se sintió orgulloso de ser su amigo, y de haberle conocido.

El Ziz batió las alas un par de veces más y ya estuvo sobre el cuerpo de Satanás. Detrás de su enorme corpachón no había soles ni fuentes de luz que pudieran crear sombras, pero aún así a todos los soldados les dio la sensación de que la luz huía de la Bestia, temerosa de su poder, y por lo tanto se creaba sobre la tierra un efecto similar al de una sombra.

Esa sombra extendió sus patas de arpía, dilató el orificio de su boca y emitió un horrendo graznido que sacudió los cimientos de la realidad.

Séfora se tapó los oídos para que no le estallaran, sin apartar ni por un segundo la mirada del monstruo. Éste cayó en picado sobre la cabeza de Satanás, en concreto sobre su ojo tuerto, y la emprendió a mordiscos y garrazos contra la ciudad de Dis, arrancando en cada embestida una hectárea de edificios.

Pero eso no era todo.

De los sacos de huevas que llevaba bien protegidos bajo las alas llovieron corpúsculos, los mismos que habían formado un séquito de estrellas tras su vuelo. Dada la altura a la que los soltó tardaron bastante en llegar a la tierra, y para entonces los soldados estaban listos para recibirlos: Millones de lanzas se alzaron, otras tantas bocas llenas de colmillos babeantes se abrieron para

degustar el manjar, y cientos de espadas vestidas de llamas apuntaron con su filo a las esferas que llovían desde arriba.

En cuanto éstas tocaron suelo, comenzó la verdadera batalla.

Las huevas del pájaro rompieron su crisálida para mostrar lo que almacenaban, unos embriones del esturión alado que, a pesar de tener sólo una fracción del tamaño de la madre, eran más grandes que casi cualquier demonio o ángel de la Hueste.

Acompañando el quebradizo latigazo de las crisálidas al romperse llegó otro sonido, un violento desembrollamiento, un arrastrar en círculo de viento, como si una cosa que está muy comprimida y retorcida sobre sí misma en el interior de una jaula se viera libre de repente. ¡Flaussshhh! Los embriones se desenrollaban en violentos torbellinos, mostrándose en toda su horrorosa majestad ante sus enemigos.

Eran recién nacidos, y como tales tenían hambre.

Séfora dirigió una plegaria al vacío, suplicando porque su absurdo plan tuviese aunque fuera una minúscula posibilidad de funcionar. Agitó el estandarte en el aire, en amplios círculos, y gritó con todas sus fuerzas:

—¡¡¡Ahora, atacad!!!

Los ejércitos combinados reaccionaron como uno solo.

Las mareas negras de demonios y plateadas de ángeles se olvidaron del enorme monstruo que los sobrevolaba y se concentraron en los engendros surgidos de los huevos. A ras de tierra no se entendía nada, sólo podía verse un maremagno de seres corriendo o reptando o volando que cambiaba súbitamente de posición, abalanzándose contra los vástagos del Ziz y atravesándolos con sus lanzas, cuando no directamente comiéndoselos a dentelladas.

Pero visto desde el aire el paisaje adquiriría algo de sentido.

Desde mucha altura se podría haber distinguido cómo los ejércitos atacaban, pero a la vez se desplazaban lentamente todos a la vez en una misma dirección. Sí, estaban atacando y se estaban defendiendo, pero no era una armada que defendiera un puerto o una plaza inamovible: su gran ventaja residía en que no tenían por qué quedarse inmóviles sobre la misma parcela del cuerpo de Lucifer, lo cual Séfora había adivinado desde el principio.

Por eso les había dado instrucciones a todos los comandantes para que se fueran desplazando en una dirección determinada después del primer contacto. En concreto, hacia el enorme brazo de Lucifer, hacia los campos de cariátides y lo que había más allá: los Palacios Negros, que ella había visitado en compañía de Abaddón.

El porqué Séfora quería atraer al Ziz hacia aquellos palacios era un secreto que no había querido contarle a nadie, ni siquiera a Rafael o al resto de los Arcángeles. Era una carta final demasiado importante como para arriesgarse a descubrirla demasiado pronto.

—¡Vamos, moveos, moveos! ¡No permanezcáis quietos! —chillaba a pleno pulmón, indicando la dirección correcta con el estandarte. Su corazón le decía que el Ziz iría a por la cabeza de Lucifer y la ciudad de Dis en su primera embestida, por el simple hecho de que el verdadero Satanás (su cuerpo de escala humana) se escondía allí. Por eso no podría esperarle con los ejércitos ya reunidos en la palma de su mano. Había que intentar atraer al maldito pájaro hacia allí con el propio movimiento de las tropas.

El paisaje a sus pies se había vuelto extremadamente caótico: Masas de demonios se abalanzaban lanzando espumarajos contra los hijos del Ziz, pero éstos, increíblemente poderosos, vendían cara su piel. Un vástago del Ziz podía caer sólo tras recibir múltiples heridas en diversas zonas de su cuerpo, y no sin antes haberse llevado por delante mil o dos mil pequeños demonios.

A las huestes infernales este precio no parecía importarles. Séfora recordó la estrategia de avance masivo que les había llevado a plantarse ante las puertas del Árbol de Plata, y no se sorprendió: era la estratagema favorita de los diablos, amontonar masa sobre masa sobre masa de soldados, no importa cuántos se sacrificaran en el proceso, con tal de aplastar a sus enemigos.

Y no cabía duda de que era una estrategia que daba sus frutos, si uno disponía de un número ilimitado de tropas y no le importaban las bajas.

Los ángeles eran diferentes. En ese bando las cosas funcionaban mediante la aplicación de complejas estrategias, dirigidas no sólo a batir al enemigo sino también a salvaguardar cuantas más vidas de defensores mejor.

Los comandantes angelicales basaban todo su ataque en pasadas rasantes en vuelo, a gran velocidad, una técnica de acercarse-golpear-y-huir que estaba dando buenos resultados. Y mientras, los Arcángeles paraban por fin estar despertando de su profundo sopor: lentamente ascendían convertidos en soles de fuego, creaban poderosos anillos de fuerza en su ecuador y los usaban para combatir a la Bestia. Ellos eran los únicos, junto con algunos demonios mayores, que obviaban la presencia de los vástagos y se enfrentaban al propio Ziz en vuelo.

Pero el poder del monstruo era grande, y ni siquiera la fuerza combinada de estas entidades tenía poder para decidir la batalla.

Séfora buscó a Erik con la vista. No lo vio, pero imaginó que estaría cerca, despachándose a gusto con su nueva espada-reliquia.

El problema era que tampoco veía a Abaddón. Y eso la preocupó.

Mauro no podía creer semejante barbarie.

Sí, había visto (de lejos) algo similar en la batalla por el Árbol de Plata, pero aquello era más intenso, más... visceral. Los demonios ya no luchaban por odio, ni por afán de conquista, sino por el simple y atávico temor por la supervivencia. Eso les daba fuerza, y fiereza, pero también restaba inteligencia a sus ataques.

Mauro los veía abalanzarse sobre los vástagos y morir por decenas, centenares de millares, en grandes explosiones que sobrevenían cada vez que un hijo del Ziz lanzaba sus prodigiosos rayos de energía, y barría con ellos grandes hectáreas de los campos de estacas del Infierno.

Él se había refugiado (es un decir) en una zona apartada de los combates más sangrientos, pero como la dispersión de huevos había sido aleatoria, habían llovido cosas de aquellas sobre todo el campo cubierto por ejércitos. No había un frente de batalla del que huir, sino que los combates eran como islas en medio de un océano de cuerpos en movimiento. Archipiélagos de destrucción, islas de temor, instantáneos volcanes de sangre y miembros que volaban destrozados por todas partes.

A su lado se había congregado un pequeño grupo de querubines, tan asustados o más que él, que lo habían identificado instintivamente como una especie de líder. Eso le hizo mucha gracia, porque Mauro no se veía liderando a nadie, pero asumió su responsabilidad en cuanto el grupo se alineó a su espalda.

Cerca de ellos se levantaba la mole de un vástago, que arrasaba el campo con sus tentáculos y lanzaba descargas de alta energía por sus ojos. Era una visión sobrecogedora, sobre todo para ser una criatura recién nacida.

Él no tenía espada, y sus compañeros querubines tampoco: no habían sido concebidos para destruir. Pero recordó un par de trucos que había aprendido en los combates de Santorini y de Crescent, una manera de usar «creativamente» sus poderes. De lo que no estaba tan seguro era de que sus trucos emocionales funcionasen con monstruos tan alienígenas que el mismo concepto de «emoción» les fuera desconocido.

—¡Preparaos para concentrar vuestras voluntades en esa cosa! —ordenó. Los querubines pusieron los ojos en blanco, accediendo a su parcela de poder interior. Y al igual que hiciera el propio Mauro en aquel edificio medio en

ruinas de Crescent, cuando usó su descarga emocional (le encantaba ese nombre) para derrotar a la reina araña...

... El poder combinado de todos los querubines creó un nuevo haz de energía que golpeó al monstruo en pleno vientre, y aunque no le causó excesivos daños, sí que lo distrajo el tiempo suficiente como para que las escuadras de demonios que lo rodeaban abrieran una brecha en su defensa. Por esa brecha se colaron como agua entrando por la fisura en el casco de un submarino. Eran centenares de pequeños demonios que llegaron hasta el vástago, treparon por su cuerpo y comenzaron a destripado a dentelladas, arrancándole piel, miembros, tentáculos y ojos.

El monstruo rugió de dolor, intentando concentrarse para combatir a sus enemigos en varios frentes, pero la campana de emociones sólidas que Mauro había creado a su alrededor era demasiado... cacofónica. El propio querubín sudaba, intentando mantener la concentración, mientras se empeñaba con toda su voluntad en no ceder, en mantener el flujo de poder. En luchar hasta el final, aunque su verdadera espada no fuera su poder, sino aquella turba de demonios sedientos de sangre.

Cómo habían cambiado las cosas en los últimos tiempos, pensó con tristeza.

Entonces sucedió algo imprevisto.

El suelo estaba temblando.

¿Un terremoto?, fue lo primero que se le ocurrió. Pero no, no creía que la tectónica de placas pudiera aplicarse allí.

El suelo temblaba, todo el país sobre el que estaban combatiendo se retorecía. Y Mauro, que tan sensible era a las emociones, sobre todo ahora que tenía todas sus antenas espirituales abiertas, creyó entender el porqué.

De fondo se escuchaba una especie de grito tántrico de dolor. No era un sonido real, nada que los demás pudiesen captar con sus oídos... pero estaba allí. Brotaba del suelo, de las heridas, de los cráteres de las explosiones. De la sangre vertida en los campos y cómo esa sangre desacralizaba una tierra ya maldita, empapándola de sufrimiento.

Mauro supo de dónde (o más bien de quién) provenía ese grito.

Era el propio cuerpo titánico de Satanás el que chillaba, de dolor, de furia, de rabia, de impotencia tal vez. Y cuando Mauro echó un vistazo por encima de la cordillera del ojo tuerto, supo qué era lo que le estaba causando ese tremendo dolor.

El Ziz, flanqueado por Arcángeles y grandes demonios que intentaban frenarlo, se había posado sobre el rostro de Satanás y le estaba arrancando la

ciudad del ojo a dentelladas.

LA BATALLA FINAL (2ª PARTE)

Erik también lo notó; sintió la vibración del suelo, a pesar de que estaba volando. Su espada chorreaba sangre de los vástagos del Ziz (y de unos cuantos demonios que no se apartaron a tiempo del camino de su espada, ejem), y cuando siguió la caída de las gotas con la vista, vio el temblor, el tremor, la manifestación física del daño, cómo hacía saltar a los ejércitos que iban por tierra como gránulos en el cedazo de un buscador de oro.

Y tuvo miedo.

Vencer al Leviatán le había parecido tan fácil que ahora, ingenuamente, creía que el Ziz no iba a aguantar en pie ni dos asaltos. Pero al verlo luchar contra los Arcángeles supo que no iba a ser el caso. Tal vez el Leviatán de Venecia ya hubiese nacido muerto, o su fin estuviese profetizado en alguna parte para que el plan del Creador estuviese completo, y por eso le resultó (entre comillas) tan sencillo vencerle.

Pero, ¿y si el Ziz no estaba destinado a inmolarse por una causa superior, como desatar el Segundo Diluvio, sino a exterminarlos a todos de una vez por todas, barriendo los Planos Superiores de la existencia?

No tenía esas respuestas. Nadie las tenía.

Pero eso no quería decir que fuera a morir con los brazos cruzados, aceptando mansamente su destino. No, el Infierno se congelaría antes de que él, Erik, el Matador de Leviatanes, aceptase de buen grado la derrota.

Completó el giro que estaba haciendo sobre la vertical de uno de los vástagos y esquivó su terrible rayo a duras penas. Con la misma pirueta consiguió acercarse con bastante inercia hasta su «cabeza», por llamarla de algún modo, y la cercenó de una estocada. El cuerpo no murió, sino que siguió luchando por sí solo durante un rato, pero perdió toda capacidad de coordinación y acabó siendo aplastado por los demonios.

—Menudos cabrones más duros —bufó, secándose el sudor de la frente—. Sí que cuesta matarlos.

Miró hacia la ciudad de Dis, que estaba completamente cubierta por la sombra del pájaro. Éste arrancaba edificios enteros lanzándolos por los aires, mientras trataba de sacudirse de encima a los Arcángeles, que lo herían con sus ardientes anillos de luz.

El poder desatado allí era... inconmensurable. Y le hizo sentirse muy pequeño, y muy poco capaz, como si ninguno de sus esfuerzos fuera a servir al final para nada. No le gustaba ese pensamiento, la desoladora idea de que por mucho que se esforzara no podría cambiar las papeletas que le tenía reservado el destino.

¿Pero cómo meter baza en aquellos combates titánicos, cómo igualar las monstruosas apuestas que se lanzaban sobre el tapete? Aquella era una guerra de dioses, no de humanos, lo comprendió al echar aquel simple vistazo. Y él no era ninguna de las dos cosas. Cuando el mismo mundo sobre el que luchaban se estremecía con terremotos de dolor, sintiendo cómo le arrancaban una parte de su ser, ¡cómo un ave descomunal le sacaba los ojos!, los ángeles novatos poco tenían que decir al respecto.

Su sexto sentido del combate, afinado tras aquellos años persiguiendo demonios, le avisó de que algo malo ocurría. Y no tenía que ver con el Ziz, ni con ninguna de sus criaturas. Era algo más... feo. Y más personal.

Fue un simple estremecimiento, un picor en la base de la columna, pero hizo que Erik se pusiera en guardia.

Giró en el aire sobre sí mismo. El peligro podía llegar desde cualquier dirección, no solo a izquierda o derecha, sino, como estaba volando, también de arriba y abajo.

Le dolía la frente. La cicatriz que le había dejado Ta'ahm de recuerdo estaba empezando a arder de nuevo, lo que nunca era buena señal.

¿Pero qué diantre sería lo que...?

La criatura abrió sus alas de murciélago y surgió de entre las pantallas de ceniza que dejaban los combates, y que caían pesadamente sobre los luchadores haciendo brillar los fuegos de una manera extraña. El ser ascendió hasta quedarse sostenido en el aire enfrente de Erik, mirándolo con una indefinible mezcla de ira, ansias de venganza y locura.

—Hola, Abaddón —saludó Erik, a quien todo aquello le parecía inevitable—. ¿Has venido a saldar esa vieja deuda?

El engendro asintió.

—Esta noche se cierran todos los círculos —bramó. De su boca manaron esputos de azufre. Erik no recordaba haberlo visto jamás tan enfadado—. Y tú, pequeña luz, estás al final de muchos de ellos.

—¡Espera! —exclamó Erik, que si bien lo deseaba (vaya si lo deseaba) no quería enzarzarse en peleas privadas con todo lo que había en juego—. ¿Por qué yo? ¿Se supone que no somos enemigos, al menos hasta que derrotemos al Ziz! ¡Recuerda las órdenes de tu amo!

Abaddón miró con desprecio hacia las torres de Dis, que iban cayendo una tras otra bajo el arrasador embate del pájaro.

—¿Mi amo? ¡Ja! Mira lo que queda de él. ¡Ya es poco más que una ruina, una mentira, un alma condenada como nosotros! Ya no tengo amos, Erik, sólo cuentas pendientes.

—¿Vas a desobedecer sus órdenes tan a la ligera? ¿No tienes miedo de lo que te hará si se entera?

—Escucha, Erik, presta atención a tu alrededor. ¿Acaso oyes alguna orden? ¿Escuchas algún lamento de mi amo por la pérdida de sus criaturas? ¡No! A él no le importamos nada, sólo somos peones en su tablero de muerte. Y yo ya me he cansado.

—¿Pero por qué yo? ¿Qué te he hecho? —Caviló para sí, intentando dar respuesta a su propia pregunta—. Supongo que te molestó que te avasallara en Venecia, ¿no? Bueno, pues no es para tanto. Los bichos asquerosos como tú no tenéis la culpa de ser como sois, es que simplemente no dais para más.

La furia incendió el interior del traje de mujer del demonio, confiriéndole una luz extraña que lo iluminaba desde dentro.

—Eres el ángel más despreciable, creído, fanfarrón y estúpido que he conocido nunca, Erik. Mereces algo mil veces peor que la muerte.

—Y no te olvides del título de «Matador de Leviatanes» —sonrió el chico—. Bueno, si le pones un «gran» o un «magnífico» delante, queda mejor. ¿Es que estás envidioso o qué? ¿Tu espadita no tiene una muesca tan grande ni tan gloriosa como la mía en el mango?

Los dos siguieron orbitando uno alrededor del otro, mirándose fijamente. Eran momentos de tensión previos a un duelo, Erik lo sabía: ya no había forma de echarse atrás. Abaddón se la tenía jurada, y aunque Erik le había frustrado unos cuantos planes en el pasado, intuyó que debajo de todo aquel odio había más.

Algo personal.

Apuntó su espada hacia él.

—Bien, cucaracha. Si quieres luchar, estoy dispuesto. Pero al menos dime por qué me tienes tanta tirria —farfulló—. Vamos, por poner algo en tu lápida más tarde; un texto que lo aclare, nada más.

El aura rabiosa de Abaddón seguía despidiendo chispas, pero aún pudo hacer un último esfuerzo y contestarle a la bravata:

—Una vez insinuaste que los hijos del Infierno no conocíamos el amor... y es cierto, pero eso no significa que no sintamos aprecio por nuestros vástagos, aquellos que creamos de la nada, modelando su alma, torturando su espíritu, guiando con mano maestra su odio para que se convirtieran en dignos guerreros de la Hueste...

—¿Vástago? Espera... —comprendió Erik—. ¡Estás hablando de un hijo! ¿Tenías un hijo?

Entonces la herida de su frente le envió un latigazo de dolor, y Erik comprendió.

Sus ojos se abrieron desorbitados.

—¡Ta'ahm!

Abaddón asintió.

—No fue casualidad que el destino nos reuniera en Venecia, ni que ahora luchemos en el mismo bando. Tampoco lo será que mueras bajo mi espada.

A Erik le vinieron a la mente un par de respuestas sarcásticas para aquel desafío, pero entendió que Abaddón ya no estaba para más palabras. El odio consumía todo su mundo. No sólo había tenido que soportar que el asesino de su hijo Ta'ahm bajase hasta el Infierno a reclamado como su esclavo, sino también haber tenido que trabajar hombro con hombro con él por un bien mayor, sometido a los deseos de un amo implacable.

Pero ese amo ya no estaba mirando. Tenía toda su atención puesta en sus propios problemas, lo que dejaba espacio libre para que Abaddón actuara.

Erik hizo un molinete con la espada, limpiando la sangre alienígena que la empapaba.

—Está bien, ven a por mí si te atreves, monstruo. —Sus ojos se convirtieron en saeteras—. La verdad es que no debería decirlo, pero después de que me torturase en Santorini, lo cierto es que disfruté como un enano teniendo al pobrecito Ta'ahm esclavizado en mi espejo.

El grito de Abaddón creó ondas de presión en el mismo vacío que les rodeaba.

Se abalanzó sobre Erik, pero el joven ya intuía que el primer ataque del demonio sería así, rápido e irreflexivo, movido por la ira. Y cuando llegó hasta él estaba preparado: no intentó detener la embestida, ni siquiera lanzar

un contragolpe. Simplemente se limitó a dejado pasar, plegando las alas y dejando que la gravedad reclamase su cuerpo en el último segundo.

Erik se quitó así de en medio y Abaddón pasó como una exhalación por encima de su cabeza. El ángel tuvo tiempo de hacer un veloz giro con la espada que apenas rozó al monstruo, pero que le dejó un corte de arriba abajo en la espalda.

—Toma ya, Ben Kenobi —dijo para sí—. Supera eso.

El traje de mujer se rajó por ese corte, abriéndose como una camiseta que le quedara demasiadas tallas más pequeña, y Erik pudo ver por primera vez el auténtico rostro de su enemigo.

Un sudor frío le cayó por la espalda.

Abaddón era la demostración tácita de que, en un sitio como el Infierno y tratando con seres tan aberrantes como los demonios, cualquier violación de la lógica era plausible. En cierto modo se parecía a Ta'ahm, es decir, era un ser bípedo y gigantesco, muchísimo más grande y pesado que lo que cabalmente habría cabido en el estrecho volumen de su traje de mujer. También poseía alas, igual que su «hijo», y una larga cola de reptil que era tan grande como su propio cuerpo. Su masa era tan corpulenta y espantosa que casi aparentaba majestuosidad, con una piel era como un tegumento córneo salpicado de eccemas, también igual que la de su vástago. Pero había diferencias.

La fundamental era que Abaddón tenía diez cabezas.

De sus hombros brotaban otros tantos cuellos, algunos más largos que otros, que sostenían cráneos muy dispares. Unos tenían forma de serpiente, otros recordaban a un anciano sometido a un terrible sufrimiento, quizás una plaga que le estaba carcomiendo la carne hasta el hueso; otro era un ser hecho de sangre, otro ni siquiera era sólido, sino que parecía un puñado de insectos voladores que adoptaban rasgos humanos al formar enjambre...

Erik entendió lo que era en realidad aquel engendro: una representación física de las diez plagas con las que, en connivencia con Moisés, hizo sufrir a los siervos del Faraón allá por el siglo XIII a.C.

Abaddón debió percibir el espanto en el rostro de Erik, porque soltó una carcajada.

—Te asusta mi aspecto, ¿verdad? —vociferó—. Esto es lo que vio Moisés cuando suplicó un castigo para el tirano de Egipto. Tembló de miedo y se lo hizo en la túnica cuando vio mi verdadero yo, y aún así el impacto fue menor del que esperaba. ¡Yo confiaba en que muriera de miedo al verme! Pero el viejo era fuerte...

—De lo que voy a morir es de aburrimiento, escuchando tu cháchara —se burló Erik—. ¡Vamos, ataca, que serías capaz de adormecer hasta las piedras!

Abaddón no se hizo de rogar. Extendió al máximo las alas y se dirigió en línea recta hacia Erik a la mayor velocidad a la que su furia podía impulsarle, pero esta vez su cuerpo era tan masivo que el ángel no se podría permitir esperar hasta el último segundo para esquivarlo. Abaddón era como un Airbus 800 en trayectoria de colisión contra un mosquito. Cada una de sus diez cabezas rugía de un modo distinto y anticipaba el placer de devorar una pequeña parte de su víctima.

Erik decidió que no tenía ninguna posibilidad contra algo tan grande, al menos no en campo abierto, así que optó por la vía de la prudencia: tenía que convertir la mayor ventaja de Abaddón, es decir, su tamaño, en una desventaja. ¿Pero cómo? Allí sólo había espacios abiertos, y...

Y una ciudad.

A Erik le pasó ese brillo por la mirada, ese que Tanya y Mauro tanto temían, señal de que la idea loca y delirante que pasaba por su cabeza estaba a punto de ser puesta en práctica.

El ángel se dejó caer hacia atrás, dio un fuerte impulso con las alas y, tan veloz como Abaddón, se lanzó de cabeza contra el Ziz.

Si por alguna parte del decálogo de cabezas del engendro pasó en algún momento una duda sobre qué estaría planeando el chico, las otras nueve la desecharon por mayoría absoluta. Abaddón ni se planteó siquiera adónde lo llevaba Erik, sólo sabía que su enemigo estaba allí, al alcance de sus zarpas, y que por fin era libre de hacer lo que quisiera con él.

Su amo no miraba. Su ansia de venganza sería saciada.

Rafael y los otros Arcángeles estaban sosteniendo su propio duelo con el Leviatán, y Erik no supo si se habían dado cuenta de que un pequeño pajarito, un ángel que volaba con la velocidad de un reactor, pasaba por debajo de ellos y del corpachón del Ziz, rumbo a la ciudad.

Dis se estaba cayendo a pedazos: El ave colosal arrastraba sus patas por las calles y levantaba piedra, roca y arena como el niño que hace un surco en la playa con sus juguetes, sin esfuerzo alguno. Pero no sólo atacaba con las garras, sino que en determinados sectores el pájaro gigante hundía la cabeza, lanzando un picotazo que en realidad era un mordisco (porque al fin y al cabo era un esturión), y se llevaba con su boca un manojo de pináculos y puentes.

¿Qué estaría buscando el Ziz, tal vez la encarnación a tamaño humano de Lucifer?, se preguntó Erik. ¿Era ese su auténtico objetivo?

A lo mejor había venido a eso, a matar al auténtico corazón de aquel cuerpo descomunal: su cerebro, su propia versión en formato humanoide. Pero si era así, le costaría bastante esfuerzo averiguar en cuál de las torres se escondía Satanás. Lo más juicioso era precisamente lo que estaba haciendo, o sea, arrasar con todo esperando que cuando ya no quedaran sitios donde esconderse, su presa saliera a la luz.

Erik se zambulló de cabeza y sin pensárselo en aquel pandemónium. Hizo piruetas, seguido muy de cerca por su enemigo particular, primero entre las patas del ave y después entre las moles de los edificios que se hacían añicos a su alrededor.

El estruendo era ensordecedor, el ruido se comprimía formando paredes sólidas que Erik trató de vadear. Como si aquello fuera una película de desastres de esas que tanto le gustaban, vio cómo a su derecha estallaba un edificio, a su izquierda se pulverizaba una torre, más adelante se derrumbaban puentes y él pasaba como una bala por fuera, por encima y a través de los restos de todas esas estructuras. Su maniobra más arriesgada, para intentar que Abaddón lo perdiese de vista, fue no esquivar una enorme torre que se caía pasándole por debajo. Ni por encima.

En el último segundo, cuando ya era tarde para tomar cualquier otra decisión, el ángel optó por esquivada atravesándola mientras caía.

Se introdujo como un misil por una ventana y rezó porque el interior de la torre no albergase demasiados obstáculos. Abaddón también entró por el mismo orificio, cantando una sinfonía de muerte a coro con sus cabezas. Su cuerpo golpeó las paredes, reduciéndolas a escombros, mientras el techo se caía sobre sus cabezas y los pilares de sus tentación se convertían en bromas de mal gusto. La torre, lenta pero inexorablemente, siguió colapsándose sobre sí misma.

Abaddón tenía una cobertura de visión total: cada cabeza miraba en una dirección distinta, hacia arriba y hacia abajo, por lo que no tenía puntos ciegos. Pero aún así perdió de vista al pequeño ángel. No podía localizarlo en medio del caos de paredes que caían y muros que se desmenuzaban.

Con un chillido coral de frustración, comenzó a volar hacia arriba, en el sentido contrario al derrumbe, abriéndose paso brutalmente por los distintos pisos de la torre. El estruendo alcanzaba cotas semejantes a las de un terremoto o un huracán.

Pero el ángel seguía sin aparecer.

La masa de escombros acumulada sobre sus hombros comenzaba a ser demasiado incluso para su enorme fuerza, así que Abaddón decidió salir de

aquel laberinto. Giró en ángulo recto a un lado, buscando una salida, pero la torre ya no era un tubo vertical: cualquier dirección elegida al azar era una dirección errónea.

Y la presión de los escombros seguía aumentando.

Abaddón convirtió sus brazos en bulldozers, sus piernas en apisonadoras, su cuerpo entero en un ariete imparable. Poco a poco, metro a metro, piso a piso, fue luchando contra la presión de la torre que se derrumbaba encima de él, hasta que un rayo de luz le comunicó que la salida estaba cerca.

Con un alarido triunfal, Abaddón salió al exterior. Había atravesado trescientos metros de edificio volando en dirección contraria a su derrumbe. Su grito de victoria no conoció parangón en el Infierno.

Y allí, detenido en el aire, a escasos metros de distancia...

Estaba el ángel.

Erik ni siquiera tenía su espada-signo en la mano. El muy imbécil la había desconvocado, pensó Abaddón.

Sólo le miraba, con tristeza.

—¡Ha llegado tu turno, humano! —gritó, loco de rabia.

Erik sonrió y se limitó a señalar con desdén hacia arriba, al cielo.

—¿Sabes qué fue lo único que aprendí en mi primer día de colegio? —dijo con tranquilidad—. Unos chicos mayores me dieron una paliza, pero luego apareció un policía y se los llevó a todos. La lección es que... por muy machote que te creas, siempre hay alguien más grande.

Abaddón alzó la vista con la mitad de sus cabezas, y la otra mitad tuvo que hacer lo mismo, pues el pánico le arrebató el poco raciocinio que le quedaba.

Una sombra enorme se proyectaba encima de él.

Erik se quitó de en medio. No le había dicho a Abaddón que el sector de la ciudad al que lo estaba llevando era el mismo que estaba siendo triturado a mordiscos por el Ziz. Ni le dejó tiempo para pensar en qué papel ocupaba la torre en su plan, si era un simple obstáculo...

... O una distracción, para que el demonio se quedase quieto y ciego el tiempo suficiente como para que el Ziz volviera a dar otra de sus dentelladas.

La cabeza de esturión golpeó el suelo, tragándose seis edificios enteros, más el cuerpo del desdichado Abaddón, el cual, incluso mientras se perdía en las tenebrosas profundidades de aquella garganta descomunal, seguía gritando el nombre de su enemigo:

—¡¡¡¡Eriiiiiiiiiiiiiiiiiikkkkkkkkk...!!!!

Y de repente, como si no hubiera existido nunca, su voz se extinguió.

El estruendo de la demolición continuaba, pero para los oídos del ángel sí hubo una diferencia palpable, un antes y un después. Fue como si un sonido persistente y desagradable que llevara oyendo desde hacía años se silenciara de golpe.

Y el dolor de su frente desapareció, junto con todo rastro de la cicatriz de Ta'ahm.

Erik sintió un gran alivio, pero también la urgencia de salir de allí cuanto antes. Había derrotado a su enemigo en un duelo singular, pero aún quedaban muchos otros por ahí fuera de los que dar cuenta.

Lo que lo detuvo fue la imagen de otro ángel que volaba en las cercanías, aunque lejos del barrio que estaba tragándose el Ziz.

Ese otro ángel parecía una chica, y no se había percatado de la presencia de Erik.

La reconoció.

¿Qué hacía Séfora tan lejos de sus tropas, volando entre los edificios de Dis sin espada ni estandarte?

Pero sobre todo, ¿quién era aquel efebo de porte regio, rubio y con dos muñones donde debió tener alas, que la esperaba pacientemente sobre el tejado de una torre?

LA BATALLA FINAL (CONCLUSIÓN)

Estaba esperándola en la atalaya, tal como prometió.

Ese era uno de los rasgos de carácter de Satanás que le distinguía tan remarcadamente de sus lacayos: su tendencia a cumplir las promesas, los pactos, bajo cualquier circunstancia. Los humanos habían conocido muy pronto este rasgo del Mal, y lo reflejaban en mil historias sobre los pactos hechos con el Diablo, donde siempre había un contrato de por medio y ambas partes estaban obligadas a cumplirlo.

Otra cosa era que el contratante se dignase a discutir la letra pequeña.

Séfora aterrizó en la cima de la torre, a pocos pasos de Lucifer. Miró a la mole del Ziz, planeando sobre sus cabezas, lanzando dentelladas a la urbe, y se extrañó.

—¿Qué está buscando?

—A mí —dijo el Diablo—. Pero tranquila, he levantado una barrera mística de no detección. Por el momento estamos a salvo, aunque no creo que dure mucho.

—¿Harás lo convenido?

Satanás le dirigió una sonrisa que le puso los pelos de punta. Con voz afable, respondió:

—Aún no tengo claros los motivos de todas estas acciones.

Séfora se sorprendió.

—¿Por qué dices eso? ¡Estamos luchando por lo que nos queda! Aunque sea muy poco...

—Lo sé, lo sé, pero... si te soy sincero, no sé si será contraproducente desafiar al Ziz. Tal vez habría que dejarle ganar.

Esas palabras dejaron de piedra a Séfora. Durante todo aquel tiempo había pensado que Lucifer estaba de su parte, y que lucharía junto a ellos cuando

hiciera falta. Pero ahora, al plantear sus dudas sobre la lucha, estaba demostrando que sus verdaderas intenciones podrían ser muy diferentes.

Séfora se enfureció.

—¡Me lo prometiste! Tienes que cumplir tu parte aunque sólo sea por hacer honor a tu palabra. Tú nunca has faltado a eso, jamás en la historia de los Planos.

—Es verdad. Y la cumpliré, tranquila. Es sólo que me pregunto si estamos haciendo bien, si nos lo hemos pensado detenidamente.

—¿Pero qué rayos hay que pensar? Mira hacia arriba —un dedo se le disparó hacia lo alto—. ¿Ves esa cosa del tamaño de un planeta? ¡Quiere matarnos a todos, y sobre todo a ti!

Séfora iba a seguir argumentando, cuando se dio cuenta.

De eso era precisamente de lo que hablaba el Diablo. De los costes de sobrevivir. De la necesidad de ello.

De las alternativas.

—Quieres morir... —entendió, asombrada.

Satanás no contestó. Hizo unos gestos en el aire con los dedos, como pulsando teclas.

—Echo de menos mi piano —confesó—. Estaba en una de aquellas torres. Fue el mismo instrumento que tocó Paderewski antes de morir. Podría recomponerlo usando magia, pero no sería lo mismo. La obra original se ha roto. Lo demás es pura entropía revertida.

—¿Por qué quieres morir? —insistió Séfora. Las explosiones se sucedían de fondo, cada vez más violentas. Maldita sea, era muy mal momento para ponerse a filosofar—. ¿Es que ya no te importa nada?

El Diablo soltó una risita simpática.

—Cuántas contradicciones hay en esa simple frase. ¿Que si me importa algo? No lo sé, esa es la verdad. Cuando tienes muchos milenios para depurar tu pieza de música favorita, y sabes que por muchos milenios más que sigas practicando ya no la vas a poder mejorar... algo cambia en tu cabeza. Puedes sentir el instante exacto en que cruzas la línea sin retorno, y recordarlo para siempre. Dejas de tener un objetivo, de creerte tan importante. Empiezas a frustrarte y a comunicar ese rencor a tus hijos. Supongo que la gente teme al Infierno no por lo que es, sino por aquello en lo que jamás podrá convertirse.

—No lo entiendo...

—Yo antes tenía una aspiración, ser perfecto. Pero Él me la arrebató. —La melodía que tocaban sus dedos se volvió imaginariamente más descompasada—. Me quitó lo único que me mantenía vivo, lo que me definió

cuando nació: el orgullo. La alegría de ser como soy y de vivir para compartirlo. Y me desterró. Eso jamás se lo perdonaré. —Miró al Ziz. De repente, para los dos, el descomunal pájaro se había convertido en una metáfora—. ¿Sabes por qué estamos aquí, por qué seguimos vivos? Porque Él sabía que yo sería el último ser en la Creación que me resistiría a mi destino. Que me negaría a aceptar la última orden. Estoy seguro de que se siente muy orgulloso de mí.

—Aún podemos cambiar las tornas —opinó Séfora, aunque en el fondo no estaba tan convencida—. Podemos luchar. Hacernos valer.

—¿Para qué? Eso ya se intentó una vez, hace mucho tiempo. Y no funcionó.

—Lo intentasteis vosotros, no yo.

A Satanás se le iluminó la cara al oír esas palabras. Por primera vez miró al ángel con un destello diferente en los ojos, algo parecido al... respeto.

—¡Soberbia! Mi pecado capital favorito. Excelente.

—Prefiero tener soberbia, como tú la llamas (aunque para mí no es más que confiar en mis propias posibilidades) que esperar a que un pájaro asqueroso se me trague de un bocado. Ahora bien, no espero a estas alturas que... pero... ¿pero qué demonios...? —se cortó en seco.

Miró asombrada a las alturas, viendo aterrizar a Erik. El recién llegado se posó a su derecha, observando con recelo a Satanás.

—¿Este pavo es quien creo que es? —preguntó Erik.

Séfora lo miraba de hito en hito.

—¡Erik! ¿Qué estás haciendo aquí, por qué no estás abajo, luchando?

—Acabo de despachar a nuestro querido amigo Abaddón. Era un traidor, ¡sorpresa!

—Ah, el bueno de Abaddón —sonrió el Diablo, como si recordase a un viejo amigo—. Estaba convencido de que ocupaba un puesto de importancia en mi Hueste, pero en realidad lo creé aquel día, cuando Moisés suplicó venganza para sus enemigos. Le modelé del mismo barro impuro de Egipto. Tenía muchas ganas de explorar las posibilidades de esas diez plagas, y de ver cómo el bueno del egipcio se orinaba de miedo. —Lanzó una carcajada, pero la cortó en seco—. Por cierto, mi campo de invisibilidad ya no nos cubre. Estaba pensado para dos y somos tres.

Séfora se asustó.

—¿¡Cómo!?

El Diablo sonrió, juguetón.

—Creo que es hora de poner en marcha tu plan, Séfora. Vamos a ver qué tal se nos da cazar pájaros, aunque en fondo no sirva para nada.

—Viva el optimismo... —gruñó Erik, y se lanzó a volar detrás de los otros dos.

Tres figuras, dos pares de alas, una que volaba envuelta en una especie de cometa ígneo. Tres puntos brillantes, dos plateados y uno bermellón, cuyo camino se subrayaba en el aire con sendas estelas de luz.

Los tres volaron a gran velocidad en la misma dirección hacia la que se estaban desplazando lentamente los ejércitos: hacia la mano del cuerpo de Lucifer, donde se elevaban los Palacios Negros.

El pájaro clavó sus ojos fríos, aquellos orbes sin apenas vida, en las estelas que huían de la ciudad. Y supo quién era el que dejaba la más intensa: el señor de aquella tierra baldía, el ser que había venido a matar.

Así que con un prodigioso batir de alas se quedó un momento suspendido sobre la urbe, esquivó a los Arcángeles y demonios mayores como si no existieran, y se lanzó en persecución de los tres fugitivos, lanzándoles un apocalíptico graznido de advertencia.

Erik miró por encima del hombro y vio al pájaro que se les aproximaba como un heraldo del infortunio. Era como ver un acorazado gigante que se abalanzaba sobre ellos a una velocidad que no casaba con la lógica de su tamaño. Pero allí estaba, moviéndose si cabe más rápido que ellos, haciéndose más y más grande conforme recortaba distancias.

Su boca de esturión era un agujero negro que se dilataba cada vez más, tragándose todo lo que osaba interponerse.

—¡Espero que tengáis algún plan, y que sea bueno! —gritó, batiendo sus alas frenéticamente.

Séfora y Satanás no contestaron: seguían volando en línea recta, la vista siempre en el frente, concentrados en lo que estaban haciendo... fuera lo que fuese. Erik confiaba en Séfora, sabía que ella no arriesgaría tanto por nada. Seguro que tenía un plan, por muy arriesgado que fuese.

¿Pero cómo confiar en el otro, siendo como era el Príncipe de las Mentiras?

¿Y si los estaba llevando a una trampa, a un final trágico donde él mismo se inmolaría sólo porque quedaría gracioso hacerlo?

Fiarte del Diablo para llevar a cabo tus planes. Menuda estupidez.

Hubo un momento en el que la grandiosa batalla se transformó como por arte de magia en una gran carrera. Todos corrían hacia el sur, sobre el brazo de Satanás, rumbo a la lejana palma de su mano.

Los ejércitos huían mientras intentaban mantener ocupados a los vástagos del Ziz. Los ángeles apoyaban desde el cielo los ataques de los demonios con sus espadas y lanzas de luz. Los Arcángeles perseguían a la Bestia intentando retrasarla mientras ésta volaba en pos de Lucifer.

Y todos, en masa, sobrevolaron los campos de cariátides y se acercaron a los Palacios Negros.

Era la primera vez que Erik los veía, y le impresionó esa fealdad mezclada con majestad catedralicia. Parecían espinas de piedra que surgieran de la palma de la mano, brotando incluso de los enormes dedos que se difuminaban en la distancia.

De hecho, visto desde muy, muy lejos (a escala de leviatanes) daba la impresión de que a la mano del Diablo le habían crecido...

Agujas.

Espinas.

Puñales.

Puñales enormes con forma de palacios.

Erik abrió mucho los ojos, entendiendo el plan de Séfora.

¡Sí, podría funcionar! Pero primero habría que conseguir que... y luego que... y después...

Tragó saliva.

Demasiadas variables. Y el Ziz no se iba a estar quietecito en el centro de la enorme mano a menos que el objetivo que estaba persiguiendo también lo hiciera.

Pero eso significaría la muerte para él.

No, Satanás podía ser malvado, pero no era en modo alguno un estúpido.

Séfora guió el descenso, dirigiéndose a un espacio vacío que quedaba entre los palacios, un lugar donde aparentemente no había nada. Se quedó flotando en el aire, realmente agotada por el cansancio de los combates y los vuelos supersónicos, mientras Lucifer, tranquilo y reposado, flotaba a su derecha.

—Hemos llegado al final —dijo, como si nada de lo que estaba pasando fuera con él. La mole del Ziz cogió altura y emprendió un largo picado, ganando velocidad, echándoseles encima como un planeta loco y furioso.

Sólo tenían segundos antes de que el monstruo se los llevara por delante, a ellos y a la llanura y a los Palacios Negros.

Pero en esos pocos instantes, como bien sabía Erik por combates anteriores, podían pasar muchas cosas.

Séfora contestó con un asentimiento de cabeza a la frase de Lucifer.

—Sí, con esto acaba todo. Pero puede acabar de dos maneras distintas. Si tú no colaboras...

—Oh, lo haré, sólo por ver frustrados Sus planes. Por gastarle la última broma pesada al cosmos. Sé que no es mucho, pero al menos puedo intentar fastidiarle un poquito más antes de irme para siempre.

Séfora sacudió la cabeza, entristecida. Decepcionada, tal vez.

—No comprendo cómo le tienes tanto odio. Al fin y al cabo, Yahvé es tu padre.

Lucifer asintió. Esa era una verdad irrefutable.

—Eso es lo que hace aún más doloroso el castigo que me infligió.

—Si te lo encontrases de nuevo, al final de todo... ¿le darías otra oportunidad?

—¿Me la daría Él a mí?

Séfora se encogió de hombros.

El Diablo también. Y justo después elevó el brazo en dirección al Ziz.

Lo que ocurrió a continuación fue digno de entrar en los anales de la historia de Cielo e Infierno, por si no fuera poco lo que había rubricado sus páginas en los días precedentes. Pero de todas las maravillas que había presenciado, cuyo recuerdo le acompañaría hasta el final de sus días, esto fue lo que más impresionó a Erik. El cuerpo titánico de Lucifer, el mismísimo Infierno, mimetizó el gesto de su amo.

Éste elevó el brazo, y cerró lentamente su mano formando una garra.

El Infierno entero también elevó el mismo brazo, y también cerró la misma mano (la mano festoneada de palacios, de puñales, de cuchillos gigantes)...

Y esa mano titánica se cerró en torno al Ziz.

El pájaro rugió de furia al verse atrapado en el centro de aquella jaula hecha de dedos descomunales, dedos que llegaban desde el horizonte, que se curvaban sobre él formando los barrotes de una cárcel cósmica.

Y cuando la mano atrapó al Ziz, los palacios se le clavaron en la carne, hundiéndose profundamente, atravesándole con cientos de agujas afiladas. Apuñalándolo con toda la rabia de su marionetista.

Erik y Séfora se encontraron dando tumbos en medio del huracán que de repente se formó en la palma de aquella mano; un huracán hijo del viento que

provocaban aquellas alas, hijo del grito de dolor extremo de la Bestia, hijo de la maldad de Lucifer.

—¡¡Erik, ahora!! —gritó Séfora.

Erik, una minúscula y endeble canica en la tempestad, fue despedido con violencia lejos del pájaro, voló y voló dando vueltas históricamente sin saber dónde acabaría ese vuelo, si sobreviviría a tanta hecatombe. Era una hormiga zarandeada por una galerna de ira celestial, una molécula de carne. Sin embargo, luchó con todas sus fuerzas para estabilizarse, y en el único segundo (si es que llegó a abarcar todo un segundo ese mínimo instante) en que fijó su vista claramente en la cabeza del titán... Le arrojó su espada-reliquia, con un grito de venganza que exhaló a pleno pulmón.

La espada giró y giró, aparentemente inmune al fragor de los vientos. Una hoja giratoria, un cuchillo que cortaba el éter, una promesa de muerte rumbo a la cabeza del monstruo.

Y se clavó exactamente entre sus ojos, hundiéndose en la carne, hiriendo de muerte a una Bestia ya vencida por los gigantescos puñales que le atravesaban el vientre.

Erik perdió a Séfora de vista, y lo último que supo antes de desmayarse fue que el Ziz estaba deshaciéndose en una onda de energía similar a que la que provocó su hermano menor, en Venecia, cuando él lo mató.

El pájaro se cuarteó en un mosaico de luces, que se expandió a partir de la espada clavada en su frente y explotó en una supernova que arrasó con todo: con los palacios, los ejércitos, los bosques de estacas clavadas en los campos, los pozos de infortunio, las celdas de demonios torturados, lo poco que quedaba en pie de Dis...

Con el Infierno mismo.

El ángel no supo qué fue de Lucifer. Ni de Séfora. Ni de Mauro. Sólo vio un violentísimo estallido de luz, como un nuevo Big Bang, y una onda de choque que lo consumía todo.

Después sólo quedó...

... el silencio.

ÉXODO

Flotando.

En medio de la nada.

No, de la nada no. Había algo. Algo quedaba allí después del Maelström. Una pequeñísima partícula que desafiaba al gran concepto de la Nada.

Quedaba él. Estaba vivo, preguntándose qué había pasado. Si sería el único. Lo único que quedaba en el universo. Ya era algo.

Erik abrió los ojos. Sentía sus miembros colgar en gravedad cero, ejecutando una relajada danza sin música. Brazos, piernas, cabeza, alas... todo flotaba, inerte. Colgando del vacío.

Entonces el ángel volvió a la vida. Giró sobre sí mismo, aterrado, buscando desesperadamente con la vista algo más que hubiese quedado tras la explosión. Y sí, había más cosas, pero no eran más que vestigios.

Parecía encontrarse flotando en medio de un inmenso campo de asteroides, que no eran (dedujo) más que los restos del cuerpo original de Satanás, que había sido desmenuzado y reducido a una parsimoniosa nube de corpúsculos.

Se asustó, preguntándose cómo era posible que sólo él hubiese quedado entero de todos los ángeles y todos los demonios. Pero entonces vio otro cuerpo que también vagaba entre los asteroides. Un cuerpo con alas blancas.

Se acercó a ella. Era Séfora, y cuando él la tomó en sus brazos volvió a la vida.

—¿E... Erik? —susurró, espabilándose. Tenía sangre manchando su frente—. ¿Qué ha ocurrido? ¿El Ziz...?

—Ese maldito pajarraco explotó —resumió el muchacho, al tiempo que exhalaba un largo suspiro de alivio al ver que no estaba solo, que al menos

había sobrevivido alguien más—. Fue tremendo, un estallido que dejaba Hiroshima a la altura de un petardo. Creo que somos los únicos que... ¡no, espera, mira allí!

Séfora se separó de sus brazos, volando a su libre albedrío, y se aproximó a un núcleo de seres que también volvían en sí en ese preciso instante. Eran una docena de ángeles y demonios, flotando juntos en el vacío como un planetoide de carne. Y más allá había otros, tumbados sobre los propios asteroides. Y por el otro lado más supervivientes aún.

Erik se alegró muchísimo al comprobar que había sobrevivido en realidad una verdadera muchedumbre, tanto de ángeles como de demonios, solo que estaban muy desperdigados. En cuanto todos se percataron de la presencia de los demás volaron a reunirse en un punto común, donde Séfora les llamaba.

—¿Cómo es posible este milagro? —preguntó Erik—. ¿No se supone que esa onda de energía devastadora tendría que habernos...?

—¿Volatilizado? —completó una voz conocida. Era Mauro.

Los tres se abrazaron.

—¡Pringado! ¡Estás bien! —constató Erik, con lágrimas en los ojos.

—Eso parece... Espera, ¿son lágrimas eso que veo? —sonrió Mauro.

Erik se frotó los ojos, carraspeando.

—Ejem, no, debe... debe haberseme metido un trocito de asteroide de esos. Enseguida estaré bien.

—Ya, claro.

Séfora intervino:

—Yo también me lo estaba preguntando: si el Ziz guardaba la energía del Segundo Diluvio, ¿por qué no nos barrió a todos, igual que al Infierno?

—Porque era un Verbo distinto, una palabra de poder que no iba dirigida a nosotros —dijo alguien más que se sumó al grupo.

Al verlo, tanto demonios como ángeles retrocedieron, abriendo un hueco a su alrededor.

Era Lucifer, que se acercaba caminando por el vacío como si hubiese un suelo bajo sus pies. A su lado estaba Rafael. Todos formaron un pequeño corro en el centro de la nube de supervivientes: el antiguo rey del Infierno, Séfora, Mauro, Erik y el Arcángel.

—¿Un Verbo? —preguntó Séfora.

—«Y Dios pronunció dos palabras en el fin de los tiempos: Una extinguió a sus criaturas, y otra sus santuarios, para no dejar constancia de nada que hubiese ocurrido allí en el pasado». Tábula rasa —explicó el destronado Satanás—. Primero acabó con cuantos de nosotros pudo. Y después destruyó

nuestros santuarios, es decir, Cielo e Infierno, para que no tuviéramos un hogar al que volver.

—O sea, que el Ziz no venía para destruir demonios o ángeles, sino al Infierno en sí mismo...

Satanás soltó una carcajada.

—Si hubiera podido hacerme lo mismo a mí, os aseguro que lo habría hecho. Pero por fortuna fuimos más listos que él. Gracias a tu plan, Séfora.

El ángel se ruborizó. No sabía si sentirse orgullosa o increíblemente apenada porque el Diablo, nada menos, le estuviese dando las gracias por haberle salvado la vida. ¿En realidad eso era una victoria?

Era demasiado pronto para contestar a esa pregunta. Probablemente podría, con la perspectiva que da el tiempo... pero no ahora mismo.

Erik cruzó los brazos, aburrido.

—¿Y bien? ¿Qué va a pasar, ahora que ya no existen Cielo ni Infierno? ¿Adónde iremos?

Un pesado silencio siguió a esa pregunta. Era la que todos, absolutamente todos, se llevaban haciendo desde hacía mucho. Pero había llegado un momento en que ya no podían retrasada más.

Tenían que encontrar una respuesta.

—Lo he comprobado —intervino Rafael, el último de los Arcángeles. Todos los demás habían muerto en la batalla, así como la totalidad de los demonios mayores—. El Ziz destruyó en su vuelo hacia aquí todos los pasos entre dimensiones. Ya no podremos regresar al Plano Material nunca jamás... así que la Tierra está para siempre fuera de nuestro alcance.

Eso fue como un golpe en el estómago para Mauro y Erik. Ambos eran medio ángeles, pero todavía les gustaba considerarse un poquito más humanos. La noticia de que probablemente no verían jamás la Tierra de nuevo, ni a sus familiares o amigos, fue un golpe muy duro.

Séfora los abrazó.

—Sed fuertes —les pidió—. Pensad que al menos estamos vivos, que es mucho más de lo que yo misma esperaba,

—Sí, pero entonces... entonces... —empezó Erik, pero la voz se le quebró. Sus sueños de montar un negocio de surf en Malasia parecían más lejanos que nunca. Había algo aterrador en la idea de no volver a oír el sonido del mar de nuevo, en saber que nunca jamás sentiría la caricia de las olas o la espuma. En saber que nunca podría invitar a una chica a ver una película en el cine.

¿Seguro que habían vencido?

Mauro seguía taciturno, en silencio, pero su cara también lo decía todo. Un nombre se leía en sus labios como un destello de diamante: Rhea.

Entonces, un vigía dio una señal.

Alguien había visto algo, un ángel o demonio situado en la periferia del grupo, y estaba avisando a los demás.

Mil caras, hocicos y fauces se giraron a la vez en una misma dirección.

Algo se les acercaba desde la oscuridad, desde más allá de la nube de restos del Infierno.

Séfora se pellizcó a sí misma por si estaba soñando. Pero que la metiesen en un manicomio de esos tan horribles de la Tierra si aquello que veía no era...

Un barco.

Un bajel celeste que se les acercaba lentamente, bogando con serena majestuosidad en el éter y apartando con su quilla los asteroides,

No sólo para Erik y Mauro, sino para todos cuantos estaban mirando desde aquel lugar entre los universos, aquella fue una visión sobrecogedora. Algo completamente inesperado.

El bajel era enorme, bien podía tener el tamaño de una montaña o de una isla pequeña. Hecho de un material negro y brillante, lleno de detalles preciosos, una proa afilada daba paso a un casco voluptuoso que se alzaba con gracia hasta culminar en el yugo de popa, roto por varias hileras de ventanas. No poseía velas ni nada que lo impulsase, pero había una voluntad tras él, un corazón, que guiaba su lento periplo hacia la reunión de ángeles y demonios.

Todos permanecieron en silencio, atónitos. Sólo Rafael y Satanás eran lo suficientemente viejos, de entre todos los presentes, para reconocer la marca de fábrica de aquel navío.

—Vaya, vaya, así que aquella avispada joven lo consiguió —rió el Diablo—. Encontró el agujero en las reglas divinas por el que podremos escapar.

—La única forma de burlar al Verbo, porque el Verbo mismo contempla esta trampa —asintió Rafael.

—Y seguro que tú tuviste algo que ver —gruñó Séfora.

Satanás se encogió de hombros.

—Bueno, admito que le di el primer empujoncito. Pero la que hizo el viaje fue ella. Y te confieso que no estaba del todo seguro de si podría moverla de su sitio o no...

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Mauro, aturdido—. ¿Qué demonios es eso?

—El Arca de Noé —aclaró Rafael, con una amplia sonrisa.

Todos permanecieron callados, admirando la magnificencia del bajel mientras se les acercaba. La proa pasó junto a ellos como una lluvia lenta de campanarios de catedrales (puestos en posición horizontal), y luego siguió el resto del casco, plagado de estatuas barrocas y excesos rococó que narraban historias. Al final de todo apareció algo que recordaba a una puerta, con una balconada, y asomada a ella...

Erik y Mauro soltaron un grito de triunfo.

Tanya les saludó, eufórica, y en cuanto la baleonada alcanzó al grupo de ángeles hizo un gesto con una especie de báculo. El ciclópeo bajel se detuvo.

Tanya dejó el báculo en manos de un anciano que viajaba junto a ella, un humano que parecía tan asustado y empequeñecido por la escala como los propios espectadores, y bajó volando a abrazar primero a Séfora, luego a Mauro y por último a Erik.

Con lágrimas en los ojos, exclamó:

—¡Chicos, qué alegría veros! ¡No sabéis lo que me ha costado encontraros! —Luego puso cara de espanto al reconocer a Lucifer (se acordaba de él de su inolvidable encuentro en Sodoma), pero se relajó al ver los rostros tranquilos de los demás. Admitían su presencia allí como si fuera lo más normal del mundo, lo cual, aunque no era ninguna garantía de que no fuera una trampa, la tranquilizó un poco.

—¡Tanya! —Los ojos de Mauro no cabían en sus órbitas—. ¡Preciosa, lo conseguiste! ¿Es... es esto... lo que parece?

—Eso y mucho más —asintió ella—. Y todo se lo debo a Esaú, que me puso en la pista correcta. ¡Encontré el Arca! Y creedme, es más difícil de aparcar que el coche de mi padre.

Lucifer y Rafael cruzaron una mirada ante ese comentario, el primero de picardía, el segundo de reproche. Nadie más se dio cuenta.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, cariño? —preguntó Séfora, abrazando con auténtico amor a su pupila.

—Uf, déjame respirar —sonrió Tanya—. Pues fue fácil, una vez encontramos la manera de arrancar el motor de este trasto, ¿verdad, Almo?

El anciano que esperaba en la balconada asintió, otra vez de rodillas y perdido en salmodias y letanías de arrepentimiento, humillación y perdón al reconocer a algunos de los insignes y la importancia que tenían dentro de su credo.

—El bastón de Noé era la clave. Es una especie de llave maestra... o de mando a distancia, con el que se gobierna el Arca —continuó Tanya—. Es relativamente fácil de manejar, una vez le pillas el truco.

—¿Pero cómo cruzaste entre las realidades, muchacha?

—Yo no lo hice, el Arca sabía el camino. Me limité a darle una sola orden: Encuentra a mis amigos. Y el trasto se puso en marcha. Es lo único que sé.

Rafael se acercó y tocó con reverencia el casco de la nave. Sonreía con la felicidad de un artista que experimenta por vez primera el contacto con un sueño imaginado hacía mucho.

—El Arca... hace tanto tiempo que ya la había olvidado.

—Yo no —se adelantó Lucifer—. Siempre fue mi último as en la manga. Sabía que tenía que conservarla intacta, durante todos estos eones, porque algún día nos sería útil.

—¿Que tenías que...? Explícate, por favor.

Satanás imitó el gesto del Arcángel, acariciando también la superficie rugosa del bajel. No daba la impresión de ser un artista, como Rafael, sino más bien un capitán Nemo que gozara por última vez de la belleza de su obra maestra, antes de hundirse con ella.

—Cuando el Arca encalló en Ararat, su papel en la Historia del mundo acabó. Ya había cumplido su función principal y Yahvé la abandonó a su suerte. Pero yo la conservé, encerrándola en un semiplano aislado del mundo material. Usé a mi súbdito Esaú para poner a esta avispada joven sobre la pista porque sabía que sólo alguien que tuviera el poder de los ángeles pero a la vez la mancha de la humanidad en su naturaleza podría activarla de nuevo. La estirpe de Noé la vigilaría hasta sus últimos descendientes, y unos le legarían a otros el estigma del álgebra de funcionamiento, la fórmula matemática que podría arriar las invisibles velas del Arca.

Tanya tembló ante la sorpresa (y la indignación) al enterarse de que Esaú era «súbdito» del Demonio. Pero no dijo nada. No le tocaba a ella hablar ahora, aunque se apuntó mentalmente la tarea de hacerle una visita al líder de los misfits si alguna vez regresaba a la Tierra, para tener una laaaaaarga y reposada charla con él.

—El Arca es la clave, la única manera de burlar la orden divina de exterminio. La trampa que Yahvé colocó en su propio designio de destrucción —dijo Rafael.

—Ahora lo entiendo —musitó Séfora, fascinada—. El Arca fue lo único que sobrevivió al primer Diluvio. Por lógica, era lo único que podía sobrevivir al segundo...

Entonces miró a la masa de supervivientes, y lo entendió. Supo por qué todos parecían distintos, por qué no había allí más de dos o tres demonios de

la misma clase o ángeles de diferente naturaleza.

Sólo había sobrevivido un puñado de cada especie. Una muestra de control.

Es decir, lo que el Arca admitía como pasajeros.

—Una pareja de cada especie... —susurró Mauro.

—Cuando Dios decidió hacer tábula rasa con la Creación, creó un bajel donde guardó una copia de todo para que su recuerdo no se perdiera —recordó Rafael, adoptando una forma humana distinta, esta vez de muchacho rubio y alto de pelo rizado, con ojos muy viejos pero sin sombra de barba en el mentón—. Acabamos de ser testigos de lo mismo. Otro Diluvio, otra Arca. Una nueva esperanza.

—En efecto —convino Lucifer—. Pero en esta ocasión nos toca a nosotros subir a bordo. Para navegar lejos, muy lejos de esta locura de Creación que ya se está empezando a rehacer a sí misma.

Erik sacudió la cabeza, aturullado por tanto razonamiento grandioso y megalomaniaco.

—A ver si lo entiendo... ¿el Arca va a llevarse a todos los ángeles y demonios supervivientes a otra realidad?

—Así es —asintió Rafael—. Es nuestra única posibilidad de sobrevivir. Nos iremos lejos, muy lejos, para siempre jamás. Como Él quiso que ocurriera.

—Pero esto no es todo, me temo... —dijo Tanya en un hilo de voz.

Todas las cabezas se volvieron en su dirección.

—¿A qué te refieres? —preguntó Séfora.

Tanya tragó saliva. Estaba nerviosa con tantos ojos inquisitivos puestos sobre ella. Por un momento le pareció estar de vuelta en el lugar y el momento donde todo comenzó, con aquel lejano concurso de talentos entre institutos, y la pregunta con trampa que encerraba el secreto del éxito.

—¿Qué quieres decir con que esto no es todo, niña? —preguntó Lucifer, mirándola con aquellos ojos que eran el epítome de lo bello y lo simétrico en un ser humano.

Ella se ruborizó, y le hizo una señal a Almodad para que le lanzara el báculo.

La madera voló por el vacío sin gravedad hasta que encontró su mano, y entonces ocurrió algo prodigioso.

La panza del Arca se abrió.

Todos los presentes retrocedieron aleteando en el vacío, asustados. Todos, menos los tres Niños Perdidos, que permanecieron allí como si tuvieran todo

el derecho del mundo a protagonizar el nuevo milagro. O más bien...

Como si aquel fuera de verdad su momento. El momento de hacer realidad una antigua profecía.

Séfora contempló abrumada cómo del interior del Arca se derramaba una bellísima luz, por cuyo interior navegaban miles de papiros escritos con tinta como bandadas de aves ejecutando una antigua danza. Tres de aquellos papiros, los únicos que estaban en blanco, se separaron de los demás y quedaron inmóviles enfrente de los muchachos.

Tanya, Erik y Mauro eran siluetas delante de pantallas tan blancas que herían la vista. Un viento que no procedía de ninguna parte flameaba en sus cabellos. Era una imagen sublime, que hizo llorar incluso a la esbelta y aguerrida Séfora.

Tanya se volvió hacia Erik, que ocupaba el lugar central, y le dijo:

—Este es el secreto que ocultaba el corazón del Arca. En ella estaban guardados todos los conocimientos universales, menos uno. El secreto de su Creador.

Erik parpadeó.

—¿Cómo dices...?

Tanya formó un pequeño corro entre ella y sus dos amigos. Sus siguientes palabras fueron sólo para ellos.

—Este es el momento decisivo, chicos. El momento de decir adiós para siempre a nuestro legado de ángeles y volver a ser humanos de nuevo... o de trascender a un nivel muy, muy superior.

—¿A qué te refieres? —preguntó Mauro—. ¿Quieres decir... que podemos trascender o volver atrás, al principio? ¿No estábamos obligados por la profecía a tomar una decisión concreta...?

Tanya sacudió la cabeza.

—No. En eso se basa todo, en el libre albedrío. Es la base del complejo dogma de Yahvé. Ni siquiera ahora que nos encontramos en la encrucijada definitiva del destino, estamos obligados a hacer nada. Podemos elegir.

—Pero espera... —preguntó Erik—. ¿Qué elección nos estás planteando? ¿Qué significan esos papiros?

—Ahí es donde debería estar escrito el código fuente de Dios, pero no lo está... porque no lo escribió —sonrió Tanya—. Veréis, cuando Lucifer y los otros rebeldes mataron... matamos el cuerpo físico de Yahvé, hace eones, fue el propio Dios quien lo permitió. Es la regla del libre albedrío llevada hasta el límite: si sus criaturas habían elegido vivir sin Él, sin Su tutela cósmica, y Yahvé no quería violar Su principal principio filosófico, tenía que dejarles

ganar. ¿Lo entendéis? ¡No podía usar Su poder para sofocar la rebelión y aplastar a los insurrectos, porque implicaría pervertir Su propio designio!

—Entonces... ¿Lucifer triunfó? —preguntó Mauro.

Tanya movió asertivamente la cabeza.

—En principio sí. O eso creyó. Pero el universo tenía que continuar de alguna manera, y por eso, al desaparecer Yahvé, sus hijos tuvieron que ocupar los puestos clave de la Creación: reyes del Cielo, con el Metatrón; reyes del Infierno, con Satanás... y custodios del ciclo que siempre se repite, con nosotros. Los Niños Perdidos.

—Pero sigo sin entender a qué vienen estos papeles en blanco.

Tanya se volvió hacia los papiros, que temblaban presos de olas de alta energía, olas que ella podía controlar con el báculo.

—Estos tres espacios están aquí para recuperar lo perdido —dijo en voz muy alta para que todos pudieran escuchada, hasta el más lejano de los espectadores—. Yahvé, antes de morir, quiso que portásemos Su firma genética. La tatuó en el legado cuántico de los tres seres que en aquel momento tenía más cerca, es decir, nosotros. Somos los que portamos el ADN de Dios.

La revelación dejó estupefactos no sólo a sus compañeros, sino a todos los que escuchaban sin perder detalle.

Séfora se les acercó.

—Entonces, si eso es cierto, Tanya... esos tres papiros...

—Llevan milenios esperando que se cumpla la profecía, es decir: Que el antiguo paradigma de Cielo e Infierno deje de funcionar para que la rueda del destino pueda comenzar un nuevo ciclo. Yahvé lo dejó todo preparado: la física cuidaría del universo, haciéndolo progresar de manera ordenada mientras Él no estaba. Y los antiguos Leviatanes estarían allí, durmiendo, hasta que la misma guerra entre el bien y el mal generase la suficiente energía residual como para despertarlos. Entonces asistiríamos al último acto de este drama.

—¿Y dónde has aprendido tú todo eso?

Tanya encogió los hombros.

—No le dan el carnet de conductora del Arca a cualquiera, ¿sabes? ¡Son las oposiciones más duras de la Historia! —sonrió—. Bromas aparte, todo esto lo he aprendido del propio archivo infinito del Arca. El bastón de Noé es el mando a distancia más poderoso que existe, y permite enlazar tu cerebro con ciertos conocimientos básicos, no sólo con la forma de pilotar este trasto.

Es un poco como en *Matrix*, pero accediendo exclusivamente a los datos que conocía el propio Noé, y a través de su descendencia, también Almodad.

—¿Y qué va a pasar ahora? —preguntó Rafael. Incluso a él, como Arcángel, se le escapaban las implicaciones de lo que estaba ocurriendo. El futuro, tan planificado desde siempre, acababa de convertirse en un cenagal laberíntico donde muy fácilmente podían perderse.

Tanya miró con seriedad a sus amigos.

—Debemos elegir. Esos tres papiros son como las cachés de memoria de un ordenador. Están esperando a que liberemos la carga genética de Yahvé que llevamos dentro. Pero cuando lo hagamos, ya no habrá vuelta atrás. Cambiaremos sin remedio, y ya no seremos más Tanya, ni Mauro ni Erik, sino... otra cosa.

—Antes hablaste de una elección —terció Mauro, asustado—. Evolucionar o no evolucionar. ¿De qué clase de cambio se trata?

—Los papiros del Arca sólo pueden contener información sobre cosas que pueden existir realmente en este universo. Eso significa que si escribimos ahí la palabra «Yahvé» —señaló las páginas blancas—, a Yahvé no le quedará más remedio que existir de nuevo. Será, o lo seremos, si es que es esa nuestra decisión.

—¿Estás hablando... de convertirnos en Dios? —balbució Erik. En realidad no era una pregunta, sino la expresión máxima de un temor.

Tanya asintió, lentamente.

—Hablo de una elección. Del libre albedrío llevado a sus últimas consecuencias, como le gustaba a Él. Piénsalo, Erik: por eso pudiste hacer tuya la reliquia de Gan como tu espada-signo. ¿Quién más habría podido reclamar como suya esa espada sino alguien que poseyera la sangre de su Creador? ¡A Esaú ni siquiera le dejó tocada!

—Lo que estáis diciendo es... increíble. Aunque tiene cierta lógica, a la luz de los acontecimientos. Pero cuidado, una elección así significaría que lo dejaréis todo atrás —intervino Rafael. Satanás guardaba un discreto silencio a su lado, aunque se le notaba en los ojos que estaba cavilando profundamente—. Dejaréis para siempre de ser humanos para trascender a un estado superior.

—¿Pero tenemos que hacerlo los tres? —preguntó Mauro—. Yo... yo no sé si estoy dispuesto a dar ese paso. Y si nadie me obliga...

—Estoy de acuerdo —dijo Tanya—. Desde que descubrí la verdad he estado meditando sobre las posibilidades, pero por muy tentadora que sea la idea de ascender a la divinidad... creo que paso. Me quedan muchas

experiencias por vivir como mujer antes de lanzarme a la piscina de la Eternidad. Quiero tener hijos algún día y disfrutarlos como una verdadera madre humana, no como una diosa. Quiero saber qué se siente.

—¿Y tú, Erik?

Cuando las miradas se concentraron en él, el joven dibujó una sonrisa traviesa.

—Bueno, a mí, la verdad es que la idea me tienta, si os soy sincero —confesó, sintiéndose a la vez culpable y orgulloso—. Durante toda mi vida he luchado por ser más de lo que soy, por... no sé, «trascender», como tú lo llamas. Siempre he corrido hacia delante más rápido que la vida, para que no me cogieran desprevenido. Ahora llega esta oportunidad de dar el salto supremo y... no sé, es muy tentadora.

—Yo sé bastante sobre eso —susurró Lucifer, con una sonrisa.

—Creo que voy a aceptar —decidió Erik, las mejillas despidiendo un intenso fulgor rojo por la excitación de lo que estaba a punto de hacer—. Me convertiré con mucho gusto en Dios, si es que... a vosotros no os importa, claro. Prefiero tomar las riendas de la Creación de ahora en adelante que volver a dejarlas en manos de ese irresponsable de Yahvé. Supongo que estaréis de acuerdo conmigo.

Tanya y Mauro se miraron. Soltaron una carcajada.

—Quién lo iba a decir, Erik —Tanya se secó las lágrimas de los ojos con la manga—. Quién lo iba a decir...

EL DÍA DESPUÉS

Al principio fue la oscuridad.

Y de la oscuridad surgió el Verbo, y creó la luz.

Y el Verbo se llamaba Erik.

Y cuando el nuevo Dios miró a la Eternidad y ésta le devolvió la mirada, pronunció unas históricas palabras:

—¡Esto es un muermo!

Si en todo el planeta Tierra había un lugar que las Lolitas consideraran una especie de santuario para su estilo de vida, ése era el puente Harajuku, en Tokio, y los alrededores de la estación del mismo nombre por donde pasaba la famosa línea Yamanote.

Allí no se daban cita sólo ellas, por supuesto, sino una amplísima variedad de subculturas urbanas que iban desde la moda hasta la música, pasando por la fotografía o los *performances* artísticos.

El puente era uno de los pocos lugares donde podían ser ellas mismas sin suscitar miradas reprobatorias de nadie. El lugar donde nacían los estilos y las modas del futuro, donde las nuevas generaciones decidían el aspecto de los días que estaban por venir.

Tanya se encontraba entre bambalinas en una especie de escenario que una compañía de actores había montado en el centro mismo del puente. Esa noche habría actuaciones con música en vivo, pase de modelos y muestras de lo último en moda japonesa. Y también habría un desfile de Lolitas, con las últimas tendencias del movimiento. Tanya no había querido perderselo, e incluso había convencido a su amiga Rain para que la acompañase a Japón y así mostrar en público sus nuevas ideas.

Rain estaba ayudándola a ceñirse el apretado corsé mientras lanzaba una serie de improperios por lo bajo.

—Tía, cómo te han crecido las tetas, hay que ver —gruñó—. ¿Estás embarazada o qué?

—No, ay —se quejó Tanya, zarandeada de aquí para allá por los tirones que le daba su amiga. Otras chicas ya estaban vestidas con preciosos modelos de estilo Hime, Wa o Kuro, y paseaban nerviosas de aquí para allá alrededor de las occidentales, a las que no cesaban de mirar con una mezcla de diversión y extrañeza—. No lo creo, si supieras el tiempo que hace que no... en fin. Tendré que arreglado o me volveré loca.

—¿Has decidido volver con tu ex, o ya es agua pasada?

—Agua que movió molino y que ya desapareció. Estoy abierta a nuevas experiencias. Necesito conocer a gente nueva.

—Puede que aquí encontremos a alguien. ¿Has visto cómo nos miran esos chicos japoneses?

Tanya hizo un mohín.

—No sé por qué, pero la mayoría de ellos me parece que tienen cara de... hentai. No, antes de que me busques un nuevo novio, espérate a que todo esto pase y me tranquilice.

—Necesitas desahogarte, Tanya —diagnosticó su amiga—. No sé qué te habrá pasado en las últimas semanas pero estás muy tensa. Hasta te ha crecido el pecho.

El corsé encontró finalmente su lugar en el esquema de las cosas, y el vestido de Tanya estuvo completo. Bueno, sólo le faltaban las alas de mentira, pero para no arrugarlas se las pondría sólo cuando fuera a subir al escenario.

—¿Crees que las japonesas se enfadarán si mostramos un nuevo estilo Lolita inventado en Occidente?

Rain negó con la cabeza, repasando su propio traje.

—Estás preciosa, es lo único que cuenta. Verás cómo el ángel-Lolita pronto creará escuela, y todas saldrán a la calle con las alitas y los... oye, ¿por qué te has empeñado en incorporar al diseño del traje un espejito?

—Ejem. —Tanya no supo qué responder—. Caprichos.

—Por cierto, ¿al final has decidido ya qué vas a estudiar?

—Creo que me decantaré por Medicina o Enfermería. Alguien me dijo una vez que yo podía ser una buena sanadora.

—Me gusta. Realmente tienes alma de curandera —sonrió su amiga—. Eres muy buena persona, Tanya.

—Tú lo eres más, Rain. Nunca lo olvides, por muchos años que pasen.

—No digas tonterías, ¡nosotras nunca cambiaremos!

Tanya sonrió de medio lado.

—¿Te nos imaginas a las dos con setenta años y vestidas así?

—Dentro de setenta años todas las mujeres del mundo vestirán así, no tendremos que preocuparnos de nada.

—Podría ser...

Una dulcísima sonrisa se abrió paso por la cara de Tanya mientras acababa de vestirse. Sí, ojalá pudieran congelar ese momento para siempre. Si alguna vez alguien contaba su historia (¿no había mencionado alguien, en algún momento, que Isaac sería el evangelista personal de los Niños Perdidos? ¿Lo estaría haciendo ya?), tendría que recalcar que este momento, éste precisamente, era importante para toda la vida y la evolución posterior de esa chiquilla llamada Tanya Svarensko. Lolita, chica superdotada, vencedora en buena lid de concursos de estudiantes y salvadora del universo. Pero de todo ello, lo que más le importaba era el momento actual: el retorno triunfal a la normalidad, después de tantas aventuras.

Aún estaban frescos en su memoria los últimos acontecimientos en el Infierno, cuando Erik decidió aceptar su destino. ¡Quién lo iba a decir! Si al comienzo de aquella alocada historia alguien le hubiese dicho que todo iba a acabar así, con Erik ascendiendo a la Divinidad y Mauro volviendo a Crescent City en busca de Rhea, y ella en Japón en un pase de modelos... le habría tirado el dichoso espejito a la cabeza.

Sí, sin duda la realidad siempre superaba a la ficción.

Recordó el momento en que Erik se convirtió en Dios, escribiendo su nombre con la punta de la espada en el papiro (la hoja se había mellado al clavarse en la cabeza del Ziz, pero seguía entera, no hacía falta reforjarla de nuevo).

Fue una despedida, en realidad, y todos lo sabían. Tanya y Mauro derramaron lágrimas de tristeza porque comprendieron que nunca más iban a poder ver a su amigo, ni a Séfora, pero Erik trató de consolarles.

Y lo que es más, trató de ligar una última y desesperada vez con Tanya.

Resultaba curioso que esa fuera su primera decisión como Dios, intentar robarle un beso. Ya habían estado a punto de rozarse con los labios en la casa de Abram, en el pasado, pero no habían podido culminar el acto... por fortuna, según su criterio.

Pero Erik no se daba por satisfecho, y se lo volvió a pedir de nuevo.

—¡No puedo creer que me rechaces, tía! —se quejó—. ¡Mira, me he ganado a pulso el puesto de Dios, nada menos! ¿Qué otro novio vas a

encontrar por ahí que consiga algo más importante que esto? —preguntó al tiempo que creaba un arito de luz blanca sobre su cabeza—. ¡Venga, dile a tu ex que intente superarlo!

Tanya se rió con cariño, y depositó un suave beso... en su mejilla.

—No te ofendas, Dios, pero... no es que te esté faltando al respeto, ni mucho menos. Es, simplemente, que no me mereces —fue su respuesta.

Y ahí quedó todo.

Luego comenzó el Éxodo. Ángeles y demonios embarcaron en el Arca y Almodad se convirtió en su timonel. Cual arriesgado Caronte de una mitología equivocada, gobernaría la nave en su último viaje al infinito, a lugares jamás soñados por hombres o por ángeles, más allá de los Planos Superiores o Materiales, donde tal vez esas especies pudieran empezar de nuevo. Almodad la gobernaría usando el báculo de su antepasado... y rezaría por no encontrarse con un iceberg místico que diera al traste con la expedición a mitad de camino.

Pero no todo quedaba atado y bien atado con eso.

¿Y la tercera batalla? ¿Qué pasó al final con ella?

Tanya se había aprendido de memoria la profecía que anunció por primera vez Nínive:

«Se luchará tres veces, una en el mundo de los mortales, otra en la Isla de Luz, y otra en el Abismo. Del resultado de las tres batallas dependerá el futuro de todo lo creado».

Y tres batallas habían tenido lugar, en efecto. Era lo malo de las profecías, que muchas tendían a hacerse realidad, incluso las pesimistas.

Pero si algo había aprendido en su viaje a la mítica Sodoma era que esas tres luchas no serían físicas, sino espirituales. Tenían que ver con cuestiones irresueltas entre padres e hijos, como tanto le gustaba a Yahvé.

La primera había tenido lugar entre Mauro y el fantasma de su madre (¡la llama negra!), cuando la vil magia de Ta'ahm los obligó a enfrentarse a sus peores miedos.

En aquella ocasión triunfó Mauro, gracias a la virtud recién descubierta del perdón. Punto para la luz.

La segunda batalla tuvo lugar en el pasado remoto, entre otro padre y otro hijo enemistados por un concepto de fe: Abram e Isaac. Pero en esta ocasión Isaac no supo perdonar los pecados del padre, y condenó el alma de Abram a la eternidad entre las llamas del Infierno, para expiar su horrible pecado. Y ahí seguiría, de no ser porque el Ziz se encargó de destruir para siempre ese viejo sistema de castigos-por-méritos.

Punto, sin embargo, para la oscuridad.

Estaban empatados.

Pero entonces llegó la tercera de las batallas profetizadas, y sucedió justo al final, mientras los supervivientes estaban embarcando por la pasarela del Arca. Y nadie, ni siquiera Séfora, se habría podido imaginar quiénes iban a ser sus protagonistas.

Cuando Erik se invistió con el poder de Yahvé, y literalmente se convirtió en ÉL. alguien se le acercó humildemente para pedirle perdón.

Su hijo, el primero, el más bello de todos, el más amado por su padre antes que a ningún otro. El primero en traicionar ese gran amor.

Lucifer.

El Diablo se acercó al Dios-padre-Erik, y con lágrimas en los ojos, lágrimas auténticas y sinceras, le suplicó que le perdonara por haber atentando contra Su vida, y por haberle obligado a elegir entre romper Su promesa o someterse a la muerte eterna.

La decisión se prolongó unos tensos segundos, en lo que Erik se lo pensaba.

Dios le acabó perdonando.

Incluso le invitó a volver a casa.

A ser otra vez su hijo bienamado.

Y así se desequilibró la balanza, como estaba profetizado, y el culpable fue un Niño Perdido, que fue quien tomó la última decisión. Punto final para la luz, ¡bravo!

El equilibrio eterno entre el Bien y el Mal se había roto, sin que en el fondo le importara a nadie.

Luego todo se convirtió en un borrón difuso, mientras el cuerpo y la conciencia de Mauro y Tanya volvían a sus cuerpos terrenales...

Y Tanya despertó en casa de sus padres, creyendo que todo había sido un largo y barroco sueño.

Pero todo había sucedido de verdad. Ella lo sabía, en lo más profundo de su corazón.

Tanya no vio partir el Arca, ni lo que sucedió al final con Séfora. No vio a su antigua mentora subir tristemente por la pasarela del barco, creyendo que dejaba algo muy importante para ella atrás... cuando de repente se escuchó una voz. Una voz de mujer, tierna, amable, que ella conocía bien. Una voz que transmitía una sensación de sabiduría, de amistad.

De amor.

Y al volverse, vio a Nínive, convertida de nuevo en un ser de luz cuando la onda de energía del Ziz barrió los bosques de cariatídes, Tanya jamás supo de las lágrimas de pura felicidad que derramó Séfora, ni del abrazo final entre las dos antiguas amigas.

Pero intuía que algo bueno sí que había pasado, aunque no supiera qué. Tanya seguía conservando ese vínculo, aunque tanto ella como Mauro volvieran a ser «simples» humanos otra vez.

Tanya se reencontró aquella gloriosa mañana con sus adorados padres, a los que prometió que ya nunca más pasarían miedo, porque alguien vigilaba desde arriba... y prefirió no nombrar a Erik, porque el nuevo Dios era capaz de interpretado como una invitación y hacer aparecer dos toneladas de ramos de rosas en su piso, intentando conquistada de nuevo.

Luego llamó por teléfono a Rain, y lo siguiente eran dos chicas guapísimas vestidas de Lolita haciendo cola en la agencia de viajes para comprar sendos pasajes a Japón, y hablando de cómo iban a revolucionar la cultura Lolita con una nueva idea para una tendencia que se le había ocurrido a Tanya. Las caras de la gente que pasaba por allí no tenían precio.

La felicidad.

Ojalá pudiera congelar no ese momento, sino toda esa vida en el tiempo.

Ahí seguían los misfits, por supuesto, y también los abezi. No sólo en la pequeña ciudad americana, sino también con otras versiones de ellos mismos en otros continentes y culturas. Los ángeles exiliados no se habían marchado con el Arca, así que la Humanidad tendría que aprender a lidiar con ellos. Tanya sospechaba que todavía faltaban muchas batallas por librar hasta que la cosa se estabilizase, pero ya no era asunto de su incumbencia. No serían ni ella ni Mauro quienes vivirían ninguna de esas aventuras.

Pero si alguna vez volvía a Brobdingnag, se prometió, tendría una pequeña charla con Esaú. A ver qué era eso de hacer de agente doble, trabajando a la vez para Cielo e Infierno.

Suspiró. Todo había acabado bien. Aparentemente.

Lo único que le preocupaba un poco de cómo había quedado resuelto todo era la posibilidad de que Erik se pusiera a cambiar cosas arbitrariamente, en plan travieso, ahora que tenía el poder absoluto.

Pero no, ni siquiera él sería tan estúpido como para hacer algo así, algo tan irresponsable y descerebrado, con la Realidad.

—En fin —dijo Tanya—. Vamos a ello, creo que es nuestro turno. —Se golpeó en la frente con los nudillos—. Toca madera.

—Todo saldrá bien —le prometió su amiga—. Oye, después de salir de aquí tenemos el tiempo justo para asistir al campeonato mundial de surf, aunque sea con esta ropa. No te olvides.

—Claro que no me voy a olvidar, a toda la humanidad le gusta el surf. ¿Quién se lo perdería?

EPÍLOGO

MIRANDO AL MAR

El faro de Crescent City estaba a punto de encenderse automáticamente, lanzando su cono de luz sobre las olas. El malecón estaba tranquilo, tan sólo se oían las gaviotas y la musical rendición de la espuma al intentar vencer a la piedra.

No había nadie en la playa aquel día. Ni pescadores ni turistas ni parejas de enamorados. Sólo dos adolescentes que se sentaron en las rocas, a un escaso metro de donde rompía la marea, uno junto al otro.

Mauro estuvo un rato en silencio, viendo esconderse el sol. Luego dijo algo, esperando no ofender a Rhea.

—Siento no haber estado aquí para echarte una mano con lo de tu tía. Sé que lo ha pasado muy mal intentando olvidar a aquel demonio.

—Tranquilo —dijo ella—. Si lo que me has contado sobre tus aventuras en el Infierno es cierto... creo que tienes excusa. Además, mi tía está mucho mejor. La gente de Crescent tendrá que aprender a vivir con sus nuevos vecinos.

—Nosotros también. Ahora somos... soy... normal.

Rhea sonrió.

—Me gusta esa palabra.

—A mí también.

Pasó un rato.

Más olas, más espuma. Más gaviotas.

—He estado meditando sobre aquello que me dijiste —murmuró la joven. Cada palabra suya parecía empaparse de salitre nada más salir de sus labios.

—¿El qué?

—Sobre que, al fin y al cabo, fui yo quien te abandonó. Y eso está mal, por muy dolida que me sintiera en aquel momento. Creo... creo que reaccioné

mal.

Mauro asintió.

—Me alegra que pienses eso.

—En lugar de aferrarme a ti como un bote salvavidas, elegí huir y seguir inmersa en mi propia oscuridad. Eso no es justo. Si te amaba de verdad... tenía que haber dejado que me ayudases a salir a flote, no salir corriendo porque me daba miedo lo bien que estabas tú. Me aterraba tu felicidad.

Mauro no dijo nada. Estaba de acuerdo, aunque las palabras que transformaban los pensamientos en ideas podían doler si se decían en voz alta.

—¿Sabes, Mauro? Antes nos amábamos, pero no sabíamos por qué. Ahora es cuando estamos empezando a conocernos. —La joven le tendió una mano abierta—. Bien, empecemos de nuevo. Hola, soy Rhea.

—Y yo Mauro, encantado —sonrió él—. Me alegro de conocerte.

—Créeme, yo también.

Sus cabezas se acercaron hasta que sus labios se fundieron en un largo, suave, profundo y melancólico beso. El hilo de luz del faro, ya encendido, pareció quedarse congelado un instante sobre ellos, como subrayando el momento.

Ambos se quedaron sentados durante mucho tiempo en la escollera, muy juntos, mirando al mar.

**BREVE DICCIONARIO DE CRIATURAS Y
LUGARES DE LOS PLANOS SUPERIORES**

SOBRE EL CIELO

ÁNGELES, JERARQUÍA:

Los ángeles se dividen, según su labor e importancia, en serafines, querubines, tronos, dominaciones, potestades, virtudes, principados, arcángeles y ángeles. Luego hay seres especialmente poderosos y únicos en su género, como el Metatrón, que gozan de privilegios exclusivos.

ÁNGELES DE LA GUARDA:

Son entidades extrañas (erróneamente llamadas «ángeles») que sirven a las órdenes de los ángeles de cualquier coro superior. Ellas mismas no pertenecen a ningún coro, y ni siquiera tienen pensamiento propio, sino que son como herramientas hechas de luz que rondan las almas humanas cuando todavía no han abandonado sus cuerpos físicos. Esas herramientas pueden ser usadas en cualquier momento dado por un ángel para alterar parcialmente el destino de su alma relacionada. Se desconoce por qué adoptan en ocasiones la forma de insectos de luz.

ÁRBOL DEL CONOCIMIENTO:

Árbol plantado en Gan, el Jardín Celestial, metáfora de las ciencias y las artes en su estado más puro. Comer de sus frutos hace evolucionar las mentes y les abre el camino hacia nuevos niveles de pensamiento (que fue lo que permitió al Adán y la Eva originales, meros simios atrasados en aquel entonces, trascender su condición de animales y convertirse en humanos), pero vuelve percedera la carne de sus cuerpos y la priva de la inmortalidad.

ÁRBOL DE PLATA:

Santuario central del Cielo, situado entre los Campos Dorados y las Planicies de los Suplicantes, que conforma la mayor estructura existente en este plano superior. Se trata de un árbol invertido, con la punta señalando hacia abajo y las raíces perdidas en el infinito, que se va haciendo

progresivamente más grande y complejo a medida que nos alejamos de esa punta. Algunas de sus hojas pueden llegar a albergar planetas enteros como la Tierra, y superficies aún mayores. Es el hogar de los ángeles y donde moran las almas que han sido consideradas justas después de su paso por el plano material. Se ignora cuál es su extensión total exacta, ni qué hay más allá de su enorme entramado de raíces, aunque hay quienes afirman que éstas se prolongan como tentáculos en infinitas direcciones, y que son senderos naturales hacia lejanos planos de existencia.

ÁRBOL DE LA VIDA:

Árbol plantado en el interior de Gan, el Jardín Celestial, que es una metáfora de la vida eterna y de la panspermia en todo el universo. Comer de sus frutos otorga la vida eterna, pero también borra todo asomo de conciencia propia y raciocinio en la mente, convirtiendo a quien devora el fruto en otro vegetal, otro árbol más que puebla el Jardín por los siglos de los siglos.

ARCA (de Noé):

Enorme bajel imaginado por el patriarca Noé (también llamado Utnapistim) y construido por un ejército de laboriosos ángeles, en los días previos al primer Gran Diluvio. En su bodega guardaba la información genética para reconstruir todas las especies de seres vivos, desde los microbios y las bacterias hasta las plantas y los animales de índole superior. Cuenta una antigua leyenda que en algún lugar oculto de este vasto archivo de datos también están los planos para duplicar el Arca, y lo que es más, para recrear de nuevo al mismo Yahvé y a una versión femenina de Sí mismo... pero no hay pruebas que lo confirmen.

ARCA (de la Alianza):

Recipiente hecho con material meteórico donde Séfora guardó los objetos utilizados en la última gran batalla que tuvo lugar en los campos infernales contra el Ziz, el segundo Leviatán. Fue colocada en la bodega del Arca de Noé cuando ésta fue reutilizada para llevar a los ángeles y demonios supervivientes de la guerra a planos exteriores lejanos, desconocidos. Las palabras «de la Alianza» se refieren al pacto que desde entonces regiría la convivencia conjunta de ambas especies, en paz.

ARCÁNGELES:

Ángeles pertenecientes al octavo círculo del Cielo, aunque su importancia relativa es muchísimo mayor. Son los seres más antiguos del Cielo después de los seres únicos como el Metatrón, y se cuentan entre los más poderosos. Son llamados con nombres humanos como Rafael, Miguel, etc, y sus poderes incluyen la perspectiva transtemporal, la ubicuidad y el exterminio de potencias diabólicas. El aspecto original de los Arcángeles es el de pequeños soles ardientes que desprenden vaharadas de energía mística. No tienen forma humana definida, a menos que ellos se construyan cuerpos desechables para la ocasión.

BEHEMOTH:

Ver entrada «Leviatán».

CAMPOS DORADOS:

Interminable pradera que sirve de «suelo» para marcar el nivel base del Cielo (y hacer de tensor para su gravedad simulada), y que se extiende en todas direcciones partiendo del Árbol de Plata. No es una pradera homogénea, aunque en su mayoría parece un trival fecundo y lleno de vida; está salpicada aquí y allá por otros accidentes del terreno como el Dédalo de las Tormentas, los Bosques de la Razón, los ríos Incólumes o las montañas de la Absoluta Verticalidad. Hay exploradores angelicales que han llegado más lejos que ningún otro ser del Cielo y que dicen haber visto las majestuosas sombras de otros árboles distantes, pero de existir, estarían tan alejados del punto de contacto entre Cielo, Tierra e Infierno que a la Jerarquía Celestial no le merece la pena fundar colonias allí.

CENTINELAS:

Vigilantes divinos situados en lugares clave o «poros» entre las dimensiones, para vigilar la actividad demoníaca en esos puntos. El maestro de Séfora era uno de estos vigilantes, y su atalaya estaba situada justo al borde del Abismo por el que caían las almas de los condenados hasta su destino final.

CIELO:

Plano Superior de la existencia, hogar de los ángeles y de la esencia primaria del Creador. Es donde se emplazan el Árbol de Plata y la Fuente de Todo Conocimiento, y a donde viajan las almas mortales que, tras abandonar

sus cuerpos físicos en el plano material, son consideradas dignas por el tribunal celestial y el Verbo que Todo lo Es.

DÉDALO DE LAS TORMENTAS:

Lugar cercano al Árbol de Plata, situado en los Campos Dorados, que tiene conciencia de sí mismo. Es un lugar vivo con forma de laberinto cefálico, en cuyo interior los pensamientos de la tierra son fuertes y claramente audibles.

ESPADAS-SIGNO:

Máxima expresión del poder divino de los ángeles guerreros, que son solidificaciones de su alma utilizadas como instrumentos para matar demonios. Estas armas tienen una peculiaridad, y es que pueden cortar cualquier clase de materia orgánica, sea del tipo que sea, así como hechizos, barreras y cuerpos de demonios, pero no pueden penetrar en la carne viva del plano material.

FUENTE DE TODO CONOCIMIENTO:

Lugar situado en las ramas superiores del Árbol de Plata, en el Cielo, que viene a ser un potente faro de energía, de sabiduría en estado puro y tremendamente energético. Hay quien dice que Yahvé encerró allí todos sus recuerdos de los principios y finales del universo, y que por eso hay tanta información acumulada. Los ángeles tienen prohibido el acceso al interior de esta Fuente, pero pueden acceder a ella (con una especie de conexión remota) para que les proporcione datos fiables y abundantes sobre cualquier tema solicitado. Algunos coros lo usan más que otros, aunque no se sabe por qué.

FULCROS:

Encrucijadas en la tela del destino donde se deciden acontecimientos cruciales tanto para la humanidad como para las criaturas superiores. Los profetas son sensibles a la llegada de estos fulcros y los presienten, llegando a tener sueños y epifanías relacionadas con ellos.

GAN:

También llamado Edén, Paraíso o Jardín Celestial, es el lugar donde según la leyenda nacieron Adán y Eva. Sus puertas quedaron selladas para siempre tras la expulsión del Paraíso, y una espada de gran poder fue plantada allí para

vigilar que jamás se rompiera esa promesa. Dentro del Jardín había dos árboles, el del Conocimiento (cuya manzana, robada por Eva, abrió a los mortales el camino hacia la ciencia) y el de la Vida, que se marchitó cuando Abram hirió de muerte a su hijo Isaac, liberando así a la espada de su promesa.

HUESTE DIVINA:

Conjunto de los ejércitos celestiales.

ICONOS:

Pequeños espejitos que forman parte de la parafernalia de los Puños del Cielo, donde encierran las almas de demonios derrotados en combates justos para que les sean útiles como armas o como consejeros. Es curioso que uno de los pactos sellados entre Cielo e Infierno contemple que los Puños del Cielo puedan descender una vez en su vida a los infiernos para reclamar estas almas como premio, sin que los demonios ni Satanás puedan dañarles hasta que abandonen de nuevo sus tierras. Se desconoce si ese pacto incluye también visitas con inmunidad total de demonios al Cielo, ni el propósito de las mismas.

LEVIATÁN:

Primera de las tres grandes criaturas de la remota antigüedad que fueron creadas por Yahvé usando la energía primigenia del universo, antes incluso de que Él diera cuerpo a los mismos ángeles. Leviatán era una serpiente acuática de tamaño descomunal que dominaba sobre los reinos marinos, y por extensión su nombre se usa para designar también a sus dos hermanos, Ziz (pájaro gigante que gobierna en los cielos y las distancias interestelares) y Behemoth (buey dantesco que es amo y señor de la tierra firme). También se cuenta que estas criaturas son en realidad depósitos de almacenamiento de poder divino, poder que será liberado en estado puro en cuanto una de ellas fallezca, para ser usado por el Verbo a su conveniencia.

METATRÓN:

Ángel supremo perteneciente al primer coro de la jerarquía, situado por encima incluso que los arcángeles y los serafines. Es un ser creado en los primeros instantes de la Creación, junto con Satanás y los ángeles primigenios, y es el único al que se le permite estar sentado en un trono gigantesco en medio del Cielo, admirando y vigilando la grandeza de Dios.

MISFITS:

Renegados de los ejércitos celestiales, que decidieron (por cobardía o por asuntos personales de cada cual) abandonar a sus hermanos en el Infierno antes de la batalla final, y aceptar la oferta de Satanás de vivir como exiliados en el plano material por el resto de sus días. Al llegar a la Tierra perdieron la mayor parte de sus poderes, junto con su inmortalidad, y fundaron colonias (la primera y más famosa fue la de Brobdingnag) para poder vivir separados de los humanos, física y culturalmente a salvo de su influencia.

NIÑOS PERDIDOS:

Elegidos entre la especie humana para encarnar la chispa vital de los ángeles primigenios, los que se alzaron contra Yahvé en la primera Gran Rebelión.

PLANOS INTERMEDIOS:

Pequeños semiplanos desgajados como islas a la deriva de los Planos Superiores o del Plano Primario, que vagan en la nada entre los mundos constituyendo islas de existencia en sí mismos. Dentro de uno de estos planos errantes estaba encallada el Arca de Noé cuando la encontró Tanya.

PLANO MATERIAL:

Dentro de los planos de existencia creados por Yahvé, éste es el que hace de «suelo» o línea de base para todos los demás. Constituye el universo einsteiniano en el que flota el planeta Tierra y las galaxias hechas de una mezcla de materia real y materia oscura. Las almas mortales sólo pueden nacer y multiplicarse aquí, pero cuando sus cuerpos físicos dejan de funcionar, se desprenden de ellos y son absorbidas por alguno de los Planos Superiores en virtud a un baremo divino de compleja base moral.

PLANOS SUPERIORES:

Son las regiones conocidas como Cielo e Infierno, y en la planosfera simulada de las regiones distantes ambos aparecen como apéndices del plano primario, orbitando a su alrededor. No se conoce su extensión exacta, aunque se les presupone vastos y prácticamente sin límites. Se supone que uno es el espejo deformado del otro, y aunque hay teóricos que afirman que son lugares artificiales creados por la tecnología de una gran raza antigua, no hay pruebas que lo sostengan.

PROFETAS:

Humanos dotados con el poder de observar la realidad más allá del Velo, y ver criaturas y lugares que están más allá de su orden de existencia. Estas visiones son a menudo estresantes para su cuerpo y suele ocasionar la muerte o daños cerebrales, pero dan valiosa información sobre la trama oculta de la realidad, e incluso sobre acontecimientos situados en un plano temporal adyacente. Isaac Rasi fue el último profeta del Antiguo Orden y el primero del Orden Post-Segundo Diluvio. Acabó sus días loco y rodeado por miles de fieles, en un sanatorio mental, teniendo epifanías un día sí y otro también.

PUÑOS DEL CIELO:

Ángeles guerreros de la estirpe de Miguel, pertenecientes al octavo coro de los nueve que componen la jerarquía angelical. Constituyen la fuerza de choque del Cielo, su principal línea de defensa contra los demonios, y suelen vestir con armaduras y armas que recuerdan la tradición medieval. También portan Iconos, pequeños espejos labrados que llevan encerrados espíritus de demonios derrotados en combate, que le sirven al ángel como consejeros o incluso como armas. Los Puños del Cielo tienen alas que recuerdan a las de un halcón, plateadas pero con un destello rojo sangre en el borde de ataque de cada pluma.

QUERUBINES:

Ángeles pertenecientes al segundo coro celestial, encargados de hacer de «antenas receptoras» para toda la fuerza espiritual generada en el plano material y reenviada hacia Dios. Son quienes realmente escuchan primero las plegarias de los mortales, y por lo tanto sienten una gran empatía hacia ellos. También se les llama «consejeros» o «ángeles de misericordia». Los querubines tienen alas que recuerdan a las de un gorrión, con un cierto brillo verdoso o azulado según la antigüedad del querubín.

RELIQUIAS SAGRADAS:

Objetos mágicos de gran poder creados al principio de los tiempos, y que son atesorados por ángeles y demonios como sus principales tesoros. Uno de estos objetos era la Espada de la Custodia Eterna, colocada por un ángel en la entrada del Paraíso Celestial para evitar que ninguna criatura mortal pudiera cruzar sus puertas, tras la expulsión de Adán y Eva. Esa espada no sólo custodiaba Gan (ver entrada relacionada), sino también el Árbol de la Vida.

SANADORES:

Ángeles pertenecientes al tercer coro celeste, cuyas capacidades incluyen la sanación de cualquier herida y enfermedad, y la eliminación de energías oscuras y efectos malignos. Pertenecen a la estirpe de Baadab, la primera mujer nacida en África que ya no era simio sino humana, cuya alma ascendió a los cielos en un efecto de ósmosis cuántica similar al que luego experimentó la Virgen María. Los sanadores tienen alas que recuerdan a las de una paloma, blancas e inmaculadas.

YAHVÉ:

El Creador. Cada pocos milenios siente la necesidad compulsiva de destruir todo lo anterior y empezar de nuevo el gran juego celestial, cosa que ha hecho ya en tres ocasiones: Durante el primer Diluvio, al que sólo sobrevivió la familia de Noé; durante la hecatombe de Sodoma y Gomorra, en que la civilización humana fue destruida por una lluvia de fuego; y en épocas modernas durante el Segundo Diluvio (tema del que trata este libro). También se le conoce por otros nombres, como el Creador o el Verbo. Su trono lo portan cuatro seres perfectos, o Parangones, que son como ideas platónicas dotadas de consistencia física: un águila mansa, un león rugiente, un toro blanco y un hombre negro.

ZIZ:

Ver entrada «Leviatán».

SOBRE EL INFIERNO

ABISMO:

Lugar de condenación para las almas de los pecadores, según el baremo clásico impuesto por Yahvé. En realidad no es un lugar, pues según el mito fuera de Dios no existe nada, sino el cuerpo del propio Lucifer que flota en medio de la nada, con un tamaño que excede el de un sistema solar, y que absorbe y digiere las almas de los condenados. Su capital es Dis.

BOSQUES DE SUICIDAS:

Campos de tortura de las almas de los suicidas y cobardes, que llegaron al Infierno arrastrando una enorme vergüenza. Son plantados y regados con sangre infecta para que los anillos de sus troncos no midan su edad, sino la cuantía y gravedad de sus pecados.

CAMPOS DE CARIÁTIDES:

Lugares del Infierno donde los espíritus de los demonios que fracasaron en su misión en el plano material o en el Cielo son condenados a pagar por sus culpas eternamente. Petrificados en una pose de dolor eterno, reviven una y otra vez el horrible instante de su muerte, y de su fracaso.

DEMONIOS:

Cada una de las millones de permutaciones posibles del sufrimiento del alma humana. Son las fuerzas de choque del Infierno, así como sus administradores, torturadores y verdugos. Se dice que ningún demonio nació siéndolo, ni siquiera los más horribles, sino que son almas de condenados que acabaron adquiriendo ese aspecto cuando la tortura eterna los volvió locos. A diferencia de los ángeles, cuya variedad es muy escasa, de demonios hay infinitos tipos, cada uno más original y tenebroso que el anterior.

DIS:

La ciudad infernal, como también es llamada, es una urbe de pesadilla que se yergue en el ojo tuerto de Lucifer. No está concebida para albergar ninguna clase de vida salvo la de su creador, que reside en un palacio en su centro, por lo que el apelativo de «ciudad» no se le aplica en rigor, pero vista desde lejos da ese aspecto de edificios aberrantes separados por largas avenidas de dolor.

INFIERNO:

Ver entrada «Abismo».

LUCIFER:

Señor del Abismo, es llamado por muchos nombres, incluyendo Satanás, Belcebú, el Gran Mentiroso, el rey de los Infiernos, el Gran Apostador, etc...

PALACIOS NEGROS:

Antiguos castillos pensados para torturar a los que habían asesinado niños, fueron reconvertidos para albergar expresiones físicas del *Organon Maleficarum*. Las páginas del Libro Negro se pueden consultar no sólo en forma de libro, sino también como un juego de tarot, como una sinfonía de lamentos y por otros medios aún más pintorescos.

POZOS DE INFORTUNIO:

Fosas infernales en las que se tortura a los demonios para castigarles por alguna desobediencia, para hacerlos más fuertes y despiadados con una mejor comprensión del dolor, o, simplemente, por mero capricho de sus amos.

SATANÁS:

Ver entrada «Lucifer».

Índice de contenido

Cubierta

Heraldos del bien y del mal

La historia hasta ahora

Prólogo: Versalles, 1791

Libro uno: El evangelio según San Mauro

1- En casas, otra vez

2- Asilo político

3- Cuadros y reflexiones sobre el futuro

4- La voz del faro

5- Dis

6- Volando al nuevo mundo

7- Los desertores

8- Callejeando

9- Abezi

10- Rumores en el viento

11- Los misfits

Libro dos: El evangelio según Sta. Tanya

12- El lamento de la cariátide

13- Lo que se esconde tras el telón

14- Ararat

15- *The turn of a friendly card*

16- Brobdingnag

17- El anacoreta

18- No hay sangre en las palabras

19- El arca

20- Cielo e Infierno

21- El yunque de los universos

22- El Ziz

23- Revelación divina

24- La batalla final (1ª parte)

25- La batalla final (2ª parte)

26- La batalla final (Conclusión)

27- Éxodo

28- El día después

Epílogo: Mirando al mar

Breve diccionario de criaturas y lugares de los planos superiores

Sobre el Cielo

Sobre el Infierno

Notas

Notas

[1] En demonología, ciertos nombres de diablos están compuestos por las siete letras griegas cuyo valor numérico es igual a 365. Los escatologitas, herejes del siglo III, identificaron a algunos como los comandantes de 365 genios que regían los días del año. <<

[2] Por ingeniería inversa de la palabra, podríamos decir que el significado de «estrambótico» en el lenguaje particular de Rhea dista bastante de lo que aparece en los diccionarios. Para ella es sinónimo de raro, pero también de chocante, del acto de dejar una marca indeleble en la memoria que puede llevar a conclusiones precipitadas. De hecho, en una ocasión se mostró cáustica con lo que denominó «hiperrareza gestual», concepto que implica el uso de abstracciones alejadas dos kilómetros de la realidad para justificar cierta necesidad de protagonismo falsamente profundo. <<

[3] Desertores, en la antigua lengua del Infierno. <<

[4] Tarpeya fue una joven romana que traicionó a su ciudad, abriendo las puertas a los incursores sabinos. Como castigo, fue arrojada desde la roca que lleva su nombre. Por extensión, se conoce como rocas tarpeyas a los riscos de los suicidas y traidores. <<

[5] Así se afirma en el Antiguo Testamento, en la parábola de Noé y su familia. <<

VÍCTOR CONDE

HERALDOS

DEL

BIEN Y EL MAL

